

TERRITORIOS FRAGMENTADOS

Pablo Buenaventura

(Patricio Rivas)

NOTA Editor:

El texto corresponde a la versión de mayo del 2004. Agradecemos a Pablo entregarnos esta versión para publicar

Índice

Gurruchaga y Santa Fe	4
Los hijos de la revuelta	8
Gaspar	11
La última tarde	27
La calle Carmen	67
La sala de embarque	95
Una academia de Las Condes	105
Setenta y dos horas en Londres 38	128
Una casa amarilla con piscina	136
El proceso 84/74	141
El Patito y La Elo	161
Neltume y Nahuelbuta	211
La Tati	223
La Manue	259
La pertinaz vida	282

Gurruchaga y Santa Fe

Gonzalo está tendido en un viejo sofá verde. Tiene la mirada puesta en los estantes de la biblioteca. Hay demasiados libros y archivos ubicados en doble fila; son pequeñas e improvisadas pirámides, una al lado de la otra, que parecen violar las leyes de gravedad. La tarde es tórrida y el calor se ha acumulado durante el día. La temperatura alta y el exceso de humedad de Buenos Aires le han provocado un ligero sopor. Está en un tercer piso de Gurruchaga esquina Santa Fe, en el barrio de Palermo, justo arriba de una cafetería y frente a una comisaría. Es el mismo departamento donde vivió hace casi veinte años; son los mismos muebles, los mismos estantes de aquella época. Julia y Antonio siguen viviendo ahí, pero en estos días han partido a Sao Paulo. En esa soledad y con el ruido del silencio revisará su manuscrito.

Ha estado releendo los libros escritos por Rodrigo sobre la lucha revolucionaria de los montoneros y los militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Tiene claro que son radicalmente distintos a los publicados en Chile. Se trata de textos agudos, reivindicativos, escritos sin miedo ni vergüenza. Los textos chilenos, lo sabe, oscilan entre relatos atestados de culpas y disculpas y mitificaciones biográficas; entre historias tergiversadas de los “rebeldes de la burguesía” y sus “locuras de juventud” y testimonios basados en frases como “ahora somos más maduros” o “no teníamos tantas armas”. Diversos clichés que han omitido la imagen de los combatientes que enfrentaron la dictadura militar y murieron en salas de tortura, en guerrillas rurales o acciones urbanas, o lucharon en movilizaciones sociales, políticas o morales. Piensa que la peor muerte es la de la memoria.

Cada vez que reflexiona sobre este asunto siente un malestar en el estómago. La incomodidad le nace del maltrato hacia las propias historias. Se trata, según él, de un discurso que circula como parte del relato oral de su país y que representa un paso más en el desarme histórico, teórico y moral de los hijos de la revuelta. Se pregunta si los sobrevivientes se castigan por un sentido de culpa o porque no logran entender lo que les ha sucedido. Reconoce

excepciones como el testimonio de Carmen Castillo, pero ese libro ha quedado silenciado por el resto, rodeado por las trivialidades de editoriales de rápida venta.

No desconoce que entre los argentinos también se han disparado descalificaciones, pero cree que ellos no han puesto totalmente en duda si tendrían que haber hecho lo que hicieron. En Chile se ha dudado. Incluso hay quienes han llegado a sugerir que habría sido mejor que Salvador Allende perdiera en las elecciones de 1970.

Tiene frente a sí el borrador repleto de notas de *Territorios fragmentados*. Escribirlo fue una idea anhelada durante años. Al principio pensó que se trataría de un ensayo, de una obra crítica. Sin embargo, poco a poco, el texto se fue transformando en una sensación de vida, en una insinuación. Su topografía estaba repleta de profundidades, recodos e insinuaciones. Cada capa definía un período pero, inevitablemente, se mezclaba con otras. Sabía que al relatar iba haciendo juegos transversales con su memoria. Seleccionó algunas historias y dejó otras fuera, a la espera de nuevos encuentros y de la recuperación de varias confianzas.

Sabe que él y los otros son espacios muy limítrofes que la memoria reconstruye, redefine y transforma con el tiempo. La memoria no acepta la amnesia o, si lo hace, lo realiza de manera inconsciente. Piensa que su recuerdo posiblemente sea psicoanalítico, mientras que el de los otros es social.

Al escribir se concentró en algunas imágenes cargadas de emotividad, no en sucesos lineales predecibles, inevitables.

“Cada vida o cada muerte pudo suceder o no”, anota Gonzalo en el margen de la primera página del borrador. “Todo dependió de qué pasó un mes antes o en el minuto previo a la emboscada. Ningún futuro puede reparar lo ocurrido. La indiferencia de muchos nace, quizás, de esa impotencia. La lucha por interpretar lo que nos sucedió es una manera modesta pero digna de impedir el olvido”.

Es en el espacio, en la reconstrucción fotográfica de la realidad donde armó el relato con todos en escena. En una minuciosa geometría del recuerdo puso las calles, las casas, los muebles, las personas, los aromas. Alteró nombres aunque también reconoció a algunos de los combatientes. Revisó sus archivos y preguntó por fechas y situaciones. Describió procesos que luego borró porque no pudo encontrar a sus protagonistas. La artesanía de *Territorios fragmentados* tiene un método implícito, pero no se rige por el formato del trabajo histórico tradicional o de la literatura en el sentido estricto. Le gusta esa mezcla. Tampoco es una autobiografía construida con varias historias en torno a un centro. El texto tiene muchos centros.

Durante dos años no volvió a mirarlo. Sólo lo retomó poco antes de que

se cumplieran los treinta años del golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Tenía la memoria más activa, alimentada por un exceso de publicaciones que aludían a los entramados de su propia escritura. Incorporó situaciones olvidadas u omitidas y precisó algunas ambigüedades con relatos que generaron nuevas preguntas.

Hasta ahora se trata de una tensión biográfica provisional.

“Idea para el prólogo”, apunta Gonzalo en un cuaderno. Escribe: “Nunca estuve dispuesto a mostrar este mapa íntimo. No sé si no lo hice por pudor o miedo. Tal vez sólo fui incapaz de ordenar las imágenes en un relato. Hay situaciones que he querido olvidar, pero han remecido todas las puertas que les cierro. Entre más antiguos, rancios y olvidados son los recuerdos, más impactante es su regreso. Primero vuelven las sensaciones, los olores, los encantamientos, los desgarros; luego aparecen las imágenes, las voces, los sonidos. Contener la saga de los recuerdos en algún recodo resulta arbitrario; siempre es posible elegir una esquina vivencial con más intersecciones. Hay momentos en que esos recuerdos se resisten a abandonarme. Frecuento uno que permanece en estado residual. Con pertinacia me grita que ése fue el último día de nuestra vida anterior”.

Su vista se congela en un álbum de fotografías que ha llevado a Buenos Aires. En la primera página están los retratos de Germán y Luisa, sus amigos muertos. Siente que lo observan.

Se levanta del viejo sillón y va hasta la cocina en busca de una taza de café. Al pasar frente a una lámina inspirada en *La divina comedia* de Dante se siente atrapado por el concepto de infierno. Es una ilustración de Gustavo Doré. En la imagen puede ver monstruos que devoran lentamente a sus víctimas, mientras saborean su piel y su sangre. Los pecadores, con ojos desorbitados, saben que no hay esperanza y que la eternidad es el presente.

La temperatura y la humedad han descendido. Hay menos ruido en la transitada calle Santa Fe. Regresa de la cocina con un tazón y con cierto orden neurótico dispone en una mesa las páginas sueltas de su libro. Toma un lápiz para subrayar y comienza a leer. Cree que la vida no se explica, que sólo se puede contar.

Los hijos de la revuelta

La biografía es como la geografía del alma.

Han escrito tanto en nuestro nombre, en el de nuestra generación y los sueños de 1968. Ahora escribo en mi nombre. Desde distintas aproximaciones y lenguajes se me hace necesario comenzar, mesuradamente, la reconstrucción de un episodio macizo. Mi memoria trabaja para que la caricatura que han dibujado sea reemplazada por la densa carga existencial de quienes vivimos los acontecimientos de toda una generación y de una época del siglo XX. Un movimiento que comenzaría en muchos países al mismo tiempo y que pondría en marcha las pasiones e inteligencias de grandes colectivos humanos que buscaban subvertir la realidad.

Gonzalo recuerda las palabras dichas por Daniel Bensaïd en la Universidad de Nanterre, durante las jornadas de revuelta universitaria: “Mayo del 68 es un ensayo general”. Ese año y los que siguieron fueron muy distintos en cada lugar. No era lo mismo vivir en California, París, Milán, Ciudad de México o Santiago, pero en casi toda esquina del universo algo se empezaba a romper para siempre.

Sé que todo lo que se escriba puede ser utilizado en contra, manipulado o tergiversado incluso por nosotros, involuntariamente. Hay quienes creen que sería mejor no emprender por ahora este ejercicio; piensan que algún día arribarán los tiempos de la decantación y de las historias completas. Vendrán otros tiempos, puede ser, pero el paso de los años no garantiza el momento del recuento. El balance no vendrá de ninguna parte. Hay que construirlo para que pueda navegar hacia nuevas orillas a través del habla colectiva.

De cuando en cuando cada época plantea a las personas, especialmente a sus jóvenes, nuevos dilemas y tramas. Las herencias anteriores se descolocan

y los muchachos y muchachas deben inventar su propia manera de ser en el mundo. Es posible hacer un tributo a las experiencias del pasado, pero las vivencias ajenas se convierten en una trampa conservadora si no se aprende a descubrir lo particular de cada instante y las eventualidades que contiene. Sólo así las generaciones se hacen fuertes y originales.

La generación de 1968, que comenzaría a fraguarse a fines de los años cincuenta y cuya acción se extendería hasta mediados de los años setenta, es la generación que sintetizó de mejor manera la transformación de la vida cotidiana con la transformación del mundo. Fue un período en el que se acortaron todas las distancias. El espíritu de la subversión cuestionó a la familia y al psicoanálisis; a los encierros institucionales y a la Iglesia Católica; a la explotación y al dominio; al Pentágono y a la burocracia soviética. Los disidentes tejieron con sus manos la utopía de la revuelta y de la dignidad humana. Y tal como ocurrió con las sublevaciones de 1920, todo esto fue un aviso de incendio para los dueños del planeta.

Amar la vida resulta de la pasión por transformar el mundo y convertirlo en una provincia del hombre. Nuestros intentos nos llevaron a arriesgar la vida para alcanzar una sociedad que no nos triturara de hambre, tedio ni opresión. No lo logramos, tampoco fracasamos; aún existe un suspenso alargado, pero no definitivo.

Gaspar

Santiago tiene un mapa secreto que entreteje las distancias entre calles, plazas, parques, cines y cafés. Al pasar por una esquina recuerdo a amigos que vi allí por última vez. Desde entonces esa esquina, esa plaza, ese cine, ese café son existencialmente distintos. Son espacios que no cambian, que se mantienen incólumes ante el paso del tiempo. No es que se congelen, sólo que no envejecen. Somos nosotros los que vamos acumulando años frente a esas inmortalidades de la memoria donde las figuras ausentes consolidan los instantes.

Y aunque no exista la calle Ricardo Santa Cruz, donde crecí, ni la casa de don Clotario Blest, ni la de Ernesto Sierra, ni sepa qué pasó con Pablo Levi y el lugar donde nos reuníamos los sábados entre las tres de la tarde y las diez de la noche, aquellos lugares siguen estando en la profundidad de mi recuerdo.

La primera imagen que evoco es la de una tarde brumosa, desde la cual emerge la figura de un anciano con un overol azul y una raída chaqueta de cuero. Su barba blanca se adelanta a su caminar y sus intensos ojos claros irradian una distancia aristocrática con la realidad. No parece caminar sobre la tierra; su cuerpo flota en el aire. Es don Clota, dirigente social profundamente católico, de un gran radicalismo político y una austeridad que acusa. Un hombre capaz de dar un tipo de amistad casi mística a un grupo de adolescentes curiosos.

Esos territorios que se esfumaron o se desintegraron como objetos materiales continúan perviviendo como signos morales de mi existencia. Santiago es por ello una ciudad arqueológica construida sucesivamente sobre los sueños de cada generación. Muy levemente, debajo de la segunda o tercera capa de la ciudad, siguen latentes todas las vidas y las historias, incluso algunas más enterradas, como las de la generación de 1842, de José Victorino Lastarria, de Francisco Bilbao, o las de décadas después, de Luis Emilio Recabarren, don Pedro Aguirre Cerda y Marmaduke Grove. El país de la rebelión tiene cientos de miles de habitantes que provienen de distintos siglos.

Al final, por más singularidad e impronta personal que contengan los procesos, siempre vienen cargados de una genética larga que se debe recuperar más de una vez para rehacer la cartografía de la propia vida. Siento que fuimos los republicanos y jacobinos de ese Chile pendiente, deseado, frustrado. Pero también fuimos los revolucionarios marxistas que rechazamos las vacilaciones pusilánimes, las obsesiones burocráticas y las prepotencias de

los aparatos de la cultura estalinista.

Desde fines de 1968 Gonzalo se fue conectando con militantes y con diversas estructuras del partido hasta quedar ubicado, tal vez por azar, en una puerta de arriba. Fue en ese tiempo cuando un compañero le asignó su primer nombre político. Lo llamó Gaspar y así sería reconocido durante muchos años. Piensa en Flavia, en su departamento del tercer piso de Marín 0166, en su citroneta gris usada para transportar lo que fuera y a quien fuera. Esa Flavia que vería por primera vez siendo niño, cuando descubrió que era la madre del Tavo y de Alejandra. Hace pocos días se ha enterado de su muerte. Le avisaron por teléfono desde Bruselas. Al saberlo comprendió que se iba un poco más de la historia del MIR y de su vida. Pero sabe que esas historias no se van a la nada, que se marchan a lugares visibles.

Ingresé al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) al final de mi niñez. Portaba algunos simples sueños aprendidos en los libros de José Ingenieros, Julio César Jobet y León Trotsky. Llegué movido, especialmente, por el entusiasmo que me provocaron las conversaciones con don Clotario Blest, el rabino Samuel, mi querido amigo Ernesto Sierra Correa y el jefe de mi grupo *scout*, Mario Mesone.

El árbol genealógico apela a personas de distinto origen, pero unidas por su falta de resignación.

Hablábamos como si el mundo fuera nuestro, recreábamos la realidad y construíamos un Chile distinto al que conocíamos. Cada interlocutor trabajaba su impronta. Ernesto quería pagar las deudas de su familia y viajar al norte grande para estudiar los pájaros de la pampa; quería descubrir sus características y sus vuelos y, sobre todo, dibujarlos. Nunca llegó al norte, se quedó en Santiago atrapado por su enfermedad. Mario nos provocaba con simples conversaciones sobre física y coherencia y nos alucinaba con un desafío: "Para hacer algo importante hay que proponerse ser un astronauta", decía. El rabino Samuel combinaba su dolor con un sentido del humor imborrable; sus historias no eruditas en el sentido convencional, me conectaban con mis raíces judías bastante olvidadas en mi familia y sólo conservadas por el tío Valentín en su casa del pueblito de Nos.

Nos juntábamos en muchos momentos de la semana, pero especialmente el día sábado entre las tres de la tarde y las diez de la noche, en la vieja escuela República Oriental del Uruguay. La rutina consistía en izar la bandera de los *scout*, hacer ejercicios de campamento, prepararnos café con leche a las seis de la tarde y escuchar a los expositores. Conversábamos de Medio Oriente, de Israel y los palestinos, de los programas de la NASA, de la Teoría de Conjuntos, de José Miguel Carrera. Sin saber por qué todos éramos profundamente carreristas. A la escuela también llegaban *scout* mayores que nosotros. No estábamos enterados que desde 1965 la mayoría de ellos militaba en el MIR.

Había rumores, pero sólo se hicieron evidentes cuando Mario Céspedes, masón y jefe del grupo, nos hizo una advertencia.

—Si alguien pregunta por Ricardo Yoceleovsky nadie lo vio...hace tiempo que no viene. ¿Está claro?

Esa no era una orden de *scout*; era la construcción de un silencio conspirativo.

Yo venía de una niñez más bien solitaria aunque no ensimismada, de grupos de travesuras y lecturas, de vacaciones en el campo de El Carmen, cerca de Chillán. Mi infancia transcurrió sin que alcanzara a comprender la dimensión de las diferencias que existían entre inquilinos y patrones. En esos veranos reservaba una semana para compartir con el pequeño clan de amigos de mi barrio santiaguino. Daniel, Ernesto, Pablo, Roxana, Yasmín, Pedro, Gustavo y Alejandra. Nuestro barrio era amplio, se extendía desde la calle Ricardo Santa Cruz hasta la Alameda y desde Avenida Santa Rosa hasta Seminario. Acampábamos en tres sectores: en la esquina de Marín con Avenida General Bustamante, en el parque que circundaba ambas calles y en el departamento de la Fafi; en la intersección de Lira y Marín, y entre Avenida Santa Rosa y Ricardo Santa Cruz, en la casa de Ernesto. Cada lugar tenía un libreto propio.

Una tarde descubrimos con El Pinke la miseria de las poblaciones callampa que emergían de las tomas de terreno, en los alrededores del centro de Santiago. Ese viernes íbamos a nuestra clase de esgrima y por equivocación subimos a un bus que se dirigía al sur de la ciudad. Llegamos al paradero 20 de Avenida Santa Rosa. Al bajarnos, una mujer nos advirtió que nos podían robar los equipos de esgrima; solidaria, nos llevó a su casa y nos ofreció una taza de té. Teníamos doce y trece años y desde ese día nunca más fuimos los mismos. En nosotros fue creciendo un rechazo a la opresión y a la pobreza, a la rudeza de esas vidas, a la muerte de los sueños de quienes sobrevivían en la precariedad. Lo que creo recordar de esa tarde es pobreza con olor, una mezcla entre leña, parafina, perros y gatos vagabundos. Veo neumáticos viejos dispersos en el suelo, transformados en curiosos mecanos por las manos de los niños; veo personas con la piel ajada, muy roja, con miradas cansadas. Sus ojos penetraban en mi cuerpo y yo no sabía cómo evitarlo.

—No puedo creer que esto exista en Chile. ¿Viste a esa gente casi desnuda, con frío, flaca, viviendo en casas de cartón? ¿Sabías de esto? —me preguntó El Pinke con timidez y algo de bronca.

Me quedé callado. No sabía que eso ocurría en Chile, aunque conservaba una imagen fugaz semejante a la escena de aquella tarde. Yo tenía siete años y la gente hablaba de un lugar en construcción que a mí y a mis amigos nos parecía fantástico. Decidimos hacer una expedición en bicicleta para conocer el nuevo aeropuerto de Pudahuel, ubicado a unos quince kilómetros de mi casa. Preparamos sándwichs y cargamos los pequeños bolsos. Jorge, quizás por su gordura, fue el primero en desistir; Luis estuvo a punto de arribar a Pudahuel, pero también se devolvió; yo no quería recibir las

burlas por el fracaso, me obstiné y seguí pedaleando en mi pequeña bicicleta italiana. Llegué a un edificio. Había un grupo de hombres trabajando, me sentí perdido, asustado. Uno de los obreros me dio agua y algo de comer. Al escuchar sus gritos y bromas me parecieron personas asombrosas, vitales, distintas a las que conocía. Tenían las caras rojas, las mismas caras que reconocería junto al Pinke años después en las calles del sur de Santiago. Al rato apareció una patrulla de carabineros. Les conté que con Jorge y Luis habíamos organizado una exploración al aeropuerto; me dijeron que ya había cumplido mi objetivo y que debía volver a casa. Subieron mi bicicleta en el asiento trasero del furgón y me llevaron de regreso.

El Pinke, que provenía de una familia radical y masónica, terminaría haciéndose sacerdote y viajaría a África como misionero. Seguimos caminos distintos pero emparentados por el rechazo al dolor y la ira frente a las siderales distancias entre rotos y pijes.

Pasé las tardes de verano e invierno de 1968 y 1969 en la vetusta casa de Ernesto Sierra. Deambulábamos sobre temas insólitos, diversos, inmensos. En la biblioteca, organizada por su abuelo décadas antes, se nos incrustaron en la piel la guerra civil española, el gueto de Varsovia, los diarios de José Miguel Carrera y la poesía hispanoamericana. Eran lecturas abrumadoras que nos mostraban un mundo complejo, misterioso, seductor. Nuestro léxico imaginativo fue cambiando. Sabíamos de Armenia y de Auschwitz; de las matanzas de Santa María de Iquique y de Ranquil. Pero también de la Sierra Maestra, de Emiliano Zapata, de la sublevación de la Escuadra Chilena y de la República Socialista de los Cien Días.

Nos sentábamos en viejos sillones y no parábamos de leer hasta la madrugada o hasta que su madre, con delicadeza, nos advertía que por la mañana tendríamos demasiado sueño.

Ernesto sería uno de mis pocos amigos que moriría de una enfermedad. En la década de los ochenta la leucemia atacó su noble vida y agobió una inteligencia excepcional. Vivía frente a una vieja mansión colonial, a una cuadra y media de la casa de don Clotario Blest.

La muerte por enfermedad es una idea escurridiza para Gonzalo. Muchos de sus amigos fueron asesinados o cayeron en combate. Sólo en 1990 comenzó a descubrir que también se podían morir de infarto, de cáncer, de vejez.

Los amigos de los catorce años no se olvidan. El colegio La Salle, el Liceo de Aplicación, las clases de esgrima y karate, el parque Bustamante, el Instituto Chileno Norteamericano, las lecturas en francés de La Lucky en el attillo de su casa, fueron espacios efervescentes de amistad sin demandas, de amores sin compromisos y de promesas que se cumplían.

La Lucky fue el símbolo erótico jamás alcanzado por ninguno de nosotros. Había algo en ella que la hacía semejante a la Morticia de la serie *Los*

locos Addams; una combinación entre niña fatal y pequeña intelectual feminista. Mayor que el resto, tenía el desplante para leernos en *short* y zapatillas, sentada sobre la mesa del comedor de su casa. Su actitud remecía profundamente nuestros sentimientos y estómagos.

Y antes de ese tiempo, otra época imborrable. Un día de septiembre me fui a Tucumán a vivir con Fernando, mi hermano mayor. Tenía nueve años. En mi maleta llevaba *Los tigres de la Malasia*, *El corsario negro* y *Sandokán*, todos regalados por el tío Jacob, y *Los caballeros de la mesa redonda*.

Recuerdo la ciudad universitaria de Orcomolle, el clima tropical, la escuelita primaria a la que asistía con delantal, la condición de ser el único chileno. Mi amiga Inés me protegía y me enseñaba los nombres de las plantas, insectos y serpientes, sin dejar de reír por mi acento extranjero. Caminábamos de la mano hasta esas hermosas casas con piscina construidas durante el gobierno de Perón. Con Inés viví la edad mágica de la infancia.

En 1979 nos reconoceríamos con su padre en un cóctel de la embajada de Corea en La Habana. Yo era el chilenito orejón que había vivido en la casa que estaba ubicada debajo de la suya; él era el hombre que me había invitado a pasar en familia una Navidad solitaria. Me contó que Inés había ingresado al Movimiento Montonero y había desaparecido en 1977, en la Escuela de Mecánica de la Armada de la Marina Argentina, uno de los peores centros de tortura y exterminio de la dictadura militar. Desapareció en el mismo año en que las Madres de Plaza de Mayo iniciaron sus marchas de los jueves para protestar por la desaparición de sus hijos.

Al hablar con su padre volví a ver a la Inés de siete años, con su pelo largo y claro, protectora, detallista en sus deberes escolares. Vi a la delgada y pecosa niña jugando al avión y corrigiendo las *ch* de mi acento chileno.

Habían pasado los años y yo mantenía la sensación de frescura de los cariños de la infancia, de los grupos de amigos, de las conversaciones entre muchachos que vivíamos en el centro de una tormenta que estaba transformando al mundo, a Chile y a nosotros mismos.

Se suele preguntar a los protagonistas y actores de alguna época qué piensan de sus vidas. Si eligieron bien o mal; si las opciones fueron acertadas en el largo plazo o fatalmente equivocadas. Pero la vida no tiene una sola lógica, sino cofradías de posibilidades que se cargan hacia un lado u otro según el azar y desembocan en un sitio que te puede sorprender o violentar. El período de la infancia y adolescencia, junto con los tres años del allendismo, fueron las etapas más libres, creativas y alucinantes de mi vida y la de mis amigos. Entre el 4 de noviembre de 1970 y el 10 de septiembre de 1973, Chile fue uno de los centros mundiales de la libertad; la ciudadela de los sueños y experimentos colectivos. Fue como una mañana refrescante y prometedora.

Para muchos jóvenes el MIR representaba la única vía de ingreso a la política y a las luchas sociales. Jóvenes provenientes de sectores medios y obreros se mezclaban con campesinos, estudiantes, mapuches, intelectuales, artistas, antiguos militantes del trotskismo, miembros de los movimientos

cristianos de izquierda, del sindicalismo clasista y de la bohemia. Había un rasgo que lo hacía aún más atractivo que otras organizaciones de izquierda. EL MIR era dirigido por jóvenes y eso impresionaba. En 1968 la mayoría de los miembros de las direcciones nacionales y regionales no tenía más de veinticuatro años. Si los mirabas en las fotografías o los veías en las marchas, su juventud se transformaba en un imán para quienes teníamos menos de veinte años. En todos existía una postura de valentía que comunicaban con la mímica de sus cuerpos. “No le tememos a la historia”, parecían decir con sus gestos. Sugerían una estética, una ética y una política. Se vestían con parkas, chaquetones azules, *jeans*, pantalones de cotelé oscuros y bototos. Hablaban sin afectación, pero con identidad. Cientos de muchachos nos sentiríamos atraídos por esa energía desplegada en las calles de Santiago.

¿Qué haría si todo ocurriera de nuevo? Frente a esta pregunta perversa e idiota, mi respuesta llana es que mis amigos, mis amores y mis sueños van juntos y siguen latentes en el tiempo. Las tragedias históricas no se borran.

No sé qué me salvó de la muerte, del miedo, del agobio, del dolor. No sé que me salvó de la cobardía. Le tenía terror a la cobardía, palabra amplia y sin acotamientos.

El problema de ser sobreviviente es que te vuelves sospechoso e incómodo. Al que sobrevive al desastre, al naufragio, al accidente, se lo supone portador de un secreto que otros no conocieron y que le permitió salir vivo. Hay ocasiones en que esa sospecha se vuelve una agresión y dan ganas de preguntar si te preferirían muerto. Vivir cuando otros no lo lograron es cruel, especialmente porque ellos constituían tu territorio generacional. Con sus muertes se estrecha el horizonte del diálogo y se empobrecen las tramas de la existencia. Estamos vivos por azar y queda la opción de sucumbir a la tristeza y los recuerdos o la de seguir viviendo sin olvidar.

“Ahora escribo para no olvidar”, agrega Gonzalo en la página del borrador. “Es el acto mecánico de la escritura, del dibujo de las letras en las cuartillas blancas el que esculpe las palabras y los momentos”.

No simplifico ni trivializo a quienes quisieron triturar las esperanzas de una parte de mi generación; sé que dentro del cosmos de diferencias que nos divide hay una simple y decisiva que nos separará hasta la eternidad: jamás les habríamos hecho lo que hicieron con nosotros. Mi forma de pensar en ellos no proviene del odio, sino de la distancia ética y la repugnancia física que no borran la imagen de cuerpos colgados en una especie de carnicería humana. Nuestros amigos lanzados al mar o a cráteres de volcanes, dinamitados o enterrados en lugares anónimos, no reclaman venganza sino memoria.

Aunque cada generación lo quiera creer nada garantiza que el horror no volverá. Las tragedias sociales no sólo pueden repetirse años o décadas más tarde. Pueden ser peores. La humanidad no fue la misma después de Auschwitz. Chile jamás será el mismo después de Villa Grimaldi, Tejas Verdes, José

Domingo Cañas 1367 o Londres 38.

Con sentimientos contradictorios a veces pienso en Marcia Merino, *La Flaca Alejandra*. Ella cayó en manos de la Dirección Nacional de Informaciones (DINA), y delató a sus antiguos compañeros. Antes de ese tiempo había compartido el espíritu de una época.

Relee el primer capítulo de *Mi verdad: Más allá del horror, yo acuso*, el libro escrito por La Flaca.

Como siempre tuve gran sensibilidad social, un nuevo mundo apareció frente a mí. Era la inquietud, la rebeldía, la inteligencia, la entrega total, la honestidad y el compromiso. Todo eso significó para mí el MIR, sus dirigentes y hasta el último de sus militantes. Era el gran intento histórico de transformar la sociedad y hacerla justa.

Se convence de que este párrafo es el que más le recuerda a La Flaca de fines de los años sesenta. Es el fragmento de un autorretrato. Decide incluirlo en el texto.

No la juzgo. Conozco el horror, pero prefiero a esa Flaca que vi por primera vez una tarde de invierno en la sede del sindicato de obreros metalúrgicos de Avenida Santa Rosa. Aún guardo en la memoria su hermosa voz acompañada por la guitarra de Benancio, caricaturista de la editorial Quimantú a quien perderíamos el mismo día 11. Sé que el gesto de ella no fue mínimo cuando contradijo las declaraciones de Manuel Contreras. El hombre que dirigió la DINA entre 1974 y 1977 había sostenido que en Chile no existían detenidos desaparecidos. En su libro, La Flaca dio fe de la desaparición de sus compañeros entre los años 1974 y 1975.

Como sea, ella es parte de nuestra historia, así como otros de los que me cuesta hablar. Ninguno quiso sucumbir ante las puertas del infierno. Sé que hubo unos tantos que cruzaron todas las líneas morales y rompieron los lazos que nos habían unido. De ellos no me acuerdo. Los que aún conservo en mi biografía son los que, por miedo o dolor, dijeron algo que produjo daño. Pronto, o quizás muy tarde, se arrepintieron y retomaron sus vidas.

Pienso en Humberto Menanteaux. Humberto era moreno, crespo, enjuto. Parecía un beduino del desierto; constantemente acariciaba sus bigotes frondosos que no calzaban con su apariencia juvenil. Estudiaba Bellas Artes y era de los pocos que hablaba de estética. En el verano de 1972 nos juntábamos casi todas las mañanas a tomar desayuno en la casa de Carmen Gloria, cerca de la plaza Egaña. Con Dago, Igor Cantillana, Humberto y un grupo de estudiantes de la Escuela de Veterinaria de la Universidad de Chile, estábamos organizando la estructura estudiantil del MIR para el nuevo período.

En diciembre de 1974 Humberto fue detenido por agentes de la DINA y el 19 de febrero del año siguiente habló por cadena nacional de televisión junto a Cristián Mallol, Héctor González y Hernán Carrasco. Todos eran dirigentes regionales del MIR. En su declaración instaban a los militantes del partido a deponer las armas. No sé cuáles fueron sus motivos íntimos para hacerlo, tampoco sé por lo que estaban pasando.

A fines de septiembre de 1975 tres de ellos fueron liberados. Humberto y Hernán retomaron el contacto con la Dirección del partido e informaron detalladamente lo que ocurría en la DINA. No justificaron lo que habían hecho. En noviembre la correspondencia con el partido fue detectada en un allanamiento y nuevamente fueron detenidos por los agentes de Contreras. Sus cuerpos aparecieron destrozado en un cerro de Buin, a principios de diciembre.

¿Cómo juzgar a quienes después de conocer la bestialidad deciden retomar su compromiso? Estoy seguro de que cuando Humberto envió la carta a la Dirección sabía de los riesgos. Lo imagino tranquilo y sereno frente a la muerte.

Hay imágenes a las que me aferré en momentos en que el miedo, la tristeza o la soledad me estrangulaban. Eran proyecciones de la memoria que venían a tenderme una mano para que diera un paso más, a pesar del cansancio que diluía mis huesos. Me aferraba al recuerdo de La Peko, militante de mi estructura política. Si hubo una mujer que podía devorarte simbólicamente y en pocos segundos con arte y hablándote de arte, era ella. Primero miraba, luego lanzaba un dardo de esos que paralizan la cabeza. Recién entonces te dabas cuenta de quién era. La Peko llevaba la década metida en el corazón, se defendía con más humor que convicción y sus frases siempre nos descolocaban.

—¿Tú sabías que Trotsky estaba enamorado de la Frida Kahlo? Hasta ahí quedó tu constructor del Ejército Rojo. Quedó bastante claro cuando André Bretón se reunió con Diego Rivera, la Frida y Trotsky en la casita azul de Coyoacán para lanzar el último manifiesto de unas vanguardias sin retaguardia, poco antes de que a los alemanes se les ocurriera mandarse el segundo numerito del siglo. También recuerda que Stalin y Hitler invadieron juntos Polonia. Entonces no me digas que la historia es simple. Y no te olvides que Trotsky reprimió a los marineros anarquistas cuando recién se iniciaba el experimento soviético.

Quedabas perplejo, pero nunca estabas seguro si hablaba porque estaba convencida o porque quería convencerte. Su límite entre lo serio y semiserio era difuso. Cuando ella hablaba un universo paralelo invadía tu universo racional y te atrapaba. Hacia fines de 1974, La Peko se defendió de una captura con una pistola calibre 32. Su compañero estudiaba Ingeniería en la Universidad Técnica del Estado. Inundado por una nostalgia solitaria y sobria

sería detenido y desaparecido a mediados de 1975.

También me refugié en la imagen de Mario Díaz, ese enano que en la década de los cincuenta escribía textos para el embajador de Chile en Francia. El Chico Díaz y El Perro Olivares formaron un dúo reconocible en París. Se los podía ver enamorando a una peruana, organizando un pequeño seminario en La Sorbona sobre el general Perón y el destino de América Latina o dando charlas sobre periodismo latinoamericano. Augusto Olivares se suicidó en La Moneda el día del golpe. El Chico murió el 14 de agosto de 1985, a la entrada del edificio de su modesto departamento de la calle Maipú, en Buenos Aires. Ahí se acabó lo que él denominaba “esta puta vida”. Su corazón estaba demasiado gastado como para seguir trabajando. Pero su muerte comenzó a cabalgar mucho antes, cuando se hizo cierta e inevitable la división del MIR. Se sintió agobiado por la crisis, salió de Buenos Aires, viajó a Centroamérica y Venezuela y no paró de maltratarse. Los viejos saben que la división pocas veces suma.

Desde fines de los años setenta, Mario Díaz había empacado su Olivetti para escribir como si él mismo fuera una pluma. Estuvo en medio de la revolución nicaragüense y describió la historia de los primeros dos años del sandinismo; luego aterrizaría en México, en casa de Nieve. Allí volvió a escribir, esta vez como director, editor y periodista de la revista *Punto Final Internacional*, uno de los órganos de difusión del pensamiento mirista. Se apropió de una parte de la casa de Nieve y entre los dos desarrollaron una amistad afectuosa aunque difícil. Ella dirigía una editorial que en los años sesenta y setenta se transformó en el espacio de diálogo de los intelectuales y revolucionarios de América Latina. Los textos editados por Nieve repletaban los estantes de los muchachos y muchachas radicales de América del Sur. Los libros de economía de Mandel, la voluminosa biografía de Trotsky de Isaac Deutscher y las *Obras escogidas del Che* son parte del universo intelectual colectivo que se fraguó en miles de páginas.

El Chico se las ingeniaba para publicar, distribuir y mantener *Punto Final Internacional*. Era capaz de escribir tres artículos con nombres distintos y pedirles al Oso y a su compañera, La Osa, que escribieran otros tantos. Por las páginas de la revista circulaban textos de política y economía, entrevistas y crónicas. Existía un pacto de colaboración e intercambio con los Cuadernos de CIDAMO, dirigidos por Ruy Mauro Marini. Esta publicación analizaba la transformación de la economía mundial y su impacto en los perfiles del nuevo movimiento obrero *posfordista*, como decía Ruy en *portuñol*.

En 1980 viajé a Managua a participar en el primer aniversario de la Revolución sandinista. Al regresar a Ciudad de México, El Chico, El Pepone y Paloma me esperaban en el aeropuerto. Compramos tacos, cervezas y tequila y nos fuimos a una casa del cerro de La Ajusco, junto a un grupo de amigos mexicanos, entre los que estaban Manuel López Mateo y El Feña. Avanzada la comida, la bebida, las canciones y las anécdotas, a los mexicanos se les ocurrió

jugar a la Tabla Guija. Querían llamar al espíritu de Emiliano Zapata. Entre risas nerviosas y estridentes y miradas expectantes, el juego siguió hasta que se cortó la luz. Hubo un silencio aterrador. El Chico fue a buscar una vela; necesitaba iluminar la sala para escribir un pequeño relato que narrara el encuentro con el espíritu de Zapata.

—Muy humanos estos revolucionarios. Hasta creen en los espíritus —dijo con ironía mientras iniciaba la escritura del texto.

Recuerdo la última vez que lo vi. Ese día me contó una anécdota de uno de sus viajes a Nicaragua, mientras alojaba en un elegante hotel de Managua junto a un periodista de la democracia cristiana venezolana. El enano le habló al acartonado periodista.

—Este lugar está lleno de micrófonos. Si tomo este florero y digo ‘manden dos mojitos’, sin lugar a revolucionaria duda los mojitos llegarán.

Pasaron algunos minutos, tocaron a la puerta y apareció un mozo moreno, sospechosamente atlético, con una gigantesca y cínica sonrisa.

—Señor, los mojitos...la próxima vez use el teléfono.

Esta historia nos hizo reír como lo hacíamos antes, aunque ya nada era como antes. El ruido en tonos graves de la división, la espera de los ornamentos construidos en lógicas rudas, y los alejamientos afectivos se desplegaban como un cambio de clima en el mirismo.

La última tarde

La mañana del lunes 10 de septiembre el Chico Matías pasó a buscarme en su citroneta. En el trayecto no hablamos de grandes planes para el futuro. Veíamos que el destino de los tres últimos años de la Unidad Popular se cristalizaba frente a nuestras narices. Nos dirigimos a la casa de Dagoberto, a una reunión del Secretariado del Regional Santiago. No discutimos temas globales ni intentamos definir grandes políticas. Nos preocupaban las condiciones de coordinación y seguridad de los Grupos Políticos Militares. Los GPM eran las unidades en que estaba organizado el MIR en Santiago. Cada zona o grupo de militantes estaba asociado a un GPM. El 1 tenía como centro San Miguel; el 2, Vicuña Mackenna; el 3, Macul; el 4, Cerrillos; el 5, agrupaba al movimiento estudiantil; el 6, a los sectores campesinos de los alrededores de la capital; el 7, a los profesionales y sectores medios; el 8 y el 9, a la gigantesca zona norte, y el 10 al periódico *El Rebelde* y la radio *Nacional*.

Nos preocupaba que las diversas comisiones, entre ellas la sindical, la estudiantil y la de informaciones y comunicaciones, se mantuvieran articuladas y en funcionamiento. Para el intento de golpe del 29 de junio se nos había hecho evidente que las primeras cuarenta y ocho horas definirían la evolución de una iniciativa *puchista* y esto iba a depender, antes que nada, de la capacidad de movilización del allendismo en la capital. También percibíamos el deterioro de la capacidad de respuesta social a lo que ya parecía inevitable. Este cuadro situaba la resistencia en los partidos de izquierda, pero todos sabíamos que con esas fuerzas no bastaba.

Cerca de las siete de la tarde nos juntamos en el departamento de Juancho, en Avenida Grecia, casi al frente de la antigua piscina Mundt. Nos apretujábamos en una pequeña habitación, en un ambiente cargado de bromas e ironías. Veo las imágenes de ese instante como el último capítulo de otro libro, como si a partir del día siguiente, absolutamente todo se hubiese torcido. No se trata de dos momentos, sino de dos mundos. De los nueve que llegamos a ese departamento sólo tres estamos vivos.

Los últimos tres meses habían sido agotadores. Nos preparábamos para

enfrentar el día que sabíamos irrevocable aunque no conocíamos la fecha exacta. Dormíamos donde nos sorprendía la última reunión, comíamos mal, nos quedaba poco tiempo para ver a la familia y a los amigos. Septiembre se intuía devorador. Las fábricas eran allanadas y la prensa de derecha desplegaba un lenguaje golpista y odioso. Las personas y las calles exudaban desconcierto. El complot contra Allende ya estaba en marcha.

Tiene a mano algunos documentos desclasificados por el gobierno norteamericano. Busca el cable fechado el sábado 8 de septiembre de 1973. Esa mañana Henry Hecksher, jefe de la estación de la CIA en Santiago, enviaba un informe urgente a Langley, Virginia, cuartel general de la CIA. En el documento advertía que la Armada chilena tenía previsto iniciar el golpe a las 8.30 del 10 de septiembre y que la Fuerza Aérea estaba dispuesta a apoyar la operación. Henry Kissinger, consejero de seguridad nacional del Presidente Nixon, se enteraría del contenido el mismo sábado, cerca del mediodía: “¡Por fin va haber golpe en Chile!”, se le escuchó decir.

Gonzalo relee parte de la documentación; es la información fragmentada de un drama, cuando aún nada era definitivo. Toma algunas notas; cree que tal vez sirvan para complementar el capítulo del complot. Escribe: “Una vez que los funcionarios de la CIA descodificaron el informe, tuvieron claro que la decisión de impedir que Allende terminara su mandato iba en serio. Sabían de las vacilaciones Pinochet y de las urgencias de Gustavo Leigh y José Toribio Merino. Los analistas consignaban que la oficialidad de Carabineros terminaría por adherir al golpe. El texto señalaba que el Presidente vivía el momento más difícil de su mandato y que su margen de maniobra se reducía aceleradamente. Para descomprimir esta amenaza, Allende debía adoptar una medida urgente el 8 o el 9 de septiembre. El 10 enfrentaría un ultimátum. Grupos civiles de extrema derecha tenían planes para actuar desde el día lunes. Atacarían las radios y las sedes de la prensa de izquierda, y actuarían en contra de periodistas y líderes políticos y sindicales. Además estaban dispuestos a movilizar a sus partidarios hacia el centro de Santiago con el fin de provocar un estado de confusión”.

Pasada las ocho de la noche Salvador Allende se dirigía a su residencia para reunirse con su asesor Augusto Olivares, Orlando Letelier, ministro de Defensa, y Carlos Briones, ministro del Interior. Una hora después, militantes de los aparatos de información del MIR y del Partido Socialista detectaban por diferentes vías que tropas del Ejército se desplazaban desde Los Andes hacia Santiago, y que tanto en la Escuela de Infantería de San Bernardo como en la Escuela de Paracaidismo y Fuerzas Especiales de Colina se estaban llevando a cabo acelerados preparativos de combate.

A la medianoche llamé a un teléfono-buzón que repartía mensajes a los

miembros del Secretariado. Escuché el recado dejado por el Dago: “Se aceleró la crisis, lo más probable es que el golpe sea esta semana”. Pensé que varias veces habíamos recibido avisos semejantes, pero también recordé que en la última reunión con los miembros del Secretariado, Miguel había concluido su intervención con una frase definitiva.

—Se cerró el experimento. Estamos al final de este período.

Fue ese lunes por la noche cuando resolví decir a Josefina que era mejor terminar para retomar la amistad donde había quedado. Entre dudas y culpas, le pedí que nos quedáramos en el viejo hotel de la calle Lira. Entramos alrededor de la una de la madrugada. Era una casa con goteras, camas crujientes, adornada con cuadros de mal gusto y atendida por mujeres con sonrisas santurronas y miradas cómplices.

A esa misma hora El Tano, segundo responsable del trabajo político con los sectores democráticos de las Fuerzas Armadas, elaboraba un cuadro más riguroso de la situación. Ni él ni los militantes de la estructura de información y análisis del MIR estaban seguros de cuál sería la respuesta de Carabineros. También tenían dudas sobre la capacidad de acción y coordinación con las unidades militares que aún no habían sido detectadas. Al igual que el resto de los miembros de la Dirección, percibían que desde el Tancazo del 29 de junio se venía produciendo el repliegue y la desmovilización de las fuerzas que habían parado la asonada en las calles de Santiago.

Nos tendimos vestidos sobre la cama. Exhalando nubes de humo reconstruíamos una y otra vez las razones de nuestra planificada ruptura. Como los instintos pueden más que la lógica nos fuimos desnudando y nos comprimimos con desesperación, como dos niños tímidos que buscan protegerse. Despertamos al alba y pedimos los desabridos desayunos que ya conocíamos: dos tazas amarillas de café instantáneo, dos pequeñas botellas de jugos *Watts* y cuatro tostadas con una mancha de margarina que no llegaba a los bordes.

En otro sector de Santiago, a las 5.45 de esa mañana, Felipe se contactaba telefónicamente con un enlace de Miguel para confirmarle que la Escuadra había abandonado la operación Unitas. Los hombres de la Armada estaban de regreso en Valparaíso y un contingente de infantería de marina y marinería controlaba la ciudad.

Felipe trabajaba con El Tano.

Pasadas las siete de la mañana aún continuábamos en el hotel. Mientras, a 516 kilómetros al sur de Santiago, en la base aérea de Concepción, se ajustaba la conspiración. El comandante del Grupo 7, capitán Mario López Tobar, nombre de combate *Libra*, daba una orden a los pilotos de cuatro Hawker Hunter. Los hombres encendieron los motores y se prepararon para despegar. Debían bombardear La Moneda y hostigar el posible

desplazamiento de fuerzas leales al presidente. Despegaban desde Concepción porque no confiaban en el personal de tierra de las unidades aéreas de la capital.

A las 7.20 Allende llegaba a La Moneda con información confusa sobre el movimiento de tropas. Estaba confirmado el alzamiento de la Armada, pero también podía tratarse de un hecho aislado. Él y su escolta sabían que ingresaban al preámbulo de la batalla. Al entrar en el palacio presidencial, Salvador Allende asumía el riesgo de quedar aislado de los comandos comunales de trabajadores y de los obreros y militantes de izquierda que circulaban por los barrios obreros y la zona de los cordones industriales. Se trataba de una decisión republicana y constitucional. No podía sino tener claro que sería cercado y sometido a un duro ataque que sólo podría evitar con su rendición.

En la ducha apenas nos hablamos, como si no quisiéramos elaborar ningún diálogo que debilitara la decisión. Nos retiramos en puntillas y cuando estábamos por subir al Austin Mini, una de las mujeres salió corriendo desde el hotel. Con un gesto chistoso agitó el reloj que Josefina había olvidado en el baño. Ella se lo acomodó apresuradamente y abrió la puerta del auto sin mirarme. Siempre recuerdo ese antiguo reloj café como el último intento por detener el tiempo.

El tiempo es más una sustancia que una secuencia, pero tiene quiebres, discontinuidades. Entre la noche del lunes 10 y la mañana del martes 11, el universo giró en otra dirección y Chile cambió de alma y de piel.

La gente caminaba rápido en busca de algún transporte público que la aproximara a sus trabajos. La calle estaba dominada por los azules marino, grises y cafés de las ropas de aquel invierno que terminaba. Salpicaban los colores de las camisas floreadas con grandes y largos cuellos usadas el verano anterior. La pesada bruma transformaba en fantasmas los rápidos movimientos de quienes habían salido de sus casas antes de las siete de la mañana. En el ambiente flotaba una sensación de fractura; el ruido iba creciendo poco a poco. Al doblar hacia la calle Carmen nos topamos de frente con un grupo de policías excesivamente armados y nerviosos, quizás más nerviosos que armados. Fue el primer momento en que nos miramos con Josefina. Un par de cuadras más allá, un muchacho flaco, vestido con ropa de mezclilla y abrigado con un gorro de lana azul, sintonizaba una pequeña radio que apretaba contra su oreja. Instintivamente, ella detuvo el auto y bajó el vidrio con premura.

—¿Qué pasa? —le preguntó con una voz que no le conocía.

El muchacho nos miró con vacilación y respondió casi a gritos.

—Es el golpe, es el golpe...

El golpe era una amenaza latente. El allendismo había llegado al gobierno y ocupado los principales cargos y funciones del Poder Ejecutivo, pero nunca había tenido el poder. El poder siguió donde siempre: con los

grandes empresarios, con la derecha política, con la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, con el diario El Mercurio.

Al escuchar el anuncio sentí que se abría un oscuro forado en el aire desde donde caían muchos clamores. La distancia entre nuestros cuerpos estaba mediada por un nuevo campo que nos atrapaba. Me bajé del auto, arrebaté la radio al muchacho y escuché por primera vez esas voces impostadas, esas frases mal hechas que rezumaban odio. El militar repetía tediosa y horriblemente la proclama de la Junta Militar. Yo deseaba que esas órdenes sólo existieran en el aparato y que la frecuencia radial fuera un ámbito distinto de la realidad.

—Huachito, Gaspar, flaco —escuché decir a Josefina. Sus gritos se desplazaban como ondas en cámara lenta.

No recuerdo cómo subí al auto ni la mirada que nos dimos. Nos abrazamos fuerte, con la sospecha de que ingresábamos a una zona oscura y que nada sería igual. Era una sensación que nacía en el estómago, que no tenía justificación en conceptos, sino en las imágenes de lo desconocido. En un intento por alargar el tiempo, nos fuimos lentamente hasta mi casa. Todavía no eran las nueve de la mañana. En otras emisoras se oía la voz de Allende. Esa voz clara y modulada; ese tono cultivado en los inicios de la década del treinta.

En ese bando se insta a renunciar al Presidente de la República. No lo haré. Notifico ante el país la actitud increíble de soldados que faltan a su palabra y a sus compromisos. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile en su prestigio, en su tradición, en sus normas jurídicas, en su constitución. Señalo mi voluntad de resistir, con lo que sea, a costa de mi vida, para que quede la lección, que coloque ante la ignominia y la historia a los que tienen la fuerza y no la razón. En este instante señalo como una actitud digna que aquí está junto a mí el director titular de Carabineros, general José María Sepúlveda. Y que en este instante los aviones pasan sobre La Moneda, seguramente la van a ametrallar, nosotros estamos serenos y tranquilos. El holocausto nuestro marcará la infamia de los que traicionan la patria y al pueblo.

Nos despedimos intuyendo que nuestra ruptura era insignificante ante las noticias radiales, aunque seguía siendo nuestro pequeño drama.

No había llegado a mi casa en muchos días. Al entrar, me pareció que las maderas del piso crujían más que otras veces, que mi cuarto quedaba más lejos de la puerta de entrada y que los vidrios de las ventanas estaban muy sucios. Me sentí en medio de una liturgia, como si cada movimiento hubiese sido obsesivamente ensayado en otras vidas. Escuchaba el sonido de mi respiración opacado sólo por el compás del gran reloj del comedor. Temía tomar el maletín tantas veces preparado con la ropa, los papeles de emergencia y el arma.

Evoqué la historia del maletín, del encantamiento que me produjo cuando lo vi la noche del 24 de diciembre de 1971, un día después del nacimiento de mi hijo. Era un regalo de Bautista van Schouwen, enviado junto a una hermosa carta para Alejandra, la madre del Patito.

Sabía que me estaba despidiendo del lugar, de sus viejos olores de casona antigua, del canario, de mi biblioteca, del retrato del Che que estaba colgado junto al de Marilyn. De Alejandra, del Patito. De ese instante, ubicado entre mi niñez y mi adolescencia, que me gestó como mirista.

Con Alejandra habíamos compartido la niñez, el barrio, las carreras en patines y bicicleta y nos habíamos casado al terminar los dieciséis años. De todas las rupturas de ese día y de las que vendrían, el abrazo con mi hijo fue un momento desgarrador. Lo olí como un animal que abandona su madriguera y desea conservar todas las huellas que lo acompañarán en su camino. Se parecía inmensamente a mí. Era flaco, orejón, con la mirada puesta en otro lugar aunque cuando reía lo hacía en cascada. En un juego del tiempo podríamos haber sido gemelos.

No quería que fuese cierto lo que estaba sucediendo. Me negaba a atender el teléfono que no paraba de sonar. Esa mañana me duché por segunda vez, en un intento por exorcizar mi cuerpo de malos presentimientos. Me vestí lentamente y salí caminando sin ritmo.

En la calle me encontré con una parte de mi biografía. Lo vi venir con su andar pausado, vestía su gastado mameluco y su gorro tipo bolchevique. Don Clotario me deseó suerte con su voz calmada y tierna.

Abre Antihistoria de un luchador, el libro que Mónica Echeverría escribió en 1993 sobre la vida de Clotario Blest. Va hasta la página donde se relata mañana del 11. El párrafo está subrayado y hay algunas notas en el margen de la hoja. Le impresiona la ternura y la convicción con la que el viejo sindicalista caminó hacia La Moneda. No quería dejar solo a Allende. Piensa que hay desmesura en el acto, pero también una fuerza conmovedora. Esa postura frente al riesgo se fraguó entre algunos hombres desde 1930.

Al escuchar las noticias sospeché que algo grave sucedía y que mi deber era estar junto al Presidente dándole mi apoyo. Me dirigí entonces a la casa de gobierno. Me crucé con mucha gente que apresuradamente regresaba a sus hogares y con patrullas militares por todos lados. Dos cuadras antes de llegar a mi destino, un comerciante que bajaba la cortina de su negocio, me dijo: “Don Clotario por favor, escóndase aquí, pues más adelante lo van a matar”. Yo continué mi marcha, pero casi frente a La Moneda una patrulla me atajó y me ordenó imperativamente regresar a mi casa.

Tuve ganas de protegerlo, pero me di cuenta de que el miedo sólo

pasaba por su lado. Reviví el pánico que sentí una tarde de 1966, cuando me sorprendió husmeando en su ventana. Esa mañana no había ido al colegio y aunque estaba afiebrado, me encaramé a mirar al hombre que veía pasar por mi calle. La mañana del 11 no le pude responder y me alejé sin dejar de mirarlo. Parecía un héroe erguido sobre la vereda. Yo quería dar vuelta pronto la esquina, como si con ese gesto dejara atrás el crujir de la casa, el compás del reloj, la figura del viejo Clota. Transferí telepáticamente su cuidado a Alejandra, a La Fafi y a mi madre. Mi mensaje sería escuchado. Tras es golpe, el viejo almorzaría en la casa de mi madre y sería visitado diariamente por alguien de mi familia.

El 1 de junio de 1990, día de su muerte, redacté una declaración pública. Traté de rendirle un homenaje y contar una historia de cariño. Desenterré la escena de la ventana, su advertencia ante el peligro y la enseñanza sobre riesgos más definitivos: “Su muerte nos resulta particularmente dolorosa, no sólo porque fuera un miembro fundador, sino porque además muchos de los cuadros de nuestra Dirección son tributarios de horas de diálogo y formación entregados en su legendaria casa de Ricardo Santa Cruz...”.

Don Clota se había vinculado ya en los años cincuenta a múltiples grupos que aspiraban a construir la organización de la izquierda revolucionaria. La realización de este sueño se fue gestando, en parte, por su iniciativa y por medio de la creación del Movimiento de Fuerzas Revolucionarias en 1961, integrado básicamente por obreros sindicalizados, el Grupo Libertario liderado por Ernesto Miranda, dirigente nacional de la Central Única de Trabajadores y de la Federación del Cuero y del Calzado, un sector escindido de la Juventud Radical, encabezado por Julio Estuardo, creador del Movimiento Social Progresista, el Partido Obrero Revolucionario y trabajadores sin partido.

Después de intentarlo una y otra vez durante las décadas anteriores, los conjurados superaron sus rencillas, olvidaron sus pequeñas diferencias y en 1965 decidieron crear algo nuevo, con el color negro del anarquismo y el rojo del socialismo. El rojinegro de nuestras modulaciones rápidas.

Selecciona un texto que describe aquel momento.

[...] Al Congreso de fundación del MIR, efectuado en la calle San Francisco N°269, local facilitado por el anarquista Ernesto Miranda, asistieron delegados del PSP, de la VRM, el sector sindicalista encabezado por Clotario Blest y un grupo escindido del PSR liderado por Norma Gamboa y Patricio Figueroa [...] En dicho Congreso se aprobó una declaración de principios, cuyo borrador fue redactado por Luis Vitale, un programa estratégico y coyuntural de lucha, propuesto por Clotario Blest.

Alguna vez vio una fotografía de ese congreso. Era una foto desenfocada

y envejecida, pero que proyectaba un aura. Se pregunta si los hombres que aparecían retratados tuvieron conciencia de lo que más tarde representarían en la historia política y cultural de Chile.

Durante años, alrededor de la mesa del escritorio de don Clotario, escarbamos en esas historias fundacionales. Con inteligencia nos relataba la saga del movimiento obrero chileno y sus sindicatos. Sin odio, hablaba de las persecuciones, de las traiciones de su propio sector, del sufrimiento y de su fortaleza interior. Entre 1968 y 1970 estas conversaciones, que al principio eran sólo una entretención, fueron creciendo hasta convertirse en una rutina indispensable, especialmente para mí y Ernesto. La relación se fue estrechando. Pablo, Pedro, Ernesto, La Lucky y yo lo fuimos queriendo. Con sus relatos y su austeridad, con su mirada y su forma de vivir, se transformó en nuestro caudillo espiritual. Habitualmente nos pedía que le buscáramos textos en las librerías de la calle San Diego.

—Mijo, hay una cosa que quiero consultar. ¿Puede usted averiguar esto...? Perdona... —se disculpaba y te entregaba un papel escrito con una caligrafía equilibrada y antigua.

Los vi a pocas cuadras. Venían en muchos camiones. Vi sus rostros extraviados, sus cuellos cubiertos con pañuelos naranjas. Esta prenda, insólita en el uniforme de los soldados chilenos, dejaba en evidencia el maquillaje de la guerra. La gente se pegaba a los muros y evitaba cruzarse con este grupo de conscriptos desconcertados que se movilizaba hacia el centro de Santiago. Durante largos segundos intercambié miradas con un teniente excesivamente asustado que parecía no querer estar ahí. A medida que me internaba hacia el sur de la ciudad, veía gente deambular. En algunas emisoras la voz de Allende aún desafiaba el desplazamiento militar y el vuelo rasante de aviones y helicópteros.

Una hora más tarde arribé a la casa ubicada en la esquina del paradero 9 $\frac{1}{2}$ de la Gran Avenida. Pude llegar gracias a la buena voluntad de tres automovilistas solidarios, silenciosos, que parecían compartir mi angustia. Subí las escaleras y vi por última vez a Samuel, el compañero de Josefina. Parecía censurarme con la mirada. Tuve la tentación de decirle que habíamos terminado, pero no sabía si ella le había mencionado lo nuestro. Horas después, Samuel moriría en la fábrica de cemento Readymix.

Miguel se encontraba en la industria Indumet con algunos altos dirigentes de los partidos Socialista y Comunista. Desde este lugar llamaría por última vez a Allende para ofrecerle un gesto materialmente descomunal, pero moralmente insoslayable. Esa mañana logró comunicarse con Tati, una de las tres hijas del presidente.

—Tati, hasta ahora podemos intentar sacar al presidente de La Moneda. Si juntamos nuestra fuerza militar con la del PS, aún es posible.

Como se sabe, Allende no aceptó.

—Dile a Miguel que ahora es su momento y el de los compañeros — respondió, lacónico, en medio del combate. Frase que Miguel tendría en los sonidos de su memoria hasta aquel sábado de octubre de 1974.

Entré a la sala. Me pareció que nadie estaba enterado del golpe o que estaban de acuerdo para no mencionármelo. Minutos después me encontré con la sonrisa que había dejado en la página de la noche anterior. Josefina me cercó con su mirada inquisitiva y maternal.

—Creo que te hace falta un café...te ves chistoso tan peinadito. Y nosotros que pensamos que no volveríamos a vernos.

Como si quisiera recalcar el pacto de la ruptura, le mencioné mi encuentro silencioso con Samuel.

Nos reunimos brevemente con El Juancho, El Coño Molina, El Pato y otros compañeros que pertenecían a estructuras centralizadas. El diagnóstico era incierto. El Tano había logrado comunicarse durante la noche con gran parte de los que estábamos alrededor de esa mesa. Cada uno sabía qué hacer. Yo intentaría ubicar al resto de los miembros del Secretariado Regional y a quienes estaban a cargo de los GPM.

Germán, con su sonrisa infantil que llevó hasta el último momento, me planteó la necesidad de capturar algunos vehículos. Con premura, Josefina, Germán, Elisa y yo formamos un cuarteto.

—Salgamos en parejas y reunámonos en un par de horas con los vehículos —propuso Elisa, la compañera de Germán. Él no tenía ni mis culpas ni mis miedos. Junto a su dominicana desafiaba el moralismo guevarista casto y austero que, en la práctica, era sólo austero.

El golpe, Josefina y mis responsabilidades políticas se fueron transformando en un problema gigantesco. Pertenecía a la Dirección Regional y esa condición hacía más complejo mi trance. Necesitaba hablar urgente con Dagoberto Pérez, el encargado del Regional Santiago, pero no lograba comunicarme con él. En ese momento, y sin enterarme, Dago terminaba una reunión con Germán Cortés y Ricardo Ruz, miembros del Secretariado Regional. El grupo de Dago había arribado a una conclusión certera: en los tres meses anteriores la desmoralización se había expandido entre quienes salieron en defensa de Allende el 29 de junio de 1973, cuando un grupo de oficiales del ejército al mando del coronel Roberto Souper, jefe del Regimiento Blindado N° 2 de Santiago, apoyado por militantes del movimiento *ultra* derechista Patria y Libertad, intentó dar un golpe de Estado. El alzamiento fue frustrado por la oposición del Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats, y la movilización de cientos de miles de personas.

Ese operativo puso a prueba la reacción de los cordones industriales y demostró que, en caso de golpe, su definición se jugaría en Santiago Mucho tiempo antes, el MIR había tomado la decisión de enfrentar una insurrección militar junto a todos los partidos que apoyaban a la Unidad Popular. Habíamos elaborado planes de contingencia sobre el supuesto de que los trabajadores saldrían a las calles y que los militantes de izquierda iban a jugarse el pellejo.

Ambas convicciones nacían de la inmensa capacidad de movilización de Allende y del gran arraigo social de la UP. La respuesta contundente e impactante del pueblo de izquierda ante el intento del 29 de junio parecía ratificar estas ideas. Ese día, todos los cordones industriales fueron tomados y casi todas las fábricas de Santiago, Valparaíso, Concepción y Antofagasta fueron controlada por los trabajadores.

Ahora Prats estaba retirado, y la mayor parte del allendismo, abatido.

Con Elisa caminamos varias cuadras hasta llegar a un semáforo. En el trayecto apenas tuvimos tiempo de planificar cómo lo haríamos para procurarnos los autos. Me acerqué a la ventanilla del conductor e intenté impostar una voz metálica. Dije algo que sonó inocentemente suave.

—Este auto queda requisado en nombre del pueblo.

El hombre me miró extrañado; la mujer que lo acompañaba me insultó.

—Perro allendista —gritó ella. Respondí lo único que se me ocurrió en ese instante absurdo.

—Perra será tu abuela.

Mientras intercambiábamos ofensas torpes, Elisa sacó a la mujer del vehículo y yo obligué al conductor a bajarse. Nos fuimos riendo. El auto requisado era un pequeño trofeo que simbolizaba nuestra decisión de resistir.

Debía encontrarme con Dagoberto y no dejaba de hacer conjeturas sobre su paradero.

La ciudad estaba ocupada. Patrullas y controles distribuidos caóticamente vigilaban el gran perímetro comprendido entre Cerrillos, Estación Central, Renca, Conchalí, Macul, Vicuña Mackenna, Santa Rosa y Gran Avenida. El desorden reflejaba la improvisación oculta tras la eficacia de las tropas que rodeaban La Moneda. El cerco a las diversas comunas obreras estaba repleto de brechas por las que aún se podía circular. Pequeños grupos dispersos levantaban barricadas y esperaban el arribo de los destacamentos de izquierda, de los militares democráticos o de quienes estuvieran de su lado. Los que irían apareciendo serían dolorosamente pocos. Radio *Magallanes* era bombardeada por los aviones de la Fuerza Aérea mientras transmitía las últimas palabras del presidente.

Alrededor del mediodía divisamos una columna que marchaba desde el sur de la Gran Avenida. Nos encontramos cara a cara con un grupo de jóvenes socialistas al mando de un querido amigo que, por encima de su tartamudez, demostraba dotes de organizador. Unos y otros pensamos que la columna contraria estaba formada por enemigos. Estuvimos a pocos segundos de enfrentarnos y agregar esa torpeza al horror que vivíamos.

Los planes de la Dirección Regional funcionaron en el aspecto comunicacional y en la coordinación de sus estructuras internas, pero gran parte de los habitantes de los barrios populares, provista de una sabiduría ancestral, se replegó a sus casas. Unos pocos cobijaron en sus hogares a los pequeños grupos que resistían la ofensiva militar. Nos quedamos solos, con gestos mínimos, como el de esa mujer que vi llegar con tazas de café y panes

con mantequilla hasta una barricada en el cordón industrial de Vicuña Mackenna. Era una de esas mujeres que saben hasta dónde se puede estirar la cuerda, con esa sapiencia veterana para olfatear la historia y ese tacto refinado para intuir la evolución de los hechos.

El ruido de los disparos, que provenía de armas de distinto calibre, opacaba cualquier otro tipo de resonancia. Era una especie de descarga permanente. Según la intensidad del sonido podías calcular cuáles eran las zonas de mayor enfrentamiento.

Al fin pude localizar a Dagoberto. A pesar de las dificultades, él había reconstituido un grupo de la Dirección y distribuía responsabilidades por áreas territoriales del gran Santiago. El Loro Matías, otro de los integrantes de la Dirección, se concentró en mantener abiertas las líneas de comunicación, utilizó teléfonos, enlaces en bicicleta y de a pie para indicarnos nuevos puntos de reunión. Racional, como siempre, con mapa en mano, apuntaba las áreas en las cuales se podía actuar y las zonas ocupadas por las fuerzas del nuevo régimen. Nuestro mapa se achicaba mientras que el de la Junta Militar se expandía.

Por la tarde comenzamos a ver cadáveres de fusilados en la Avenida Departamental y en el sector de Vicuña Mackenna, a la altura de la fábrica de pastas Lucchetti. Mi mirada se detuvo frente a un cuerpo. No sé por qué lo elegí. Era un hombre alto, delgado pero con panza, de pelo canoso y corto. Su chaqueta y pantalón limpios y cuidados reflejaban pulcritud. Tenía las manos abiertas, con las palmas hacia arriba; tal vez esperaban la ayuda que nunca llegó. Su pecho estaba convertido en un gran agujero, la sangre se había coagulado en un charco negro y algunas moscas comenzaban a agruparse alrededor de su herida. La muerte y las moscas eran dos actores que coordinaban sus juegos.

La muerte violenta produce en el cuerpo de las víctimas un rictus desencajado. Los ojos pavorosamente abiertos, las manos crispadas y la pose general del cuerpo rompen cualquier armonía y una mueca en la boca enseña que por ahí se arrancó el alma. Lo primero que sentí al verlos fue dolor e impotencia; luego tomé conciencia de que no era yo ni ninguno de los que caminaba conmigo; al final, tuve cierta sospecha de que en un inesperado momento yo ocuparía ese lugar. La mayoría de los transeúntes pasaba sin mirar; sólo observaban de reojo. Alrededor de la escena se congregaban grupos anónimos que, fuera de repetir "pobrecitos", no mencionaban a la muerte que estaba frente a ellos. Si llegaba un extraño, callaban hasta que éste decía algo que permitía reanudar la confianza.

Nunca como esa tarde nos repugnó tanto la vacilación. Teníamos que resistir y defendernos con la convicción de que era justo y digno hacerlo.

Respondimos al fuego. Las balas parecían granizos al caer sobre el techo metálico; su ruido, seco y áspero, apagaba nuestras confusas órdenes. Sentía cómo los pedazos de pavimento y de muro se incrustaban en mi cara. Con

cierta curiosidad me preguntaba cómo podían disparar tanto sin darnos ni una sola vez hasta que comprendí que les pasaba lo mismo que a nosotros. Disparaban sin apuntar. Tal vez el miedo no diferenciaba bandos. Ellos eran parte de una cultura que, al igual que la nuestra, saltaba en fragmentos bajo el asombro de una máquina de violencia. Probablemente en esa patrulla había muchachos de nuestra edad con los que nos habíamos cruzado en la calle, en una fiesta o en un café.

Asistíamos a la ruptura de uno de los mitos recurrentes de la política chilena de las últimas décadas. El carácter institucional de las Fuerzas Armadas estaba quebrado; la República, tantas veces inconclusa y exhausta, volvía a quedar frustrada y, en pocas horas, agobiada por los conflictos que no había podido regular; por las esperanzas que precipitó y no resolvió; por las reformas que esperaron tanto tiempo para impulsarse. Las reformas sólo llegaron en 1964, pero 1964 ya era un poco tarde. Había tanta frustración y cientos de miles de personas exigirían mucho más.

Ahí estábamos, frente a ellos. Ya no eran las Fuerzas Armadas que habíamos conocido en los libros de historia. La tragedia abría un profundo barranco en el concepto de país y de nación, y nos lanzaba a un lugar que, en ningún caso, podría ser parecido al que se estaba desvaneciendo.

De manera torpe nos entrapamos entre dos patrullas militares. Vi a una hermosa compañera disparar hacia uno de los costados de la fábrica Mademsa. Tomó el AKA con inusual elegancia y pudimos romper el cerco hasta llegar a la casa del padre de Jesús. Al vernos, el viejo militante comunista disimuló el reconocimiento. Su esposa no paraba de repetir una frase que nos acongojó.

—Mataron a Allende, asesinaron al presidente. Qué va a ser de nosotros.

La mujer aludía al caudillo muerto, pero sus palabras también invocaban a la figura del padre ausente.

—Sí, señora —le respondía Germán con voz monótona.

Germán parecía ausente, como si no quisiera que le mencionaran la muerte de Allende. Su rostro moreno estaba blanqueado y sus labios secos perdían fluidez al hablar. “Cómo hacemos para responder a todo al mismo tiempo”, parecía pensar.

En la casa, las figuras de los habitantes se mezclaban. La madre de Jesús arrastraba cansinamente los pies, Germán la escabullía. Elisa, con un humor que no resultaba agresivo, intentaba un gesto que la aproximara a lo cotidiano.

—¿Vamos a pintarnos? —le propuso a Josefina, que se resistía a la invitación sobria pero extemporánea.

Los artilugios de Elisa eran básicos, discretos. Delinear una raya en los ojos, poner color a sus mejillas aminoraban en algo su tensión.

Tras varios intentos me comuniqué por teléfono con Bautista, por intermedio de Antonia, su compañera. El Bauchi lanzó una frase definitiva.

—Con todo para adelante. En estas primeras horas hay que impedir que se apoderen de los barrios obreros.

En los giros del destino las razones no se debaten. El lenguaje alude a la amistad, al cariño, a la confianza. Con el tiempo se descubre que importa poco la racionalidad de las palabras, lo que vale es el reconocimiento de ciertos códigos que ponen en movimiento la memoria de una tribu. El Bauchi nos enviaba un mensaje que nacía de sus pasiones más profundas. Lo podía ver al otro lado de la línea, juntando las cejas hacia arriba y con uno de sus puños apretados. Las imágenes se cruzaban en el tiempo. Lo recordé tendido en una cama, en la casa de Flavia, muchos años antes, con esos horrorosos dolores de espalda que lo inmovilizaban durante días. Bautista era formal, ensimismado, pero al momento de responder una pregunta lo hacía con una vorágine inconclusa de reflexiones, como si estuviera pensando para sí mismo o escribiendo un borrador.

Yo tenía quince años cuando me enteré de que era uno de los hombres más buscados por el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Como suele suceder en los procesos fundacionales, en ese tiempo se había tejido una leyenda alrededor de toda la Comisión Política. Bautista, junto con la Dirección que encabezaba Miguel Enríquez, había pasado a la clandestinidad después de que el juez José Cánovas Robles había dictado una orden de aprehensión como resultado del secuestro de Hernán Osses Santa María, director del diario *Las Últimas Noticias de la Tarde* de Concepción. Osses venía desarrollando un ataque sistemático al MIR a través de su medio. La búsqueda se intensificó una vez que el conjunto de la Comisión Política de esa época participó en varios asaltos a sedes bancarias. Al enterarme de la historia tuve una de esas sensaciones que sólo surgen cuando se está abandonando la niñez. Admiré y respeté al Bauchi.

Su análisis y determinación en la tarde del 11 eran comprensibles. Bautista permanecía aislado con otro grupo de la Dirección, manejaba información parcial que caducaba vertiginosamente y no estaba enterado del balance de Miguel. Por medio de varias fuentes, Miguel ya sabía que los golpistas tenían el control casi absoluto del país. Mucho más que por las tropas de Pinochet, Chile era ocupado por el miedo.

A pesar de que compartía emotivamente la reflexión del Bauchi, resultaba claro que el despliegue golpista era imparable. Ni el ejército estaba dividido ni el general Carlos Prats avanzaba desde el sur con tropas leales hacia Santiago. No era la guerra civil de 1891 ni la guerra civil española. Desde el intento de golpe del 29 de junio, la mayor parte de los uniformados democráticos permanecía detenido en diversas unidades. Muchos simpatizantes del MIR, entre suboficiales y algunos oficiales, habían sido apresados y torturados por los servicios de inteligencia.

Un pequeño grupo de militares constitucionalistas se comunicó por segunda vez con El Tano. Entregaban antecedentes, aportaban su análisis y aclaraban que a esa hora era imposible desorganizar o detener el avance de la Junta Militar. Sabían que sus vidas estaban en peligro, que sólo faltaban horas o

días para que los apresaran. Muchos de ellos fueron detectados, degradados y torturados por sus compañeros. Varios murieron fusilados.

Recuerdo que en enero de 1974, El Tano fue sorprendido durante la madrugada en una casa de seguridad de Ñuñoa. Huyó desnudo por los techos, cubierto sólo por una sábana, hasta que consiguió guarecerse en un jardín. A las siete de la mañana fue sorprendido por la empleada de la casa. Antes de que la mujer gritara, salió con ingenio del apuro.

—¡Schuuu!, es que soy el amante de la señora de al lado. Llegó su marido y tuve que esconderme aquí —susurró.

De pronto, apareció la dueña de casa que también quiso gritar. Al recibir la explicación de la empleada, se contuvo y se hizo cómplice del secreto inventado.

—Yo sabía que tenía un amante. No se preocupe, le pasaré ropa de mi marido y dinero para el taxi.

El Tano se transformó en uno de los miristas más perseguidos por el régimen. Con su cuerpo quijotesco escapó varias veces de un acoso implacable hasta que, finalmente, murió en una sesión de tortura. Nunca entregó los nombres de sus compañeros y amigos militares.

Las relaciones del MIR con los sectores democráticos de las Fuerzas Armadas eran antiguas. Dos oficiales y doce suboficiales de la Escuela de Paracaidismo y Fuerzas Especiales habían sido dados de baja el 29 de abril de 1970 por sus vínculos con el partido. El teniente Mario Melo fue uno de los exonerados. Al egresar de la Escuela Militar, El Pelao Melo había recibido el premio especial que cada año otorgaba la embajada norteamericana a los oficiales más prometedores. De ese grupo de soldados saldrían algunos de los primeros escoltas del presidente Allende, cuando el MIR asumió esa responsabilidad en septiembre de 1970.

La mañana del martes 11 Josefina había asumido la coordinación comunicacional de algunas estructuras y sectores por medio de los teléfonos que continuaban funcionando en unas pocas fábricas e industrias. Estos contactos nos permitían configurar una imagen de lo que ocurría en gran parte de Santiago. Obreros y trabajadores nos alimentaban con datos y pedían información. Al escuchar las voces tensas de uno y otro lado, tomábamos conciencia de que la suerte no estaba de nuestra parte.

Como nunca, se hizo evidente uno de nuestros principales errores: no habíamos elaborado una estrategia que nos permitiera trabajar con eficacia al interior de los cuarteles y tampoco habíamos desarrollado una fuerza propia. Todos los partidos habían diseñado su política militar, incluso la antigua derecha. Allende tenía un esquema que, en ocasiones, no era compartido por el Partido Socialista. El gobierno norteamericano manejaba un estilo abierto que mezclaba las declaraciones públicas dirigidas hacia la alta oficialidad, basadas en el anticomunismo de la guerra fría, y un sólido trabajo conspirativo secreto

que luego sería reconocido públicamente por el embajador norteamericano de la época, Nathanael Davis, y por la documentación desclasificada.

Nuestra política hacia las Fuerzas Armadas fue insuficiente. Incluso si se analizaba el trabajo del conjunto de la izquierda, éste se movía entre contradicciones e ingenuidades. El desarrollo de la fuerza propia requería tiempo histórico y recursos, pero ambos factores nos fueron escasos. El MIR y los partidos de la Unidad Popular, contaban con pequeños grupos con formación militar, especialmente el Partido Socialista; una buena organización de políticas de inteligencia e información, y unas milicias populares crecientes, pero desarmadas y con escasa preparación. Fue la asimetría brutal entre un pueblo indefenso y unos militares cohesionados en la decisión del aniquilamiento lo que provocó tantas muertes. Pero hubo un factor más decisivo. La izquierda chilena no comprendió que al asumir Allende, los grupos que siempre habían dirigido el país estaban dispuestos a precipitar una crisis. O se producía una gran transformación democrática o un brutal golpe de Estado. Sólo algunas fracciones del Mapu, de la Izquierda Cristiana y del Partido Comunista, además del MIR en su conjunto, trataron de abarcar en mil días una tarea que ameritaba más tiempo y un gran esfuerzo unitario. No fueron ellos los que provocaron la tragedia. Resultó del odio de quienes no podían aceptar que Allende hubiese arribado a la presidencia de la República.

Al borde de la madrugada del miércoles 12 nuestra capacidad de resistencia vivía una dualidad irónica. Militantes de distinto origen nos reagrupábamos, pero todos teníamos la claridad de que sólo era posible aguantar unas horas más. Con Germán intentábamos organizar una estructura más congruente con retazos de grupos miristas. Decidimos partir a una reunión para conectarnos con otros compañeros de la Dirección. Caminamos con precaución en dirección a Avenida Santa Rosa.

El dolor por la muerte de Allende, por los fusilados en las calles y por los ametrallamientos desde helicópteros en la población La Legua, se condensaba en respiraciones entrecortadas y silenciosas. Las tropas de ocupación actuaban con la lógica de un ejército extranjero. Parecían provenir de otro país, de otra cultura. Semanas después Germán definiría la conducta de los militares.

—Muchas veces fueron así, sólo que no lo sabíamos o no lo queríamos ver.

Los militares venían disparando en todas las direcciones, sin diferenciar entre la población desarmada y quienes combatían. Oíamos cómo la gente lloraba o respondía con gritos desde sus casas: “Asesinos”... “milicos hijos de puta”, gritaban. La metamorfosis del lenguaje representaba la brecha que se abría entre civiles y militares. Con los años, la palabra asesino o milico tendría una carga emocional entre quienes las pronunciaban: “Vienen los milicos”, “están los milicos”, “ese tipo parece un milico”, son frases que remitirían al

peligro, al contacto con un mundo irracional.

Nos encaminamos a la Ciudad del Niño, un orfanato ubicado en el paradero 17 de la Gran Avenida. Cuando llegamos se había precipitado un enfrentamiento entre quienes nos esperaban y algunas patrullas militares. La acción se vivió como una muestra tardía de que era posible parar el avasallamiento. Fue una sensación pasajera; la asimetría estratégica era descomunal. Lo que hacían los muchachos de izquierda era, más que nada, un combate moral.

Durante toda la noche nos estuvimos desplazando entre Avenida Vicuña Mackenna y Avenida Santa Rosa, hasta llegar a la fábrica de cemento Readymix. Al amanecer, recordé el día anterior, la noche en el hotel, nuestros cuerpos, la pasión mezclada con una torpe ternura.

¿Cuánto tiempo había pasado?

No lograba entender qué mutación había brotado de las entrañas de la ciudad. Supe que mi casa había sido allanada. Necesitaba saber cómo estaban mi madre, Alejandra, mi hijo. El café que tomamos en aquella fábrica me pareció más amargo de lo habitual. Me sentía atrapado en presunciones siniestras. ¿Dónde estaría Miguel?, ¿por qué Dago no llegó al último contacto?, ¿qué sería de don Clotario? Las preguntas se sucedían. ¿Qué sería de los cubanos de la embajada?, ¿qué haremos mañana? Mañana no existía. Lo que vivíamos era un extenso y prolongado ahora. El olor metálico del cemento, seco, agrio, me sugería el hedor de la muerte. Sentía una obsesión por el tiempo, por la existencia de una dimensión que jamás había percibido con tanta fuerza. Era una dimensión que provenía del transcurrir, del fluir de eventos alargados que habían comenzado con el bombardeo a La Moneda y alteraban la vida cotidiana, los gestos, las sensaciones.

—Tenemos que replegarnos. No hay condiciones logísticas para realizar contenciones. Vámonos a la casa del Abuelo —sugirió Germán.

Casi sin discutir ni examinar ninguna otra posibilidad decidimos separarnos en grupos de dos o tres y fijar cadenas de contacto para las próximas semanas. Al marcharnos telefoneamos a Antonia. Por ella nos enteramos que El Bauchi enviaba las mismas indicaciones. Había que replegarse. En ese momento entendí la importancia de un abrazo, el significado de una mirada, el peso de la palabra suerte. Seguiríamos deseándonos suerte durante todos los años de resistencia. Lo decíamos como quien entrega un amuleto, una clave para volver a verse. De ese grupo de once militantes que estuvimos en la fábrica Readymix sólo cuatro estamos vivos.

Las calles estaban desiertas, las puertas de las casas cerradas. Nunca imaginé que hubiera tantos tarros de basura en una ciudad sin habitantes. A la distancia se podían escuchar pasos y un tumulto de ladridos. De vez en cuando, un visillo de cortina se corría y un par de ojos sin sexo ni edad nos miraba. El cielo amanecía intensamente azul e injustamente hermoso. Reconocer que el 12 de septiembre era un día donde todo giraba en otra dirección, obligaba a configurar un nuevo mapa de la vida en la ciudad, a reinterpretar los gestos, a

observar el avance estético de la primavera. Puede florecer la naturaleza y salir la muerte a jugar.

Nos reencontramos en la casa del Abuelo por segunda vez en menos de veinticuatro horas. Josefina estaba exasperada. No quería que la madre de Jesús insistiera con la muerte de Allende. Las radios transmitían bandos e informaciones oficiales; en la onda corta se escuchaban voces solidarias. Desde Argentina, oí el primera relato de lo que acontecía en “la hermana República de Chile”.

—Este programa especial envía una voz de aliento a las fuerzas que defienden la democracia. Hermanos y amigos chilenos, no están solos. La muerte del doctor Allende es el inicio de la lucha. Estaremos junto a ustedes, tal como lo hizo el Ejército Libertador cuando cruzó la cordillera de Los Andes —decía un nervioso locutor. En este lado sabíamos que nos íbamos quedando cada vez más solos.

Nos dejamos caer en el piso de una habitación. Tratábamos de dormir, pero todos los ruidos nos inquietaban. Abrazados a un arma y tocándonos con las miradas, parecíamos un cuadro surrealista habitado por figuras fragmentadas.

—Dormiremos por turnos de tres horas. Siempre alguien debe permanecer despierto —dije.

No estábamos dispuestos a salir con los brazos en alto para ser fusilados, tampoco teníamos la opción de escapar cada uno por su lado ni menos íbamos a permitir que asesinaran a quienes nos habían cobijado. Esa familia asumió todos los riesgos al abrirnos las puertas de su casa. Jesús, el hijo del Abuelo, entraría clandestino a Chile en 1982 y se haría cargo de la radio *Liberación*. El 15 de diciembre de 1984 moriría acribillado en la calle Santa Elvira.

Me quedé conversando con su padre. Comunista, sólido, maduro, reflexivo, estaba a cargo de conectar a varias células en la comuna de San Miguel. El diálogo con un militante de un partido de izquierda con el que no habíamos tenido buenas relaciones en los tres años anteriores me hizo sentir un respeto que nunca perdí y que se reafirmaría en los calabozos de la Academia de Guerra, en la casa de Londres 38, en diversas ciudades del mundo y durante la clandestinidad.

Las relaciones con el Partido Comunista, especialmente en el período de la Unidad Popular, habían sido difíciles y hostiles. Para muchos comunistas, el MIR representaba la *ultraizquierdapequeñoburguesa*, dicho así, todo junto. Nos aconsejaban leer *El ultra izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* de Lenin. Para nosotros, el PC no era el mismo partido que había fundado Luis Emilio Recabarren; era una corriente del reformismo obrero que había aportado inmensamente a la construcción y desarrollo de los derechos laborales y de las libertades públicas, pero que no se planteaba ni se plantearía jamás el tema de la revolución. Les sugeríamos que leyeran *El estado y la revolución* de Lenin y *El reformismo, enfermedad senil del comunismo*, un texto del alemán Daniel Cohn-Bendit.

El origen de las diferencias estaba en el rechazo intelectual y emotivo que nos provocaba el estalinismo. No se trataba de no valorar el rol que la Unión Soviética podía jugar en los equilibrios mundiales, pero algo muy distinto era considerar a esa burocracia como un paso adelante en el desarrollo de la humanidad y de la inteligencia de la especie. Stalin había fusilado a la gran mayoría de los dirigentes revolucionarios bolcheviques. Eso era historia, pero no podíamos olvidar que los comunistas chilenos estaban entre los pocos que en 1968 habían apoyado la invasión rusa a Checoslovaquia, cuestión que el MIR había rechazado explícitamente.

Con el padre de Jesús sabíamos que ese no era el momento para reflexionar sobre los asuntos que nos habían separado. Se abría un largo período en que deberíamos unir fuerzas y poner nuestras distancias a un lado y atrás, ojalá para siempre. Pero esto no siempre se lograría. En 1976 un grupo minoritario del PC escribiría *La ultraizquierda, caballo de Troya del imperialismo*, un desacertado documento contra el MIR. A pesar de todo, con el correr de los años, los militantes de ambos partidos iríamos estrechando lazos y recuperando la confianza.

Las historias de nuestra historia, los laberintos de nuestras existencias, nos llevaron desde esos primeros días a tener una visión generosa y acogedora de aquello que ligeramente era denominado la izquierda chilena. Si mirabas sus formaciones, comprendías que existía el material humano para fundar un Chile más justo. Quizá por eso mataron a tantos.

Miguel era quien tenía mayor conciencia de la necesidad de proteger nuestras vidas. En la madrugada del jueves 13 nos informamos por diversas vías de su decisión. Todos debíamos pasar a la clandestinidad, sin excepción, y esperar nuevas asignaciones de tareas y responsabilidades. Teníamos que cambiar de aspecto, quemar la documentación del partido, no regresar a nuestras casas y conectar, a través de sistemas seguros, a los miembros del MIR. También debíamos auxiliar a los militantes de izquierda que conociéramos y que estuvieran dispuestos a resistir. Debíamos apoyarlos con recursos, papeles de identificación y casas seguras.

La lógica de su decisión era incuestionable. Lanzar nuestras pequeñas fuerzas para contener el golpe habría sido un acto irracional desde el punto de vista político y estratégico. Pero nuestras emociones no se doblegaban fácilmente al mandato de la razón. Nos pesaban las muertes y el ejemplo de aquellos que habían combatido con Allende en La Moneda. Se decía que Mario Melo había roto el cerco en el centro de Santiago y que otros compañeros, antiguos suboficiales y soldados, habían hostigado hasta el último momento el avance de las tropas. Tiempo después nos enteraríamos que El Pelao había sido capturado el 29 de septiembre de 1973 por una patrulla de la Fuerza Aérea. Pudimos averiguar que había sido lanzado agónico desde un helicóptero.

La orden de Miguel fue desoída por muchos miristas que siguieron

combatiendo, especialmente en las comunas de Maipú, Cerrillos y Talagante, junto a jóvenes del Partido Socialista, del Mapu y de la Izquierda Cristiana.

El viernes 14 me aventuré a caminar por las calles de la Gran Avenida. Me había afeitado los bigotes y las patillas y camuflaba mi aspecto con una corbata azul. En la actitud de la gente intentaba escudriñar el rechazo al golpe, pero sólo observaba cuerpos cansados, miradas que escapaban al contacto y, más que nada, silencio. Todo era diferente. El país era dirigido por una Junta Militar, estábamos en estado de guerra interna, los periódicos ilustraban con fotos y crónicas la tragedia y las delegaciones diplomáticas, voluntariamente o no, comenzaban a abrir las puertas del asilo. Allende estaba muerto y el MIR sumido en la clandestinidad.

¿Dónde estaba el casi millón de santiaguinos que la semana anterior había celebrado el tercer aniversario del triunfo de la Unidad Popular? Intentaba entender la ausencia, pero el repliegue ciudadano me molestaba en la piel. Todos trataban de pasar desapercibidos, incluso los allendistas.

La prensa publicaba el primer comunicado de la Junta Militar y el Bando Nº5 que deponía al gobierno constitucional. Se trataba de textos escritos fuera de la lógica legal; declaraciones de guerra que no podían ocultarse tras la formalidad jurídica. Esas páginas exigían la rendición incondicional de los chilenos que, desde distintas tradiciones, habían intentado construir un país libre y justo.

Aún recuerda esas voces que emergían en medio de la estática y los disparos.

Se advierte a los ciudadanos que cualquier acto de sabotaje, en todo tipo de actividades nacionales, como empresas, fábricas, medios de comunicación o de transporte, etc., será sancionado de la forma más drástica posible, en el lugar mismo del hecho y sin otra limitación que no sea la determinación de las autoridades del caso del o los responsables.

Es deber de la ciudadanía consciente denunciar de forma inmediata a quienes pretendan paralizar las actividades productoras y laborales de cualquier tipo.

Lo vi aproximarse por la Gran Avenida, alrededor de las doce del día. El Reta, nuevo encargado de organización de la Comisión Política, venía sonriendo. Disimulaba su mirismo vestido con un traje café de pésimo gusto. Me apretó fuerte la mano y alargó el saludo.

—¿Cómo están? Supe lo que han hecho, los felicito. Miguel quiere verte, en los próximos días arreglaremos un contacto. Avísale a Josefina que Samuel está muerto. ¿Tienes dinero? —dijo sin dejar de sonreír y sin soltar mi mano. La imagen me resultaba absurda. Reí estúpidamente y respondí con balbuceos.

—Estamos bien...estamos en una casa segura...necesito ver a Matías y llegar lo antes posible a Dago...hay dinero suficiente, pero tenemos problemas de documentación.

En menos de diez cuadras me topé con cinco miristas de traje y corbata y con una compañera de falda, *bleizer* y cartera. Se me ocurrió que todos los que llevaban corbata pertenecían al MIR. Íbamos vestidos con las ropas del pasado, ésas que habíamos abandonado en los armarios para forrarnos en *jeans*, bototos y chaquetones de marino.

Me fui a la casa de Josefina. No lograba reunir la fuerza para contarle lo de Samuel. Me hería ver su ropa, sus libros, sentarme en su sillón. Antes de que El Reta me lo dijera, supe de su muerte por El Bauchi. Samuel había caído mientras protegía la retirada de una parte de la Comisión Política. En esa reunión, Miguel y altos dirigentes del Partido Socialista trataban de coordinar un plan básico de resistencia. El silencio respondía a mi sentido de culpa; creía que le había arrebatado todo lo que su espléndida compañera podía entregarle. Puede que haya sido una infantil vanidad, que no existiera tal hurto y que sólo se tratara de una relación fugaz en medio de una historia vertiginosa. El gran aliado del estrés es la culpa concreta o abstracta.

Prendí el televisor. Las cámaras ingresaban grotescamente al ropero de Allende. Mostraban los abrigos y las decenas de zapatos del presidente; en la cocina, enfocaban los pollos congelados. Todo era exhibido como una prueba acusatoria, como un trofeo de guerra. Existía pornografía en esas imágenes abusivas lanzadas contra la dignidad del presidente y su familia. Los periodistas y militares manoseaban los objetos, los lanzaban de un lugar a otro y reían. Sus gestos expresaban todo el lado cruel y torpe del odio. Esa tarde caí fulminado por el cansancio y el miedo. Me dormí y desperté casi cuarenta y ocho horas después, con la sensación de no haber descansado. Esta fuga involuntaria provocó que muchos de los contactos quedaran abandonados durante cinco días. Después explicaría a Dagoberto que sólo me había quedado dormido.

Pasaban los días y no lograba encontrar el modo de contarle a Josefina que su compañero estaba muerto. Al cuarto día se lo dije. Reaccionó con frialdad; no la movía el rencor, era una mezcla de culpa y reproche. No me habló durante una semana. Nunca me perdoné no habérselo dicho inmediatamente.

Nos fuimos a vivir a un departamento que ella había heredado de un amigo socialista. Era un lugar inseguro pero no teníamos opción. El edificio estaba ubicado a dos cuadras del Ministerio de Defensa, en Avenida Bulnes, a pocos metros de Tarapacá. Los militares que patrullaban la calle nos saludaban y nos aconsejaban que no llegáramos a casa al borde de la hora del toque de queda. Este vínculo me producía vértigo. Tenía la sensación de que aún era posible burlarlos. Fue un sentimiento que duró poco.

Nuevos nombres, nuevos aspectos, nuevos odios. A tres semanas del

golpe nos sentíamos más confiados. La consigna “el MIR no se asila” nació como un código de honor que nadie podía quebrantar.

Los cafés, las plazas, las playas eran los territorios anónimos donde intercambiábamos mensajes en clave. Escondíamos cartas e informes en paquetes de fideos, envases de yogur o revistas con páginas pegadas. Los mensajes se fotografiaban en pequeños formatos, lo que nos obligaba a tomar el doble o el triple de tiempo para leerlos. Gracias a las precauciones que tomábamos lográbamos eludir controles casuales y burlar las *pinzas* callejeras.

Procurábamos reorganizar las estructuras del MIR y reconectar a los compañeros de provincia que se encontraban desvinculados o acosados. En los momentos de intimidad, especialmente con Dagoberto y El Chico Matías, nos atrevíamos a hablar de los pavores, de los riesgos. De los tres, El Dago era el más inflexible para juzgar la conducta temerosa de algunos compañeros. El Chico dejaba abierta la posibilidad para comprender que el miedo de nuestros mejores amigos no sólo era normal sino un rasgo de humanidad. Yo tendía a guardar silencio aunque mis opiniones de fondo derivaban hacia el futuro.

—Cuando todo cambie, cuando por fin ganemos, podremos hablar y nos explicarán por qué se fueron —decía.

Con bastantes contradicciones en el corazón ayudé a dos amigos a ingresar a la embajada argentina.

—No es miedo ni descompromiso —me explicó Marco—. Estoy psicológicamente cansado, pero, más que nada, creo que esto no será breve. Si creyera que mi muerte va a servir a alguien, me muero ahora mismo. Pero tú y yo sabemos que estos procesos son largos. Los brasileños llevan ocho años en lo mismo y la democracia no tiene para cuando. Aquí va a ser peor que en Brasil porque llegamos más lejos; el odio de los militares es proporcional a su miedo de perder el poder.

Antes de partir me regaló su cámara fotográfica. Para él era un artefacto que siempre le había dado suerte. Cuando lo dejé con la persona que lo trasladaría a la embajada tuvo un gesto que me sorprendió.

—Prefiero no despedirme... así nos queda pendiente un abrazo.

Diciembre llegó rápido. Nunca fueron tan amables los textos complejos. Pasaba de uno a otro; de Einstein a Byron, de Cervantes a Galileo. Las leyes de astrofísica me permitían viajar y alejarme de un lugar que me resultaba horroroso. Pedro, que amaba la física y el ajedrez, se quedaba largo rato comentando.

—La manera en que El Pollo argumenta está muy relacionada con estos libros. La física no es fría; tiene poética e incluso humor en su forma de

describir el mundo. EL Pollo refuta los supuestos, la lógica e incluso el uso de los conceptos —comentaba.

Leíamos textos fuera de toda sospecha comprados en la librería de la Universidad de Chile, en pleno centro de Santiago; textos ofrecidos en murmullos a precio de costo por quienes intentaban deshacerse de los autores prohibidos. Los Beatles me disparaban hacia atrás en la máquina del tiempo. A veces, en las noches, oculto bajo las frazadas, escuchaba la grabación del último discurso de Allende. Buscaba pistas ocultas, quería recuperar trozos del pasado cercano, escarbar arqueológicamente en él y levantarlo como defensa ante lo imponderable. Es posible que el cerebro demore bastante tiempo en dibujar los nuevos perfiles de la realidad. Al oír la cinta intentaba consagrar en mi memoria visual y auditiva la imagen de Allende resistiendo en La Moneda. Pensaba que en ese hecho encontraría reservas de fuerza moral para cuando llegara el momento de enfrentarme o de morir. Quería estamparlo en mis neuronas y portarlo en cada instante como un amuleto, como una reserva de energía.

En las situaciones adversas parece haber una mística de la determinación, una alusión a arcanos recuerdos de la especie humana. Cuando los hombres perciben que su conocimiento no les alcanza para enfrentar lo que les toca vivir, reinterpretan las memorias colectivas con nuevas claves y descifran los códigos que las vidas de otros contienen.

Ahora mira por la ventana. Anochece en Buenos Aires. Hace un movimiento con el cuello y la espalda para relajarse. Abre *El profeta desterrado* de Isaac Deutscher en una página cualquiera. Trata de recuperar la sensación que le provocó la primera lectura de ese libro que narra el exilio de Trotsky y su posterior asesinato en México. El ejemplar se lo regaló Edgardo Enríquez en 1972.

Cree que debe rehacer todo el párrafo que explica la vertiente trotskista del MIR, pero no está muy seguro de que sea necesario hacerlo. Se convence de que el MIR no puede ser encapsulado ni en el trotskismo ni en el leninismo ni en el guevarismo. Hojea el manuscrito y descubre que nunca escribió ese párrafo. Sólo lo imaginó. Ahora repasa mentalmente el documento *Respuesta a los compañeros de la colonia Valparaíso* escrito por Miguel en 1974. Se trataba de una demoledora reflexión en la que el secretario general del MIR rebatía los argumentos de un grupo de militantes que, desde las posiciones del trotskismo chileno, criticaba las políticas desarrolladas durante el período de la Unidad Popular.

El documento revelaba un pensamiento propio, no tributario de ningún autor, actor o teórico de la izquierda mundial. Su autor tensionaba razones, urdía modelos analíticos, elaboraba conceptos a la medida de los acontecimientos y respetaba las críticas, aunque no hacía concesiones que pudieran generar confusión. Gonzalo lo leyó por primera vez en una gira que

realizó por Europa, parte de Asia y África junto a Andrés. La Carmen le había contado que Miguel se lo dictó de una vez, durante una noche, con escasa documentación a la mano. Esas hojas estaban escritas para el futuro, para otros jóvenes.

¿Por qué responder tan exhaustivamente una carta de un grupo de militantes dirigida al Comité Central? ¿Por qué hacerlo si sabía que su respuesta no tendría gran difusión?, se pregunta. Cree intuir la respuesta. Piensa que al redactarlo, Miguel se propuso hacer un balance global al vincular la genética del MIR con sus parentescos próximos y lejanos: los revolucionarios rusos, los bolcheviques históricos, los seguidores de Rosa de Luxemburgo, los antifascistas italianos y franceses, los judíos del gueto de Varsovia, los brasileños que luchaban contra la dictadura de su país, los guatemaltecos que se organizaron después de la Revolución cubana, el Che, la Escuela de Frankfurt, los consejistas holandeses y la historia de los trabajadores chilenos. Esas páginas desafiaban a la hermenéutica porque a través de ella se buscaba reconocer un árbol genealógico muy complejo de todo el siglo XX. No era una vinculación mecánica ni forzada; eran parentescos que Miguel Enríquez intentaba hacer visibles.

Recuerda que frente a la actitud *ultra* radical y de negación de alianzas amplias con el resto de la izquierda chilena, Miguel aludía a una de las causas que permitieron el triunfo de Hitler. Planteaba que el Partido Comunista alemán caracterizó a la socialdemocracia de su país como socialfascismo y, por tanto, negó cualquier posibilidad de unidad. Ese error analítico generaría las condiciones para la victoria electoral del nazismo. Socialdemócratas y comunistas percibirían en los campos de concentración los costos de su error.

Toma el teléfono con culpa y llama a Joaquín. Necesita preguntarle por el verdadero nombre de un compañero asesinado.

—Cómo puede ser que nos olvidemos de los nombres o que nunca los hayamos conocido —le comenta.

—Sólo nos olvidamos del sonido de sus nombres, no de sus voces y rostros—responde Joaquín.

No sé si los días eran largos o cortos, sólo sé que se medían de contacto en contacto. Las citas clandestinas eran un riesgo, pero la alegría de ver a los amigos anulaba la prudencia. Al salir por la mañana revisaba mis bolsillos, mis notas y mi aspecto. Cada objeto debía fortalecer mi nueva personalidad. En el caso de ser capturado no debía comprometer a nadie.

Los barrios, las calles, los cafés tenían que ser elegidos con rigor botánico. Siempre existía la posibilidad de ser reconocido y denunciado o que un amigo o familiar nos llamara por nuestro nombre. Había días en que prefería caminar. En los ratos libres, entre un contacto y otro, visitaba una vieja librería de la calle San Diego o entraba a alguna sala de cine cuando había comenzado la película. Siempre salía antes de que finalizara la función. Mi memoria

cinematográfica está poblada de películas truncas.

—Cayó El Bauchi —anunció Laura, la hermana menor de Josefina.

No podía creerlo. Cómo cayó, quién lo entregó, hay que rescatarlo, pensé en ese momento. Recordé su aspecto germánico, su parka verde y larga, su antigua camioneta Ford gris. Al Manolo, su ayudante.

Josefina y su hermana lloraban. Era diciembre y me parecía injusto que la gente comprara regalos de Navidad sin saber que Bautista había caído. Al parecer había sido delatado por un cura de origen español. Otra vez actuaba la inconsciencia del soplónaje o la retorcida mirada de alguien que creía que los marxistas debían desaparecer. Fue detenido junto a Patricio, su gran amigo y ayudante, en la parroquia Los Capuchinos del barrio Brasil. Su cuerpo jamás fue hallado.

Me fui a una reunión para tratar asuntos de coordinación. Terminamos rápido; el resto del tiempo lo dedicamos a recordar al Bauchi. Más que un duelo fue un homenaje a uno de los fundadores del MIR.

Faltaba un día para Navidad cuando Josefina me confesó que estaba enamorada de José y que se iría con él. La miré pasmado. Me dieron ganas de decirle que se quedara hasta el día 25, pero sólo le sugerí que fuéramos por sus cosas. No quiso ir. Me dijo que nos viéramos en cuatro días. Veré si puedo, le respondí. Dejé las bolsas con las compras de la cena de Navidad sobre la mesa de la cocina, me derrumbé en la cama y un rato después abrí una botella de vino. El primer trago me dio asco. Poco a poco, motivado por la rabia, fui consumiendo la botella hasta que el suelo giró. Logré tenderme y, entre lágrimas y arcadas, me quedé dormido. Era mi primera borrachera y mi primer gran celo.

Semanas después Josefina regresó. En un gesto de sensatez, El Chico Pérez y La Negra Lumi me obligaron a tomar una decisión. Sin consultarla, El Chico, José y yo nos juntamos en Avenida Macul para acordar quién se quedaría con ella. Arriba de una renoleta blanca, El Chicope nos preguntó nuestra edad. Aunque el argumento me resultó intolerable, asumí que la edad no era un dato trivial. Yo era menor que José. Había perdido. Durante días me sentí abandonado.

Los problemas se sumaban. Antes de asilarse, el antiguo habitante del departamento había regalado sus muebles a un familiar. Una tarde en que yo no estaba, el pariente del amigo de Josefina forzó la puerta y se llevó todo. Esa noche dormí en el suelo, con la puerta de entrada sin chapa, asegurada sólo con un palo de escoba. Esperaba que tras un soplo fuera derribada por un comando militar. Estaba indignado con Josefina y su bendito amigo asilado. A la noche siguiente, Laura tuvo que quedarse en el departamento. Se tendió en el piso y durmió con un cuchillo en la mano. Yo me apoyé en el muro y durante toda la noche me mantuve alerta. Pensé que al otro día tendría que buscar un lugar seguro. Laura me llevó a la casa de unos amigos y les dijo que era su primo; ellos aparentaron que le habían creído. Ese fin de semana pude comer y

descansar.

Días después, un director de teatro me cedió una buhardilla existencial. En su diminuto departamento, situado frente al parque Bustamante, conversábamos largamente. Sentía que nos íbamos haciendo viejos; que la contabilidad de los muertos y desaparecidos se iba impregnando en nuestras razones, en la orilla de los ojos, alrededor de los labios, en los emergentes tics. Yo había empezado a mordirme los labios; Baltazar alargaba las palabras en una incipiente tartamudez. Cuando comentábamos nuestros tics nos reíamos e imitábamos. Hablábamos sin tensión en la voz y acudíamos a fórmulas que ocultaban el pánico. Temía que llegara un momento en el que los sufrimientos perdieran significado y que no existiera ningún criterio para pesar la muerte.

Qué poco sabemos cómo se suman los muertos y cómo esto afecta los recuerdos, la memoria, los sentidos básicos. Cuando la muerte es una, es un dolor grande; cuando los muertos son miles no disponemos de estructuras psicológicas para aceptarlo.

Se para impaciente. Siempre el tema del rechazo al abatimiento y las ganas de sentir cada rostro de los amigos perdidos. Gonzalo quisiera verlos tal como eran o tal como los veía en ese tiempo. Faltan sus fotografías, los registros de sus voces; falta saber qué pensaban antes de ser capturados o en los días o meses en que estuvieron presos.

—No podemos seguir cometiendo errores. Si Federico cayó es porque violó *huevonamente* las medidas de seguridad. A quién se le ocurre visitar a la mamá. Hizo lo mismo que Andrea que, por juntarse con su compañero, terminó cayendo con él. No se preocupó de sus compañeros ni de sus hijos —comentó una noche Baltazar.

—Las medidas de seguridad son eso, una técnica; los compañeros tienen miedos, soledades. También hay que entender eso —dije.

Manejábamos las medidas de seguridad en teoría y las respetábamos bastante en la práctica. Pero siempre hacíamos más de una cosa por día. Debíamos buscar nuevas casas, reconectar a gente perdida, conseguir recursos, explicar a ayudistas y amigos qué estábamos haciendo y cómo veíamos la situación. Era mucho, pero difícilmente podía ser menos. Pasábamos horas y horas desplazándonos por un territorio ocupado.

Las situaciones extremas hacen perder la sutileza, la capacidad de comprender la ambigüedad de la realidad. La estupidez se parece mucho a la ineptitud para distinguir los relieves y matices. Me atemorizaba que el dolor me transformara en un ser esquemático que deambulaba con razonamientos congelados, sin reconocer los caminos de la amistad y el cariño. A pesar de todo, me divertía con la apabullante capacidad de humor de Baltazar y me asombraba su ánimo para cocinar. Comíamos muy bien cada vez que él

preparaba la cena o el desayuno.

—Para la lucha —me decía mientras servía uno de sus platos.

Desde la ventana de su departamento escuché la conversación de una pareja. El diálogo me pareció sintomático. Ella le reclamaba la irresponsabilidad de haber quedado cesante por su militancia izquierdista; le rogaba que ahora dijera que apoyaba a la Junta Militar, que necesitaban comer, que las ideas no alimentaban a nadie. Transcurridos unos segundos, él respondió agobiado.

—Está bien, lo haré, pero estoy seguro de que te arrepentirás para siempre de lo que me estás pidiendo.

Luego se alejaron.

Me acosté aplastado a la cama. Era mediados de febrero.

La calle Carmen

La Emy llegó al Chile de Allende en 1972. Venía de las universidades californianas, del movimiento *hippy*, de marchas por la paz y los derechos civiles. Traía consigo citas de Marcuse y del freudomarxismo. En julio de 1967 había participado en el congreso internacional sobre “Dialéctica de la liberación”, realizado en Londres en la Round House. Ahí había escuchado a Ronald Laing, Lucien Goldmann y Marcuse. Con su notable memoria era capaz de citar *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon.

—Decidámonos a no imitar a Europa, inventemos el hombre total que Europa ha sido incapaz de hacer triunfar [...], no queremos alcanzar a nadie pero queremos marchar constantemente, de noche y de día, en compañía del hombre, de todos los hombres —repetía La Gringa

Puede ser que cada capítulo de la historia del mundo esté ligado a algún país o ciudad. Existió el siglo de Atenas, Roma, Florencia, Madrid, Londres y París. La Emy asociaba el año 1972 con California y Santiago. Para explicarlo, mezclaba eclécticamente a autores como Byron, Shelley, Ruskin, Wilde, Baudelaire y Nietzsche; luego, tras realizar una pirueta intelectual y emotiva, aterrizaba en el Che, y podía regresar con un comentario sobre el retrato de la Marilyn de Andy Warhol. Su hermano y su primo habían muerto en la guerra de Vietnam. Al igual que la mayoría de los habitantes de Estados Unidos, sabía manejar armas.

Efraín la había conocido en un círculo de amistades de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile y me la presentó poco después del golpe. La obsesión de La Emy era el folclore y lo que ella llamaba el “artete hispanoamericano”. Se desplazaba en su escarabajo azul marino, uno de los pocos que circulaba por Santiago en esos años. De su figura blanca, huesuda y musculosa sobresalía su autoridad al caminar y su modo felino al acomodarse. A pesar de su flacura, La Gringa demostraría una gran fuerza interna; sería una amiga leal, dura, reflexiva y sus estudios de medicina me salvarían la vida.

En un café de la calle Pedro de Valdivia le pedí, con algo de culpa, que alquilara un departamento a su nombre. Mientras intentaba describir los riesgos, me interrumpió con cierta brusquedad.

—Todo eso lo tengo claro. Dime para cuándo lo quieres y en qué zona de la ciudad.

Era un edificio de la calle Carmen, en el centro de Santiago. Las puertas de vidrio de la entrada lo hacían parecer una construcción más moderna de lo que realmente era. La escalera era ancha y de baldosas negras. El departamento estaba ubicado en el tercer piso; sabía que no era fácil arrancar desde esa altura, pero en ese momento necesitaba un espacio propio. La ventana interior tenía vista a un taller de reparación de automóviles. Yo dedicaba largos ratos a mirar cómo arreglaban los vehículos; buscaba gestos de normalidad en la actividad mecánica de los trabajadores y trataba de escudriñar la presencia de algún agente de la DINA camuflado entre ellos. Durante las noches intentaba aprender a cocinar. Por una curiosidad que sólo el azar explica, el lugar estaba ubicado frente al Club de la Unión Española, a menos de ocho cuadras del barrio de mi infancia, de mi familia, de mis amigos.

Por las noches sentía miedo. Los pasos en las escaleras podían augurar un allanamiento; el alba me parecía una salvación. Extrañaba a Josefina, tenía unos celos espantosos, pero no estaba dispuesto a mostrar ninguna debilidad. El departamento era acogedor. Perfectamente podía ser el hogar del joven ingeniero Alfonso Julio Armas Latorre, nombre que sostenía mi clandestinidad y me otorgaba una legalidad aparente en el país de Pinochet.

No sé cómo ocurrió. Siempre pensé que Paula era hermosa pero tremendamente antipática; un día sólo la encontré hermosa y se lo dije lacónicamente, mientras caminábamos. Me miró con una sonrisa enorme, no comentó nada y nos fuimos al departamento. No podía dejar de pensar que la estaba metiendo en un lío. Pronto debía trasladarme a Concepción y si ese instante trascendía tendríamos que separarnos. No sé si traté de decírselo, pero estaba hastiado de esas sensaciones. En uno de los giros sobre una mullida y vieja alfombra pasamos a llevar un jarrón que terminó quebrado en el suelo.

—Espero que esto no termine como ese jarrón —dijo Paula.

Me pareció sólo una frase lírica. No sospeché que podía tratarse de una premonición. Por la ley universal del azar los pequeños incidentes suelen ser codificados como símbolos.

Nos escapábamos a la playa cada vez que podíamos. En invierno, la costa tiene el encanto de la soledad. Subyuga el olor a sal, el pan amasado, los pies enterrados en la arena. Pasábamos horas sentados a la orilla del mar; nos contábamos nuestras vidas como si pretendiéramos escribir en la memoria del otro para dejar un testimonio, una huella.

La inmortalidad se consigue cuando los pedazos de tu historia son narrados por quienes te sobreviven. Ellos irán armando una cadena de relatos en la que importa poco el rigor fáctico, lo que interesa es que te irás perpetuando en las hablas de otras generaciones.

Tiene grabadas las palabras que le dijo su amigo Pablo Bateman en la selva colombiana.

—Nadie se muere el día antes, muy pocos se mueren el día después, pero de lo que usted tiene que estar seguro es que todos tenemos un círculo agnóstico que nos protege. Si disminuye el amor que le tienen, ingresa a la zona de riesgo. Pero acuérdesese de que también nos podemos morir por equivocación. Quizás lo importante es que haya gente que ría al recordarnos.

Una tarde me encontré inesperadamente con Josefina en una reunión. Estaba linda y coqueta. Nos fuimos a un café y cuando nos íbamos me preguntó por Paula. Si vivía con ella, si la quería. Le respondí con una sonrisa, un chao y un clásico suerte. Ya sentía la distancia. Lo que me ocurre con ella, pensé, es un profundo cariño, lo que siento por Paula es mucho más que eso.

Marzo nos entregaba malas señales. Por entonces ya estaba confirmada la existencia de la casa de Londres 38, el primer centro de tortura de la DINA por el que pasaría la mayor parte de los militantes del MIR que serían capturados durante 1974. Las noticias se sucedían. El 14 de marzo murió el general de la Fuerza Aérea, Alberto Bachelet, quien había sido torturado por sus compañeros de armas en la Academia de Guerra. Al día siguiente moriría José Tohá. El estado de salud del ex ministro del Interior de Allende anulaba la tesis del suicidio sostenida por la Junta Militar. Según ellos, se había ahorcado en el armario de su cuarto del Hospital Militar, pero Tohá era un hombre que medía 1 metro y 95 y en ese momento pesaba sólo 54 kilos. En esas condiciones no podía mantenerse en pie.

Durante marzo el grueso de la actividad represiva se concentró casi exclusivamente en el MIR. Esta focalización de recursos, agentes y tiempo de los organismos de seguridad rendía resultados. Había caído la Comisión de Organización y casi veinte compañeros de las direcciones de provincia habían sido capturados. Sectores completos quedaban a la deriva, sin contactos, con muy poco dinero y sin posibilidades de renovar su documentación.

En estas condiciones cada uno duplicó sus actividades. Sabíamos que con ello aumentaba la fragilidad de nuestra ya precaria clandestinidad, pero no teníamos opción. Los militantes de otras ciudades llegaban a la capital a cambiar sus identidades y a recibir asignaciones en lugares donde no los conocieran. Uno de esos días, un grupo de la Dirección de Santiago se organizó alrededor de un gran perímetro, cerca de Avenida Holanda, para evitar que un compañero de los regionales del sur cayera en una trampa que le había tendido el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA). Milagrosamente llegamos a tiempo.

En esas mismas semanas nos caería encima otro mazazo. Arturo Vilavella, conocido indistintamente como *Araujo*, *El Coño Torres* o *Aguilar*, caía

herido en un enfrentamiento con el coronel Horacio Oteiza y el comandante Edgard Ceballos, oficiales del SIFA. Sus captores lo confundieron con Miguel Enríquez y sólo Osvaldo Romo Mena logró convencer a los mandamases de la Fuerza Aérea y del Ejército de que Arturo no era Miguel. El Coño permanecía grave en el Hospital Militar. Había recibido dos balas calibre 45, una de ellos en el estómago.

Romo era un antiguo militante de la Unión Socialista Popular. Su vida como caudillo poblacional le había permitido conocer a gran parte de los dirigentes de los partidos de izquierda. Dominaba sus rasgos, cualidades y perfiles psicológicos. Esa información fue la moneda de cambio que entregó a la DINA. Entre los agentes, El Guatón Romo jugaría, como siempre, el papel del hombre útil, dispuesto a todo. Tenía un gran resentimiento con los militantes del MIR; creía que no lo valoraban, que lo trataban como un loco. Envidiaba a los dirigentes que le disputaban el liderazgo en las poblaciones, especialmente a Alejandro Villalobos, *El Mickey*, y a Víctor Toro, *El Melinka*.

Cuando Arturo recuperó la conciencia intentó suicidarse. Con el cinturón de la bata amarró su cuello y sus pies al respaldo de la cama, pasó el lazo por el tubo inferior y tiró de él. Tiempo después le comenté que sólo un ingeniero podía idear una forma tan alambicada de matarse.

Durante los fines de semana Paula y yo tratábamos de olvidar el páramo. El 27 de marzo, día de mi cumpleaños, fui sorprendido por una fiesta que ella organizó. Me parecía increíble que hubiera juntado a un pequeño grupo de amigos y preparado, sin que me percatara, una celebración con gorros y serpentinas. Esa noche me atrapó la voz de La Negra Lumi. Con acento rioplatense cantó *Melodía de arrabal*, un tango de Alfredo Le Pera y Mario Battistel:

Cuna de taitas y cantores,
de broncas y entreveros,
de todos mis amores.
En tus muros con mi acero
yo nombré nombres que quiero:
Rosa, la milonguita;
era rubia, Margot:
y en la primera cita
la paica Rita
me dio su amor.
Barrio... barrio...

—Ese barrio es el MIR, esas broncas, esos muros, esos amores y cantores, a todo eso le damos nuestro amor —comentó La Negra.

Ella sabía cantar con pasión, con la piel, con los ojos. Le dedicó al Chico

Pérez, su compañero desde 1967. Ella lo miraba y abrazaba con su voz. Recuerdo la relación de ambos como una de las más emblemáticas de esos años. Cuando Sergio Pérez agonizaba con una úlcera reventada y sus testículos destrozados, Lumi pidió verlo por algunos minutos. Quizás la autorizaron porque sabían que la iban a asesinar. El Chico desaparecería desde la casa de José Domingo Cañas y Lumi moriría el 3 de noviembre de 1974 en una sesión de tortura. Su cuerpo fue arrojado al jardín de la embajada de Italia. A ella la enterraríamos casi treinta años después, en una fría mañana de marzo. Conducidos por su hijo, llevamos sus restos en un pequeño ataúd, desde la casa de José Domingo Cañas hasta el Memorial de los Detenidos Desaparecidos, en el Cementerio General.

A las nueve de la noche todos debían abandonar el departamento. Paula se quedó. Me habló de Israel, de los kibutz, del desierto, del Muro de los Lamentos, de los viajes que haríamos cuando la pesadilla terminara.

—Sería bueno tener un hijo o mejor dos para derrotar a la muerte — sugirió—. Y no deberemos olvidar a los asesinos. Tendremos que perseguirlos por todo el mundo, aunque pasen los siglos.

Durante unos segundos sentí que no estaba tan segura de que podría concretar sus sueños, que su mirada vacilaba.

Mis antecedentes judíos estaban presente en mi memoria como una nostalgia en la que nunca había escarbado. Una historia lejana, olvidada. Los relatos de Paula removían mis recuerdos de infancia: cantos con mis primos judíos, campamentos en la playa de Las Cruces con niños judíos, conversaciones con mi tío Valentín, el rabino Samuel, mi madre, mi abuela Sara.

La escuchaba extasiado. Descubría cómo iba sucumbiendo a un amor que escapaba a la desesperación, al miedo, a la rabia. Un amor sin tiempo con todos sus planes sometidos a los imprevistos.

Las personas definen objetivos porque creen manejar el destino. En la clandestinidad tienes conciencia de que apenas puedes saber qué ocurrirá un momento después. Entonces, las aspiraciones se desplazan en dos niveles muy distintos. Como no sabes dónde estarás mañana, son sueños muy básicos para ti, pero para los propósitos de la lucha, abrigas grandes sueños. Y el destino tiene que ver con las reuniones, los contactos, el azar. No hay una línea de destino en el horizonte. Hay algo grande que presumes que no verás y algo inmediato que es lo único que tienes para poner los pies.

Un día, caminando por el cerro Santa Lucía, Paula me contó que había visitado a una adivina famosa. Me pidió que no me riera. De pronto, se detuvo y me tomó fuertemente por los hombros.

—No nos queda mucho tiempo. Caerás preso y yo moriré. Quizás sea el destino o la mala suerte, pero creo que será así.

Sólo atiné a burlarme de su bruja y a prometerle que el próximo verano estaríamos en Jerusalén, con ella embarazada. Parecía convencida de lo que decía. Pensé que iba a ser al revés, que yo moriría y ella caería presa o que

ambos moriríamos o que los dos seríamos capturados. Quería exorcizar la maldición transformándola en un juego de combinaciones. Nos quedamos callados.

El 17 de abril se inició el Consejo de Guerra de la Fuerza Aérea contra 57 funcionarios de esa rama y diez civiles acusados de intento de infiltración. Con extremas medidas de seguridad y con gran repercusión en la prensa, el fiscal pidió la pena de muerte para los oficiales Ernesto Galaz, Raúl Vergara y Carlos Lazo, el suboficial Belarmino Constanzo y el conscripto Ricardo Gálvez. Para emitir las condenas se basó en la información proporcionada por el comandante Edgard Ceballos y el coronel Oteiza. Este juicio sería conocido como el Proceso N°1; al año siguiente se iniciaría el Proceso N° 2 contra una parte de la Dirección del MIR.

Una semana antes, todos los medios de prensa reprodujeron al mismo compás un montaje de inteligencia. Según la información articulada desde la DINA, existía un plan de la extrema izquierda para asesinar al cardenal Raúl Silva Henríquez, durante las festividades de Semana Santa. Manuel Contreras, responsable de la maniobra, percibió en ese momento que entraba en conflicto con una institución de dos mil años.

El Cardenal respondió.

—Le hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades que no se puede faltar a los principios de respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del padre que presencia el desaparecimiento de su familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de alguno de ellos, la prisión y el dolor de muchos de ellos.

El 25 de abril de 1974 la historia dio un salto en el aire. El Movimiento de las Fuerzas Armadas Portuguesas (MFA) derribó a la dictadura de Oliveira Salazar que había dominado al país durante más de cuatro décadas. Los militares que protagonizaron la Revolución de los Claves entregaron el poder a los civiles y devolvieron la independencia a las colonias africanas de Guinea Bissau, Mozambique y Angola. La historia de las marchas, vacilaciones y contramarchas de la libertad humana nos regalaba un instante de creación e ilusión, en un instante en que recién iniciábamos nuestra vida en dictadura. Años después visitaría Lisboa. Quedé asombrado con el conocimiento que los líderes del MFA tenían sobre Chile y el MIR. No era casual. Los miristas brasileños que habían partido desde París y otras partes del mundo a compartir ese verano de la libertad, les habían transferido todo lo que sabían de Chile.

Viajé por dos días a Concepción. Preparábamos las condiciones para instalar una fuerza guerrillera que rompiera el cerco urbano. Yo estaba a cargo de reorganizar el regional y analizar la posibilidad de traslado de varios compañeros a esa ciudad. Esta iniciativa se vinculaba a un plan mayor que conducía Dagoberto Pérez. Se trataba de distribuir y reubicar en todo el territorio a nuestros militantes y generar zonas de repliegue en algunas áreas

rurales. Con este plan guerrillero buscábamos la generación de un hecho de naturaleza política y moral: conquistar un pedazo de tierra que el régimen no gobernara y legitimar con esa conquista la oposición a un gobierno de facto.

Teníamos presente la experiencia de los amigos brasileños y uruguayos. Sabíamos que nadie resiste un año ni ocho ni seis meses en la urbe. Las estadísticas indicaban, fatídicamente, que si todos los organismos de seguridad te buscan en una ciudad ocupada, cometerás algún error, te relajarás o no percibirás a tiempo un indicio y, en cualquier contacto o al salir de tu casa o mientras duermes, una docena de agentes de la DINA o del SIFA caerá sobre ti. Y serás arrastrado al área gris, sin orden de arresto, acusado de cargos falsos y negado ante las madres, las iglesias, los organismos internacionales o ante quienes intercedan por ti.

—Quiero saber de mi hijo. Fue detenido la noche del 20 de diciembre en la calle Llico esquina Juan Rivadeneira, frente a varios testigos. Aquí está su foto.

—Señora, ningún organismo de seguridad del Estado ha detenido a su hijo. Lo que debe haber ocurrido es que abandonó Chile. O tal vez fue asesinado por algún terrorista. Le ruego que abandone esta oficina porque tengo mucho trabajo.

Se sabía de tantos diálogos similares a éste.

Junto con la represión selectiva y masiva se implantó una política de desinformación y confusión. Los aparatos de inteligencia, con bastante pompa, lo llamaban “guerra psicológica”. Manipulaban a la prensa y desorientaban a los familiares de los detenidos, hacían correr rumores para desmoralizarnos o para descomponer el ambiente de afecto y fraternidad. Los servicios de inteligencia clavaron la estaca de la infiltración en la izquierda chilena y en las organizaciones sociales, sindicales y de derechos humanos con el propósito de generar la obsesión de la desconfianza. Algunos militantes y simpatizantes de los partidos de izquierda y de centro, sin comprender el daño que causaban, reproducían los rumores. Muchas veces lo hacían por aparentar que sabían algo que los otros desconocían o, simplemente, por inmadurez emotiva. Estas tácticas de intoxicación se extenderían más allá de la derrota política de la dictadura.

Con Iván revisamos algunos informes sobre la reorganización sindical clandestina. Su conocimiento de los dirigentes obreros de las distintas corrientes era minucioso. Esa noche me invitó a cenar unos espaguetis preparados por él. Sin darnos cuenta, empezamos a hablar del cansancio físico que sentíamos; en un momento dijo algo que me aterró.

—¿Sabes?, algunos días, cuando las cosas han sido muy duras, me dan ganas de morir, aunque sea por un rato...para descansar.

El cuerpo se cansa. Las mandíbulas, los hombros y el pecho en constante tensión agobian el ánimo y la psicología profunda. No se desea la muerte, tampoco se evita, pero se juega con riesgos extremos. Muchos de los errores

de seguridad están condicionados por el cansancio del cuerpo. Sientes ganas de tenderte en un sillón o en una cama, sin necesidad de estar atento a cada ruido. De esto no te das cuenta sino hasta que por alguna circunstancia inesperada logras relajarte por un rato. En ese momento percibes el agotamiento clandestino que te acompañará por años.

El Chico Pérez me informó que uno de nosotros debía viajar al extranjero. Me dio pánico abandonar Chile. Creía que si me iba, Paula moriría. Sentí alivio cuando supe que otro compañero fue el elegido. En ese período tenía sensaciones contradictorias. Aunque me había propuesto borrarlos de mi memoria, pensaba en mis viejos y grandes amigos que se habían asilado. Con el tiempo entendería su opción, aunque entender no significa compartir.

Una tarde estuve a punto de creer en la profecía de la bruja. Nos encontramos con El Chicope en un café en las afueras de Santiago. Él pidió un té ruso. Al rato se acercó la mesera.

—Señor, no mire. Don Mario llamó a los carabineros.

Le di las gracias.

En el momento en que abandonábamos el café, entró al estacionamiento una camioneta Chevrolet de la DINA. El chofer giró y comenzó una persecución hasta el centro de Santiago. Era mi primera escapada y la segunda del Chico. Vendrían otras hasta que, inevitablemente, se cumpliera la profecía.

No todo era apremiante. Sin tomar en cuenta las normas de seguridad, varias parejas nos reunimos durante un fin de semana en una casita roja de Las Condes. Comimos, cantamos y jugamos a adivinar nombres de películas. Fue la última vez que vi a muchos de ellos.

Un día de sol caminé lentamente por Avenida Suecia hasta Providencia, minutos antes del mediodía. Cuando estaba a pocos metros de la esquina, un tipo de apariencia vulgar sacó un revólver y, mientras me apuntaba, me pidió la cédula de identidad. Menos de una hora antes había cambiado el viejo carné que me acompañaba desde el golpe. No sabía mi nuevo nombre. Custodiado por dos detectives permanecí con las manos en alto; los transeúntes me observaban con lástima. Uno de los hombres me preguntó si me teñía el pelo. No podía entender a qué se refería hasta que recordé que en uno de sus tantos experimentos, Josefina lo había reteñido negro para cubrir un horroroso color zanahoria. Le dije que era actor de teatro y que a veces necesitaba pintarlo. El sujeto regresó con mi carné. Todo estaba en orden. Odié a Josefina y sus experimentos.

Paula no cesaba de regalarme novelas. *La ciudad y los perros*, *Doña Bárbara*, *La náusea*, *Rojo y negro*, *Las armas secretas*. Su pasión por la literatura era inusual en la militancia de esos años. Con una habilidad sutil transportaba las sensaciones que arrancaba de las páginas; extraía frases, comparaba y jugaba a poner nombres de personajes literarios a los compañeros. Esta mina es más trágica que Ana Karenina, decía. Fuimos arreglando el departamento con la lógica de un refugio afectivo y los libros se transformaron en temas comunes. Juntos disectamos a Julián Sorel, el protagonista de *Rojo y negro*, y

descubrimos que se parecía a un amigo común. Cuando releo a Mario Benedetti puedo reconocer cómo la narrativa latinoamericana de ese período fue capaz de mostrar las emociones y sensaciones de una generación que, en medio de los cercos militares, seguía amando.

A fines de abril y principios de mayo realizamos actos de propaganda, especialmente en los barrios populares de Santiago, Valparaíso, Concepción, Chillán y Valdivia. Fue un plan de agitación ideado por El Chico Matías, destinado a explicar la política de resistencia del MIR. Queríamos transmitir la necesidad de que todos los hombres y mujeres de izquierda debían unirse. En la última semana de abril de 1974, un grupo de propaganda realizó una acción en la plaza Bernal del Mercado del barrio Estación Central. Ocho militantes protegieron al dirigente que, entre las 17.45 y las 17.50, llamó a la resistencia mediante un megáfono de latón. En esos cinco minutos quedó claro cuál era el ánimo de los obreros. La mayoría observó con simpatía, casi con cariño, y un pequeño grupo recibió los panfletos impresos artesanalmente. Eran gestos mínimos, casi muecas; no cambiaban el orden de la realidad, pero aumentaban nuestra fuerza emotiva.

La palabra masa, que alude a muchas personas distintas ligadas por ciertas sensaciones y pensamientos, se había esfumado. Lo que veíamos eran seres singulares, que miraban con distancia o ternura. Ni siquiera estaban uno al lado del otro. Rechazaban cualquier contacto físico. Eran fragmentos de algo que había sido, seres en acoso que quedaban de la memoria social de la izquierda chilena.

Las diferencias y la pureza de los planteamientos existen mientras hay espacios de libertad. Cuando la libertad es constreñida reaparece el espíritu gregario y la necesidad de solidarizar. Las divergencias entre las organizaciones de izquierda estaban decreciendo, como también disminuían las distancias con algunas bases de partidos políticos de centro, especialmente con militantes de la Democracia Cristiana que comprendían el carácter brutal de la represión. Sectores de la Iglesia Católica, guiados por las orientaciones del cardenal Raúl Silva Henríquez, daban refugio a los perseguidos y reclamaban por la restauración del Estado de derecho. El Comité de Cooperación por la Paz en Chile, creado por el cardenal en octubre de 1973, se transformó en un espacio donde la palabra cristianismo adquirió el sentido de la humanidad milenaria.

Pude reunirme brevemente con mi madre en la casa de un antiguo amigo. Germán exigió acompañarme y llevó su AK-47. La preocupación que ella mostraba por mi sobrevivencia no anulaba su respeto por mis decisiones. No se dejaba atemorizar. Había sido víctima de varios allanamientos y en dos ocasiones la habían trasladado al Regimiento Tacna, en medio de amenazas y humillaciones. Sostuvimos un diálogo con palabras entrecortadas; nos enviábamos mensajes, miradas que lo decían todo, advertencias, consejos. Flavia, la abuela de mi hijo, estaba detenida desde fines de 1973 en la Base

Aérea de Colina; Alejandra y mi pequeño eran sometidos a un constante hostigamiento. Mis primos y familiares eran vigilados, especialmente mi tío Valentín, un hombre arriesgado que, casi anciano, seguía recordando las acciones heroicas de los judíos de izquierda que combatieron por la fundación de Israel. Ante los ojos de mi madre yo seguía siendo un niño, sin embargo me sentía responsable de sus miedos.

—Casi olvido que Ernesto quiere verlo hoy por la tarde. Conseguí un lugar donde pueden cenar temprano, a eso de las siete —me dijo mi madre antes de irse.

Una mujer abrió la puerta y me hizo pasar. En el comedor estaba Ernesto Sierra Correa, mi amigo de la infancia. Nos abrazamos como cuando éramos niños, luego comenzaron sus preguntas. Qué había hecho el día 11; qué estábamos discutiendo en el MIR; qué pasaba con el Partido Comunista. Quería absorber todos los saberes que circulaban clandestinos por el país. Me llevó de regalo un suéter y una pequeña navaja suiza. Ernesto ya estaba enterado de su enfermedad, pero la leucemia aún no se manifestaba. Nos quedamos a dormir en ese mismo lugar y por la mañana desayunamos muy temprano. No nos volvimos a ver. Quedaron tantas conversaciones pendientes.

La noche del 1 de mayo debía recoger una carta en un contacto. Al llegar a la esquina de la calle General Jofré con Avenida Portugal, observé una citroneta clara, con dos tipos dentro que parecían discutir. Cuando me retiraba, el acompañante del chofer se bajó y me apuntó con el dedo.

—Gaspar, puedes venir —ordenó.

El corazón se me detuvo; el pelo se me electrificó.

—¿Se dirige a mí? —contesté cínicamente.

No había nadie más en la calle. Me sentí amarrado al suelo. El hombre se fue acercando y con estudiada calma sacó una pistola. Yo estaba como hipnotizado. No era sólo sorpresa y miedo lo que sentía. Era perplejidad.

—Acércate sin hacer escándalo —gritó.

Inexplicablemente levanté sólo una mano. Ese gesto se debe haber visto bastante ridículo. Cuando su arma hizo contacto con mi pecho, sin pensarlo traté de arrebatarla. Caímos al suelo. Con mi codo busqué su frente. Él giró el rostro y le pegué en un pómulo. En ese instante se oyó un sonido similar al de la leña seca cuando se quiebra en fragmentos. La pistola quedó tirada en medio de la calle. Al tratar de pararme el agente de la DINA me tomó por un tobillo y arrancó uno de mis zapatos. Con la otra pierna junté la poca fuerza que aún tenía y pateé su cabeza. Tuve un mínimo de tiempo para escabullirme, mientras el otro hombre me disparaba. Un tercero y un cuarto llegaban de no sé dónde.

Defender la vida es un acto no sólo de legítima defensa, también es un acto instintivo. Si recuerdas que vas a ser torturado, sacas valor de energías desconocidas.

Durante demasiado tiempo atribuí este intento de captura a una delación

de Matilde, una compañera que trabajaba muy próxima a mi grupo de enlace. Años más tarde, un amigo me contó que los agente llegaron tras la caída de una cadena de contactos de un compañero de otra organización de izquierda a quien yo veía habitualmente. Matilde se enteró de mi sospecha. Nunca pude aclararlo con ella y ese despropósito nos separó definitivamente. En tiempos de clandestinidad vives la obsesión de saber quién delató a quién e incluso elaboras conjeturas acerca de quiénes te podrían traicionar. Se vive una patología que altera la confianza y la amistad. Ella fue víctima de esa obsesión.

Casi sin darme cuenta llegué a la esquina de San Isidro con la Alameda. La mujer que atendía un quiosco de diarios me preguntó si me habían atropellado. Me miré. Me faltaba un zapato y una manga de la chaqueta; mi ropa estaba tan destrozada como mi memoria. No recordaba bien mi nombre ni qué demonios hacía ahí. Todo era confuso, las luces me encandilaban y los sonidos trituraban mi cabeza.

Caminé instintivamente hasta mi departamento. La Emy estaba habituada a lo que ella llamaba un ingreso en tres actos: abrir la puerta, preparar mis huevos fritos para la cena, entrar a mi cuarto. Esa noche escuchó sólo el primer acto. Entrenada, salió desde su habitación a ver qué ocurría. Me encontró agarrado a la caja de los fusibles.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me dieron un tiro en la cabeza, pero no sé bien en qué parte.

Supongo que lo dije por el dolor que sentía. Ella trataba de descolgarme de la caja, yo me resistía.

—No te preocupes, tengo un buen botiquín.

—¡Suéltame! Déjame tranquilo —grité. Todas las formas en que intentaba sujetarme, me irritaban.

Me arrastró hasta mi cama y comenzó a limpiar la sangre. Ella me aseguraba que no tenía una herida de bala. Me tomó el pulso. Mi ritmo cardíaco y mi respiración disminuían. Por efecto del *shock*, sentí un profundo sueño. La Emy lloraba y rogaba en inglés que no me muriera.

—You can't do this to me. How will I explain it to Chicope?

—¿De qué hablas, Gringa?

Yo seguía pensando que tenía una herida de bala y no comprendía cómo podía ver, escuchar y hablar. Después de unos minutos terminé convencido de que La Gringa tenía razón. Sólo estaba golpeado, muy golpeado.

Había algo chistoso en la escena que protagonizábamos. Su apariencia sajona la transformaba en una druida que bailaba alrededor mío con un brebaje preparado a base de dos calmantes diluidos en agua. La noche fue larga. Esperábamos que entraran en cualquier momento. Ella tomó un arma y se sentó en una mecedora, frente a la puerta. De cuando en cuando, iba a darme una mirada.

Alrededor del mediodía llegó El Chico. Hizo bromas por la hinchazón de mi cara y por mis ojos amoratados. Sergio trataba de ocultar su preocupación

inventando una teoría.

—Si uno escapa una vez, nunca más te pueden capturar —me tranquilizó.

Con la del té ruso, la del pelo teñido en la Avenida Suecia y algunos controles callejeros ya eran varias escapadas, sin contar la suerte que había tenido los días 11 y 12 de septiembre.

Una valiente doctora me atendió en su consulta. La sala estaba en penumbra y yo permanecía con la cara semitapada para que ella no descubriera mi identidad. Me diagnosticó un traumatismo encéfalo craneano, contusiones, además de ceguera parcial. Me aconsejó que reposara durante quince días en una pieza oscura.

En 1977 la misma doctora examinaría mi maltrecha columna en su consulta de París.

—Tendrás que operarte en algún momento —me advirtió.

—Eso llevaría demasiado tiempo —dije, sin pensar en las consecuencias. Al marcharme, me sorprendió con un comentario.

—Sólo conozco a dos personas con ese tipo de manos. Un gran amigo y un compañero que atendí en la clandestinidad en Chile.

No fue necesario que dijera nada más. Esa tarde le agradecí su cuidado anónimo.

Permanecí en el departamento las dos primeras semanas de mayo, cuidado por Paula. Ella me leía el diario, especialmente las noticias sobre Portugal y la Revolución de los Claveles. Como lo hacía rápido me costaba comprender el sentido de lo que narraba. Paula, Emy y a veces La Negra Lumi, me hacían oír extractos de las *Obras Escogidas* de Jorge Luis Borges, una edición española de tapas verdes y textura corrugada. Con los relatos me fugaba en el tiempo y el espacio, pero en ocasiones no dejaba de sentir culpa. En las cabezas de la izquierda latinoamericana existía la idea de que un escritor de derecha no podía sino escribir como un hombre de derecha. Yo vivía mi contradicción. Borges deconstruía las maneras convencionales de la literatura y esa perspectiva me gustaba.

Hacia fines de mayo me atreví a recorrer las calles de Santiago. Nuevamente la ciudad había mutado. A la tristeza de los primeros meses del golpe se agregaba la autocensura del lenguaje cotidiano. Iniciar una conversación con quien no estuviera directamente involucrado en la resistencia, era una actividad estéril. Las respuestas eran evasivas y superfluas; las miradas, escurridizas; los rostros, opacos. Otros tantos compañeros estaban detenidos y un grupo significativo de militantes socialistas de Concepción había sido capturado por el SIFA. Los esfuerzos de reorganización del MIR fructificaban, sólo que a un ritmo mesurado. Con Dagoberto tuvimos varias reuniones con miembros del Partido Socialista y del Mapu que dirigía Oscar Guillermo. Los apoyamos en todo lo que pudimos, intercambiamos reflexiones e información y tomamos acuerdos para coordinar acciones políticas y de

masas hacia el primer aniversario del golpe.

La represión no sólo afectaba a los militantes y dirigentes de izquierda, también golpeaba a diversas fracciones del mundo del trabajo y de las universidades. La violencia selectiva se sustentaba en la represión masiva. Las calles estaban ocupadas por patrullas militares que revisaban los automóviles, controlaban la documentación y allanaban cines y cafés. Todo lugar era susceptible de ser revisado, hurgado, violado. No había ámbito seguro. Los diarios reproducían imágenes de falsos enfrentamientos y sus titulares repetían el lenguaje oficial. Me sorprendía que la mayoría de las personas caminara mirando hacia arriba y que unas pocas lo hicieran con la mirada gacha. Nadie miraba al frente. Más de una vez intenté pesquisar una geopolítica de los cuerpos en los gestos cansinos de las tardes de Santiago. No pude encontrar una constante. Lo único permanente era esta ciudad sin ojos.

La palabra desaparecido, que conocíamos de referencia por la resistencia peronista y la Revolución argelina, ganaba en presencia. Con la desaparición de los opositores se buscaba provocar un miedo abstracto. Miedo a perderte y a ser perdido; a no estar y a que nadie supiera nunca más de ti; a que tu existencia fuera negada; a no tener funeral. La población debía sentir que existían estados peores que la muerte. El rito ancestral de enterrar a los tuyos se transformó en un imperativo y su frustración, en un dolor metafísico. Pero los diseñadores de esta política de exterminio no tuvieron en cuenta la fuerza imparable de las madres, esposas, hermanas e hijas de los detenidos. En estas mujeres se ubicó la última línea de defensa de la dignidad humana, primero en Chile y luego en Argentina.

Un jueves por la mañana, Dagoberto Pérez pasó a buscarme en su citroneta verde a la esquina de Sánchez Fontecilla con Avenida Bilbao. Peinado hacia atrás, con lentes de carey color café y perfectamente vestido, me dio las señales de normalidad.

—No hay problema, puedes subir.

Dago parecía y escribía más duro de lo que era. Fafloberto Pérez, así llamado con cariño por su tartamudeo, había llegado a Santiago desde Osorno para estudiar en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. En marzo de 1971 reemplazó a Edgardo Enríquez en la Dirección de Santiago. Con Dago compartimos momentos intensos antes del golpe, primero en la Dirección de la Estructura Estudiantil con El Hippy, El Harry, Emilio, La Chica, Ximena, Pedro y Erick; luego en la Dirección Regional y en la Dirección Clandestina. Recuerdo las reuniones en la casa de Olaf, en Avenida Colón, y en las Escuelas de Teatro y Veterinaria de la Universidad de Chile. Tantas jornadas en el local del Frente Revolucionario de Estudiantes de Avenida Santa María, en su lúgubre pasillo, en sus habitaciones de principios del siglo XX. Tantas reuniones en el aristocrático pero alicaído local del Frente de Trabajadores Revolucionarios de la calle Agustinas. En esos lugares, alrededor de un café, pensábamos en Chile y veíamos de frente sus esperanzados días de izquierda.

Alargamos el encuentro a un almuerzo en las afueras de la capital. La

conversación derivó hacia un incipiente debate, aunque uno de los aspectos en discusión era compartido por ambos. A diferencia de lo que pensaban ciertos funcionarios de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe y algunos militantes de izquierda, creíamos que el régimen no caería por una crisis económica ni por la creciente cesantía ni el quiebre de industrias.

—¿Sabes? —me dijo Dago—. Va a caer porque lo vamos a derribar, porque la gente lo va a echar. Eso es lo esencial en este momento. Tampoco lo va a derrotar el aislamiento internacional. Sería bueno que le dieran una miradita a Sudáfrica.

Estábamos convencidos de que con la represión masiva el régimen podía transformar exitosamente la economía. Disciplinaría a los trabajadores, desestimularía su resistencia y acrecentaría las diferencias entre ricos y pobres. Ese escenario podía ser muy estable. El Dago estaba pensando en el *milagro brasileño*. En pocos años esa tiranía iniciada en 1964 y pionera en la tortura y la persecución masiva había generado una economía exitosa, con un número abrumador de pobres y un puñado de ricos.

Muchas personas habían visto a Dago circular por Santiago en su citroneta verde. Después de aquel encuentro, la cambió por una renoleta blanca.

Una mañana en que Dago transitaba por la zona de Gran Avenida fue reconocido por un automovilista. El hombre lo conminó a detenerse, pero él aceleró y huyó hasta llegar a una calle de gran movimiento. El semáforo estaba en rojo. Manióbró para evitar un choque casi seguro y alcanzó a pasar. El vehículo que lo perseguía fue lanzado lejos por un bus que lo embistió por el costado izquierdo. Como en el ancestral juego chino Go, las piezas ubicadas en los casilleros estratégicos comenzaban a ser cercadas. Se limitaban sus movimientos y el valor general de éstos en el conjunto del juego. Se trataba de cercar y aniquilar a los militantes con más experiencia, y de ubicar y neutralizar al resto. Buscaban destruir las líneas de mando e inhibir el apoyo.

Para protegernos habíamos ideado el modelo Regla de Tres. Cada uno de los miembros del Secretariado se encargaba de tres estructuras regionales; cada estructura, a su vez, se organizaba en tres áreas. Así, nunca nadie conocería todas las estructuras y si alguna era detectada, los efectos serían limitados. A pesar de las precauciones, se trataba sólo de un diseño defensivo. Es un modelo que sólo es útil si permite defenderte y crecer socialmente; de otra forma, es un reloj en cuenta regresiva.

Ese viernes me había encontrado con un enlace para intercambiar correspondencia con la Comisión Política. En la documentación, escondida dentro de un juguete de madera de unos veinte centímetros, se hacía referencia al recurrente tema de Concepción y a su carácter simbólico como ciudad minera, estudiantil y masónica; la reorganización del MIR y la urgencia de trasladar cuadros. Los mensajes estaban escritos en papeles de cigarro, con

letra muy pequeña. Un libro de claves permitía codificar los conceptos más comprometedores, en la denominada clave bíblica: 85 la página; 4 la línea, 6 la primera letra que configuraba la frase conspirativa.

Un contacto de esta naturaleza duraba, habitualmente, menos de dos minutos. El sujeto de menor responsabilidad debía aproximarse con una señal de normalidad; si era mujer y llevaba la cartera en el lado derecho, podía ser una señal muy clara: “Huye, vete, corre, estoy siendo seguida” o “caí presa”. Si el encuentro era de extrema relevancia o peligroso debíamos portar un arma y utilizar técnicas de escalonamiento. Enviábamos al contacto a un segundo punto de encuentro y, si era necesario, a un tercero. Recién en ese momento se realizaba el contacto plenamente.

Esa vez todo se cumplió con normalidad.

Pocos minutos antes de las seis de la tarde de aquel viernes vi al Chico Pérez. La conversación se mantenía, con cierta perseverancia, alrededor de la necesidad de cambiar el enfoque de la clandestinidad. Casi todas las capturas se debían al riesgo innecesario en que incurrían los dirigentes y militantes. Sergio me hablaba en voz baja, en un café con apariencia de *boite* de Avenida Macul, muy cerca de Avenida Grecia.

—Gaspar, algo no estamos haciendo bien. El peso de la clandestinidad y las actividades desmesuradas nos van a desgastar. Es necesario hacer un repliegue ordenado, incluso creo que debemos sacar un número importante de cuadros al exterior. Será un proceso largo.

Sus palabras coincidían con las opiniones del Coño Molina y del Dago, dichas con distintos lenguajes y formas en las últimas semanas.

—Ninguno tiene alma de mártir. Amamos la vida y no el dolor o la muerte —reflexionaba Sergio.

La anchura social del mirismo y los balances de procesos similares en épocas y territorios diversos nos hacían repensar las prácticas de nuestro activismo. En este análisis no cabía la culpa, pero la opresión constante del régimen sobre la población, nos impelía a no abandonar las tareas cotidianas. Agrupábamos a personas del más distinto origen en comités de resistencia, en formas de solidaridad común, en grupos que preservaban la memoria. Eran botes de naufragos que superaban las diferencias partidarias.

—Debemos impedir que nos aislen de las personas, de los distintos sectores de masa. En la solidez de ese vínculo se juegan las cuestiones más importantes del actual período —planteaba.

Sin decirlo, sabíamos que los vínculos no paraban de romperse y que no estábamos preparados para reconstruirlos. Miguel llegaba a conclusiones semejante, como veríamos en sus últimos escritos. La última semana de mayo, Dago y yo nos reunimos con él. Nos encontramos con un Miguel transformado; se veía como un señor de unos cincuenta años, de aspecto formal, muy parecido a su padre, don Edgardo Enríquez Frödden, ex rector de la Universidad de Concepción y ministro de Salud de Allende. Con su clásica

capacidad de reflexión, intentaba lo imposible. No quería un MIR que se fugara, que ocultara el cuerpo, pero su instinto político lo guiaba hacia la idea de un repliegue, de una clandestinidad que sería muy larga.

Los comités de resistencia realizaban acciones de propaganda en sus lugares de vivienda, trabajo o estudio; allí preservaban los fragmentos de las pasadas confianzas e ímpetus. Eran pequeñas tribus dispersas, que se coordinaban de manera elemental para rayar los muros de las poblaciones o apoyar a los presos del régimen y a sus familiares.

No ignorábamos las trampas de los procesos históricos latinoamericanos. En Guatemala, Brasil, Venezuela y en muchos otros sitios estaba creciendo una rebeldía popular dentro de un gran cerco estratégico. Si contábamos a los desaparecidos y muertos, era fácil desalentarse. Cada uno de nosotros circulaba como una figura nómada que intentaba desplazarse astutamente dentro de una zona de caza. Eludíamos las emboscadas con la sospecha de que no siempre lograríamos esquivarlas.

Empujado al aislamiento puedes llegar a pensar que los colectivos sociales están más recuperados del primer dolor, más dispuestos a resistir activamente, más preparados para superar la tragedia. Piensas de ese modo, pero a la vez presumes que el diagnóstico no es real. El miedo y su expansión hacia el horror no sólo inmoviliza a las personas, sino a los grandes grupos humanos. Los pueblos que lo han vivido quedan definidos por ciertos rictus en sus rostros sociales. Son marcas que permanecen en estado latente y que se reproducen oralmente.

Con dificultad comprendíamos que el retroceso era enorme. En alguna ocasión, Miguel nos comentó a los miembros de la Dirección Regional que todo esto podía ser peor que la derrota del antifascismo alemán de principios de la década del veinte. Habíamos recogido estos temas con claridad desde fines de marzo de 1974, pero la premura y las responsabilidades no nos permitían considerarlos adecuadamente. Era difícil asumir que esto era más grave que lo sucedido en Alemania. Más tarde entenderíamos el alcance de su reflexión.

Gonzalo necesita distraerse. Decide salir a caminar y entrar a un bar donde pueda pensar en otras cosas. Toma la chaqueta, pero ante de salir cambia abruptamente de opinión. Teme que al regresar no pueda retomar la lectura. Prepara otro café y revisa antiguos apuntes escritos en un block amarillo. Las notas aluden a ciertas partes de libro que debieran ser precisadas. Esa fase le preocupa. Piensa que su afán detallista lo puede llevar a un proceso interminable de corrección. No quiere hacer un relato completo y objetivo, sino mantener un diálogo con su memoria que aluda a los episodios más significativos para él. Está convencido de que las mismas imágenes descritas por otros tendrían sesgos o importantes diferencias. Desiste de la obsesión. Sabe que un relato es sólo eso. Una parte inconclusa y fallida de la historia.

No queríamos seguir arriesgando a las personas que nos facilitaban sus casas. Desde el mes de abril las reuniones se realizaban, casi siempre, dentro de vehículos en movimiento. Se notaba el cansancio físico acumulado en las mandíbulas, en los hombros y en el estómago. Estábamos psicológicamente extenuados, emotivamente sensibles, aunque muy pocas veces lo expresábamos. Cada uno lo guardaba para sí.

En Chile se agotaba *La orquesta roja*, de Gilles Perrault, una edición de Emecé, aunque siempre la podías encontrar en la vieja librería Noray de Estado 319. Su autor revelaba las redes que la Internacional Comunista logró tejer en Europa hasta penetrar los ámbitos cerrados del Estado Mayor Alemán. Lo que se olvidó muchas veces es que estas redes surgieron en un mundo en guerra, con todos los recursos de un gigantesco Estado que las apoyaba. Sin embargo, había otra historia dentro del texto; la de muchos seres humanos dignos que no se doblegaron frente a uno de los peores momentos del siglo XX.

El siglo había sido muy ambiguo. Nos dignificó con la República española, pero puso a Francisco Franco sobre nuestras cabezas. Nos mostró las posibilidades de la libertad y de la expansión de las capacidades humanas, pero casi en la mitad de su cronología nos lanzó una guerra nuclear. La televisión exhibió a los campesinos vietnamitas enfrentados a la principal potencia tecnológica de la época. ¿Cuál era el sentido de todo esto? Los miristas nos sentíamos herederos de los hombres y mujeres que habían luchado desde antes del siglo XX y que lo seguían haciendo, sin tener claro cuál sería su destino, sin saber si existiría un día de la victoria o una lógica profunda que lo explicara todo.

Nos hacíamos cargo de lo que habíamos sostenido: “El MIR estará con su pueblo del cual es parte”. En la clandestinidad tratábamos de seguir con nuestras vidas. Ironizábamos cuando algún compañero, con una frase grandilocuente, se refería a los sacrificios de la lucha. No existía tal sacrificio. Sólo pensábamos que era desquiciado aceptar que tu vida y la de todos fuera triturada y achatada al máximo. Jamás nos atrajo el lenguaje acartonado y sin vida del lamento fácil. A cada segundo le extraíamos toda la intensidad de su esencia.

La sala de embarque

El viernes 30 de mayo me encontré con Elsa, antigua compañera de la brigada universitaria. Le entregué dinero y un proyecto para constituir el Regional Concepción. Ella quedó de recoger los comentarios sobre mi propuesta de traslado al sur. Nos despedimos y acordamos vernos la tarde siguiente. Elsa debía dirigirse a tres reuniones y un contacto que realizaría a pie en el sector de Providencia. Caminé hasta el auto. Por decisión de Dagoberto había cambiado el Austin Mini azul por un Fiat 125 blanco. Era un vehículo bastante más seguro; cerca de la palanca de cambios le habían instalado un barretín para ocultar documentos.

Nos vimos brevemente con Paula, a unas cuadras de Avenida Matta. Le comenté generalidades de mi encuentro anterior. Escuchó sin hacer preguntas. No pude dejar de contarle que el domingo siguiente El Chico Pérez, encargado nacional de organización y nuevo miembro de la Comisión Política, me iba a hacer una propuesta que modificaría mi planes de trabajo en Concepción. Esa tarde la brisa era fría, aunque por instantes lográbamos neutralizar la temperatura con nuestros abrazos. Era el clima que antecede a la tragedia. No sospechábamos que estábamos hablando por última vez.

La mañana del sábado 1 de junio había llovido excesivamente. Como de costumbre, Santiago parecía una Viena pobre, con calles anegadas, hombres con pantalones arremangados, autos averiados y muchachos que cruzaban mujeres en sus espaldas para evitar que se mojaran. El día era gris; el aire, húmedo; los desplazamientos de los habitantes, más lentos. Había unos siete grados de temperatura y se anunciaban más lluvias.

Desayuné en un pequeño café de la calle San Diego. Ese sitio me producía una seguridad uterina. Tenía olor a tangos, a putas y a un exquisito pan amasado tostado con mantequilla. Leí los diarios lentamente y me dirigí a la primera reunión del día. Estaba cansado. Por una inopinada acción la noche anterior había ordenado los pocos libros que tenía en el departamento. También había armado mi equipaje para viajar a Concepción; llevaba tres suéteres, dos pantalones, un gorro de lana, una antología de autores ingleses, un libro de física y otro de cuentos latinoamericanos. Con el correr de los

meses esperaba reencontrarme con la biblioteca de mi infancia, que estaba en su propia clandestinidad.

Envidiaba a las personas que se desplazaban por la calle. Pensaba que nunca miraban hacia atrás, que jamás temían que una mano fantasmagórica los introdujera en una sala de tortura. Llegué a Avenida Apoquindo en el Fiat; la lluvia lo había mojado por dentro. Josefina subió en actitud tierna y con su voz perentoria de siempre.

—Hace días que Marcos no aparece. Nadie sabe de él, pero es probable que sea una desconexión normal —comentó.

Pensé algunos segundos. Le conté que el viernes había enviado unas cartas a Marcos por intermedio de enlaces y que esa noche tendría respuesta. Le pedí que no se preocupara. Nos separamos con premura.

Las desconexiones eran frecuentes, pero no siempre eran graves. Si observabas movimientos extraños a tu alrededor era preciso cotejar hasta estar completamente seguro de que nadie te seguía. Aún así era mejor no hacer ningún contacto. También sucedía que te demorabas en alguna reunión y decidías, por responsabilidad, no ir desde ese lugar al nuevo encuentro. A veces no llegabas porque estabas muy cansado. Lo prudente era contrachequear y observar durante un par de horas si te seguían hasta el nuevo contacto.

Faltaban varias horas para mi encuentro de las siete de la tarde. Revisé la cartelera, almorcé en el barrio Bellavista y entré al cine Central, en la calle Huérfanos. Luego esperé en un café. Hacía frío y comenzaba a asentarse una capa de bruma. A las 18.55 llegué a la zona del contacto. Tras estacionar el auto me encaminé lentamente hacia la calle Pío Nono. El lugar previsto era la fachada de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Elsa era de gestos afectuosos y risa contagiosa. Al acercarme vi su silueta encogida bajo un paradero de micro.

—Hola, ¿cómo está todo? —pregunté.

Traté de abrazarla. Estaba acostumbrado a que me diera una serie de besos y apretujones, pero esta vez me extendió sus brazos rígidos. Sus manos sudaban. Sin hablarme me indujo a caminar por Pío Nono, yo intentaba convencerla de que cruzáramos hacia la Alameda. De pronto nos sorprendimos discutiendo. Segundos después intuí lo que pasaba.

—¡Caíste! —le dije.

—Sí, y me han torturado mucho.

Intenté escudriñar huellas de agresión en su cuerpo. Sólo encontré una mirada opaca, una voz extenuada, una nueva distancia, como si me dijera no te conozco o no me interesa lo que me vas a decir. No tuve rabia ni la miré como traidora. En medio del operativo policial que estaba por iniciarse era absurdo preguntarle por qué me había entregado. Elsa me visitaría en la cárcel en tres oportunidades. Se quedaba callada, lo único que hacía era mirarme. En una de las visitas me confesó que durante esas cuarenta y ocho horas había entregado

a otros dos compañeros. No volví a verla. Sólo sé que está viva.

Con balbuceos me confirmó que si intentaba huir existía orden de matarme. Le propuse que arrancáramos, ella se negó.

—No puedo más —me dijo—. Tienen a mi hijo. ¿No entiendes eso?

No lograba descubrir dónde se escondían mis futuros aprehensores. Al tratar de cruzar la calle con ella asida del brazo vi a un par de parejas de pololos, un lustrador de zapatos, dos oficinistas que conversaban en una esquina, un chofer de taxi y algunos vehículos que de pronto se pusieron en movimiento. Los agentes llevaban brazaletes blancos con franjas azules, portaban transmisores y exhibían sus armas. Solté a Elsa en la mitad de la calle y escapé por el pequeño parque que está frente a la Escuela de Derecho. Sentí latir todo el cuerpo. Me asombró correr a tal velocidad, como si no estuviera convaleciente de un traumatismo encéfalo craneano. No sé por qué pensé en la luna. Tal vez lo hice porque de niño asociaba su presencia con la posibilidad de huir de la muerte. Al voltearme pude verificar que era perseguido por, al menos, dos autos y cuatro hombres que corrían tras de mí.

Una camioneta tipo Chevrolet C-10 subió a la acera y al cabo de cien metros me interceptó. De ella se bajaron entre cuatro a seis hombres armados que me cerraron el paso, al tiempo que me alcanzaban los que venían a mi siga. No pude continuar. Al frente tenía una escopeta calibre doce y un sujeto enorme.

—¡Alto o disparo! —me advirtió Roberto Fuentes Morrison, agente del SIFA y ex integrante del movimiento Patria y Libertad.

Me pareció una orden ridícula, cinematográfica, aprendida en un manual. Intenté girar para escapar en otra dirección. Cerré los ojos fuertemente, apreté las mandíbulas, pero me encontré con la segunda escopeta. La llevaba un cazador que vestía una chaqueta a cuadros. Habló con voz suave y una sonrisa autosuficiente.

—Se acabó la guerra, Gaspar.

Más tarde lo identificaría como el comandante Edgard Ceballos Jones. Otro hombre, al que llamaban Loquillo, me amenazó.

—Te voy a dar un balazo en la rodilla y en el riñón pa' que te quedés quieto. Tenemos a tus amigos y sabemos todo.

Sergio Contreras Mejías, *El Loquillo*, sería citado a declarar por primera vez en agosto del año 2003. Jamás había hablado públicamente de su actuación en la captura de militantes del MIR. Lo hizo para revista Ercilla.

[...] Después que llega la gente de Dawson, empieza a entrar el MIR. ¿Por qué? Los oficiales jóvenes tenían contacto con los mandos medios del MIR. En realidad, no teníamos ninguna opción de llegar más arriba por la compartimentación que tenían.

Mientras levantaba los brazos quise encontrar una razón para aceptar lo que estaba sucediendo. Trataba de descubrir un ser humano entre quienes

transitaban por el parque, pero sólo veía agentes del SIFA. Uno de ellos me golpeó en la espalda con lo que parecía la culata de un arma. Caí violentamente al suelo. Un segundo hombre bajó de la camioneta y me esposó las manos por delante. Estaba a punto de entrar a otro mundo y aún no lo sabía. Recordé a un gran amigo cubano que insistía en una idea: siempre es posible romper un cerco urbano y acudir a una última sorpresa, como quien guarda una carta y la saca de pronto. Pensé que si me daban algunos segundos podría descubrir la brecha. Pero no encontré mi maldita carta. Otro golpe en la espalda me lanzó nuevamente de bruces al suelo. Dos hombres revisaron mi ropa.

—Quítenle el cianuro —gritó una voz que sobresalía entre las demás.

El pequeño envoltorio de plástico contenía una porción de veneno que algunos de los miembros de la Dirección portábamos voluntariamente. Aunque no me gustaba la idea de morir asfixiado prefería ese camino a terminar destrozado por la tortura.

Quedé convertido en una especie de paquete. Sin pausa, me amarraron una venda que llevaría puesta durante más de un año. Era una toalla de color celeste, sucia, fétida, que me cubría desde la frente hasta la boca. Dejé de sentir su olor hace años, pero de vez en cuando regresa el recuerdo del miedo exudado por otras caras. Muchos rostros habían gemido detrás de ese trapo, muchas lágrimas se habían secado en él.

Los objetos pueden portar las historias que se han escrito sobre ellos. Los olores identifican situaciones, lugares, personas. Cuando te vendan, la nariz recupera sus antiguas capacidades; comienza a aprehender aromas, perfumes, vahos y reconoce a quién tiene al frente. Al olfatear las manos húmedas del torturador, la nariz identifica su odio y advierte si su ira está aumentado. O si viene saliendo de la ducha o qué perfume ha usado. Junto al olfato está el oído. El oído distingue los ritmos, las voces, los giros lingüísticos, las tonalidades. Con ambos sentidos es posible dibujar un croquis del lugar donde estás y sacar una fotografía mental de los rostros que no ves.

Y con el correr de los meses, con la venda aún amarrada a tu cara y ante algunas pequeñas señales, puedes predecir con cierto rigor qué pasará. Incluso aprendes a clasificar a los torturadores; a distinguirlos si son del SIFA o de la DINA; a determinar cuál es su naturaleza. Descubres que la tortura produce placer en algunos de ellos y que ese placer aumenta con el dolor de la víctima. Te das cuenta de que existe un segundo grupo, los de inteligencia menoscabada, que actúan con arranques de ira y violencia hacia el torturado o sus subordinados. Ellos no matan; las víctimas se les mueren. Y percibes que hay otros que creen que se trata de un trabajo profesional que debe realizarse por un fin superior, como la defensa de la nación del ataque marxista. Torturan con rigor, como un ejercicio metódico; son fríos, se exceden pocas veces, pero preferirían estar arriba de un avión de combate. Estos son los peores, los que pueden llegar a cualquier extremo.

También puedes distinguir a los militantes de izquierda o que decían

serlo. No es gente que se haya quebrado. Son hombres o mujeres reclutados por los servicios de inteligencia que participan en la localización, secuestro, torturas e, incluso, en la desaparición y muerte de militantes, especialmente de miembros de su partido y estructura. Son personas que aniquilan su identidad y que comienzan a sentirse parte de una nueva comunidad.

Algunos de ellos son muy grotescos, violentos, perversos. Otros, que suelen desempeñar tareas *importantes*, evidencian una inteligencia mayor, un exacerbado egocentrismo y pedantería; una marcada tendencia a no expresar lo que sienten, a negar o minimizar la responsabilidad ética de sus actos y a desconectarse e intelectualizar las situaciones emotivas. Esta actitud les permite asumir su incorporación a los organismos de represión como un trabajo más, disociado, muchas veces, de su vida privada. Colaboran con la autoridad sin cuestionar sus órdenes y acciones. Son una especie de mercenarios que se mueven por intereses personales y por la necesidad de ejercer poder y control. Quieren convertirse en funcionario obedientes, capaces de entregar información valiosa que permita desarticular al partido y a los grupo a los que pertenecían. Practican con eficacia el “arte de las sensaciones insoportables”, la degradación y la violencia. Actúan con precisión, frialdad y alevosía, en el sentido de procurar la completa indefensión de la víctima y el dominio absoluto de la situación. Sólo con este comportamiento se convencen de que el resultado de la agresión estará garantizado.

Como en cualquier otro trabajo y actividad humana, el cuerpo y la psique se van modelando. Con el tiempo desaparece la disociación y, muchas veces, retorna el sentimiento de traición, motivado no por el arrepentimiento sino por el intento de sacar, nuevamente, provecho de la situación. Muy pocos intentan cambiar y recobrar la humanidad perdida.

Franz Fanon, psiquiatra y militante del Frente de Liberación Nacional que luchó en la guerra de Argelia, se refirió a los torturadores en *Los condenados de la tierra*.

El verdugo que ama los pajaritos y disfruta plácidamente de una sinfonía o de una sonata...Esto no es más que una etapa, más adelante, no hay más que una existencia, la cual, se inscribe totalmente en el plano del sadismo más radical y absoluto.

Fanon pone como ejemplo a un hombre que va a su consulta. Su paciente no sólo tortura patriotas argelinos, sino que un buen día se sorprende torturando a su esposa. Trabaja unas diez horas en lo mismo. El psiquiatra le pregunta qué siente al hacerlo. “Cansa”, responde el hombre.

¿Existen diferencias entre el verdugo con capucha y hacha que corta la cabeza de los enemigos del príncipe y las espantosas torturas de las penas

corporales? ¿Entre el oficial de inteligencia aséptico y científico y las nuevas formas de tortura con drogas, electricidad y aislamiento psicosensores? No existen. Son los mismos y viejos verdugos de siempre, el mismo pedazo de humanidad retorcida.

Me lanzaron al asiento trasero del MG azul que había pertenecido al Bauchi. Lentamente tomé conciencia de que estaba en la sala de embarque que me conduciría hacia un mundo que hasta ese momento había sido terrible pero desconocido. Traté de ordenar mis pensamientos, de encontrar una pista que me indicara cómo había caído Marcos y su enlace. Aunque no sabía ni qué preguntarían ni cómo lo harían, me preparé para el interrogatorio.

Escortado por otros autos, el MG se movía raudo hacia una zona desconocida de la ciudad. Sentía que Santiago iba sufriendo otra mutación. Aparecían nuevos sonidos, olores a humedad, a cementerio, a zoológico. En algún punto del trayecto, la caravana se detuvo bruscamente. No comprendí qué estaba sucediendo hasta que me di cuenta de que estaban haciendo la tercera cacería de la noche. Escuché las órdenes que provenían de los transmisores. Uno de los agentes se bajó, el otro permaneció al volante. Decidí escapar. Con las manos esposadas me subí la venda e intenté aturdir al conductor. Una gran explosión, en realidad un gran golpe, sacudió al auto. No tuve tiempo de ver cómo azotaban mi maltratada cabeza con la culata de un arma; medio inconsciente, tirado en el piso del automóvil, escuchaba lo que decían. Me sacaron del MG para cambiarme a otro vehículo. Tuve la sensación de que había pocas personas a mi alrededor y nuevamente traté de arrancar. No alcancé a dar los primeros pasos cuando los captores se abalanzaron sobre mí con patadas y culatazos. Fui esposado por la espalda y lanzado al piso trasero de un Fiat 125. Si antes había sido tratado como un paquete, en ese momento me sentía como una tira de chorizos amarrados con cáñamo. No podía precisar de dónde provenían los balazos. Todo era confuso, desconcertante. En medio de los gritos y ráfagas escuché la voz de uno de ellos.

—Ya la tenemos.

Imaginé a una compañera herida en el pecho, hasta que uno de los agentes mencionó el nombre de Josefina. No fui capaz de evaluar el nivel del desastre que empezábamos a vivir. Estaba abrumado.

La caravana se reorganizó. Uno de los agentes comentó que habían utilizado cinco automóviles en mi captura. Calculo que más de diez personas participaron en la cacería, pero sólo logré ver a seis. Todos eran hombres, aunque recuerdo la voz de una mujer. En la parte inferior de la venda quedó un espacio que me permitía distinguir la figura de un hombre en el asiento trasero. Sin ver su rostro, percibí cierta tranquilidad en él. O se trataba de un agente que simulaba ser un prisionero para ganar mi confianza o era un conocido que debía garantizar mi identidad frente a cualquier vacilación de Elsa. Esa duda aún late en mí, aunque hace algunos años me entregaron un dato que ensanchó mi hipótesis. Nada rotundo, sólo probabilidades.

Una Academia de Las Condes

El auto se detuvo. Un ruido anunció la apertura de una reja. El vehículo avanzó lentamente hasta una especie de estacionamiento en la primera planta. Por el eco del lugar parecía tratarse de un espacio amplio. Una semana después me enteraría de que estaba en la Academia de Guerra, el recinto donde funcionaba el SIFA.

Fui bajado del Fiat 125 con maneras pseudoamables. Quitaron las esposas de mis pies y entre dos agentes me transportaron en vilo. Fui registrando la escenografía del edificio a través del pequeño espacio de la venda. Subí por una escalera externa que conducía a una puerta del segundo piso y entré a un pasillo de unos treinta metros, con varias puertas a cada lado que, supuse, llevaban a algunas oficinas. Antes de entrar traté de memorizar el olor de Santiago en invierno, de retener el aire semirural y el cantar de los grillos. Quería conservar ese recuerdo que escapaba a los sonidos de la última hora.

Nuevamente revisaron mis bolsillos y palparon todo mi cuerpo. Pude ver que un hombre hurgaba en mi pequeño bolso de mano. Todas las personas que logré distinguir en ese momento vestían de civil. Fui conducido a una sala en la que permanecí alrededor de diez minutos y luego a un lugar donde alguien me quitó las esposas y la venda. Frente a mí, en un pequeño escritorio repleto de organigramas, estaba el cazador principal. Se presentó como el comandante Cabezas. Era un hombre calvo, de mirada astuta y ojos intensamente claros. Sonreía mientras golpeaba sus dientes con un lápiz grafito de color amarillo.

—Gaspar, tenía ganas de conocerte —saludó—. Dos veces estuvimos a punto de capturarte. La cosa es sencilla. Si hablas te vamos a tratar bien, si no quieres hablar tendremos que apremiarte. ¿Quieres un café?, ¿que traigan a Josefina?

Por primera vez oía la palabra apremio en boca de uno de ellos. La empleaban como sinónimo de tortura. Hasta hoy es una palabra que no tolero escuchar.

Preguntó dónde vivía y exigió que le entregara información sobre los papeles que habían encontrado en la cajetilla de cigarros de mi bolso. En ellos no aparecían horas, lugares ni las verdaderas identidades de los contactos; sólo figuraban sus nombres políticos y la secuencia de los encuentros. Sentaron a Josefina a mi lado, ella me sonrió con ternura. Había algo de macabro en la

escena.

—Bueno, hay que aguantar, eso es lo que nos enseñaron —dijo con voz fuerte y clara.

Sólo la miré. Tenía razón.

El lugar parecía la buhardilla de un estudiante. Una cama, documentos, colillas de cigarros, tazas, libros marcados por separadores. La estructura de la organización del MIR colgaba de la pared. En cada uno de los recuadros había alfileres de tres colores. Los rojos simbolizaban a los que aún estaban libres y sin pistas para ser capturados; los amarillos aparecían en un interregno, entre la libertad y la captura próxima; los blancos representaban a los detenidos.

—Comandante, ¿puedo entrar? —preguntó alguien, con voz juvenil.

El conscripto traía en una bandeja tres tazas de café y dos platos con tostadas. En la vajilla observé el escudo de la Fuerza Aérea. Recuerdo esta situación como la escena de una vieja película de la primera guerra mundial, en la que alemanes e ingleses compartían la comida antes de reiniciar la batalla.

El comandante se paró pesadamente.

—Trabajo cumplido —dijo con sorna mientras cambiaba el color de nuestros alfileres.

Cabezas pontificaba sobre el carácter nacional del gobierno militar y la necesidad de que entendiéramos que ellos, los nuevos gobernantes, no eran fascistas. Mientras él hablaba yo devoraba las tostadas y trataba de alargar el café. Pensaba que sería el último de mi vida. Josefina tomó un terrón de azúcar y comenzó a chuparlo. El cazador la cogió de un brazo, llamó a un guardia y la hizo salir.

El comandante advirtió que si no cooperaba otras personas se harían cargo de mí. Me dio quince minutos para meditarlo. Mi sentido de la realidad se fugó de aquel sitio. Tuve imágenes de mi infancia en una playa con mis primos, de mi vida en Tucumán junto a Inés, del departamento de la calle Carmen. Esa mañana lo había dejado limpio y ordenado para llegar a descansar. Me veía torturado. La escena me infundía más miedo que dolor. Luego retorné a las imágenes de la infancia. El tiempo se acabó. No encontré un refugio en los recuerdos.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Cabezas.

Pasaron otros minutos de silencio. Se paró, estuvo mirándome durante unos segundos y se fue. Un guardia puso la venda sobre mi cara y fui nuevamente esposado por la espalda. Creo que subimos por una escalera angosta que nos condujo a un cuarto de tamaño indeterminado. Un hombre con acento portugués me anunció que ésa era mi última oportunidad. Luego ordenó que me sacara la ropa.

—Ya que me va a torturar sáquemela usted —respondí.

La conversación era absurda. Las esposas me impedían desnudarme; además creía que era el colmo que tuviese que ayudarlo en su misión de torturador. De pronto, como en un partido de fútbol americano, cayeron seis brazos sobre mí. Los hombres trataban de arrancarme la ropa. La

descoordinación del ataque y la torpeza de los agentes enredaban la situación. A uno de ellos se le ocurrió quitarme las esposas. Después de desnudarme, golpearme y atarme de manos y pies me colgaron de un palo atravesado entre un escritorio y otro soporte. Tenía fija la imagen de un carnero que va al sacrificio mientras los comensales extienden los platos para recoger la sangre de la víctima.

Distribuyeron diez terminales de dínamo en la zona de los ojos, las orejas, la boca, los testículos, el ano y el estómago. Aplicaron golpes de electricidad intermitentes y a intensidades alternadas. Cada cierto tiempo se detenían. Tocaban la planta de mis pies y vigilaban mi corazón con lo que parecía ser un estetoscopio; luego continuaban con el interrogatorio, la corriente y las amenazas. Si no cooperaba, decían, me iban a matar. Preguntaban por la dirección de mi casa, por El Dago, El Chico Pérez y Paula. Una y otra vez, en círculo, volvían sobre las mismas preguntas. Yo pensaba que estaban matándome y que debía ganar tiempo, todo lo que fuera soportable, para que mis compañeros advirtieran que había caído.

—Te vamos a sacar el líquido de los ojos con una jeringa. O mejor aún. Te vamos a echar arena caliente por las orejas —amenazó uno de los hombres.

Mis gritos impedían que escuchara los de Josefina. Incluso llegué a confundirlos con los míos, como si existiese un solo eco para todas las almas. Era una visión del infierno: cuerpos colgados, saliva, sangre, mandíbulas apretadas y crujientes, sudor, fanatismos, pensamientos que se dilataban para no sucumbir, preguntas absurdas, burlas, humillaciones. Todo para convertirte en un ser pequeño, indefenso, resignado. Un despojo.

Los modelos en que se basaron estas prácticas tenían siglos, pero fueron los franceses quienes los aplicaron y perfeccionaron en Vietnam y Argelia, después de la segunda guerra mundial. Los ingleses habían hecho lo propio en Grecia, Irlanda y Kenia. Los norteamericanos incorporarían más tarde otras técnicas de aislamiento e incomunicación para moldear la conducta de los detenidos, hasta que el modelo llegó a América Latina por intermedio de la Escuela de las Américas, establecida en Panamá desde 1946. En la década del cincuenta arribó a Argentina, cuando los militares empezaron a traducir a los ideólogos franceses; en 1960, llegó a Guatemala, en 1964, a Brasil. En Uruguay lo aplicaron desde marzo de 1973 y meses después, en Chile. La hebra teórica se podía encontrar en libros como el del general francés André Beaufre, profusamente traducido por los argentinos y distribuido a los oficiales de todo el Conosur. Todas las policías del mundo saben los rudimentos de la tortura, pero el terrorismo de Estado es un dispositivo sofisticado, con teorías, conceptos, indicadores.

Busca en los estantes el libro del general Beaufre publicado por la editorial Almena. El pequeño libro tiene sus páginas amarillentas y está ajado por el polvo. Es un panegírico del aniquilamiento y el terror, que analiza la rebelión de los Mau Mau en Kenia, y de otros grupos que se rebelaron en Asia y América Latina. Beaufre

elabora con obsesivo rigor los fundamentos que le permiten construir la figura de los enemigos internos que, una vez capturados, serán hechos desaparecer. El lenguaje académico que utiliza no simula el odio. Este libro acompañaría a los planificadores del terror durante demasiadas jornadas de violencia de Estado como para poder pensarlas con algún gramo de sentido, de proporciones, de medidas.

Para Gonzalo ese discurso de la guerra no sólo soslaya la asimetría bestial entre el terror y los resistentes, sino que lleva la violencia más allá del concepto de guerra que decían respetar y en el cual se les suponía ubicados. El dispositivo busca producir pánico, inmovilidad, pasividad y locura, conductas infrahumanas.

El temor es una especie de nube ácida que se instala en el pecho y desde ahí se expande a todo el cuerpo. Tiene olor, sabor, textura. Después viene el dolor. El dolor es localizado y localizable, dura menos que el temor y mientras se prolonga provoca una sensación de alivio, cierta confianza ante la incertidumbre metafísica que instala el temor. Cuando los torturadores se detienen aparece el pánico y piensas que lo próximo puede ser peor. Cada nueva sesión de tortura reanuda el ciclo del temor y el dolor. Hablar es el más grande de todos los miedos. Temes entregar información que posibilite otra captura, una muerte y otra captura y así hasta que no quede nadie. Horroriza la posibilidad de convertirte en un traidor y que tu comunidad afectiva te declare muerto en vida. Imaginas a tu familia censurándote por haber hablado, a tus amigos de infancia girándote la cara, a tus compañeros enrostrándote tu debilidad. El terror es fuerte. Se mezcla con los grandes sueños, con el contenido ético de la lucha y con la fuerza moral de saber que mientras cuelgas como un animal muchos te recuerdan con cariño, conservan tu presencia en sus memorias y confían en que no te vas a rajar. Hay astucia en tus respuestas.

No existe una fórmula única e infalible para soportar la tortura. Cada cual traza su estrategia. Con el correr de las horas aprendes a corregirla; algunos días después sabes mucho y con los meses, mucho más. Aprendes a enfrentar las preguntas, a proteger información, a ganar tiempo, a confundirlos, a identificar el momento en que manipulan o exageran pequeños datos. Les haces creer que no temes a la muerte o los convences de que le tienes pánico. Eres capaz de fingir un desmayo o gritar sin pausa y a máximo volumen hasta quedar sin voz. Sabes enrostrarles su cobardía o callar ante sus frases hirientes.

No todos tuvieron las condiciones o la suerte para armar un pequeño plan de defensa. Algunos sucumbieron en los interrogatorios, otros fueron capturados cuando portaban una gigantesca cantidad de documentación. También hubo quienes entregaron pistas falsas. Lo hicieron para confundir a sus captores, sin percibir que esas pistas llevarían a información verídica. Algo similar le ocurrió a Leopold Trepper durante la segunda guerra mundial. Organizador de la Orquesta Roja, la red de espionaje soviético en Europa Occidental, intentó manipular la información que manejaba frente a los agentes de la Gestapo. A pesar de su heroísmo e inteligencia cometió errores que

provocaron la caída de una parte de las estructuras de espionaje soviético. Fue como jugar ajedrez sin ver los movimientos del contendor. Intentar la movida Trepper es fatal.

El caso de Conrado fue extremo.

Una noche un grupo de agentes de la DINA derribó la puerta de su casa. Él no estaba. Los hombres se hicieron pasar por detectives y golpearon, violaron y secuestraron a su mujer. Con imprudencia suicida partió a la casa de sus suegros. En la madrugada sonó el teléfono. Esperó que alguien de la casa atendiera hasta que finalmente recogió el auricular.

Escuchó una voz casi infantil.

—Sabemos que estás ahí. Queremos que colabores, no queremos hacerte daño. Te vamos a devolver a tu mujer, no la hemos tocado, pero todos estamos dispuestos a hacerlo. Ven al cuartel a las nueve de la mañana y pregunta por el comandante Salinas.

Se vistió en medio de atormentadas reflexiones. Su pánico parecía encontrar el objeto de su justificación. Tenía que salvar a su compañera. Caminó desde las siete de la mañana.

—Soy Conrado. El comandante Salinas me espera —dijo con frialdad al guardia que vigilaba el cuartel.

Lo hicieron pasar a una sala. Tras veinte minutos de espera entró un hombre moreno, excesivamente perfumado, rechoncho y de rostro aceitoso.

Era Salinas.

—Queremos que sigas militando en tu estructura y que cada cuarenta y ocho horas nos entregues informes sobre las acciones armadas. Éste va a ser el número de teléfono de enlace. Si desapareces, tu mujer también y no pararemos ahí. Te encontraremos. Puedes ayudarnos en la lucha contra el marxismo. Nos interesa especialmente Mercier.

Conrado aceptó el trato.

Ahora escuchaba con otros oídos lo que acordaban sus compañeros. En dos oportunidades, al regresar a casa, vomitó durante toda la noche. Comenzó a frecuentar los ambientes de oficiales, a emborracharse con ellos, a visitar los prostíbulos a los que acudían los agentes. Preparó la entrega de Federico, el encargado de organización del Regional Santiago. Desde una sala contigua, escuchó la sesión de tortura. Le parecía absurdo que Federico negara cualquier relación con él. Llegó a pensar que el idiota se creía un héroe. En ese momento se convenció de que sus compañeros estaban desquiciados.

Pero el objetivo de la DINA era Mercier.

Conrado generó la trampa para llevarlo a una emboscada. Sus manos transpiraron durante toda esa semana y su cuerpo exudó el alcohol acumulado en las borracheras con los oficiales. Por fin llegó el día martes. A las 8.45 Mercier conducía su vehículo por la Avenida Apoquindo. El cerco estaba preparado, pero la intervención de un motorista policial, que intentó detenerlo por exceso de velocidad, modificó los planes. Al ver al carabinero, Mercier desenfundó su pistola en actitud amenazante. Inesperadamente un soldado

disparó su fusil automático y desencadenó una confusa balacera. Mercier quedó tendido en el asiento del auto, con el cráneo destrozado. Conrado se asustó, creyó que sus nuevos jefes le recriminarían la muerte no calculada de su ex compañero. Mientras lo veía desangrarse pensaba que él jamás hubiera caído en una emboscada, que era más hábil e inteligente.

Regresó a su unidad, le dieron cinco días de permiso y se encerró en su casa a beber. A la semana siguiente lo asignaron a un grupo integrado por miembros de todas las ramas de las Fuerzas Armadas, que tenía por misión desenterrar a las víctimas y cambiarlas de fosa. Sus manos se fueron haciendo toscas y duras. Aborrecía al oficial que se guardó el reloj de su antiguo compañero. Ese trofeo lo hubiese querido para él.

Conrado no vivió el miedo que se siente al estar colgado de un palo. Tampoco experimentó la sensación del cuerpo adormecido ni la imposibilidad de tragar saliva. No sintió los ojos a punto de estallar ni el terror a cortarte los labios cada vez que aprietas los dientes. No supo de la presión que se siente en los oídos por dentro, cerca del cerebro, como si permanecieras en la profundidad del mar, mientras escuchas latir tu corazón sin control ni ritmo. O quizás sí supo. Nunca lo sabremos. Quizás tuvo otros miedos. Tal vez su pavor despertaba de otros dolores y amenazas. O también pudo ocurrir que estuviera cansado. Es imposible entrar en el alma de alguien que descendió a los lugares que le ofrecieron.

Yo seguía colgado, semiconsciente. Sentía cómo la electricidad circulaba por mi cuerpo y me provocaba un dolor agudo, rápido, total, que me hacía retorcer sobre un eje y vomitar. Cuando la descarga cesaba el cuerpo no recuperaba su forma anterior, sino que hacía extrañas configuraciones, como si pudiera hacer muecas incontroladas. Pocas veces quedaba completamente exhausto, lánguido o desmayado, pero siempre quedaba bañado en sudor y con dolores calientes en las articulaciones.

Me sorprendía que los torturadores se cansaran y que la lógica de su interrogatorio fuera reemplazada progresivamente por la incongruencia pura del enojo animal, avivada por mi silencio. Algo andaba mal. Sus métodos no funcionaban. Una de las voces se destacaba entre las otras y orientaba la secuencia de las preguntas; su tono era muy agudo y se asimilaba, grotescamente, a la voz de una mujer. Tras un instante largo, tan largo que pareció opacar el resto de las vivencias, la aplicación de corriente cesó, mis gritos cayeron y las amenazas se extinguieron. Fui descolgado y depositado en el suelo como un pedazo de carne. Tenía los labios secos, hinchados, insensibles. En medio de los espasmos y convulsiones me recorrió una sensación de aturdimiento. Sentí un pánico profundo que no cabía en mi cuerpo. Aparentemente quedé solo. Para neutralizar el frío traté de encogerme en posición fetal. Con la punta de los dedos intenté tocarme la cara y los ojos

que me ardían. Mi respiración era entrecortada, como si hubiese corrido cientos de kilómetros sin descansar. Creo que fue la primera vez que comencé a percibir el olor que emanaba del suelo, de las paredes, de todos los rincones de aquella sala. Era el olor del terror. Me sorprendí tratando de taparme los oídos con los hombros. No quería escuchar los quejidos de los torturados que permanecían en la habitación contigua. Después de un tiempo impreciso, regresaron.

Los engranajes infernales comenzaron a funcionar nuevamente. No podía identificar con claridad cuántos cables tenía conectados al cuerpo ni cuántos torturadores había en la sala. Las voces se confundían y superponían. Tuve la sensación de que esta vez hablaba sólo uno de ellos, que tenía la capacidad de modular en distintas frecuencias e impostar muchos estilos y tonos de voz. Semanas después comprendería que los interrogadores habían seguido un patrón, basado en los papeles de la cajetilla y en otras fuentes que no alcancé a identificar. Cada pregunta correspondía a una de las reuniones diarias programadas antes de mi caída. Me preguntaron consecutivamente por El Chico Pérez, El Pepone y El Nano. Por fin llegó la pregunta que correspondía al sábado. Ese día iba a encontrarme con Dago. Entonces se ensañaron. Pusieron una pistola en mi boca, me advirtieron que si no hablaba me matarían y luego accionaron un arma descargada. Es una de las peores sesiones de tortura que recuerdo en la Academia de Guerra. Después se concentraron en la dirección de mi casa clandestina. Respondí hasta el fastidio que no sabía dónde quedaba; aseguré que me pasaban a buscar a un supermercado y que me llevaban con los ojos vendados. Más tarde averiguaría que La Emy y El Tavo siguieron habitando el departamento durante meses.

Hacia el final de la sesión de tortura, un suboficial, al que llamaríamos El Mexicano por el color de su piel y la geometría de su bigote, me entregó el suéter que llevaba puesto el día de la captura. En el cuello, dentro de una diminuta bolsa plástica cosida con esmero por La Emy, estaba oculta la última pastilla de cianuro. Las otras dos las habían descubierto la primera noche. Con algo de indiferencia decidí tomármela. Me demoré en sacarla de la bolsa. Más que a la muerte, temía al desgarrar de la asfixia. Pensé en el mar, en el cielo, no recordé a nadie en particular. Intenté morder la cápsula sin conseguirlo del todo. Era insípida, no tenía el sabor a almendra que le atribuían. Esperé los veinte segundos que supuestamente tardaba en manifestarse el efecto. No pasó nada. Aún respiraba, pensaba y temía. Tal como había ocurrido con Arturo y Roberto, el cianuro resultó inofensivo. Estaba vencido, en mal estado o, simplemente, no dio resultado.

Un día en que el calor del sol traspasaba la venda de mi cara fantaseé con la visita de un grupo de animales que llegaba orientado por el olor del miedo y por los gritos que salían del recinto. En medio de la confusión, se desmoronaban los muros, caminábamos y nos íbamos.

Al cabo de un tiempo, fui conducido hacia el subterráneo. Abandonado en un pasillo, me tendí sobre un colchón maloliente y me tapé con una gruesa

frazada militar. Traté de relajarme y de situarme en el nuevo espacio. Poco a poco una densa bruma de sueño me envolvió. Creo que fue la primera vez que dormí desde el día de la captura. Soñé que soñaba que caía preso y que al despertar me alegraba de que hubiese sido un sueño.

—¡Despierta, huevón! —gritó un guardia—. ¡Los miristas no vienen a dormir acá!

Una patada en el colchón me devolvió a la realidad. El guardia trajo un jarro con un té muy caliente y cargado y un pan húmedo untado con mermelada. El sabor de la mermelada y la tibieza del té me trajeron recuerdos de infancia en El Carmen, de café con leche con pan amasado, de pan negro con jugos de fruta. Comencé a percatarme de que los funcionarios de guardia no eran los mismos que los que integraban el equipo de tortura ni los que me habían detenido, aunque unos pocos personajes se repetían.

Durante las primeras semanas todo consiste en memorizar, en aprender las coordenadas del lugar, en recordar voces y reconocer pasos. El comandante Cabezas caminaba de acuerdo con su gordura, lento, rítmico; El Loquillo, como si estuviera trotando; Oteiza tenía un andar pesado, como de un oso. Se trataba de distinguir ciertos rasgos que permitieran construir cada perfil. Algunos eran absurdamente infantiles, imitaban el ruido de los aviones o lanzaban bromas ingenuas; otros escuchaban música clásica y leían. Tal vez lo hacían para escapar mentalmente de aquel sitio. Los suboficiales, habitualmente gritones, preguntaban cómo nos sentíamos, aflojaban un poco las esposas casi siempre brutalmente apretadas y nos permitían ir al baño.

Todo lo que había acontecido en mi vida hasta el momento de la detención parecía confuso, lejano, inalcanzable. Me resultaba difícil recordar. A veces me entretenía, pero no lograba elaborar un relato que ordenara las imágenes y que me permitiera explicar cómo había ocurrido todo desde mi infancia. Con el paso de las semanas la necesidad de reconstruir mi pasado se transformó en una obsesión. Se instaló en mí la noción de que siempre había estado preso y que jamás saldría en libertad. Jugué con esta idea durante los primeros días en que permanecí en el pasillo del subterráneo. Por momentos presentía que mis captores me sacarían hacia un bosque y me darían un tiro en la cabeza. Como el cansancio físico era descomunal siempre terminaba durmiéndome. De forma imperceptible fui aprendiendo a ausentarme del lugar, a viajar mentalmente, concentrándome hasta consolidar el viaje.

Una tarde reconocí la voz de Baltazar al lado de mi colchón. Recordé el tiempo que pasamos juntos en su departamento del parque Bustamante. Su voz era tranquila, parecía enviarme fuerza. Lo habían arrestado el 26 de abril en el restorán Venezia, muy cerca del cerro San Cristóbal. Lo torturaron durante diez días. Una noche de ese período alguien, a quien no pudo ver, le sacó las esposas.

Baltazar narraría ese episodio en su testimonio de julio de 1999, uno de los tantos que circularon tras la detención de Augusto Pinochet en Londres.

Me dijo que podía sacarme la venda. Era el Coronel Oteiza. Me convidó un poco de pisco y no me interrogó. Era muy entrada la noche. Quería saber de teatro por mí, tenía un hijo que estudiaba medicina, que me conocía como actor y que admiraba y amaba el teatro. En el fondo (el muchacho) quería ser actor. El coronel quería saber, por amor a su hijo, qué cresta era esa cuestión del teatro. Fue una pausa agradable. El teatro hacía por primera vez su presencia en ese infierno y lo hacía para protegerme.

Gonzalo cree que el relato de Baltazar ayuda a armar el rompecabezas del sin sentido practicado en los recintos de tortura. Cuando no has sido capturado todo es un esquema; cuando estás en sus manos puedes ver la incongruencia, la locura y la sinrazón, piensa mientras termina de releer el testimonio de Baltazar.

Ha hablado con muchos torturados, chilenos y latinoamericanos, pero aún no ha logrado entender lo que ocurre efectivamente con el terror. En los testimonios que revisó, sólo encontró hechos, pero nada que respondiera las preguntas básicas.

Después de escucharlo me subí la venda. Observé dos filas de colchonetas por ambos lados del corredor; en cada colchoneta había un preso vendado, con las manos esposadas por delante. Eran mujeres y hombres jóvenes que yacían en las posiciones más absurdas. Evoqué las imágenes de guerra que muestran una estación de trenes con decenas de heridos tendidos en el suelo. A partir de ese día sentí los pasos de Baltazar, participé de sus pesadillas y de sus quejidos. Ya no estaba solo.

Las interrogatorios se repitieron durante todo el tiempo en que permanecí en el pasillo del subterráneo. Algunas veces me torturaron en la sala del segundo piso, en dos oportunidades fui colgado de la escalera durante un día y medio y por lo menos en tres ocasiones permanecí en la capilla del recinto.

Los lugares no recuerdan su pasado.

La Academia de Guerra había sido un convento. No podía imaginar que ese sitio había estado repleto de monjas que rezaban a su Dios o pedían por su prójimo. Tampoco es fácil pensar en la Villa Grimaldi como la antigua discoteque Paraíso ni en La Moneda reconstruida. Pasas por ahí y parece que siempre fue la misma, pero cada piedra y ladrillo es nuevo. Sólo se conserva su forma.

Tras algunas semanas fui trasladado a una pieza del subterráneo. Durante casi un año esa pequeña habitación se convertiría en el espacio de mi larga incomunicación y en el receptáculo universal de mis visiones. Apenas llegué pude entrever a Roberto y a otro compañero.

—Esta es la pieza número 1. Usted va a tener el número 43 —anunció ásperamente el guardia.

Me advirtió que no podía sacarme la venda, que estaba prohibido hablar y que si quería ir al baño debía llamar al guardia. En ese instante reviví una de las noches en el pasillo. Recordé la voz que provenía aproximadamente desde la pieza número 6, donde meses antes había estado recluido Orlando Letelier. Sin desafinar, el hombre cantaba corridos mexicanos a toda potencia, los guardias intentaban acallarlo y algunos presos le daban ánimo. Cantó *La cucaracha* tres veces, la *Treinta treinta* y otras rancheras y tangos. Luego de unas horas y de órdenes que se cruzaban con sus canciones, su voz se extinguió. Nunca supimos quién era. Los soldados contaban que se había vuelto loco y que lo habían mandado a los cuarteles de la DINA.

Acomodé mi frazada en el segundo piso de la litera. Subí con gran dificultad; al tenderme fui esposado a uno de los tubos del camarote. A pesar de la incomodidad, sentí una gran alegría por volver a descansar en una cama. Antes de dormir, oí un murmullo que arrancaba debajo de mi colchón o del fondo de la tierra.

—Compañero, ¿cómo se llama?, ¿cuándo cayó?, ¿con quién cayó?, ¿de qué partido es?

Rechacé la posibilidad de que una voz amistosa irrumpiera en un lugar de incomunicación. De pronto, algo se abrió paso entre el colchón del segundo piso de la litera. Desde abajo, al extremo de un tubo de papel que emergió hasta mi cama, dos ojos que semejabán los de una ardilla me miraban con curiosidad.

La Ardilla habló a través del improvisado cilindro de papel.

—Hola. Esto es un teléfono. Te ruego que respondas por el otro extremo. Soy el número 4, caí preso en Concepción, soy de la Juventud Socialista.

Todo el cuadro parecía absurdo, irreal, chistoso. Creo que mis ojos semidescubiertos se clavaron en el tubo que me pedía información. Decidí confiar en La Ardilla.

—Soy Gaspar, del MIR. Caí en un contacto hace más de dos semanas.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba en la pieza número 1, si sabía de otros miristas detenidos en el recinto y si había visto a una mujer morena y atractiva. La Ardilla no alcanzó a responderme. Un cambio de guardia con un soldado menos dormilón impidió que siguiéramos conversando. Con el correr de los meses las comunicaciones telefónicas con el número 4 alcanzaron altos grados de complejidad. Creamos un sistema de señales de mano y aprendimos a hablar tan bajo que pocas veces nos sorprendieron. La Ardilla me enseñó a gastar la venda hasta dejarla transparente. Llegaríamos a ser grandes amigos y nos reencontraríamos en México, en el inicio del retorno a Chile. Aún somos amigos, aunque nos vemos poco, quizá porque en nuestras conversaciones siempre regresamos a la pieza número 1 o porque casi todo lo importante ya ha sido dicho.

Me tranquilizaba la presencia de Roberto. Era miembro de la antigua Dirección del MIR y respondía al número 19. Intercambiábamos fragmentos de

miradas cuando nos llevaban la comida y nos dejaban subir un poco la venda o cuando nos conducían al baño. Luego lo trasladarían a la pieza 5. El Pato y El Juancho llegarían después. En cada nuevo arribo teníamos que transmitir la experiencia acumulada.

Sin quererlo ni percibirlo fui habituándome a la rutina. Té con pan a las siete de la mañana, sopa aguada con pan a las doce del día, té con pan a las cinco de la tarde. Por la mañana me sentaban en un banquillo con la mano derecha esposada a la cama; por la noche volvían a atarme a la cabecera del camarote. La visita al baño se transformó en unos de los grandes problemas de cada día. Nos llevaban cuando se les antojaba y si insistíamos nos dejaban varias horas parados en el pasillo. En esas circunstancias lo elemental estalla en su importancia oculta.

Los oficiales de los diversos turnos tenían manías muy pronunciadas. Algunos escuchaban a todo volumen la programación de música clásica que emitía radio Beethoven, otros nos despertaban a horas insólitas para hacer campeonatos de debate. Había un tercer grupo de oficiales que luego de una rápida ojeada se instalaba a conversar en alguna de las piezas. Nos hablaban de fútbol, telenovelas o de las posibles guerras con Perú o Argentina. A veces respondíamos.

Mediante el habla intentábamos recuperar algo de nuestra humanidad.

Semanas después fui conducido al segundo piso. Desde la escalera alcancé a escuchar que pedían al 43. Era la misma habitación de la primera noche. Detrás del escritorio estaba el cazador. Cabezas se paró de su asiento.

—Una lástima lo tuyo —dijo—. Tienes que entender que la guerra se acabó.. Josefina está bien.

El comandante pidió que la trajeran. Nos habíamos visto por última vez el día en que Cabezas había cambiado los alfileres blancos por los amarillos. Estaba demacrada, flaca, despeinada, horrorosa.

—¿Cómo estás, huachito? —preguntó con una gran sonrisa.

—Bien —respondí con timidez.

En otra habitación un oficial de inteligencia comenzó a interrogarme. Al parecer trataba de confirmar los datos anotados en una ficha sobre la cual tuve que estampar mis huellas dactilares. Fui fotografiado de frente y de perfil. Las preguntas se desviaron hacia temas insólitos. Hablamos de teoría política, política internacional, ética y de lo que fue apareciendo en el transcurso de la conversación. Sus maneras no calzaban con la imagen del matón. Era un militar con estudios superiores, refinado, que buscaba contradicciones, lagunas, fugas de mi memoria. Realmente le interesaban mis respuestas. Creo que pretendía construir un perfil de cada uno, del MIR, de la izquierda. De vez en cuando y durante casi dos meses fui conducido a su oficina. Estas conversaciones me permitían usar mínimamente mi capacidad de concentración. Tiempo más tarde supe que se trataba del coronel Mario Gamarra, Jefe de Inteligencia de la Fuerza Aérea.

Estábamos absolutamente aislados. Nada sabíamos de lo que sucedía fuera de nuestra habitación o del subterráneo. Menos de lo que ocurría tras los muros de la Academia de Guerra. No teníamos cómo saber que en esos días de julio había arribado a Chile una comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos, y que el Comité Pro Paz había recibido el testimonio de algunos presos torturados por Osvaldo Romo. Sólo al año siguiente nos enteraríamos que Alfonso Chanfreau, miembro de la Dirección Nacional, y su esposa Erika Hennings, habían sido secuestrados por una patrulla de la DINA, y que en los primeros días de agosto habían desaparecido nuestras compañeras María Angélica Andreoli y Muriel Dockendorf, con la colaboración de La Flaca Alejandra.

Agosto iluminó el subterráneo y trajo un ambiente de expectación. Faltaba menos de un mes para el primer aniversario del golpe militar. Los oficiales comentaban en voz alta sus deseos de volar en la próxima parada militar y conjeturaban sobre el carácter trascendental que tendría el primer discurso de Pinochet. Lo decían a propósito de un secreto a voces que circulaba de guardia en guardia, de oficial en oficial. Todos hablaban de una probable guerra con Perú.

La eventualidad de esta guerra se fue transformando en una obsesión, en un fundamento para los propósitos de Edgard Ceballos Jones y de Gustavo Leigh por llegar a un pacto con la izquierda. No querían encarar un conflicto con un frente interno que socavara lo que ellos llamaban la unidad nacional. En esos días, el SIFA liberó a un compañero con el objetivo de que entregara una carta a la Comisión Política. Julio portaba una insólita propuesta de tregua y paz. El MIR debía abandonar las armas y constituirse en una especie de centro de estudios que funcionaría legalmente. A cambio, seríamos protegidos en virtud del poder político del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea. Se trataba de una idea descabellada. Cualquiera que conociera a Miguel y la cultura del partido sabía que era un plan destinado al fracaso. Para los que permanecíamos detenidos no representaba más que un intento de protagonismo del SIFA. Lo conversamos con Roberto y Alexis en un baño del subterráneo. Ese invierno envié una carta a Miguel en la que expresaba el desacuerdo con la propuesta. Él respondió el 10 de septiembre de 1974 en un documento interno del partido.

Revisa el texto ajado por el tiempo. Ese estilo entre agudo y telegráfico para escribir; perceptivo pero argumentativo. Esa respuesta tenía el sonido de la voz de Miguel.

Nuestros compañeros detenidos hace ya varios meses, a pesar de haber sido torturados salvajemente por el SIFA y de su situación concreta, en la misma carta nos dijeron: “adelante, nuestra opinión categóricamente es contraria a la aceptación de tal proposición” [...] nuestra comisión de informaciones además de los que nos informó el SIFA nos ha completado el cuadro: el proyecto de negociación tiene

carácter oficial, están al tanto de él varios generales y en especial el general Leigh. El contenido de la proposición es el siguiente: el MIR entrega todo su armamento, su trabajo político al interior de las fuerzas armadas, cuyos militantes son enviados al exterior, lo mismo sus cuadros técnicos y militares, como también sus dirigentes, para todo lo cual ellos darían facilidades [...] el objetivo de esta negociación con el MIR es aislar y destruir al partido comunista, pues éste -según el SIFA- es dirigido desde Moscú.

El único punto de partida posible para una negociación, con militares que fueran realmente antigorilas, es: el inmediato abandono de la Junta Militar del gobierno, el encarcelamiento y sometimiento a juicio popular de sus cuatro miembros, de todas las autoridades militares y civiles de gobierno, e incluso la Corte Suprema y los miembros del poder judicial, comprometidos en masacres, asesinatos, torturas y mutilaciones a trabajadores [...]. La lucha será larga y difícil. Recién comienza. Hemos recibido algunos golpes, los hemos superado, más golpes vendrán. Sabemos que en esta lucha se nos puede ir la vida, pero la continuaremos hasta la victoria.

La propuesta hizo evidente la pugna entre Leigh y Pinochet. Cada uno representaba a una de las dos políticas represivas configuradas al interior del gobierno. La de la DINA consistía en matarnos a todos rápidamente con el fin de eliminar fuerzas opositoras internas y segar por muchos años a la izquierda de su capacidad de "ser". La del SIFA buscaba descomprimir el conflicto y desmoralizar a los militantes de izquierda, especialmente a quienes combatían con todos sus medios.

Nuestra capacidad de adaptación aumentaba. Distinguíamos las horas por la cantidad de luz y calor que se depositaba en las vendas; sabíamos cuántos peldaños separaban la sala de tortura de la habitación que ocupaba Cabezas; diferenciábamos a los oficiales por sus voces. Éramos capaces de aguantar largos días sin ir al baño y de administrar y distribuir la comida que escondíamos una vez que la dejaban en el cuarto.

Nuevamente demostrábamos la capacidad de adaptación de los maltratados cuerpos humanos a lo largo de la historia.

Una tarde, hacia fines de agosto o principios de septiembre, fui llevado a las duchas. Recibí una toalla, un jabón, una máquina de afeitar y ropa. Un guardia me cortó el pelo con tijeras. No entendía nada de nada, pero quería aprovechar el agua para arrancarme las ladillas que caminaban por mi cuerpo. La ropa me quedó grande. Seguramente la habían obtenido en algún allanamiento; quizás pertenecía a un conocido. El siguiente destino fue la oficina del cazador, quien esta vez se identificó como el comandante Ceballos.

Ordenó un café.

—La DINA te pidió. Fue imposible negarnos. Dicen que heriste a uno de

sus oficiales en la fuga de mayo y que tienes un proceso abierto. Te llevarán a declarar. Sabemos que quieren torturarte y obtener información. No nos queda más alternativa que entregarte con las máximas precauciones. El préstamo es por setenta y dos horas, pero también es posible que te maten.

Fui examinado por un doctor y me tomaron una fotografía que adjuntaron al informe médico. Los agentes de la DINA firmaron un documento que acreditaba mi estado de salud. En la pieza recogí mi suéter. Alcancé a contarle a La Ardilla lo que estaba pasando; de entre su ropa sacó un trozo de hoja de afeitar y me la entregó como quien se desprende de un objeto muy querido.

—Úsala sólo si es necesario. Mucha suerte.

En la oficina esperaban dos hombres con rostros alcoholizados y miradas torvas.

—¿Necesitas algo? —preguntó Ceballos.

—Sí —respondí—. Quiero ver a Josefina y Arturo.

Tomó mi brazo con cierta suavidad y me condujo al cuarto de Arturo Vilavella. Poco quedaba del cuerpo del gran remador de la Universidad de Concepción. El Coño estaba convertido en un esqueleto cubierto de pelos, tenía una venda en la zona del estómago y permanecía esposado a la cama, envuelto en un capote militar.

Sonrió al verme.

—Querido Bipbip, escuché cómo gritabas. Nunca pensé que tuvieras tanto pulmón.

Lo dijo con cariño, casi bromeando, pero ensimismado.

—¿Lo trasladan? —preguntó a nadie en particular.

En ese momento entró Josefina custodiada por un guardia. Me dio un abrazo fuerte, como si supiera todo.

Parecía la despedida de alguien que camina hacia la muerte.

Tenía nuevamente la muerte al frente, ahora en la casa símbolo de esos meses, Londres 38, la guarida de Contreras. Pero la verdad es que siempre la muerte camina hacia ti. Te ubica, te cerca, te habla, aún antes de atraparte. Ocurre que en ocasiones te inmoviliza y por motivos desconocidos deja que te fugues en el último instante. No hay norma para esta extraña conducta.

Setenta y dos horas en Londres 38

Desde el primer momento entendí cómo era el mundo de los hombres del coronel Manuel Contreras. Fui arrojado al piso de una camioneta enlodada. Recibí golpes, patadas y puñetazos. El trayecto duró más de media hora; de vez en cuando sentía el ruido de los automóviles y las voces de personas que caminaban sin sospechar que a su lado circulaba una camioneta de la DINA. El vehículo ingresó por una estrecha calle de adoquines. Estaba en Londres 38.

Me bajaron al interior de un zaguán, a tientas reconocí una mesa de escritorio donde se controlaba el acceso de los agentes. Preguntaron mi nombre y fecha de nacimiento, me sentaron en una silla de madera y fierro y me esposaron por la espalda. Una especie de coro infernal repletaba el recinto. Oía gritos en distintos tonos, desde distintas bocas, que se mezclaban con las órdenes de los agentes. Eran gritos de espanto que mordían el aire y que al terminar seguían vibrando en el espacio. No eran gritos de miedo, eran de soledad frente a lo incomprensible. Las voces de esos jóvenes quedaron ahí para siempre.

Uno de esos interrogatorios se ha esculpido en mi memoria. Un oficial preguntaba por una casa. Después venía la sucesión de bofetadas y golpes, aparentemente de palos, ante cada silencio del torturado. Él lanzaba gemidos sordos en un intento por reprimir el dolor. Al tiempo que escuchaba esa escena, percibía que algunos prisioneros hablaban entre ellos. En el nivel del tormento hay dos juegos. En uno se hacen preguntas singulares, concretas y focalizadas; en otro, más allá de la información perseguida, se busca doblegar al prisionero. Estoy convencido de que el compañero murió ese mismo día.

Permanecí alrededor de una hora y media sentado en la frágil silla, amordazado y vendado. Pasado ese tiempo me quitaron las esposas y me hicieron subir al tercer piso por una escalera de madera, corta y angosta, que conducía a una especie de buhardilla. Hacía frío. Se escuchaba una radio. Los locutores relataban el partido en que la selección chilena abrumaba a goles al equipo de Haití; la noticia alegraba a los guardias y oficiales que celebraban con infantil nacionalismo. Todos se burlaban de los *negritos*. El dolor agónico de quienes sospechaban su inevitable asesinato se combinaba con la alegría de los torturadores frente a un partido de fútbol. Sus risas, sacadas de contexto,

podían provenir de sujetos normales, amistosos, que disfrutaban en las salas de sus casas.

—A ver, a ver, ¿a quién tenemos aquí? —dijo uno de ellos.

—A uno de los hijos de puta que está preso en el SIFA. Al Gaspar — comentó otro.

—¿Al cabrito que se nos arrancó? A ver si ahora intenta algo. Dejémoslo solito para ver cuánto alcanza a correr.

—Comencemos, que luego van a llamar por teléfono para ver cómo nos va con este muñeco.

Casi sin dar órdenes ni mediar palabras fui llevado a un pequeño cuarto donde fui desnudado y, como un animal aturdido, fui colgado entre dos muebles que logré ver por debajo de la venda. Además de la corriente eléctrica que aplicaban en todas las zonas de mi cuerpo, recibí golpes de puño y patadas en la espalda que casi me hicieron perder la conciencia. Sentí un crujido en la columna vertebral, luego otro. Después sentí muy poco dolor. Todo el tiempo que estuve en Londres 38 permanecí en esa posición.

—¿Dónde vivías?...¿dónde está el depósito de armas que controlabas?... ¿cuáles son las casas de reunión del Comité Central en Santiago?

Las preguntas eran calcadas a las que me habían hecho los agentes del SIFA. Era evidente que la Fuerza Aérea estaba infiltrada por la DINA. En ese momento yo era testigo de la guerra de los servicios de inteligencia; de la disputa por el liderazgo estratégico de la represión. Repitieron el mismo guión durante varias horas. Presentía que la reiteración de mis respuestas era la única posibilidad de que creyeran en mi relato. Había terminado el partido con el triunfo de Chile. Algunos gritos cesaron y hubo un cambio en el equipo de torturadores. Amanecía. A la distancia se escuchaba el ruido de los automóviles. Los nuevos agentes se sentaron, aparentemente, en una habitación contigua. Yo seguía colgado y buscaba acomodarme para descansar.

Cuando entró el primero de ellos oí sus pisadas vacilantes, caóticas. Podía oler un rancio olor a vino que se mezclaba con el olor a sudor y cigarrillos. No sabía si me daba más miedo ese olor y la locura que ocultaba o la inminencia de una nueva sesión de tortura. Me preocupaba si el formato de las preguntas se mantendría dentro del programa inicial. Por fin comenzaron. Pasaron segundos, minutos, horas.

—¿Dónde vives?...¿cuáles son los recambios de las direcciones regionales?... ¿dónde están las armas?... ¿dónde está el dinero?

Combinaron nuevas descargas de electricidad con golpes de pie y puño; la mezcla provocaba grandes espasmos y saltos en todo mi cuerpo. En un momento el palo crujió y se dobló hasta romperse. Rodé por el suelo y se desprendió la venda. Miré a mis torturadores. Con asombro reconocí a Osvaldo Romo Mena, enemigo patológico del MIR.

Romo tenía un resentimiento histórico con los miristas. Desde fines de los años sesenta lo habíamos visto desplazarse como un pequeño mercenario

de sus propios intereses. No era alguien en quien pudiéramos confiar. El dirigente Víctor Toro había hecho una radiografía muy certera de su psicología. Éste, por agradar al que tiene poder, está dispuesto a vender su alma, decía Víctor.

Me miró desconcertado. Puso la venda en su sitio y me sentó sobre una silla.

—No puedo explicarte qué estoy haciendo aquí, pero no te preocupes — dijo y salió del cuarto. Entraron otros hombres.

Veintinueve años después esperaba a Romo en la sala de un juzgado para declarar en la querrela por la desaparición de Jorge Espinoza, el hermano de Juancho. Venía fuertemente custodiado. Su aspecto era repugnante.

Intentó ser astuto ante el juez.

—Me acuerdo de Gaspar, después se llamaba Pablo. Lo torturó Marchenko...yo no tuve que ver con su traslado a Londres.

Con su actitud de víctima parecía un pobre diablo. Su tamaño, su gordura, sus tics, configuraban la silueta de una marioneta desarticulada. Hice ver al juez que sólo mis compañeros, y no sus asesinos, podían decirme Gaspar.

Sonó un teléfono. No alcanzaba a comprender qué hacía un aparato como ése en un lugar de tortura. Asociaba su sonido a conversaciones deseadas, anheladas; aquí servía para que el jefe del grupo se comunicara con su mando superior. Escuché la conversación. Imaginé que al otro lado de la línea un hombre hablaba desde su casa, rodeado de sus hijos. El país oficial a un lado, el real al otro. En uno los que no querían ni saber ni ver esto; en el otro los que tenían la voz y el alma cansada de tanto defender a los suyos.

—Sí, mi capitán...veremos ese tema...no le creo...seguiremos intentando...mandaremos a Ceballos a la mierda. Déjemelo a mí.

El breve descanso reanimó mi cuerpo y ordenó mínimamente mi cabeza. Recibí más electricidad y nuevos golpes, además de una inyección posiblemente de Pentotal, la llamada droga de la verdad. Quedé tendido en el suelo. Me molestaba el olor a suciedad que emanaba de las ranuras de las tablas. Debajo de ellas se escuchaban lamentos.

Me quitaron la venda en una habitación más bien larga y baja. En el centro del cuarto pude ver una mesa tosca, cubierta por una tenue luz amarilla. Vi a una hermosa joven desnuda a la que los torturadores llamaban La Socia. Estaba brutalmente golpeada, tenía marcas de quemaduras de plancha en la cara y en la zona de los pechos. Agonizaba. Me miró con unos gigantescos ojos verdes y con actitud de madre.

—No digas nada, no sirve contar nada —susurró.

—Cállate, puta de mierda —gritó uno de los torturadores.

Yo no lograba comprender la situación. De pronto, entre la luz, surgió una voz y un revólver.

—¿Dónde vives? —me interrogó—. Si no hablas, la mato.

Miré el rostro impertérito de la mujer. En su cara había una mueca

parecida a una sonrisa. Oí el disparo. Mi pecho y mi rostro quedaron bañados en sangre. Sentí un odio sin límites. Traté de pararme, pero me golpearon hasta quedar semiconsciente.

—Vamos a seguir —amenazó uno de los hombres.

Temí que fuese cierto, pero no hicieron nada. Tenía la cabeza en blanco, sólo veía la foto fija de los recuerdos.

La cara de la mujer no ha dejado de estar presente en mi memoria. Tampoco el ruido del disparo ni el breve silencio posterior que inundó el recinto. He tratado de pensar qué sucedió verdaderamente. Algunos me dicen que fue un montaje, una macabra puesta en escena. Que no veo con claridad debido al estado de perturbación en el que estaba. Otros me recomiendan traicionar mi recuerdo y contar esta experiencia como un simulacro. No tengo pruebas ni testigos. En el fondo de mí he deseado que esto no hubiese ocurrido, pero al evocar los detalles regreso al dolor de la verdad.

Estuve setenta y dos horas en la casa de Londres 38. En cada uno de los segundos de esas horas sentí el vértigo de la muerte. Mi deteriorada condición física fue un argumento determinante para ser trasladado con urgencia al Hospital de la Fuerza Aérea. No tengo imágenes nítidas de mi paso por ese lugar. Recuerdo figuras fantasmales, enfermeras, luces. Regresé a la Academia de Guerra por el pasillo largo del subterráneo. Portado en vilo por dos soldados observé de refilón las caras de pánico y lástima de la gente que estaba alrededor. Sólo deseaba tomar una taza de té y dormir para siempre. Desde ese momento La Ardilla empezó a cuidarme. Me daba la comida en la boca y varias veces me regaló su postre, el más preciado de sus platos.

Alguna vez, en Guatemala, Gonzalo habló con Pablo Monsantos sobre el misterio de la tortura. La represión en ese país fue una de las más violentas en la historia latinoamericana. El *Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico*, redactado en 1999, estimó que los desaparecidos y muertos fueron más de 200 mil. De ellos, 50 mil fueron víctimas de violaciones a los derechos humanos. El caso de Guatemala no sólo le impacta por la envergadura de la represión o porque el Estado o los organismos paramilitares vinculados a él fueron los responsables del 93 por ciento de las violaciones. Lo que le sorprende es la crueldad. Hubo torturadores que tras cortarle la cabeza a un prisionero, abrían el vientre de su compañera y depositaban la cabeza en su interior. El genocidio de pueblos completos fue una práctica habitual en ese país.

—Las personas no hablan o se doblegan producto del dolor. El dolor intenso aturde. Lo que sienten es el pánico a lo desconocido; el pavor a estar completamente sometido a la voluntad de otro. Es la pérdida de humanidad e identidad la que produce el derrumbe. ¿Sabes?, muchos compañeros que aguantan la tortura luego se derrumban por otras cosas, no por el dolor —le

decía Pablo.

Cada vez fuimos quedando menos habitantes en la pieza número 1. Hacia el verano de 1975, La Ardilla, El Pato y yo éramos experimentados prisioneros. La forma en que se expresa la amistad y el cariño en instantes como éstos es maciza. El vínculo es tan intenso que los otros se convierten en tu extensión. Llegas a conocer las respiraciones, las miradas, la manera de girar la cabeza, el modo de hablar.

La relación que construimos fue puesta a prueba antes de ese verano. A fines de julio de 1974 logré escribir tres cartas a Miguel Enríquez. En la primera le hablaba de los detenidos, le contaba de Ceballos y Oteiza, de las torturas, de la información que creía que ellos manejaban. Una tarde en que leía subrepticamente su segunda respuesta fui sorprendido por el guardia.

—¡Entrégueme ese papel! —dijo, amenazante.

Estaba seguro de que si lo hacía los tres habitantes de la pieza 1 moriríamos.

—No tengo ningún papel, se equivoca, vio mal —mentí.

—Voy a buscar a mi oficial.

Lancé la carta a las garras de La Ardilla. Cuando el soldado regresó con el oficial de turno no había pruebas. Fui castigado por sospecha, me dejaron de pie en el pasillo, no me dieron comida durante un par de días, pero se salvó la vía de comunicación con Miguel y la vida de mis amigos.

Sólo dos personas sabían la trama completa, además del suboficial allendista que había sacado las cartas desde la Academia de Guerra. Por intermedio de un enlace, el suboficial hizo llegar la carta al Tavo, su ex cuñado, quien la entregó a Sergio Pérez, hasta llegar al Secretario General del MIR. Informes completos, redactados en pequeños papeles, partieron hasta la casa de la calle Santa Fe. Miguel respondió en dos ocasiones. La primera vez envié cerca de treinta papeles de cigarro, escritos con letra menuda. Expresaba su afecto y hacía preguntas muy específicas: número y nombre de los prisioneros, formas de interrogatorio y tortura, identidad de algunos oficiales. En la segunda carta entregaba información general del MIR y un análisis de la situación política. Miguel moriría antes de responder por tercera vez.

Las cartas de Gonzalo y la última de Miguel se salvaron y fueron publicadas por la prensa mirista en Europa, mientras él aún estaba detenido en la Penitenciaría. Le preocupa no saber qué ha pasado con quienes lo ayudaron a que circulara esa correspondencia. Decide no desenterrar los detalles sobre ese episodio. No por ahora. Hay un imperativo de cuidar a todos los que han confiado en él; de extender la moral hasta el fin de los tiempos de cada cual. Quizás esa es la identidad de todos los partisanos en las historias de las resistencias. Eventos que no terminan jamás de dialogar con la intimidad.

Una casa amarilla con piscina

Hacia mediados de enero de 1975 sólo La Ardilla y yo permanecíamos en la Academia de Guerra. El resto de los prisioneros había sido llevado a diversas cárceles y campos de concentración. El eco de nuestros pasos por la habitación retumbaba en todo el subterráneo y se mezclaba con el sonido de las goteras del baño y el ajeteo de muebles de las piezas contiguas. Observábamos cómo esos cuartos donde antes yacían los cuerpos de los torturados eran transformados nuevamente en salas de clases para los oficiales que vestían sus pulcros uniformes azules.

Con La Ardilla nos habíamos transformado casi en hermanos. Cuando se lo llevaron sentí una soledad inmensa. No sabía dónde lo trasladaban; hasta siempre y suerte, nos dijimos. Al día siguiente, al mando de un hombre escuálido, fui conducido por un grupo de soldados a la Casa Amarilla de Avenida Apoquindo. Al entrar tuve una sensación menos dura que cuando había ingresado a la Academia de Guerra. En una pequeña pieza del segundo piso descubrí con sorpresa y alegría a La Ardilla, a Juancho y al Pato. A los pocos días llegaron El Coño Alberto y El Momio. No estábamos vendados ni esposados, pero nos ahogaba el hacinamiento.

La habitación era diminuta, de unos dos por dos metros. Entre todos buscábamos maneras de acomodarnos. Nos tendíamos de a dos en una cama o nos turnábamos para caminar tres pasos en una dirección y luego en otra. Lo hacíamos para evitar los calambres, los dolores, el hastío. Cuando la tensión era insoportable pedíamos autorización para ir al baño. En el primer piso El Arturo, La Margarita, El Mario y La Negra vivían más holgados. Con los días aprendimos a convivir; respetábamos los milímetros de cada uno y nos entreteníamos ideando una fuga. Según El Pato, el armario del cuarto podía conducirnos a la casa vecina y, desde ahí, podríamos arrancar hasta Avenida Apoquindo. Una tarde desmontamos los anaqueles. Entre decepción y risas comprobamos que un muro de concreto armado nos separaba de la otra casa.

El Coño Alberto llegó con noticias frescas. Nos habló de los esfuerzos que se hacían para reorganizar el MIR, del apoyo internacional, de los nuevos crímenes y de las desapariciones de los amigos. Su relato dibujaba la fotografía de otro país, muy distinto del que había dejado. Supimos detalles de las

muertes de Miguel, del Coño Molina y del Nano de la Barra, asesinado junto a su compañera Ana María Puga a la salida de la guardería de su hijo. Nos contó del arrojito de Jane Vanini, brasileña que en Concepción resistió durante cuatro horas en su departamento, y del traslado del Chico Matías a Colonia Dignidad. Alberto comentó el heroísmo y decisión de Paula al enfrentar a los agentes que la asesinaron. Traté de ocultar el dolor que me causó la noticia. Aseguré al Juancho que mi tristeza se debía a las muertes del Chico Pérez y La Negra Lumi, pero él sabía que algo más me sumía en ese silencio estoico que apretaba mi respiración. Quería respetar las intimidades y no herir los recuerdos de nadie.

El balance era duro. Los miembros de la Dirección y de la Fuerza Central, integrada por algunos ex suboficiales y oficiales provenientes de la Escuela de Fuerzas Especiales del Ejército, estaban detenidos, muertos o desaparecidos. La mayoría de las estructuras de GPM y regionales habían sido afectadas en más de un cuarenta por ciento de su composición histórica. Los cuadros con mayor experiencia y capacidad de conducción estaban presos o muertos. Las cifras eran aplastantes: nueve miembros de la Comisión Política y del Comité Central habían sido asesinados, 24 permanecían detenidos y sólo ocho sobrevivían en la clandestinidad. La desaparición de ocho compañeros del Regional Valparaíso en manos de agentes de la DINA, fue uno de los golpes más duros. Formaban parte de una de las estructuras decisivas en la reconstrucción partidaria y en la recuperación de la presencia social del MIR. Fueron detenidos entre el 17 y el 27 de enero, permanecieron en el Regimiento Maipo y luego fueron trasladados hasta Villa Grimaldi.

En América Latina se vivían situaciones tan extremas como la nuestra. En Argentina 30 mil ciudadanos desaparecerían y otros miles serían encarcelados, asesinados o exiliados. Cientos de ellos pertenecían al Movimiento Montoneros y al PRT.

El punto que determina en el largo plazo la capacidad de seguir viviendo, parece ubicarse en el traspaso de la experiencia y en la habilidad para impulsar nuevas capacidades y liderazgos. Así ocurrió con los guatemaltecos de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA); también con los sandinistas de Nicaragua y con los guerrilleros del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador. Todas estas organizaciones se reconstruyeron sin perder la continuidad histórica de su cultura política.

Gonzalo se acuerda de un episodio que vivió su amigo Pablo Bateman en Colombia. Un día llegó a la casa de un campesino en la profundidad de la selva. Bateman quería comprarle alimentos y descansar después de una larga marcha. Tras conversar un rato, el rostro moreno y enjuto del campesino se reconcentró.

—Compañero, tengo algo que es de ustedes —dijo el campesino y desenterró unas armas que los liberales habían dejado en el lugar hacia fines de la década del cuarenta.

Piensa que la historia existencial no se articula en etapas o períodos, sino que fluye como una continuidad en espiral, que se recrea buscando continuidades, no rupturas.

Una semana después de mi traslado a la Casa Amarilla, la DINA pidió al Coño Alberto. Sentimos estupor y tristeza. Los funcionarios de la embajada española lograron ponerlo a salvo, aunque no pudieron evitar su encarcelamiento.

Como imperaba lo grotesco, una mañana de ese tórrido verano nos dieron la orden de limpiar la piscina. Jugamos, chapoteamos, bromeamos y contemplamos nuestros cuerpos enflaquecidos. Observábamos las cicatrices que teníamos a la vista; las otras se expresaban en las miradas y no necesitábamos explicitarlas. Habíamos aprendido que en circunstancias como éstas la autoflagelación o la autocompasión podían deprimirnos, enfermarnos y hacernos inmensamente vulnerables. No puedes entregarte a los demonios de la depresión, del abandono, al juego fatídico de culpar a tus compañeros de tu prisión.

La Casa Amarilla no era una base militar ni un campo de concentración ni un centro de tortura. Probablemente había sido el hogar de una familia de izquierda tomado como botín de guerra. Aunque los guardias de la Fuerza Aérea manipulaban sus fusiles SIG, el espacio nos remitía a la vida de sus antiguos habitantes, a cierta calidez que permanecía en el aire, en los rincones. En el encierro podíamos conversar y leer los libros que los agentes requisaban en los allanamientos. Esta vida era increíblemente más vivible que la de la Academia de Guerra. Era un paso, pero no sabíamos bien hacia dónde nos conduciría.

En marzo comenzaron nuevamente los traslados y los rumores sobre los lugares de detención a los que nos llevarían. Casi todos fuimos enviados a la Penitenciaría de Santiago. Al momento del traspaso a Gendarmería, un oficial preguntó mi nombre. Yo lo grité. Cuando me ordenó que bajara la voz, lo grité más fuerte.

Esa primera noche dormí en la calle número Doce, el sector de los incomunicados.

El Proceso N°84/74

La arquitectura de la Penitenciaría se asemejaba al diseño de los conventillos de fines del siglo XIX. Los baños, duchas y lavaderos estaban ubicados al final de la galería. Había un largo patio con celdas a ambos lados. Era un mundo regido por las leyes y astucias de los barrios peligrosos, constituido por lumpen de diversas categorías, gendarmes honestos o corruptos y mocitos dedicados a las tareas domésticas y al soplaje. Estábamos obligados a relacionarnos con desconocidos, a analizar actitudes, a sospechar, a escuchar múltiples voces y ruidos humanos, a convivir con personas que caminaban sin esposas ni vendas. Era una comunidad más compleja que un barrio, más insegura que una calle oscura y solitaria y más alucinante que una simple prisión para delincuentes.

Como invento de la represión industrial, los campos de concentración fueron diseñados para controlar durante un largo período a una sociedad de pares. Fueron pensados para disidentes, revolucionarios, opositores; para personas consideradas peligrosas o indeseables por los gobernantes. Cuando Pinochet ordenó la creación de campos como Pisagua, Ritoque, Chacabuco o Tejas Verdes, estaba claro que las cárceles no darían abasto para absorber el volumen de prisioneros ni tenían las condiciones para la aplicación sistemática de tormentos.

La Penitenciaría no cumplía con los cánones de un campo de concentración; no era un lugar donde se pudiera redisciplinar a los detenidos. Los gendarmes se mimetizaban con los reos y los presos políticos eran extraños tanto para ellos como para los presos comunes.

Era mi primera mañana en la calle de los incomunicados. Sorpresivamente, el oficial que nos enumeraba golpeó con el canto de un sable a un detenido que la noche anterior había violado a otro preso. Yo había escuchado los llantos del muchacho, pero pensé en una riña, en una guerra entre iguales. Jamás imaginé una violación.

Cuando se rompió la fila se acercó un desconocido alto y obeso. Por esa ley de la sobrevivencia carcelaria le presté atención, pero quedé perplejo ante sus palabras.

—Sé que somos enemigos, pero yo admiro a los miristas. Admiraba especialmente a Luciano Cruz.

—¿Y tú quién eres? —pregunté.

—Soy Tolosa.

Tolosa era uno de los miembros del comando de Patria y Libertad que en 1970 había asesinado al general René Schneider Chereau, Comandante en Jefe del Ejército. Era insólito encontrarnos en la misma prisión. Parecía seguro que la Junta Militar lo liberaría y se permitía hablar con desenfado.

El breve diálogo con Tolosa me trasladó a esos días de aceleración que caracterizaron los últimos cuatro meses de 1970. En la Dirección existía la certeza de que se preparaba una acción terrorista para impedir que Salvador Allende asumiera la presidencia. El primer sábado de octubre nos reunimos en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Edgardo Enríquez, *El Pollo*, nos entregó un minucioso análisis de lo que se estaba gestando.

—A partir de muchas y diversas fuentes hemos recabado información que nos permite sostener que la sociedad chilena se desplaza entre tres hipótesis. Allende asume con el apoyo de la DC, pero ésta condiciona su votación. O se produce un nuevo alineamiento de fuerzas parlamentarias que eligen a Alessandri o se concretan algunos de los tantos planes de la ultra derecha para abortar la sesión del Congreso pleno, generándose un clima de agudos conflictos sociales que permitirían la intervención de algún caudillo civil o militar —planteó.

Luego estableció una línea de acción.

—Las próximas semanas serán decisivas. La política nacional se está moviendo en dos niveles. Están los hechos evidentes, concretos y públicos, mientras que por debajo de ellos se están verificando varios acuerdos, insinuaciones y rearticulaciones. Debemos analizar diariamente los hechos, examinar la prensa con mucho rigor. No podemos trivializar ningún dato por menor que parezca. Con un lenguaje sencillo pero riguroso tenemos que explicar la totalidad del cuadro en los frentes de masa.

Los hechos se precipitaron. El 20 de octubre el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana instruyó a sus diputados y senadores para que votaran por Allende en el Congreso Pleno. Al día siguiente, el MIR denunció públicamente la existencia de un complot para impedir la asunción del nuevo presidente. No estábamos equivocados. El suceso fue relatado en el libro *Los mil días de Allende*.

El 22 de octubre de 1970 el auto del general Schneider fue interceptado en las calles Américo Vespucio y Martín de Zamora, tan sólo a ocho cuadras de su domicilio, pasada las 8.10 de la mañana. Fue interceptado por delante por un vehículo marca Ford Falcon de color

amarillo, un segundo automóvil, marca Peugeot color crema, se estacionó detrás, un tercero se ubicó en el costado, mientras un cuarto vehículo, un Jeep Willys, esperaba con el motor en marcha en Avenida Américo Vespucio Norte. Del Peugeot se bajaron dos hombres, uno rompió con un martillo el vidrio del auto y el segundo, con una pistola calibre 45, abrió fuego contra el general.

El sábado 24 el Congreso Pleno proclamó presidente electo a Salvador Allende con 153 votos a favor contra los 35 que obtuvo Jorge Alessandri. Siete parlamentarios votaron en blanco. Schneider murió el domingo 25 en el Hospital Militar.

Durante las dos semanas que pasé castigado en la calle Doce no volví a conversar con Tolosa. Nuestras miradas se cruzaban y manteníamos una prudente distancia en las filas y caminatas.

Cuando llegué a la calle Siete ya era parte de un juicio formal y reconocido, el N° 84/74, 2° Proceso de la Fuerza Aérea de Chile contra dirigentes y militantes del MIR. Éramos una tribu de trece miristas que mantenía grandes lazos emotivos; las historias de algunos se imbricaban desde 1968 y seguirían rizadas tras la división. Tres morirían. Arturo Vilavella caería en combate en la calle Fuenteovejuna, junto a dos queridos amigos. Juan Olivares y Ricardo Ruz resistirían la captura y serían asesinados.

A fines de marzo retomamos el contacto con la Dirección encabezada desde la clandestinidad por Andrés, Dagoberto y Nelson. Ellos permanecían refugiados en la parcela Santa Eugenia de Malloco, en las afueras de Santiago. Más tarde, el 15 de octubre de 1975, la parcela sería el escenario de un enfrentamiento en el que moriría Dagoberto Pérez, quien se quedó para proteger la retirada de sus compañeros. Esa misma noche, Manuel Contreras, director de la DINA, cenaba en un departamento de las Torres de San Borja con Luz Arce, ex militante del Partido Socialista, y La Flaca Alejandra. Durante la cena, Contreras recibió la información del cerco y partió a Malloco con sus invitadas.

Dago era uno de los seis hermanos Pérez Vargas, todos militantes del MIR. En septiembre de 1974 habían muerto Carlos y Aldo, detenidos y desaparecidos por funcionarios de la DINA. El 24 de febrero de 1976 morirían los mellizos Iván y Mireya. Del matrimonio de Osvaldo Pérez y Otilia Vargas sólo sobreviviría su hija Patricia. El destino no sabe distribuir el dolor.

Acordamos que prepararíamos nuestras defensas, que fundamentaríamos exhaustivamente los motivos de nuestra lucha y la moral de nuestras convicciones. Redactaríamos tres escritos. Uno de acusación política frente al régimen, otro que explicaría el sentido de la resistencia y uno que pondría énfasis en los intereses de los trabajadores. Los textos surgieron de conversaciones, recuerdos e interpretaciones de lecturas pasadas. Esa amalgama histórica los fue dotando de consistencia y sentido. Circularon varios

borradores. Incluso Juan Olivares, dirigente nacional de la CUT y miembro del Comité Central, redactó uno en tono humorístico, con citas a las frases típicas de cada uno. Su gesto nos permitió relajarnos y alejarnos de las tentaciones trascendentes de los tiempos duros.

—¿Qué van a hacer? —me preguntó mi madre un lunes de visita—. Yo he contratado a otro abogado para apoyar a los que tienen. Se trata del señor Wolff. Fue alumno de tu abuelo Camilo y siempre ha apoyado a la familia.

—Además de lo que ustedes hagan nos vamos a defender con nuestros medios —comenté.

—Entiendo que quieran hacerlo.

Le pedí un ejemplar de la Constitución Política de 1925, una historia de los tribunales de Nuremberg, la Declaración Universal de los Derechos Humanos y el alegato del dirigente comunista George Dimitrov ante los tribunales nazis. Quería acudir a esos documentos para fundamentar las defensas.

Sólo autorizaron el ingreso de la Constitución republicana de 1925.

Los días en la Penitenciaría eran variables. Si te animabas a ir de compras a un almacén interior corrías el riesgo de que te asaltaran. Había campeonatos de fútbol, basquetbol, voleibol y ajedrez. Descubrimos que si ganábamos a los gendarmes, nos exponíamos a una revancha poco deportiva. Los allanamientos eran frecuentes. Después de un tiempo me convencí de que no sabían qué buscar.

Una noche hubo un incendio en la calle Siete. Se escuchaban gritos desesperados; pasaba el tiempo y nadie auxiliaba a los presos. Un guardia acudió a abrir la puerta. Desde la ventana de nuestra celda observamos con horror cómo dos cuerpos en llamas se agitaban espasmódicamente.

—Es imposible que sobrevivan con ese grado de quemaduras. Era cuestión de abrir diez minutos antes —dijo el Reta.

Otro día, Juan Olivares, el querido Juanito, llegó pálido. Entró sin limpiarse los pies. Era un olvido grave para el riguroso reglamento de convivencia del Reta.

—¿Qué te pasa que estás tan descompuesto? —le preguntó.

—Andaba por la calle Cuatro y vi a unos presos que jugaban a las cartas con naipes dibujados en papel de cuaderno. Uno de ellos, con absoluta tranquilidad, dijo al otro ‘te tendré que matar porque haces trampa’. El hombre sacó un pequeño cuchillo y se lo enterró en el pecho. El otro, mal herido, le respondió con un grito: ‘¡Huevón, por qué me mataste!’. El herido se paró, fue a su celda, regresó con un estoque y se lo clavó. La calle se llenó de pacos. Murieron los dos y el resto de los jugadores se esfumó. Descubrí que el del cuchillo era el hombre que me iba a vender un pedazo de cuero.

—Siéntate, chiquito, y tómate un café —ofreció el Reta.

La vida y los tiempos en prisión establecen nexos entre lo vulgar y lo extraordinario.

Por las noches los gendarmes de la avanzada de guardia disparaban al

aire sus subametralladoras UZI. Los abogados y familiares pidieron una explicación a Gendarmería. El argumento estuvo a la altura de los discursos oficiales.

—Es que tenemos que probar las municiones y las armas —justificó el alcaide.

Mientras ellos se entretenían disparando, nosotros perfeccionábamos la comunicación telefónica con hilos tensados que conectábamos a cajas de fósforos. La eficacia de tan rudimentaria tecnología era sorprendente. El viejo juego de la infancia nos ayudaba a superar la soledad.

En la cárcel no podías ser un *gil avivado en cana*, que venía a ser algo así como un absoluto imbécil que sólo se da cuenta de las cosas cuando cae preso. Debías aprender a descifrar el habla de los *guapos*, los *cocodrilos* y los *choros*, a detectar a los mocitos que trabajaban como soplonos del alcaide, a distinguir a aquellos que podían entregarnos información, a configurar las obsesiones de los gendarmes. Algunos no toleraban que estuviéramos recostados; si nos sorprendían nos obligaban a salir al pasillo o a permanecer sentados. Otros revisaban constantemente la celda que funcionaba como cocina. La mayoría, sin embargo, nos miraba con desconfianza y temor. Muchos de los militantes de izquierda habían sido detenidos en enfrentamientos armados; no eran hombres que se inhibieran con un par de gritos o con amenazas de castigo. Cuando les respondíamos con ironías encogían los hombros y se marchaban. Tenían claro que los presos, si son políticos, pueden llegar a ser políticos muy importantes en caso de recuperar la libertad. Además percibían que si tocaban a alguno, todos, con independencia de sus partidos de origen, lo defenderían. Entendían esa ley básica porque ellos también formaban parte de un grupo que se regulaba por códigos comunes.

Dos veces al día pasaban lista. A las seis de la tarde, antes del encierro, y a las ocho de la mañana, hora del desencierro. En tres de esas ocasiones me desmayé. Primero se me adormecía el lado izquierdo de la cara, después el brazo y la pierna.

—Reta, me siento mal, me duele la espalda, estoy mareado.

Él, que tenía estudios de medicina, hablaba con voz de experto clínico.

—Respira hondo y afirmate en mí —decía. Luego informaba de mi estado al sargento de guardia para que me trasladaran a la enfermería. El Reta, con cierta exageración, tomaba mi pulso constantemente. Siempre me inyectaban un calmante que me provocaba repugnancia y sueño.

En París me enteraría que mi columna había resultado sumamente dañada por efectos de la tortura; varias de mis vértebras quedaron trizadas y algunos de los discos, desencajados. Si no me operaba podía quedar inválido.

Los presos comunes nos fueron tomando aprecio. Al principio éramos dos comunidades que se observaban con recelo, pero cuando escuchamos sus historias fuimos descubriendo que sus vidas estaban marcadas por la violencia, el alcoholismo, la miseria y el abandono. Con el correr de los meses cruzamos

las fronteras imaginarias. Durante los almuerzos conversábamos y nos reíamos de los guardias, les prestábamos libros y tratábamos de explicarles de qué planeta extraño veníamos y por qué soñábamos con otro Chile. Un grupo de ellos aprendió a leer con Ismael. Nos estudiábamos y analizábamos como dos grupos de zoólogos. Se aproximaban con el caminar quebradito de los *guapos* y *choros*; al acercarse miraban hacia abajo pero mantenían cierta vista panorámica de nuestro cuerpo, especialmente de las manos. En las ruedas de mate algunos permanecían en cuclillas y lograban mantener un frágil pero eficiente equilibrio en las puntas de los pies. Al pararse, casi siempre pasaban su mano tiesa por el pelo; nosotros les devolvíamos un gesto de tranquilidad y, en ocasiones, compartíamos un mate. Aprendí a respetar el orden de la rueda del mate, a tomarlo amargo, sin mover la bombilla.

—Estos *broca cochi* [cabros chicos] son puro corazón y sentimiento —nos dijo alguna vez un condenado a cadena perpetua. No era poco viniendo de un duro de verdad.

Fuera de la Penitenciaría, fuera de Chile, se vivían otros episodios. Así como la caída de la dictadura portuguesa abrió una brecha de luz en las tinieblas de 1974, el 30 de abril de 1975 triunfaba la revolución vietnamita. La mayor potencia del siglo XX no pudo doblegar la voluntad de liberación de uno de los países más sufridos del mundo. A pesar de que su futuro era incierto - estaba empobrecido por siglos de colonialismo-, el nuevo escenario nos hacía confiar en la fuerza del espíritu humano. Eran de baja estatura, llevaban sombreros que parecían lámparas, pero luchaban como leones.

Vietnam, Argelia, Corea, Angola y Palestina eran escenarios de una misma lucha: el respeto a la identidad cultural y a una historia larga, de 500, mil o dos mil años. Eran países atrapados burdamente, a veces por dentro o por fuera, entre el conflicto Este-Oeste, entre Estados Unidos y la Unión Soviética, entre la Organización del Tratado del Atlántico Norte y el Pacto de Varsovia. La guerra fría acotó y enclaustró las luchas bondadosas de nuestra generación en casi todo el mundo. En las universidades norteamericanas, en Praga, Sao Paulo o París. Para las organizaciones como el MIR, que no venían de la tradición comunista, los grandes conflictos entre bloques de poder obturaban algunas potencias libertarias y nos empujaban, por momentos, a movernos en la lógica de las estrategias internacionales. Nunca nos rigidizaron, pero sí nos influyeron.

Gonzalo cree que este párrafo no logra expresar la corriente de aire fresco que emergió con el nacimiento del MIR y las revueltas juveniles de estudiantes, trabajadores, campesinos y artistas.

El MIR, piensa, no era radical porque sostuviera la tesis de la lucha armada, sino porque intentaba, como ningún otro grupo en la historia de Chile, fundar nuevos contenidos, formas, lenguajes y estilos que revolucionaran la cultura política chilena. Los miristas rechazaban los esquemas y la aparente

sabiduría de los mayores y levantaban ironías frente a afirmaciones como “la historia tiene etapas” o “Chile es un país donde siempre se respetarán las instituciones y tradiciones”.

Cree que cometieron errores, seguramente muchos, pero está seguro de que al hacer el balance, sus dignidades apabullan los errores.

El marxismo del MIR no sólo contenía muchas de las elaboraciones, sugerencias y susurros de quienes nunca fueron parte del marxismo de Estado, de las burocracias del poder. Las revoluciones tenían que ser hechas a partir de la libertad, los derechos de las personas, el debate sin restricciones, el amor por la vida, la sensualidad y la creación. Siente que esos afluentes se sintetizaron en sus amigos y compañeros de generación y en otros grupos de América Latina y el mundo. Observa la presencia masiva de artistas o militantes de formación científica como una mezcla que nació de un tipo de sensibilidad por el saber y las pasiones libertarias. Eso fue lo que marcó la originalidad del MIR.

Ansiábamos los días de visita. Madres abrumadas, compañeras ansiosas, familiares solidarios y amigos que no nos olvidaban, aparecían con comida, cigarrillos o libros. En algunos de los tantos paquetes revisados con desidia llegaban cartas de la Comisión Política y mensajes que provenían de otros centros de detención. Vestidos con nuestras mejores ropas intentábamos proyectar una imagen de seres impertérritos frente al encierro, pero las madres siempre descubrían la tristeza. Las preguntas sobre los amigos o sobre el pensamiento de las personas de la calle, no sólo revelaban la angustia que nos provocaba el aislamiento, sino unas ganas crecientes de recuperar la libertad, de romper con el agobio al que nos sometía la rutina de la cárcel.

La muerte por rutina puede ser sistemática y exacta.

Aunque leíamos bastante, gran parte de los textos que deseábamos consultar estaban prohibidos. Sin embargo, el espectro de lecturas se amplió cuando descubrí en la roñosa biblioteca de la Penitenciaría unas cajas que habían pasado inadvertidas para los censores. Había libros anarquistas, anarco sindicalistas, de la República Socialista de los Cien Días, traducciones argentinas de *El capital*, programas políticos de los partidos chilenos. Cambiábamos las tapas de los viejos libros y los transformábamos en estudios de mecánica o física o en aguadas novelas.

Ese 21 de abril de 1975 nos levantamos muy temprano, nos duchamos y nos vestimos con pulcritud. Yo me puse un traje azul oscuro que me había llevado mi madre. Por última vez consolidamos los libretos.

Cuántas veces ensayaron sus defensas. Mientras lee el texto puede ver a Juan Olivares a su lado. Lo conoció cuando formaba parte de la Dirección del GPM 8, unidad territorial muy extensa de la zona norte de Santiago. A fines de 1971 las reuniones de la Dirección se realizaban en una fábrica de candados, a

algunas cuadras del Cementerio General. Hasta ahí llegaban El Chico Matías, Paula, El Flaco Lucho, El Chico Feliciano, Pedro Radrigán y Juan. Piensa en cada uno de ellos: Juanito, asesinado tras su regreso clandestino; Paula, muerta en un enfrentamiento; El Chico Matías, desaparecido en Colonia Dignidad; Anselmo, también desaparecido; El Feliciano, asesinado minutos después de ser liberado. Vuelve a ver a Juan frente al tribunal militar; más que en el contenido de su discurso, piensa en el coraje que tuvo al decirlo. Poco importaba la viabilidad histórica de los alegatos. Lo que en ese momento los enorgulleció fue la fuerza que tuvieron para defenderse frente a las mentiras de Estado.

Años más tarde, haciendo clases en la universidad, conocería a la hija de Juan. El hecho lo remeció. En la mirada de su alumna, en su manera de reír, volvió a ver los gestos de su amigo.

Fuimos aparatosamente encadenados y trasladados a la Base Aérea de San Bernardo. Con actitud desafiante, ingresamos a la sala de la justicia militar. Se trataba de un acto que rebasaba la liturgia jurídica y que se incrustaba en nuestras biografías como un momento en que la moral enfrentaba a la barbarie. Recuerdo a mis compañeros plantados como columnas al suelo. Íntegros, orgullosos, serenos.

La sala era amplia, con un estrado puesto en altura y con un conjunto de sillas que constituían el espacio de un auditorio. Las baldosas blancas y negras del piso representaban el tablero de un absurdo ajedrez. Los señores fiscales estaban arropados con sus trajes azules rebosantes de insignias y grados. Sus rostros tenían un gesto similar al de los filatélicos que contemplan un sello recién descubierto. Y por debajo de todo este cuadro, estaba latente una expectación insegura, en contraste con la puesta en escena que dirigían los acusadores y que los abogados defensores se encargarían de trizar.

—Los señores acusados pueden sentarse. Se ruega a los abogados que no fumen en esta honorable sala —ordenó el fiscal Jorge Alicera Carrasco.

—¿Es que acaso los señores fiscales no están fumando o se trata de un nuevo delito de Estado? ¿Se necesita algún tipo de dictamen especial para ese acto tan elemental? —ironizó el abogado Jaime Castillo detrás de unos anteojos de marco grueso. Calvo, de cara redonda, sonreía de un modo que indicaba una inteligencia refinada. Era tío de Carmen Castillo, la compañera de Miguel.

—Está bien, pueden sentarse. Se abre la sesión —anunció el fiscal.

Los textos, trabajados en pequeños papeles y comentados con la obsesión rigurosa del encierro, fueron lanzados como frases, como discursos, como voces de dignidad. Roberto, Arturo y Juan fueron los encargados de leerlos entre las 8.30 y la una de la tarde.

Lo que se está juzgando en esta sala no es a un grupo de modestos revolucionarios, ni siquiera a la organización que representamos; a quien se sienta en el banquillo de los acusados es a la revolución proletaria que preña esta sociedad en crisis. [...] (Roberto).

La dirección política de la fuerza social revolucionaria debe tomar en consideración la fuerza militar, pues fatalmente el marco de la legalidad burguesa se restringirá tratando de evitar que el pueblo pueda seguir acumulando fuerzas mediante las formas de lucha política.[...] (Arturo).

Cualquiera solución que no sea la de carácter proletario será necesariamente transitoria y desembocará en nuevas y sucesivas crisis. La única alternativa consecuentemente democrática y revolucionaria es la proletaria. (Juan).

Los fiscales no sólo estaban incómodos. Su formación era jurídica, pero sus cabezas estaban entrenadas para otros asuntos. Tenían ante sí a trece personas, muchas de ellas muy jóvenes, que los miraban a la cara, sin miedo; que les hablaban de la República, de socialismo y democracia. Con seguridad querían que todo terminara pronto para regresar a sus unidades militares o a sus casas a comentar que los extremistas no tenían remedio. O quizás no. Puede ser que alguno sintiera respeto. Si era así, lo callaría o se cuidaría de demostrarlo. El caso del general Alberto Bachelet, torturado por sus compañeros, era una constante amenaza sobre la alta oficialidad de la Fuerza Aérea.

El alegato continuó.

Llama la atención el hecho de que de setenta y seis páginas que tiene la acusación, cerca de veinticinco de ellas estén destinadas a fundamentarla políticamente. No nos ha sorprendido el carácter netamente político que hoy asume este proceso, así como todos los seguidos por los tribunales militares en contra de los militantes y cuadros del MIR (Arturo).

Señores del Consejo: me declaro culpable de ser un obrero consciente que reconoce filas en el MIR y que al igual que millones, lucha por conquistar el mundo de la libertad en que el hombre se apropie de su propio destino, haciéndolo más pleno [sic. humano] y se convierta en arquitecto de su historia (Juan).

En las condiciones políticas y sociales que definen todos estos hechos surge la izquierda revolucionaria en Chile y, entre muchas organizaciones, el MIR.

Su propósito histórico es hacerse intérprete y herramienta política de las alternativas revolucionarias, de la revolución proletaria que la crisis social ha hecho madurar en el seno de la sociedad. Aquí reside su

importancia como movimiento político, la explicación de su fortalecimiento progresivo al interior de las clases motrices de la revolución y la influencia indiscutible de sus proposiciones políticas irradiadas al conjunto de la izquierda [...] (Roberto).

Los fiscales observaban sin entender, los abogados nos contemplaban con orgullo. En las calles de Santiago el periódico clandestino *El Rebelde* llamaba en su portada a “un Primero de Mayo de resistencia y unidad”.

Los diez abogados desbordaban su valentía en el riesgo de su acto. Se abocaron a desmontar las líneas argumentales de fiscales y acusadores; con paciencia fueron demoliendo los fantásticos cargos y las torpes manipulaciones. Lo hacían con la lógica de la Constitución republicana de 1925 y del Estado de derecho. No alcanzaban a concebir la otra lógica, la del Estado de excepción, de los bandos y de los decretos con fuerza de ley. Tres cosmovisiones estaban en juego y mirándose. La de los abogados ponía en escena el Chile que fue. La de los señores fiscales, el Chile que se abría paso a la fuerza con descomunal eficacia. La nuestra representaba lo que pudo ser, lo que estaba en estado germinal en los laberintos de la historia. Cada grupo, leal a su visión, observaba a los otros y trataba de discernir su posición ante la vida.

Poco importaba cuán eficiente fuera la defensa o cuán contundente la autodefensa. Teníamos claro que nos condenarían. Esa misma tarde nos comunicaron nuestra sentencia. Era una cantidad de absurdos años la que nos esperaba. El Consejo de Guerra me condenó a una pena de prisión de diez años y un día por asociación ilícita. Me resultaba excesivo que hablaran de ilícito. Regresamos a la Penitenciaría; tratábamos de ocultar nuestra preocupación haciendo bromas. Ahora éramos reos rematados. Rematado era otra palabra que me resultaba siniestra.

Pasaron las semanas y surgió la posibilidad de conmutar la pena de cárcel por la de extrañamiento. Estábamos en condición de pedir que nos expulsaran de Chile mediante el Decreto N°504. En medio de esa posibilidad y de las desbocadas ganas de viajar donde demonios fuera, iniciamos una discusión compleja. Nos preguntábamos si era admisible que un grupo de revolucionarios se acogiera a un decreto que debía firmar Pinochet.

Al principio no queríamos aceptarlo, nos parecía inconsecuente y confuso, pero las madres y compañeras, con bastante sabiduría y una dialéctica demoledora, nos convencieron de que si existía ese recurso debíamos usarlo. Salir de Chile era mejor que estar preso. En la historia universal, argumentaban, muchos revolucionarios habían acudido a ese subterfugio. El razonamiento de las madres era sabio y contundente. Nos transmitía las visiones y los niveles de conciencia de la calle, de la sociedad, de los grupos de izquierda no militantes, que eran capaces de descubrir brechas para romper la adversidad.

Wilfredo no estaba de acuerdo con el 504.

—Lo que estás diciendo, con independencia de tus firmezas o

convicciones, es que para irnos de Chile debemos aceptar las leyes de la dictadura; que legitimemos la forma en que los milicos se quieren lavar las manos frente a la comunidad internacional. Si dijimos que el MIR no se asila, no podemos, como cuadros de la Dirección, utilizar ese decreto hecho a la medida de la política internacional de Pinochet. Esto no significa que habrá justicia, Estado de derecho ni nada que se le aproxime. Nos filmarán mientras abandonamos las cárceles y dirán que todos los presos políticos fueron liberados o que están a punto de serlo. Otra cosa es fugarse, como lo hicieron los argentinos en Trelew.

Ignacio fumaba obsesivamente y escuchaba con paciencia.

—Creo que estás desvirtuando mis argumentos y mi lógica. Ya que hablas de los montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo, déjame decirte dos cosas. Muchos de los que hoy están en la guerrilla argentina pasaron por la cárcel y fueron liberados por sus abogados. Fidel Castro fue expulsado a México por Batista y no quiero volver sobre el ejemplo de Lenin que entró a Rusia en un tren blindado de los alemanes. Hacer política revolucionaria no significa que debas sufrir estoicamente situaciones que puedes superar—expuso Ignacio y ahondó en su análisis.

—Pero vamos al asunto —continuó—. Que Pinochet y la Junta quieran mejorar su imagen internacional es evidente; que este decreto apunta hacia ese objetivo también es obvio, pero no puedes confundir esto con el tema del asilo. Esa política se acordó en medio del golpe, cuando moralmente era necesario permanecer junto al pueblo. Fue una decisión que tomamos para ese momento. Hoy estamos presos y si no te has dado cuenta somos rehenes del régimen. Si crees que hacemos una potente política al enviar cartas a la Dirección del partido que está afuera o al hablar con los familiares, estás equivocado. Lo que hacemos es resistir desde el encierro y esta situación no sirve para hacer política revolucionaria. Si salimos deberemos volver. Eso es lo necesario desde el punto de vista moral y político. Crees que soy débil por pensar así, pero estás equivocado. Los débiles se desesperan y se encierran.

Una tarde de visita especial recibimos por intermedio de las madres la autorización de la Comisión Política para recurrir al Decreto 504.

—Miren niños, no sé cómo se les ocurre que tienen que seguir presos —comentó la madre de Rodrigo—. Sufrimos tanto al verlos encerrados, flacos, pálidos. Sus compañeros que están afuera nos dicen que están felices de que estén vivos y que ojalá salgan pronto de Chile. No puedo aguantar la idea de venir a este lugar durante diez años, dos veces por semana. Creo que tienen que razonar y pensar en todas las personas, no sólo en ustedes.

Mi madre no sólo estuvo de acuerdo. Al despedirse me demolió con una pregunta.

—No sean tontitos. ¿O creen que desde aquí van a derrocar a Pinochet?

Y como se sabe que ganarle una discusión a una madre es imposible, aceptamos recurrir al Decreto 504.

Antes de que se celebrara el Consejo de Guerra, el gobierno belga me

había concedido visa, un permiso de residencia y una beca para estudiar sociología en la Universidad Libre de Bruselas. Con esos antecedentes, y por intermedio de mi abogado, presenté una solicitud a la Comisión de Estudio de Conmutación de Pena de la República de Chile.

La petición fue aprobada. Sólo tenía que esperar la fecha de mi expulsión.

Estuvimos a punto de iniciar una huelga de hambre como reacción al horroroso y burdo montaje que encubrió el asesinato de 119 compañeros. Casi todos eran miristas; muchos de ellos eran nuestros amigos de la infancia y habían sido detenidos por la DINA en 1974.

El 18 de julio el semanario argentino LEA, inexistente hasta esa fecha, reprodujo una nota que, supuestamente, provenía de México.

En los últimos tres meses en Argentina, Colombia, Venezuela, Panamá, México y Francia han sido ejecutados por sus propios camaradas, como producto de un largo proceso de divergencias, recriminaciones y disputas por dinero a partir de la caída del gobierno de Allende, los miristas que a continuación se indican.

El diario La Segunda lo llevó en su portada el 24 de julio: "Caso de los 119. Exterminan como Ratas a Miristas". Se trataba de una segunda lista de 59 casos, que se sumaba a los 60 informados el día anterior. El odio no tenía límites. Costaba entender cómo un grupo de periodistas fraguó ese titular o cómo toleró esa imposición. Esa frase consignaba cuál era el espíritu que imperaba en Chile.

No pudimos realizar la huelga por problemas de coordinación con los otros recintos. Sin embargo, 96 presos políticos del campo de prisioneros de Melinka iniciaron la huelga. Fueron aislados del resto de los detenidos y sólo concluyeron la protesta cuando el cardenal Raúl Silva Henríquez les prometió que se reuniría con funcionarios de gobierno para aclarar el caso.

La puesta en escena de Pinochet no se detenía. Mientras el 11 de septiembre de 1975 encendía la Llama de la Libertad en la plaza Bulnes, un grupo de hombres de la DINA preparaba un atentado en Roma contra el demócrata cristiano Bernardo Leighton, ex ministro del Interior del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Leighton había firmado el 13 de septiembre de 1973 un manifiesto que condenaba el golpe de Estado; ese gesto le había significado constantes amenazas y el posterior impedimento de regresar a Chile. El 6 de octubre un comando le disparó por la espalda a él y a su esposa Anita Fresno. La operación recibió el apoyo de grupos fascistas italianos, comandados por Stefano delle Chiaie, *Alfredo di Stefano*, militante del grupo Avanguardia Nazionale que fue contactado por el agente Michel Townley. Delle Chiaie había visitado a Pinochet en mayo de 1974. Leighton y su esposa sobrevivieron al

atentado; Pinochet y Contreras, los autores intelectuales, observaban desde Chile el fracaso de la misión. No sería el primer fracaso.

A pesar del traspie en Roma, la DINA afianzaba su poder. Tejía alianzas con grupos de *ultra* derecha en Europa, Estados Unidos y América Latina y ejercía un sólido control sobre las actividades represivas que se practicaban en Chile.

La delegación de la CIA en Santiago constataba el creciente poder del organismo. El 30 de septiembre, los funcionarios enviaban un extenso informe a su Director: "...sólo la Dirección Nacional de Inteligencia Nacional, DINA, está autorizada a realizar detenciones de personas sospechosas de ser subversivas o de actuar políticamente en el país. Pinochet encargó a los ministros de Defensa e Interior, generales Brady y Benavides, la elaboración de un decreto secreto cuyos destinatarios eran todos los jefes de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas".

El Mamo Contreras concentraba todo el poder represivo.

Nuevamente la historia emergía por algún rincón para darnos ánimo. A las 4.20 de la madrugada del 20 de noviembre moría el caudillo español Francisco Franco. Se terminaba una página oscura del siglo XX. La dictadura chilena decretó tres días de luto oficial. Pinochet envió una nota al Rey Juan Carlos de Borbón y preparó su enloquecido viaje a España.

Imaginé la alegría del tío Valentín al enterarse de la noticia. La batalla del Ebro se replicaba décadas después.

El Patito y la Elo

Poco antes de viajar a Bruselas fui trasladado al Anexo Cárcel Capuchinos. En comparación con la Penitenciaría, la composición de los reos era notoriamente distinta. Se trataba de víctimas de sus chequeras, de tramposos de variadas escalas. De otras clases sociales del delito.

Don Clotario Blest me visitaba habitualmente. Amparado en una antigua relación sindical con los gendarmes entraba a las horas más insólitas. Viejo, inmensamente flaco, parecía inmune a las leyes básicas de la gravedad; daba la impresión de que en cualquier momento su cuerpo comenzaría a flotar.

—¿Cómo está, joven?

—Bien, don Clota, pero me siento responsable de que hayan allanado su casa por culpa de los libros que le regalé.

Había sido menos que un regalo. Fue un intento de mi madre y de Alejandra por salvar mi biblioteca. Él los recibió sin ninguna aprensión, pero un vecino sospechó que las cajas contenían algo más e hizo la denuncia el 11 de septiembre por la tarde. Gestos como el suyo se repetían en otros barrios de Chile. Comenzaba el soplónaje y la venganza entre los ciudadanos. El rencor no siempre estaba ligado a la ruptura entre golpistas y allendistas; muchas veces eran ajustes de cuentas entre vecinos.

Entre los libros estaban la *Historia de la guerra civil española* de Thomas Hugs, *La crisis del movimiento comunista internacional*, de Fernando Claudin; la colección de cuadernos *Pasado y Presente*; la serie íntegra de *Pensamiento Crítico*, una de las mejores revistas de la Revolución cubana en sus tiempos de debate, y varios textos de León Trotsky. Eran unos 200 libros que, junto a otros de don Clotario, fueron quemados en la puerta de su casa. Los vecinos observaban la fogata desde las ventanas; estaban desconcertados y furiosos al ver cómo maltrataban a ese anciano digno. Los militares lo mantuvieron durante varias horas parado, con una bandera cubana sobre su cabeza. La humillación sólo terminó cuando un oficial que vigilaba el sector se bajó indignado de su vehículo y le ofreció disculpas.

El viejo tenía sentido del humor.

—Mire, no fue por eso que allanaron mi casa. Tiene que ver con todo esto de la CUT y que yo siempre digo lo que pienso.

—Don Clotario, ¿necesita algo?

—Por ahora, nada. Muchos amigos me han tendido una mano. Vaya tranquilo y, por amor a Dios, escríbale a su madre, mire que yo no sé qué pasa con ustedes que nunca escriben a sus familias. Cuando llegue a Bélgica, mándeme una postal para saber cómo está.

Fui el primero en salir, a mediados de marzo de 1976.

En la mañana de un luminoso domingo abandoné la prisión de Capuchinos junto con tres presos políticos de otros partidos. Ellos viajaban a Italia; iban muy bien peinados y vestían ropas nuevas. Parecían alumnos en su primer día de clases.

En el aeropuerto de Pudahuel me asignaron una sala especial.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó mi madre.

—Sí, mamá, lo has preguntado millones de veces.

Recibí abrazos insospechados de primos judíos de derecha que me aconsejaban cómo vivir en el exilio. Mis primas de izquierda me instaban a regresar en cuanto pudiera. Con algo de rabia comprendí la ausencia de los amigos.

Antes de subir al avión escuché a mi padre.

—Mire, la situación está bastante dura y no existe ningún motivo, a no ser que a usted se le ocurra argumentar forzosamente en contra, para que no se transforme en más inhóspita. Usted ya es padre, debe dedicarse a estudiar y a hacer política evitando el riesgo innecesario. Tenga paciencia, en cuestión de años tendrán que irse los militares.

Yo escuchaba sin interrumpir.

—Ya cayó Franco. Este hombre también caerá. Su grupo ha hecho mucho. De que son valientes, no cabe duda, pero la política también es una cuestión de astucia. No sé si me hará caso, pocas veces lo ha hecho, aunque siempre he respetado su forma de ver la vida. Su muerte, por útil que le pueda parecer a alguien, sería una más y, por ello, globalmente inútil. No me gustan las dictaduras. Quiero la libertad. Tendremos que reconstruirla pero todavía no sabemos cómo. Espero que no me censure por estas palabras. Se las dice alguien que cuando lo vio nacer sintió un cariño demasiado grande como para saber que murió acribillado en alguna esquina anónima ...y, por favor, deme más nietos.

Así era el viejo.

Con mi garganta algo apretada me atreví a hablarle.

—Está bien papá, entiendo. Te amo y te pido que me perdones porque muchas veces no te dije cuánto te quería.

La relación entre los dos siempre fue difícil. Él veía la vida con ojos de otra época. Tenía la mirada de los gobiernos radicales, del “Cielo, cielito lindo” de Pedro Aguirre Cerda. El golpe y las muertes lo tenían desconcertado. Cuando nos vimos poco después del 11 de septiembre, se dio cuenta de que iba armado; aunque no hizo ningún comentario, percibí una tristeza que no le conocía. Éramos dos generaciones, dos maneras de entender la vida. Para él no existía la palabra enemigo. Yo me sentía como un nómada en un país ocupado.

Fue la última vez que lo vi.

Un inspector de Policía Internacional, con una amabilidad inusual para la época, nos interrumpió.

—Por favor, despídanse. Todos los pasajeros ya abordaron.

Tuve la sensación de que ingresaba en un túnel y que al salir al otro lado no llegaría a otro país, sino a otro mundo.

Dos agentes de la DINA y una funcionaria de la embajada de Bélgica me acompañaron hasta el avión. Desde una de las puertas de salida me fotografiaron agresivamente. Al subir la escalinata, creí oír una mezcla de dialectos. Escuchaba nuestras discusiones en la Penitenciaría, las premuras de mi madre, los consejos de mi padre, la voz tranquilizadora de la belga.

—Usted no se separe de mí —ordenó ella.

Viajé a Bruselas en un avión de la línea Sabena que tenía escalas previstas en Buenos Aires, Montevideo y Dakar. La embajada había decidido que la mujer me acompañara hasta mi destino. La precaución tenía sentido. Argentina vivía la amenaza de un nuevo golpe militar y Uruguay era gobernado por una dictadura que amparaba la actuación del movimiento paramilitar Triple A. Los belgas sabían que todos los servicios de inteligencia latinoamericanos estaban conectados y temían un secuestro en alguno de los dos aeropuertos. En ese período estaba en pleno desarrollo el Plan Cóndor, que coordinaba los aparatos represivos de Paraguay, Chile, Argentina, Uruguay y, en menor medida, de Brasil. Yo vivía la amenaza como un tema abstracto, los belgas lo veían como algo posible.

Pocos días después de mi partida se concretaría el golpe en Argentina. El 23 de marzo el diario *La Nación* titularía: “¡Es inminente el final, todo está dicho!”. A las 3.10 de la madrugada del día siguiente las radios cambiarían los tangos por música marcial. La presidenta Isabel Martínez de Perón sería detenida y la Junta Militar, integrada por el general Jorge Videla, el brigadier Orlando Agosti y el almirante Emilio Massera, tomaría el poder.

Revive sus conversaciones en París con Gorriarán Merlo, uno de los fundadores del PRT. Enrique no olvidaba el apoyo que el MIR había dado a él y a sus compañeros en 1972, tras la fuga de la cárcel de la ciudad de Trelew.

Revisa un recorte de un periódico argentino. El hecho está conectado con la historia del MIR. Tal vez deba incluirlo en el libro. Toma algunos apuntes: “El 15 de agosto de 1972 un grupo integrado, entre otros, por Mario Roberto Santucho, Roberto Quieto y el Gringo Mena, asaltó el penal de Rawson. Iban armados con catorce pistolas. Santucho, Gorriarán, Mena, Quieto Fernando Vaca Narvaja y Marcos Osatinsky se tomaron el aeropuerto de la ciudad y secuestraron un avión de la línea aérea Austral. A las 19.36 el avión partió rumbo a Chile. Diecinueve de sus compañeros no alcanzaron a subirse; siete días después, 16 de ellos serían fusilados. La dictadura del general Alejandro Lanusse presionaba a Salvador Allende para que los regresara a Argentina,

pero el presidente tenía una posición muy clara. No estaba dispuesto a entregarlos, menos después de enterarse de la masacre en la base aeronaval de Trelew. El MIR se mantenía alerta. Un grupo de militantes estaba dispuesto a rescatarlos del Cuartel de Investigaciones”.

Puede ver nítidamente aquella tarde de agosto de 1972. Encabezados por Alfonso Chanfreau, los miristas marchaban por las calles de Santiago. Flaco, con el pelo largo desordenado sobre el rostro, Chanfreau sonreía por la musicalidad de la consigna que habían inventado: “FAR, ERP, montoneros, son nuestros compañeros”.

Argentina en la memoria. Tucumán, Inés, Alicia, el apoyo de los peronistas para su regreso legal a Chile, Buenos Aires y esa sensación de soberbia antigua y densa ciudad. Los cafés, los cines, las librerías, el sentido del humor porteño. Reconstruye la imagen de una noche de 1987. Era muy tarde, cenaba solo en un restorán de la calle Córdoba; estaba leyendo cuando entró un vendedor de diarios.

—¡Últimas noticias...cayó Pinochet! —voceó el hombre.

Se paró y avanzó rápido a comprar el periódico. Sólo entonces el vendedor advirtió que era chileno.

—Nene, *disculpame, disculpame*. Fue una pésima broma. Vos sabés...a veces somos unos boludos.

Subí al Boeing 707. No supe qué fecha poner en mi calendario emotivo ni en qué momento estaba ni cómo había llegado a ese insólito viaje. Me sentí frágil. Temí que en Bruselas nadie esperara mi llegada y que mi precario francés y los pocos dólares que llevaba sirvieran de poco. Pensé que terminaría preso por vagabundo; incluso imaginé que en el aeropuerto un periodista me preguntaría cuándo caería la dictadura y que al escuchar mi respuesta me consideraría escéptico, derrotista, pesimista, neurótico. Decidí que si veía a alguien con una grabadora fingiría estar resfriado. No tenía claro qué contestar ante una pregunta sorpresiva.

Contemplé Santiago mientras el avión tomaba la ruta hacia la cordillera. Me turbaron los recuerdos. Tenía ganas de ver la casita de Santa Fe 725, el lugar donde Miguel había resistido el 5 de octubre de 1974, junto a Humberto Sotomayor, José Bordas Paz y Carmen Castillo. Me concentré en ese momento. Aquel día los habitantes de esa casa protagonizaron un drama que conmovió a muchos revolucionarios del mundo.

Cuando las personas tienen una convicción profunda ponen sus cuerpos en la balanza, aunque eso signifique perder la vida.

Un grupo de prisioneros que permaneció detenido en el recinto de José Domingo Cañas narraría tiempo después los detalles de lo que ocurrió ese mediodía.

Recorre las páginas del extenso libro testimonial de Carmen Castillo.

[...] acabamos de dar con la casa de Miguel Enríquez...esta vez no se nos escapa [...] por cada uno de los nuestros que caiga en la calle Santa Fe, fusilaremos a dos de ustedes.

Al cabo, alguien grita “ya está!...¡lo tenemos!. [...] ¡Lo matamos...lo dejamos hecho un colador...todo acribillado...se acabó el MIR...ya veremos!

[Al mismo tiempo] un charco de sangre se extiende por el suelo de madera de la sala, entre el escritorio de Miguel, la puerta-ventanal y el mueble bajo de Javier donde se guardan los discos. Allí fue donde la abatieron, cuando seguía los pasos de Miguel hacia el *garage*. Debió ser quince minutos después del inicio del enfrentamiento.

Ahí quedó herida Carmen Castillo, la compañera de Miguel. Carmen estaba embarazada.

[...] De pie sobre el muro de adobe, a cien metros de la casa celeste de Santa Fe, Miguel gritó: “Detengan el fuego...¡Hay una mujer embarazada, herida!”. [...] Miguel saltó el muro y empuñó el arma: una ráfaga de metrallata desgarró el aire. De todas partes resonaron los balazos. La mujer que lavaba la ropa lo vio a través de la rendija de los tablones. Miguel disparó una ráfaga. Miguel se desplomó sobre la artesa, el lavadero. ¿Dónde estaba herido Miguel?. –El pecho acribillado. Una bala en la cara.

[La Carmen] calla, y callará largo tiempo. Hirieron de muerte a Miguel. Ignoran que una esquirla de granada lo alcanzó a los quince minutos de iniciarse el enfrentamiento, y no vieron el hilo rojo que le corría por la mejilla, y nunca sabrán que peleó solo, solo durante más de dos horas, con su metrallata AKA ardiendo y los cargadores de cuarenta disparos. Se calla y se callará.

Creían que al matar a Miguel el MIR había muerto. Estaban equivocados. Aunque el MIR, sin Miguel, perdía algo muy parecido al aura descrita por Walter Benjamin.

En el avión recordé que ese día, cerca de las dos y media de la tarde, Ceballos ordenó que me llevaran a su oficina. Aún yo no estaba enterado de lo que había sucedido en la casa de Santa Fe. El comandante, algo descontrolado, hizo un panegírico del MIR y de las capacidades de Miguel. Más tarde entendería sus palabras.

—¿Por qué no se asilaron? ¿Por qué no aceptaron mis propuestas de paz? Los milicos son los únicos que saldrán ganando con todo esto —dijo. La expresión *todo esto* encerraba el enigma que el oficial no revelaba.

—Pinochet y el sector duro ya están dirigiendo todo esto —contesté—. Recuerde que usted tuvo que entregarme a la DINA y sacarme casi a la fuerza.

Le comenté que en Londres 38 había llegado a la conclusión de que el SIFA estaba infiltrado por los hombres del coronel Manuel Contreras. La pretendida autonomía de la Fuerza Aérea, dirigida por el general Gustavo Leigh, fue un episodio esporádico. En el instante en que discutíamos ya se trataba de un mito; con el correr del tiempo se convertiría en una grotesca tragedia reflejada en las acciones del Comando Conjunto. La nueva unidad represiva sería creada el 1 de septiembre de 1975. Dirigida por Ceballos e integrada por oficiales de la Armada y Carabineros y miembros del SIFA y del movimiento Patria y Libertad, tenía como objetivo eliminar a los militantes del Partido Comunista y evitar la reorganización del MIR. El Comando sería el responsable de la desaparición de unos setenta chilenos.

Al regresar al subterráneo fui percibiendo un clima de tensión que se notaba en el refuerzo de las guardias. Escuché la voz de un suboficial al que denominábamos El Canoso.

—Si hoy hacen algo tengo órdenes de disparar a matar —vociferó sin mucha convicción—. ¡Guardias! Mantengan listas las armas y estén dispuestos a disparar.

—¡A su orden mi suboficial! —respondieron los hombres que nos custodiaban. En sus voces uniformadas se notaba la violencia contenida.

El Mentor, un teniente que se movía entre el infantilismo y el cretinismo, me sacó la venda y se ufano de la muerte de Miguel. No le creí. Pensé que era un juego de inteligencia, pero todos los signos indicaban que era cierto. Pedí a un suboficial que nos dejara solos; él ordenó que cerraran la puerta de la habitación durante diez minutos.

Conmigo estaban La Ardilla, El Pato, un viejo militante comunista, un suboficial de la Fach, una señora con aspecto de dueña de casa, firme y tierna, y un artista valiente que volvería a caer preso por pintar acusadoras vendas con los colores de la bandera chilena.

—Se nos fue Allende y ahora Miguel —se lamentó el viejo comunista.

Como estudiante de la Universidad de Concepción y penquista de pura sangre, La Ardilla hizo su homenaje.

—Miguel era de Concepción, era un revolucionario penquista...recuerdo su voz, su manera de caminar. No pueden seguir matándonos así. Él fue el único que se atrevió a encarar a Robert Kennedy en Concepción. Ese día todos sentimos su fuerza...le salía de adentro.

Cuando La Ardilla terminó de hablar emergió la voz del Pato. Cantaba *La Internacional*. Nos sumamos en un murmullo que recorrió la sala y los pasillos. Nos cruzaba un pensamiento. Aguantar, ser firmes, nadie llora ni demuestra flaquezas. No dejaron solos por veinte minutos, el doble del tiempo que había autorizado el suboficial. Tal vez querían descomprimir el ambiente, abrir una pequeña válvula que bajara la presión de esa tarde. Era el estilo del SIFA, la manera en que Ceballos se desplazaba por bordes ambiguos, en un proceso que ya se había fugado de su control.

Al día siguiente nos restregaron los periódicos en los rostros. Las portadas mostraban en primer plano la casa de Santa Fe, el cuerpo de Miguel, las armas, el dinero, el barrio. Había caído en la histórica comuna de los hermanos Mario y Tito Palestro, socialistas de bigotes espesos, de oratoria irónica, popular, astuta e inteligente.

Desde el avión miraba las calles que se habían transformado en trampas para mis compañeros. Dejaba la ciudad donde personas anónimas resistían y confiaban en nosotros. La belga iba sentada a mi lado; ambos leíamos. A ratos hablábamos, pero ella prefería concentrarse en su lectura. En los aeropuertos de Buenos Aires y Montevideo permanecí a su lado. Fui despertado con la bandeja de la cena. Era mi primera comida decente, pero fue solitaria, nostálgica.

El olor de la cárcel, que aún arrastraba en el cuerpo, chocó con el aire húmedo y embriagante de Dakar, la capital de Senegal. En ese pedazo de tierra primitivo y potente tuve una sensación de libertad, de amplitud, y unas enormes ganas de mirar el horizonte. Caminé por el aeropuerto con la belga tras mis pasos.

África produce vértigo. Lo volvería a comprobar en el verano de 1978. Con El Cojo Cortés viajamos en *jeep* desde Argelia al Sahara Occidental para reunirnos con un grupo de guerrilleros del Frente Polisario. En un español del siglo XIV insistían en mostrarnos el horizonte a la hora del crepúsculo. La lucha contra los marroquíes no estrangulaba su poética de las distancias y los atardeceres.

Bruselas estaba tapada por la típica neblina de sus inviernos. Tres funcionarios del gobierno me esperaban para agilizar los trámites de ingreso. Mi traje estaba fuera de moda: un saco *beige* con grandes solapas, una camisa de cuello largo y un pantalón de franela azul *pata de elefante*. Arrastraba una maleta que contenía más libros que ropa; afuera estaban mi hijo, Alejandra, Flavia, mis amigos y un grupo de miristas.

Al ver al Tavo, mi ex cuñado, recordé un episodio que vivimos en marzo de 1974, en su antiguo departamento de la calle Marín. Yo estaba desconectado de la Dirección tras la caída de un enlace y tuve que recurrir al Tavo como única posibilidad segura de resguardo. Ninguno de los dos tenía dinero. En su cocina sólo había tarros de leche Nido, azúcar y café. Durante diez días comimos leche seca o batida con agua y café. Una tarde salió a buscar ayuda; a los pocos minutos, el teléfono sonó dos veces, se cortó y volvió a sonar. Era la clave que habíamos convenido. A pesar del sueño y del cansancio me paré de un salto.

—Pachi —dijo El Tavo—. Llegaron los milicos, rodearon el edificio y están subiendo. Te estoy llamando desde el almacén de la esquina. Sal de un vez y tráeme la chaqueta.

Recogí su chaqueta y el arma. Golpeé la puerta de una vecina del tercer

piso; la mujer no hizo preguntas, tomó mi brazo con cariño y me ayudó a bajar por la parte trasera del edificio. Fui poniendo los pies en los ladrillos huecos que adornaban los muros, caí en un jardín y caminé. Los militares allanaron el block, botaron la puerta y revisaron el departamento. No encontraron nada, sólo algunos tarros de leche vacíos. Con El Tavo nos encontramos en un contacto de emergencia, a pocas cuadras de Marín. Después de esa escapada nos fuimos a otra casa.

—Pachi, mañana hay una fiesta —me comentó al día siguiente.

—¿Estás loco? ¿Cómo vamos a ir a una fiesta?

—Es que va a haber comida.

Partí con pocas ganas, pero recuerdo que engullí casi un tercio de los canapés, mientras algunos muchachos me miraban desconcertados. Esa noche agradecí al Tavo una invitación tan acertada.

Ahora volvíamos a vernos en el aeropuerto de Bruselas, entre parientes, compañeros y pasajeros en tránsito.

Mis amigos cantaban canciones latinoamericanas, otros me apretaban y abrazaban. La gente miraba asombrada a esta tribu que rodeaba a un tipo mal vestido.

Escuchaba cómo se mezclaban sus voces.

—Es increíble que estés acá. Con un poco de sol te vas a ver más sano.

—Lo importante, compañero, es que estás vivo. Mañana te iré a ver. Ahora diviértete.

—Qué lindo verte. Te ves de lo más bien. ¿Cómo está tu mamá?

Daba vueltas ante cada grupo. No conocía a varios de ellos; a otros los había visto por última vez antes del golpe. Como aún cargaba mi equipaje los saludaba torpemente.

Almorzamos en casa de Flavia y Alejandra. Todos hacían preguntas como si estuvieran frente un profeta capaz de vaticinar algunos sucesos: ¿Cuándo caerá Pinochet?...¿qué pasa con la resistencia?...¿dónde están los desaparecidos?...¿qué vas a hacer mañana?...¿y la próxima semana?...¿te gusta la cerveza belga? Ante cada pregunta respondía con monosílabos o frases breves. Quería estar solo, pero ellos seguían ahí. Me aconsejaban que me tomara mi tiempo, que fuera al oculista, que subiera de peso. Reí a carcajadas cuando una amiga comentó que tenía derecho a pedir ropa más moderna. Mi hijo jugaba alrededor mío; miraba como si hiciera un esfuerzo para reconocermelo. Durante el almuerzo apareció un académico de la Universidad Libre de Bruselas a recordarme que podía incorporarme a clases cuando quisiera. Tiempo después ese mismo profesor me ayudaría a convalidar mis estudios. En una ocasión, en 1986, este académico actuaría como enlace para Chile.

A la mañana siguiente El Quico llegó con un voluminoso paquete de documentos de la Dirección de Chile y Europa y un mensaje: en cinco días

debía viajar a París a reunirme con Leonel.

Casi no salí del departamento. Leía la documentación y miraba por la ventana. Tenía la visión de una ciudad nostálgica, gris, detenida en el tiempo, con una arquitectura de principios del siglo XX. ¿Todavía andaría Baudelaire por ahí? Alejandra y su madre vivían en la Avenue Louis, a unos diez minutos en tranvía de la Grande Place, centro histórico de Bruselas. Pese a nuestra ruptura decidió acompañarme en el viaje.

En París me fui aprovisionando de distintos personajes y eventos. Nuevas reuniones, abrazos y cenas con guitarra. Las ansias de la mayoría por regresar. Ambiente de exilio, de grupos de discusión y tesis alternativas, enunciadas por pequeños líderes y analistas. Argentinos, uruguayos, brasileños, dominicanos, peruanos, mexicanos, puertorriqueños, bolivianos y chilenos de todos los partidos de izquierda acudían a casas y cafés aledaños al metro Odeon.

Me reuní con Leonel. Con crudeza, describió el debate que se había generado entre Edgardo Enríquez, *El Pollo*, y la Comisión Política dirigida por Andrés Pascal.

Tras el enfrentamiento de Malloco, Andrés y los otros miembros de la Comisión habían pedido asilo en la embajada de Costa Rica, decisión que era cuestionada por El Pollo. Leonel apreciaba a Edgardo, pero no estaba de acuerdo con su rigidez. Desde cualquier perspectiva, lo de Malloco fue un golpe aturdidor. Se trataba del único grupo que, bajo el acoso de todos los servicios de seguridad, impulsaba la reorganización de la resistencia y apoyaba con recursos a grupos descolgados o desconectados de otros partidos. La derrota afectó moralmente al MIR y a toda la izquierda. Así lo reconocería Clodomiro Almeyda diez años después, en una cafetería de la colonia San Ángel de Ciudad de México.

—Ustedes los miristas han jugado un papel, *mire oiga*, muy importante en la resistencia contra los militares. Cuando supe lo de Malloco me preocupé mucho, ya que un acontecimiento como ése podía desmoralizar a la gente de todos los partidos.

Edgardo había viajado a Buenos Aires por decisión de Miguel para integrarse a la Dirección del PRT, organización que inmediatamente después del golpe nos había ayudado con dinero y documentación. El Pollo sostenía que los miembros de la Comisión Política tendrían que haber permanecido en Chile. En la cárcel lo discutimos bastante. Yo creía que su exigencia era excesiva. Mi racionalidad me indicaba que el asilo había sido un acto absolutamente justo y necesario, pero el afecto que sentía por él nublaba mi razón en un grado poco perceptible. Me emocionaba su espíritu y su intransigente solidez. Edgardo era una de las personas más cultas que había conocido; sintetizaba la figura del polemista analítico y brillante de la izquierda radical que existía en Chile desde 1933.

El debate terminó de manera horrible. El Pollo fue capturado en Buenos Aires el 10 de abril por miembros de la Policía Federal Argentina, en

colaboración directa con el departamento exterior de la DINA. Estuvo recluido en los centros clandestinos El Olimpo, Campos de Mayo y la Escuela de Mecánica de la Armada. Luego sería trasladado a Chile, a la Villa Grimaldi. Nadie supo de su detención. Ni la Comisión Política ni Leonel al momento de contarme los detalles de la polémica. Su desaparición se sumaba a la de Jorge Fuentes Alarcón, *El Trosko*. Él fue detenido el 17 de mayo de 1975 en Enramada, al entrar a Paraguay con una documentación que lo identificaba como Ariel Monarde Ledesma. Según testigos, permaneció detenido en Paraguay hasta mediados de septiembre de 1975. En esa fecha fue trasladado por agentes de la DINA, primero al centro de detención Cuatro Álamos y luego a la Villa Grimaldi. De ese recinto desaparecería en enero de 1976.

Cada vez que releo esta parte del texto gira sobre sus recuerdos. Le parece injusto que se hable de Edgardo como un hombre duro. Tiene la imagen de un tipo alto, algo encorvado, de tez y bigotes un poco tropicales, cálido, sensible, permanentemente hambriento. Lo ve en casa de Flavia preparando huevos fritos. Puede escuchar el juego de su lógica demoledora. Quizás esos juegos lo hicieron parecer tan duro. Le duele no haber tenido una conversación de despedida con él; piensa en esa noche en la que estuvieron reunidos desde las nueve hasta las seis de la mañana y recuerda el modo en que Edgardo iba desmenuzando los argumentos de Nicolás. Esa mañana se fueron juntos en su Austin Mini, hablaron de temas matemáticos y comentaron la marcha de las esposas de los altos oficiales del Ejército; las mujeres habían protestado la tarde anterior contra el general Carlos Prats. Desayunaron huevos, queso, pan dulce y abundante café con leche.

Ahora evoca a la familia de Miguel y Edgardo. Piensa en Raquel Espinosa Townsed, la madre; en Edgardo Enríquez Fröeden, el padre que tras el golpe fue encarcelado en la isla Dawson. En la desaparición de El Bauchi, compañero de Inés Enríquez; en la muerte de Edgardito a causa de una meningitis y en la del hijo de Miguel y Carmen. En la valentía de la madre al velar a Miguel, acompañada por su esposo y Laura Allende Gossens, y denunciar a sus asesinos el día de su entierro.

La conversación con Leonel fue extensa y fraterna. Sentado en una pequeña sala preguntaba minuciosamente: ¿Cómo fue la tortura?...¿cuáles son sus técnicas?...¿qué saben de nosotros...¿cómo es Ceballos?...¿quiénes están en la Penitenciaría? Describe la casa de la calle Londres. Tuve que situarme en esos escenarios, escarbar en el dolor y exponer los hechos como si otro los hubiese vivido. Mi voz era monótona, cansina; la de él, amable, comprensiva. Al terminar pasamos a otros asuntos; asignación de responsabilidades, mi traslado a París, urgencias políticas.

Regresé a Bruselas en el tren de las 8.15 que salía de la estación Gare du Nord. En el trayecto repasé mentalmente mi viaje a Europa, la conversación con Leonel, los últimos días. Llegué al departamento de Alejandra alrededor

del mediodía; almorzamos y revivimos el tiempo de la infancia y adolescencia. Preparé mi equipaje y volví a París.

Nuevamente me alejaba de mi hijo. Sólo lo vería de vez en cuando.

Tenía diecisiete años cuando nació y su llegada apresuró mis pasos a la vida adulta. Su imagen del día del golpe regresaría como una estampa. Ese día, mi hijo apagaba los papeles que Alejandra quemaba en el segundo patio de la casa. Lo veía con una sonrisa flanqueada por dos orificios en las mejillas, vestido con un *bluejeans*, una camiseta de manga corta muy roja y zapatillas. Durante todo el tiempo de la clandestinidad llevé una pequeña foto del Patito.

La relación no sería fácil. La cárcel, la vida clandestina, los viajes y las responsabilidades me convirtieron en un padre eternamente ausente. Quería recobrar el tiempo; quería jugar y hablar con él, pero cada vez que lo visitaba en Bruselas me enredaba en reuniones con los compañeros del partido. En cada despedida se me rompía el corazón. Pasaba el tiempo y mi hijo fue creciendo más lejos de lo que hubiese querido.

Cuando se fue a vivir a Nicaragua que ya estaba en guerra, mis premuras se multiplicaron con sus preocupaciones adolescentes. Y nuevamente los espacios de la conversación larga y cadenciosa se postergaron hasta principios de la década del noventa en Santiago. Aún añoro su presencia y cercanía.

El primer tiempo viví en el departamento de Jodelet, psicoanalista, antigua mirista y anfitriona de las reuniones de los miembros de la Dirección. Ella me reconcilió con el sentido del humor, con las ironías agudas y las risas exuberantes. Un martes de mayo, al mediodía, apareció en su casa Alina, una argentina exiliada que había militado en el MIR hasta antes del golpe y que había sido compañera del Nano de la Barra. Semanas después me trasladé al departamento de Anton, hijo de inmigrantes rusos, trotskista y caricaturista. Alina fue a visitarme. Esa noche se quedó y así sucesivamente hasta que me fui a vivir con ella cerca de la Torre Eiffel. De antecedentes italianos y judíos, era una mujer maternal, dura, posesiva. Nos fuimos necesitando y queriendo, pero su afán de formar una familia arremetía contra mi pasión militante. Su actitud me asfixiaba e irritaba. El 30 de junio de 1978 nacería Eloísa en La Habana. Al año siguiente nos separaríamos en una difícil despedida.

En París conocí a Daniel, mirista con una sólida formación filosófica que se dedicaba a vender joyas y a comprar libros. Nos juntábamos en el segundo piso del café Cluny, justo en la intersección histórica del barrio latino de Saint-Germain-des-Prés y Saint-Michel. Era una esquina simbólica; ahí se habían levantado algunas de las barricadas de la Revolución francesa, las de 1848 y las de Mayo de 1968. Las conversaciones con Daniel eran remansos aristotélicos frente a las acuciantes demandas de esa época. Fue el único que logró convencerme de que me matriculara en la Ecole Practique, con el patrocinio del historiador Pierre Vilar, uno de los prohombres de la historiografía francesa con quien Daniel mantenía una relación académica. Hizo el contacto y Vilar me

facilitó los trámites para ingresar y diseñar un sistema de estudio que se adaptara a mi vida.

París era la ciudad de los universitarios exiliados que conspiraban contra las dictaduras de sus países. Cada uno ordenaba su régimen académico, en un equilibrio que permitía estudiar, mantener vigente la documentación, obtener becas y no despertar sospechas. De vez en cuando me veía con El Chino Polay, estudiante peruano de sociología que, tras regresar a Perú en 1982, fundaría el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

El diálogo con Daniel se interrumpió cuando se marchó a África a comprar piedras preciosas para elaborar sus joyas. Aún revivo nuestras conversaciones. Con él podía vagabundear por el pensamiento, sin agresiones banales ni petulancias. *Aristóteles y la izquierda aristotélica* de Ernest Bloch fue un libro curtido y masticado con él, un libro amado que debí abandonar en 1986 en una casa de la avenida Macul, cuando los funcionarios de la CNI estuvieron demasiado cerca como para cuidar a la izquierda aristotélica.

Volví a saber de Daniel casi dos décadas después. Una alumna de la Escuela de Cine llegó a mi oficina con un texto de Habermas y un ejemplar de *Marxismo y Revolución*, antigua revista del MIR.

—Te los manda mi tío —dijo sin revelar el nombre del remitente.

Quedé sorprendido por la vieja revista y la dedicatoria de Daniel estampada en el libro. Supe que mi viejo amigo era un importante joyero, experto en diamantes. Daniel parecía un personaje del *Corto Maltés*.

País chico. Todos son sobrinos, nietos o hermanos de alguien querido.

Antes del golpe militar había visitado La Habana en cinco oportunidades. La impresión de la primera vez se reiteraba en cada regreso. Al abrirse la puerta del Cubana de Aviación, en el antiguo aeropuerto José Martí, entraba un golpe de aire húmedo al 98 por ciento y 37 grados de temperatura que hacían sudar y obligaban a gestos más pausados. En tres de esos viajes asistí a diversos cursos de formación organizados para la Dirección del MIR en el legendario Punto Cero, campo de instrucción guerrillera por el que habían transitado jóvenes nicaragüenses, salvadoreños, guatemaltecos, brasileños y conosureños. A fines de agosto de 1976 volví a La Habana y todas las sensaciones se repitieron. Al bajar del avión imaginé que El Chico Pérez y Verónica me estarían esperando, tal como lo hacían cada vez que alguno de nosotros llegaba a Cuba. Pensé que subiría con ellos al escarabajo azul, que me preguntarían por Chile, y me invitarían a almorzar un *ratico* con Humberto, el fiel amigo del MIR. Pero sólo vi a Humberto. El Chico Pérez había muerto en 1974 y Verónica había logrado escapar a Suecia.

Esta vez no iba destinado a un curso de instrucción en Punto Cero; mi retorno a La Habana respondía a la convocatoria del Comité Central. Era un encuentro entre los sobrevivientes de los distintos grupos de la Dirección. Leonel y Ruy articulaban a los militantes que vivían en América Latina, Europa,

Estados Unidos, Canadá y México; Juan Olivares, El Vilo y yo veníamos de la cárcel; Nelson y Andrés estaban recién instalados en Cuba. Constituíamos las partes de un rompecabezas disperso; tres vivencias, tres experiencias, tres suertes. No éramos los mismos; había más mesura en las reflexiones, cálculos más complejos en las sugerencias, mayor capacidad para entender las grandezas y debilidades humanas. Nos alojamos en el elegante hotel Santa María del Mar, ubicado a la orilla de la playa. Como un contrapunto festivo observábamos a los turistas europeos y escuchábamos el son de la música caribeña. Era el ritmo de un mundo encantador, lejano.

Necesitábamos hacer un balance de lo que había ocurrido entre la muerte de Miguel y ese momento. Debíamos definir una estrategia político-militar para combatir la dictadura y diseñar la organización de una nueva estructura de la Dirección interior y exterior.

A pesar de la represión, del Estado de emergencia y de la cadena de asesinatos y desapariciones, Chile no estaba quieto. Los trabajadores de la Vicaría de la Solidaridad, creada en enero de 1976 por el cardenal Silva Henríquez, atendían las demandas de los familiares de los detenidos, pedían su libertad ante los tribunales y socorrían materialmente a los pobladores cesantes. Un puñado de periodistas, liderado por Arturo Navarro y el español Rafael Otano, publicaba desde el 30 de julio la revista *Apsi*. Los organismos internacionales empezaban a reaccionar. El Informe del Comité Interamericano de Derechos Humanos de la OEA condenaba las violaciones a los derechos humanos en Chile y el gobierno estadounidense aprobaba la Enmienda Kennedy, que prohibía la ayuda militar al régimen de Pinochet. Estas variables pesaban en nuestro análisis.

En la reunión del Comité Central nos acompañaban los amigos brasileños que, tras exiliarse en Chile desde 1969, habían pasado a integrar las filas del MIR. En su país habían militado en el Movimiento Revolucionario 8 de Octubre y en organizaciones trotskistas. También se sumó Humberto, funcionario de la embajada de Cuba en Santiago que hasta antes del golpe estaba a cargo de las relaciones con el MIR. Juntos recordamos al Chico Pérez y a La Negra Lumi, sus grandes amigos chilenos.

En La Habana volví a ver al sociólogo Ruy Mauro Marini, uno de los ideólogos de la Teoría de la Dependencia y uno de los intelectuales más relevantes de la década del sesenta. Ruy tenía sólidos lazos con Chile. Había llegado a Concepción en 1968 y muy pronto comenzó a militar en el MIR. A principios de 1971 se radicó en Santiago. Casi todos los miércoles por la tarde llegábamos a su departamento de la avenida Pedro de Valdivia. Casi siempre éramos los mismos: El Harry, de la Universidad Católica, El Guatón Dago, que más tarde moriría en la parcela de Malloco, El Milton y yo. También llegaban El Pedro, de la Universidad Técnica del Estado, Alfonso Chanfreau y María Cristina López Stewart. Los tres desaparecerían en distintos períodos.

A Ruy lo apodábamos Profesor Tomate por su manía detallista al

rebanarlos y por su manera de adornar las ensaladas. En ese tiempo nos pedía que leyéramos sistemáticamente *El capital*; también se preocupaba de que asistiéramos con autodisciplina la lectura de los clásicos del pensamiento social. Era el profesor Marini, o Luis Cerda, o simplemente Ruy.

Sus afirmaciones parecían tautológicas, pero no lo eran realmente. De inmediato problematizaba sus argumentos hasta hacernos dudar. Eran provocaciones para divagar. Nos hablaba de Marx, del movimiento revolucionario internacional, de la experiencia alemana y el nazismo, de literatura. Pero Ruy se arrancaba de los códigos de la época. Conocía el cine latinoamericano de raíz popular, citaba las letras de tangos y rancheras mexicanas y relataba escenas del cine argentino de los años cincuenta. Las películas de Libertad Lamarque, Cantinflas y Tin Tán formaban parte de su repertorio intelectual. Eran historias de la vida cotidiana, de esposas sufridas, maridos celosos, hijos edípicos y llantos de la pobreza. Ruy veía en estas representaciones una síntesis de la migración campo-ciudad; nuevas formas de vida urbana que conservaban el sabor agrario en los hábitos de comer, hablar y soñar.

Me emocioné al verlo. Vestía con la elegancia y pulcritud de siempre y estaba perfectamente peinado. ¿Qué cuentas?, me diría en cada jornada, como si no supiera que venía saliendo de la cárcel.

—Te traje algunos textos de México. La teoría revolucionaria sigue evolucionando. El mundo está ingresando a una de esas transformaciones cíclicas y largas de la cual saldrá absolutamente cambiado.

Entre los libros me llevó *La acumulación capitalista a escala mundial*, grueso volumen escrito por Samir Amin y editado por Siglo Veintiuno, que repasaba el estado de la economía internacional de mediados de los años setenta. Entre ambos tuvimos que preparar un informe de la situación internacional. Orientado por Ruy volví a conectarme con los temas que se debatían en el mundo.

A La Habana llegó un compañero brasileño que pocas semanas antes se había reunido en Santiago con El Cura Cortés, segundo hombre de la Dirección en Chile. Cuando lo vi entrar al hotel Santa María del Mar lo desconocí. Pablo, alto dirigente del MIR en Francia, estaba más delgado y se había rasurado su larga barba. Nos transmitió una gran dosis de optimismo, pero no nos convenció del todo, especialmente a quienes veníamos saliendo de la cárcel. Sus imágenes e impresiones no calzaban completamente con nuestras recientes visiones; sin embargo, la manera en que las exponía las hacía plausibles. Era como si detrás de lo evidente irrumpiera un Chile latente, un pueblo más organizado y dispuesto a resistir. Reproducía la información que había recopilado, pero también agregaba notas a pie de página y planteaba dudas que revertían el optimismo de la versión anterior. Pablo tenía una vinculación profunda con el MIR desde 1970 y la mantendría hasta 1980, año en que regresaría a Brasil para participar activamente en la formación del Partido de los Trabajadores.

Los exilios tienen sus grupos, sus familias, sus amores, sus conflictos. El del MIR, en París, vivía sus pasiones internas. Cuando Pablo opinaba o hacía alguna sugerencia, Gonzalo percibía miradas distantes, aunque no se trataba de una tensión permanente ni brutal. Tras el viaje a La Habana, ambos regresaron a París y asistieron a una reunión ampliada. Cuando llegó el momento de entregar el informe sobre Chile, le cedió la palabra al brasileño. Pudo ver caras de asombro y respeto. No cualquiera viajaba a Chile en 1976; no cualquiera se reunía con la Dirección clandestina en una ciudad cercada. Recuerda que en esos días sintió una satisfacción un poco perversa al ver los mismos rostros observaban a Pablo con nuevos gestos.

El hotel Mar Azul, La Carmen hermosamente bronceada, las conversaciones en la playa. Cada uno narraba sus historias hasta construir un entramado hecho de pedazos de pasado y deseos pendientes. José, el oficial de las tropas especiales cubanas que ayudó a organizar el Grupo de Amigos Personales de Allende, evocaba a los muchachos que habían muerto junto al presidente en el Palacio de la Moneda. Nos explayábamos, nos poníamos al día en nuestras vidas y elaborábamos nuevos acuerdos para seguir viviendo.

Me encontré con Josefina al segundo día de mi llegada. No nos veíamos desde aquella tarde en que fui trasladado a Londres 38. Había recuperado su hermosura, trabajaba en el Ministerio de la Construcción y vivía en Alamar, centro habitacional que agrupaba a todas las familias del exilio latinoamericano. El cariño entre ambos estaba por encima de las distancias, del tiempo y los hechos. Hablamos, recordamos y tejimos nuevas complicidades.

La confianza de Armando, Humberto, Manuel y de otros cubanos nos comprometía. Según ellos, el MIR debía asumir la organización de la resistencia armada contra el régimen militar. Sin embargo, en ese momento teníamos grandes diferencias en un aspecto sobre el cual la Dirección del Partido Comunista de Cuba intentaba persuadirnos. La discusión se centraba en el papel que debía cumplir la Junta Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur (JCR) fundada a principios de 1974 por Miguel Enríquez, Mario Roberto Santucho del PRT argentino, el Mayor Sánchez del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia y la Dirección del Movimiento para la Liberación Nacional Tupamaro de Uruguay. Con la JCR se venía gestando, aunque muy larvariamente, una alternativa de coordinación que no estaba mediada por los intereses de la política internacional del entonces campo socialista ni por la política cubana hacia América Latina. Teníamos la convicción histórica de que no podíamos depender de intereses de Estado. Si las prioridades de los gobiernos variaban también podía variar el apoyo que nos ofrecían. La existencia de la JCR provocaba cierto recelo en el Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Ellos creían que podía generar otros centros de articulación de los revolucionarios del Conosur. El tema emergía recurrentemente en las conversaciones con los cubanos. Aunque la

red persistiría hasta 1978, al momento de la reunión en La Habana se trataba sólo de un deseo. La muerte de Miguel, en octubre de 1974, y la de Santucho, en julio de 1976, habían debilitado el proyecto. A su vez, la acción de los servicios de inteligencia contribuía a su desmantelamiento. En 1975 la CIA había informado a su gobierno que los organismos de seguridad se estaban aglutinando alrededor del Plan Cóndor, coordinación que pretendía aniquilar a la JCR. En ese momento, la CIA manifestaba su preocupación ante la posibilidad de que esa iniciativa comprometiera la imagen internacional de Estados Unidos. El 23 de agosto de 1976 la CIA enviaría un cable urgente.

Tiene la vista cansada por el recuerdo. Mira el texto bajo la luz.

La coordinación de informes de seguridad e inteligencia, quizás se pueda entender. No obstante los asesinatos directos planificados por los gobiernos dentro y fuera del territorio de los países miembros de la operación Cóndor tiene muy serias implicancias a las que debemos hacer frente, directa y rápidamente.

La reunión de la Comisión Política se extendió por diez días. Las discusiones más complejas giraron en torno al estado real del partido en Chile, a su grado de organización y a su presencia social. En estos diálogos, a veces tensos, algunos sostenían que habíamos salido del período más difícil; que con audacia podíamos plantearnos nuevos propósitos. Otros, sin mucha fuerza, decíamos que estábamos sensiblemente debilitados; que teníamos que dedicarnos a una paciente y larga reconstrucción. Nuevamente emergían las dos perspectivas del MIR, la que se cimentaba en la voluntad que provenía del espíritu de los fundadores y la que fue brotando en forma discontinua entre quienes lo habían construido artesanalmente, un modo menos apremiante, quizás más mesurado. Pero no había sustancialidades distintas, razones cerradas; se trataba de estilos diversos.

Todas las organizaciones y grupos humanos tienen más de una cultura que a veces se complementan y en otros momentos colisionan. Durante muchos años, en condiciones cambiantes y difíciles, las dos culturas miristas se complementaron e incluso hicieron simbiosis en muchos de sus dirigentes. Algunos demostrarían tanta sensibilidad social como disposición a las acciones directas o tanta formación teórica como capacidad para impulsar y concretar las tareas políticas o militares. Se trataba del largo y siempre inconcluso proceso de formar sujetos que superaran las limitaciones de las culturas opresoras.

En el Partido Comunista sus dos tendencias entrarían en conflicto a principios de la década del noventa; en el Partido Socialista una de sus tendencias predominaría sobre la otra en los inicios de la transición. En el mirismo se urdió una situación más compleja debido al origen diverso de sus

cuadros. Por una parte estaban los cuadros del interior y los del exterior; por otra, los que tenían un saber político-militar y aquellos que sólo tenían formación política. También había un grupo que militaba desde fines de los años sesenta y otro que se había desarrollado únicamente en la clandestinidad. Y estaban los que habían sido torturados y encarcelados y quienes no. No se trataba de que cada una de estas vivencias constituyera una pasión o un fracción. Eran experiencias que nutrían a los dos grandes arquetipos que brotaban en momentos de tensión.

No había funciones rígidas o fronteras estables. En muchos momentos estas dos visiones se yuxtaponían o mezclaban; en otros, las diferencias eran evidentes, como esa última tarde en La Habana, cuando debíamos redactar el documento que recogería los acuerdos. La cultura de la izquierda en el siglo XX fue excesivamente conceptualista y nosotros éramos herederos de esa tradición. Cada palabra del informe fue debatida. Nos preguntábamos si estábamos en reconstrucción o reorganización. Si es lo primero, se decía, estamos partiendo de muy abajo, desde una enorme fragilidad; si es lo segundo, los golpes han sido fuertes, pero no nos afectaron globalmente. En la discusión se condensaban las pasiones y reflexiones de cada cual. Al final suscribimos la tesis de la reorganización.

Fue algo parecido a un consenso.

Me quedé otros diez días en Cuba conversando con Andrés y Nelson sobre la reorganización de la Dirección exterior. Se decidió que me hiciera cargo del MIR en Europa, continente donde vivían más de mil miristas. La responsabilidad de actuar en ese territorio emotivo y político me resultaba incómoda e inasible. En cada país las discusiones se contaminaban con las premuras, los proyectos individuales y las recriminaciones heredadas del exilio; esto llevaba a la confusión de las amistades, los cariños y las responsabilidades. Todo re combinaba la personalidad y la espesura psicológica de los militantes: la cultura local, la izquierda europea, el feminismo, el medioambientalismo, los nuevos movimientos autónomos, la necesidad de aprender los idiomas y la adaptación a las nuevas costumbres. Vivíamos con provisionalidad. Lo llamábamos nuestro paso por Europa. Europa, decíamos, era sólo un tránsito, una estadía corta antes del regreso a Chile. Esa determinación tensionaba nuestras almas.

En su discurso de Estocolmo, anterior a la reunión de La Habana, Nelson había generado el concepto que nos permitiría vivir con menos culpa. El Gordo habló de la retaguardia estratégica, de prepararse para un tiempo largo, de la necesidad de no desesperar, de darle importancia a la vida cotidiana y a las relaciones afectivas. A pesar de que esta visión fue legitimada en Cuba, aún no era asimilada por la tribu mirista. El tema más complejo de nuestra política era el manejo del tiempo estratégico.

Cree que debe profundizar en el tema del tiempo. Nuevamente deja algunas notas en su cuaderno.

“El tiempo, el manejo de esa extraña arcilla que se escurre entre los dedos, que se mide por secuencias cronológicas (nano, segundos, horas, años), pero mucho más por intensidades y pasiones o perseverancias, y se agrupa en unidades que dimensionan el transcurso de la historia humana desde dentro de ella, a través de todos los fragmentos de vida que la configuran.

“Pero también hay una visión sustancialista del cronos de las luchas libertarias y la ve desde afuera y habla de la lógica de la historia como si ésta fuera una señora que tiene que comportarse de acuerdo a un libreto, y que en la medida que entiendes o percibes cuáles son las páginas invisibles de ese texto, podrás saber para dónde orientar sus caprichos.

“Para nosotros esa señora gorda fue un pretexto (y hoy también lo es), para no meter todo el cuerpo en los asuntos humanos. Entramos en la historia tratando de escribir el guión y cuestionando esa astucia secreta desde adentro de la trama, con todos los riesgos de la interpretación y la puesta en escena. Sabíamos que calcular la dirección general de todo lo que sucede es imposible; que la lucha de los revolucionarios y subversivos es hasta ahora más una artesanía que una ciencia, un ensayo creativo más que una ecuación. No es que todo ocurra por azar, pero actúas en un plano de alteración de lo real. Muchos efectos son inesperados e incluso indeseados. Siempre tienes la posibilidad de no hacer nada y declararte realista, sensato, sobrio, confiable y reproducir así el tedio y el dominio aunque pretendas debatirlo”.

Está convencido de que en situaciones como las vividas, la tribu de los mínimos o medianos esfuerzos tiene a su favor la posibilidad de cometer menos errores y apropiarse de más éxitos de lo que una contabilidad con lógica histórica, si ésta tuviera lógica, le adjudicaría.

Continúa escribiendo.

“Cuando pides lo mínimo o mediano o incluso un poco más, no te arremete la equivocación. Puede que pase desapercibida cuando bajas las cartas de lo aparentemente imposible. Entonces, cada fracaso se transforma en una tragedia y los tribunales bien pensantes te juzgan sin piedad. Algunos te enrostran la falta de cálculo, otros la ausencia de sensatez y otros, muy francos, te reprochan tu falta de cinismo.

“Nos batimos con los máximos sin culpa y nuestros desaciertos signaron en parte las tristezas de las últimas décadas, especialmente de los más jóvenes. Desde ese desgarró se han ido recolectando y reproduciendo nuevas cofradías de disconformes, revoltosos y rebeldes que ahora existen gracias a que otros lanzaron la piel al juego de la libertad. Los que han quedado con sus monólogos y diálogos producen nuevos grupos de habla. Quizás ahora sólo se escuchan sus murmullos, pero de esas vibraciones nacen nuevos llamados a no resignarse”.

Organizar al MIR en Europa implicaba mantener el equilibrio entre dos corrientes de la historia; entre el apoyo constante a la resistencia en Chile y la

apertura sensible a los cambios que afectaban a la izquierda del viejo continente y que parecían anunciar una descomunal transformación. Si viajabas a la Unión Soviética o a Alemania, todo parecía sólido, pero toda esa solidez se escurriría en pocos años.

En esos meses Pinochet y la DINA nos volvían a sorprender. Yo estaba en París cuando el 21 de septiembre recibí la noticia del asesinato de Orlando Letelier y su secretaria, la ciudadana norteamericana Ronnie Moffit. Murieron en Washington, tras estallar una bomba instalada en el automóvil de ex ministro de Defensa y Relaciones Exteriores de Salvador Allende.

Comencé a recorrer las capitales y ciudades europeas. Bruselas, Londres, Estocolmo, Oslo, Copenhague, Roma, Milán, Lyon, Estrasburgo, Lisboa, Budapest, Viena, París. Participé en discusiones alucinantes, encantadoras. Sin advertirlo, los miristas empezaban a absorber las visiones de la izquierda revolucionaria europea. Las nuevas corrientes, las críticas a la Unión Soviética y su campo de influencia, contaminaban las asambleas. En Roma confirmé cómo penetraba con fuerza la cultura local. Un sector de mujeres, sensibilizadas con la portentosa discusión de las feministas italianas, intentó refrescar el debate.

La respuesta a sus demandas provino de la ortodoxia.

—Los temas de la mujer, la sexualidad y el erotismo dependen de la libertad de los trabajadores. No se puede lograr la libertad individual sino es en el contexto de una revolución social —argumentó un antiguo dirigente que residía en Milán. Fue una frase tan eficiente como idiota.

Aunque me simpatizaba la opinión de Isabel, líder de esta irrupción, intenté que retomáramos los temas comunes.

—Lo que ellas plantean es decisivo, pero no es lo prioritario en esta reunión —zanjé.

Este modo de sacudir la cultura machista de la izquierda no se extinguió, aunque todas ellas mantuvieron sus convicciones revolucionarias. Varias combatieron en el Frente Sandinista de Liberación Nacional y una de ellas moriría en Centroamérica. Otras tenderían puentes muy pocas veces erigidos entre militancia y vida cotidiana e instalarían esos temas en el Chile de los años noventa, fuera de los cercos orgánicos.

El movimiento comunista de Europa del sur había iniciado un ajuste de cuentas con su pasado estalinista y fundaría el Eurocomunismo, corriente independiente de la Unión Soviética vinculada a las densidades políticas y culturales de Francia, Italia y España. La pasión de esos debates penetraba por la porosidad de nuestras estructuras. Muchos observaban estos cambios con preocupación y, en su extremo, con espanto. Para algunos, especialmente para quienes vivían en América Latina, se trataba de reflexiones banales contaminadas por las ideas de intelectuales que entendían muy poco del proceso chileno y latinoamericano. Algunos tendíamos a verlo de otro modo. Lo valorábamos como un reconocimiento a nuestras críticas al socialismo burocrático formuladas desde el nacimiento del MIR, y como la necesidad de

estos grandes partidos comunistas de lograr una autonomía que les permitiera elaborar sus políticas de acuerdo con sus historias e intereses particulares.

Los miristas de Europa debatían en cafés, pero jamás olvidaban las tramas de su identidad. En todos estaba presente la disposición a luchar y las ganas inconfundibles de discutirlo todo. Los locos años veinte y los radicales años sesenta reprodujeron, masivamente, seres humanos excepcionales, con una forma particular de ser y estar en el mundo. Para ser mirista en una dulce ciudad europea, en California o en Ciudad de México había que estar dispuesto a cumplir con lo que se decía. Un grupo importante de militantes moriría combatiendo en Santiago, Valdivia, Concepción y Neltume.

Aunque en Chile había estado de acuerdo con la política del no asilo proclamada tras el golpe, en París quise entender las razones de quienes habían buscado refugio en las embajadas. Acepté y comprendí la decisión de algunos compañeros e intenté tender puentes entre ellos y la Dirección. Pero no siempre lo conseguí. Los miristas asilados aún estaban heridos por los injustos estigmas que se les habían arrojado. Pude reconciliarme afectivamente con los amigos, pero fue un proceso emotivo que pocas veces expresé. Años más tarde, en los inicios de la división del partido, lo manifestaría en una reunión ampliada que realizamos en Uruguay.

—Si bien constituyó una correcta definición frente a la sociedad, la política del no asilo fue manejada con falta de pericia. Varios equipos de Dirección y los cuadros más perseguidos tendrían que haber viajado para garantizar su seguridad. No resolvimos la síntesis entre pasión y cálculo.

A mediados de 1977 viajé con Andrés por Europa, parte de Asia y África, en una gira que duró alrededor de tres meses. Recorrimos Berlín, Moscú, Budapest, Argel, Trípoli y Pyongyang en busca de apoyo para la resistencia en Chile. Si eran árabes, miraban con sus ojos oscuros y entrecerrados y explicaban que la persona que tomaba las decisiones regresaría en algunas semanas. Esa respuesta significaba que todo sería lento y engorroso. Si eran europeos del Este, anotaban nuestras peticiones en pequeñas libretas y prometían una respuesta. En ese caso lográbamos mucho menos de lo que pedíamos. Si eran coreanos, decían a esto sí, a esto otro no y siempre cumplían con eficacia y sin aspavientos.

En el trayecto contemplábamos culturas con ruinas milenarias y folclores exuberantes e incomprensibles para nosotros. Ese contexto y la convivencia cotidiana nos permitió transitar de la simpatía al aprecio, al conocimiento mutuo. En el viaje de regreso de Corea hicimos escala en Irkutsk, ciudad rusa próxima a las fronteras con China y Mongolia, que tenía una gran base militar. Acompañé a Andrés a comprar cigarrillos en la tienda del aeropuerto. Mientras observaba un gigantesco mapa se acercó un oficial de la guardia fronteriza soviética; me miró sin mucha simpatía y me indicó que lo acompañara. Fue de las pocas veces que viajé con documentación legal y la única en que desperté sospechas. El oficial mezclaba idiomas. Dokument niet, repetía. Yo lo

observaba asombrado. Una azafata de Aeroflot me explicaba en portugués que el pasaporte de refugiado otorgado por el gobierno belga no era reconocido por las autoridades soviéticas. Andrés observaba desde el otro lado de la puerta de embarque sin comprender qué pasaba, aunque intuía que no se trataba de algo bueno. Cuando llamaron a abordar, intentó pasarme algunos dólares a través de la rendija.

—No te preocupes, cuando llegue a Moscú hablaré con El Cloro— alcanzó a decir. Lo vi alejarse en un pequeño bus que conducía a los pasajeros hasta el avión.

Embutido en un sombrero de piel y arropado con un abrigo largo, pensé que se olvidarían de mí y que mucho tiempo después, cuando ya me hubiese asentado en Irkutsk, volverían a buscarme. Una llamada del Cloro me liberó de las sospechas de las autoridades. Durante una semana alojé en un hotel militar donde todos mis gestos eran respondidos con un plato de comida. Viajé con un poco de sobrepeso y una colección de gorros regalada por los oficiales rusos.

Nunca fue tan cálido Moscú.

Nuevos elementos se agregaban a nuestro análisis de la situación chilena. En el mismo período en que desarrollábamos nuestra gira, Pinochet cambiaba el diseño de la política represiva como consecuencia del terrorismo internacional del Estado. Los atentados contra el general Carlos Prats, Bernardo Leighton y Orlando Letelier habían generado el aislamiento internacional del régimen. El 13 de agosto la DINA fue disuelta y reemplazada por la Central Nacional de Informaciones (CNI). Pero sólo fue una operación de maquillaje. Varios de sus miembros pasaron a ocupar importantes puestos en el nuevo organismo. También en esa época empezó a gestarse el conflicto limítrofe con Argentina. A ambos lados de la cordillera se acantonaban tropas, se desplazaba material logístico y se organizaban las posiciones. La situación se agudizaría en 1978. Sería la diplomacia vaticana la que incidiría en la superación del conflicto un año después. Este cuadro obligaría a la dictadura a elaborar una política internacional que debilitara su aislamiento.

Aunque no existían registros electorales que regularan la votación ciudadana, el 4 de enero de 1978 se realizó una consulta nacional. Tras los escrutinios, el régimen aseguró que contaba con el 75 por ciento de apoyo y que sólo un 20 por ciento estaba en su contra. La ausencia del general Gustavo Leigh en un apoteósico acto desarrollado esa misma noche, aceleraría su derrota política. Leigh sería obligado a renunciar el 24 de julio de ese año. Más importante que el fraude electoral fue la decisión de Pinochet de diseñar una estrategia sin tiempo que concentrara todo el poder en él.

Siempre volver, todo era en un eterno mientras tanto. Exprimíamos sin mesura la prensa y las informaciones que llegaban desde Chile. La lógica y el balance secreto de todo acto, fuera en tierras próximas o lejanas, se medía en función del retorno. Vivíamos con el tiempo prestado. Nada de lo que ocurría,

por hermoso misterio que contuviera, reemplazaba las ganas de regresar. Estábamos convencidos de que era indispensable volver y trabajar con ahínco y determinación. Muertes como la de Germán Cortés acrecentaban nuestros deseos de viajar a Chile.

Amigo de don Clotario Blest, Germán provenía del grupo Cristianos por el Socialismo que se había tomado la catedral de Santiago en 1968. Con su muerte se iba otro trozo de la memoria colectiva, de los fragmentos de amistad que habían sobrevivido sin cejar en su compromiso. El Cura fue asesinado el 18 de enero de 1978 por agentes de la CNI en su casa de La Florida.

Estaba en París cuando me enteré de su muerte. Llegué a la casa de Pablo con la noticia.

—Mataron al Cura...estamos averiguando qué pasó...es un golpe que cala muy hondo. Es difícil reemplazar a alguien con la sensibilidad del Cura...Germán no se quedaba atrapado en los conceptos políticos, siempre hablaba con el lenguaje de la vida cotidiana.

Pablo, el brasileño que lo había visitado en Chile en 1976, hizo una descripción tan generosa del Cura que El Vikingo, un brasileño corpulento y rubio, se emocionó. Nuestros duelos apenas alcanzaban a contener el vacío de las ausencias definitivas.

En marzo de 1978 supe que debía instalarme en Cuba para hacerme cargo de algunas de las tareas internacionales vinculadas al apoyo directo a Chile. La Habana era un punto adecuado y seguro para lograr acuerdos y obtener la colaboración de las organizaciones revolucionarias que tenían sede o delegaciones en la capital cubana. La misión me resultaba apasionante, pero percibía que la Dirección del partido buscaba alejarme de Europa, un territorio donde tenuemente desarrollábamos una postura crítica frente a algunas de las resoluciones dominantes.

Con Roberto, antiguo miembro de la Comisión Política, conversamos el asunto. Él compartía mi percepción, pero pensaba que no podía negarme.

Decidí viajar a La Habana

Alina, que tenía cinco meses de embarazo, se quedó en París mientras yo preparaba las condiciones para su llegada. El primer tiempo nos alojamos en El Hotelito, un discreto lugar ubicado cerca de la Avenida Quinta, al que arribaban revolucionarios de distintas nacionalidades. En esos días, preparé mi primera visita a Colombia. Debía viajar a establecer relaciones formales y permanentes con el Movimiento 19 de Abril (M19).

Un lunes por la mañana observé desde el avión la vegetación exuberante que rodeaba a Bogotá. Al entregar el pasaporte, que me identificaba como antropólogo belga, temí que el funcionario sospechara de su autenticidad. Se transformaría en un temor que jamás pude superar. Sólo descansé cuando el timbre metálico cayó sobre la hoja de ingreso. Me registré en un pequeño hotel y luego salí a caminar. Me apoderé mentalmente del territorio; vi una ciudad amable que, debajo de algunas capas de su inconsciente colectivo, contenía su pasado: la historia de la guerra civil entre liberales y conservadores, el

Bogotazo del 9 de abril de 1948, los hitos de la violencia posterior y las heridas de la nueva década. Había música en todas partes y puestos de frutas donde se mezclaban todos los aromas y colores.

Al igual que sus antecesores, el presidente liberal Julio César Turbay trataba de imponer una política de paz. Quería derrotar a la guerrilla, pero era evidente que eso no era posible. A pesar del constante acoso del ejército, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) controlaban importantes regiones del país. Desde 1964, año de su fundación, mantenían una guerra de guerrillas con amplia base campesina y con la dirección política del partido comunista.

El M19 había nacido el 17 enero de 1974 por iniciativa de ex militantes de las FARC y del Ejército de Liberación Nacional de Camilo Torres y de un sector radicalizado de la Alianza Popular Nacional (ANAPO). Jaime Bateman Cayón, su fundador, irrumpió en la política colombiana y cambió la ortografía con la que se había escrito la historia de la década anterior. Bateman estaba convencido de que era necesario acabar con la fatalidad de la violencia y levantar una poderosa alternativa de gobierno. Sus textos y declaraciones recurrían a un lenguaje nuevo, fresco, distante del adormecido léxico de la izquierda latinoamericana. Hablaba del país de los ballenatos, de las guayabas, de la vida. Yo había leído sus escritos un tiempo antes, en un departamento de la Place de Italy, en París. Me sorprendió su audacia intelectual y su esfuerzo por cambiar los fríos lenguajes.

El contacto estaba programado en el café El Molino, en la intersección de las calles Carrera y Cincuenta, un elegante barrio bogotano. Observé el sitio el día anterior. Con todo el rigor del Conosur llegué a la hora convenida y me instalé en una mesa con vista a la puerta de acceso. Nadie apareció ni la primera ni la segunda vez. Pensé que el contacto había caído preso y que era prudente volver a La Habana. A pesar de mis aprehensiones acudí por tercera vez. Después de unos minutos entró un sujeto alto, mal vestido, con aspecto árabe o mulato, que llevaba un ejemplar de *Le Monde Diplomatique* y una cajetilla Gitanes. Desconfié de su descuidada manera de exhibir las contraseñas. Nos miró a todos, pero no se detuvo en mí, sino en un hombre con bigote que vestía chaqueta de cuero y *jeans*. Resignado, se sentó y pidió un *tintico*. Lo observé durante cinco minutos hasta que en medio de un suspiro saqué un ejemplar de la revista *Time* y una cajetilla Marlboro. El hombre se paró con su taza y caminó hacia mi mesa.

—¿Esos cigarrillos son franceses? —preguntó.

—No, son chinos —complementé para prevenir casualidades.

—Discúlpeme usted. No pude venir antes, estaba en una reunión con un sindicato de profesores en otra región. El encuentro no se realizará en Bogotá sino en el interior, en uno de los frentes guerrilleros.

No tenía muchos deseos de caminar por la selva, pero no me quedaba más que aceptar el nuevo escenario.

—Debe vacunarse contra la fiebre amarilla y el tétano, y comprar ropa adecuada. Nos veremos pasado mañana en el aeropuerto, en la cafetería de vuelos nacionales —dijo de manera fluida y relajada.

Volví al hotel con la sensación de que mi seguridad estaba en manos de otros y que con ello transgredía todas las normas de mi instinto. Me vacuné y en una tienda deportiva compré la ropa que me recomendó el vendedor.

Esta vez llegó puntualmente. Pidió un pollo entero y una coca-cola; yo tomé un café y comí unas tostadas. Mi acompañante hablaba con pasión sobre la realidad política de su país, yo lo escuchaba atentamente, pero con cautela. En esos años los aviones locales partían una vez que completaban el cupo de pasajeros. Tuvimos que esperar cerca de una hora. Al subir al viejo C-47 mis aprensiones se fueron transformando en simpatía. Después de cuarenta minutos aterrizamos en una ciudad del interior, alquilamos un jeep, nos trasladamos a las afueras y entregamos el vehículo a una mujer. Ella nos pasó una bolsa que contenía pan de yuca, queso y algunas botellas de coca-cola. Esperamos debajo de un puente hasta que al anochecer llegó una patrulla guerrillera. Iniciamos una caminata silenciosa. La lluvia, la humedad, los mosquitos, el lodo, todo se fue transformando en un obstáculo para mí. Mi espalda empezó a resentirse. La ropa de los campesinos que nos acompañaban expulsaba la humedad cada vez que hacíamos una fogata; la mía jamás se secó. Era tan cara como inútil. Tras cuatro o cinco días arribamos a un campamento. Me tendí a dormir por varias horas y cerca del mediodía, luego de probar una succulenta comida, comenzó la reunión. Sentado alrededor de un tronco esperé que alguno de los desconocidos hablara. Mi acompañante se presentó.

—Soy Jaime Bateman, pero me dicen Pablo.

Quedé perplejo al enterarme de que había viajado con el fundador del M19.

Medita sobre la modestia y el equilibrio psicológico de algunos dirigentes revolucionarios. Al conocer a los montoneros y tupamaros, le impactó su tremenda capacidad combativa y la ternura que expresaban en las relaciones humanas, algo infrecuente en esos años. Antes del golpe de 1973 conversó en Santiago con Tavaré. Él le comentaba que el MNL de Uruguay jamás había desarrollado programas rimbombantes; sólo se planteaban lo que podían hacer con los medios que contaban en cada momento. Y ésa era una de sus grandes virtudes. Los tupamaros fueron los primeros en intentar una mutación cultural en América Latina.

Al escuchar las bromas de los guerrilleros colombianos y el lenguaje casi musical con el que analizaban la realidad de su país, redescubrió que las cosas verdaderas no necesitaban máscaras; que se mostraban tal cual eran y que los revolucionarios del M19 dialogaban a partir de la amistad. Parecían formar parte de sus propias geografías sociales y territoriales.

Las historias de todos los guerrilleros de América Latina se cruzaban. Gonzalo revisa sus apuntes sobre las organizaciones armadas. Cree que debe

anexarlos al texto.

“En su mayoría, nacieron como respuesta a las políticas dominantes del movimiento comunista latinoamericano. A sus filas se integraron muchos disidentes de las líneas oficiales de sus antiguos partidos, pero también congregaron a cristianos de izquierda y a ex oficiales del ejército, intelectuales, jóvenes, artistas y exiliados. Así ocurrió en Guatemala, Brasil y, en menor medida, en Venezuela. Otras organizaciones tenían antecedentes más rancios. El Frente Sandinista de Liberación Nacional, creado en 1961 por Carlos Fonseca Amador, era el heredero de la luchas emprendidas por Augusto Sandino en los años veinte. El Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre de Guatemala, fundado por jóvenes oficiales de ejército en 1962, tenía su referente en el proyecto del Presidente Jacobo Arbenz, derribado en 1954 por los militares. Estos movimientos también habían recibido la influencia de curas guerrilleros como Camilo Torres en Colombia o de las revueltas campesinas de Perú, lideradas por Hugo Blanco a fines de los años sesenta. O de Carlos Marighella que combatía la dictadura brasileña o del trabajo paciente que había iniciado en 1970 Salvador Cayetano Carpio, *Comandante Marcial*, en El Salvador”.

En sus apuntes está descrito el destino de Marcial. “Como la realidad juega con las cartas marcadas y le hace trampa a todas las lógicas, Marcial se implicaría espantosamente en la muerte de la Comandante Ana María. Más tarde se suicidaría”.

Bateman me pidió que explicara cómo habíamos superado la muerte de Miguel, cuál era la situación del MIR y qué planes teníamos. Había alrededor de seis personas, todos miembros de la Dirección del M19, entre ellos una mujer rubia a la que llamaban La Mona. Semanas después me enteraría que en la reunión habían participado Alvaro Fayad, otro de los fundadores, y Carlos Pizarro. El Turco Fayad moriría el 7 de noviembre de 1985, luego del intento de ocupación del Palacio de Justicia. Pizarro se convertiría en candidato presidencial del M19 en 1990 y sería asesinado en un avión por un sicario reclutado por las Autodefensas Unidas de Colombia. Vera Grabe, *La Mona*, una de las mujeres más brillantes de la guerrilla colombiana, sería elegida senadora en 1994 por la Alianza Democrática-M19.

Las preguntas de todos ellos eran precisas, no dejaban espacio para los recodos analíticos a los que estaba habituado. Sus intervenciones revelaban un conocimiento riguroso que expresaba la sabiduría de quienes están comprometidos con la lucha revolucionaria: ¿Cuántos presos políticos tienen?...¿cuántos quedan vivos de la Dirección anterior al golpe?...¿cómo resuelven los problemas de seguridad en una ciudad como Santiago?...¿cómo son las relaciones con el Partido Socialista y Comunista?... ¿qué piensan del PRT argentino?

Me impresionaba la admiración y el respeto que sentían por Allende.

La imagen de Allende no sólo había recorrido el mundo, sino que se había instalado en la memoria profunda de muchas personas. No sólo

conservaban la impronta de La Moneda en llamas y del presidente constitucional defendiendo la democracia con un fusil AKA-47. También lo recordaban como el hombre que había sido capaz de instalar la idea de una sociedad justa y democrática para todos los chilenos, con una conducción de izquierda y nacional popular.

La vía chilena al socialismo no se guió por el modelo soviético o chino, tampoco por el cubano. Tuvo raíces en el país de los presidentes José Manuel Balmaceda y Pedro Aguirre Cerda, en las ideas de Luis Emilio Recabarren. Salvador Allende desarrolló un proyecto político arraigado en la cultura y en los procesos sociales chilenos. Ante los ojos de otros dirigentes mundiales, se situaba como un ejemplo de que la historia y la realidad no tienen un sólo camino, sino tantos como los hombres y mujeres de cada pueblo son capaces de construir.

Permanecí en el campamento durante más de un mes. Estaba asombrado con la inteligencia de los monos, el porte de las arañas, los diferentes tipos de serpientes, y el ruido que provocaban los animales e insectos desconocidos. Las pocas veces que dejaba de llover salía un sol abrasador; el vaho dificultaba la respiración y la concentración. Aprendí a hacer fuego, a secar la hamaca y a orientarme en medio de la vegetación. La rutina del campamento comenzaba a las seis de la mañana con gimnasia colectiva. No era fácil saltar en ese terreno ondulado; casi siempre me quedaba con un pie más abajo que el otro y debía improvisar extrañas piruetas para mantener el equilibrio. Los días se iban en exploraciones y conversaciones. Al terminar la rutina, los colombianos intentaban que aprendiera a bailar. Jamás lo lograron. Me sentía observado. Era el chileno del MIR, pero pronto descubrí que esa condición no significaba mucho para mis anfitriones.

—Compañero, ¿cómo es Chile? —me preguntó un viejo guerrillero campesino.

Don Pedro pensaba que Chile era un lugar alejado de Colombia, próximo a Venezuela, tal vez. No tenía conciencia de que se trataba de un país ni imaginaba dónde estaba ubicado. Se me ocurrió que si le explicaba que en las montañas había nieve y que limitaba con el polo sur, entendería que Chile estaba muy, muy lejos.

Antes de mi partida definimos algunos acuerdos.

—Ayúdenos a abrir relaciones con los cubanos y a mejorar las técnicas de documentación. Yo veré que se concrete el apoyo a la formación de alguno de ustedes en temas rurales —me planteó Bateman.

—Está bien, Pablo. Está todo claro. Yo ratificaré esto con la Dirección y te responderé. Pero por ahora no advierto ninguna dificultad.

Finalmente decidimos que el MIR también los ayudaría a vincularse con el Frente Sandinista y las Fuerzas Armadas Rebeldes de Guatemala. Luego fijamos reuniones y un sistema de comunicación.

Parte importante del tramo de regreso lo hicimos a caballo. Con Bateman tomamos el vuelo a Bogotá un jueves por la noche. Al llegar a la capital me pasó

dinero para el hotel y acordamos almorzar al día siguiente. Dormí desde el instante en que vi la cama y desperté cerca del mediodía, luego de varias insistencias a mi puerta. Fue un almuerzo cálido, con más amistad que reflexión política. Nos volvimos a reunir en Trípoli, Ciudad de México y Bogotá. En 1983 nos vimos en Panamá, junto al Pepone. Esa noche estuvimos hasta la madrugada riéndonos de los *guerrilleros de café*, aquellos que habían entrado a Nicaragua una semana antes del triunfo de la Revolución sandinista y se jactaban de largas jornadas de combate mientras exhibían uniformes y armas nuevos. Quedamos de vernos en tres días, pero Pablo no llegó. Su avión se estrelló en la selva y su cadáver fue recuperado meses después. Fue un estúpido accidente y una pérdida muy grave.

Ese viaje a Colombia había sido enormemente productivo, pero me sentía abrumado por la postergación de mi regreso. El parto de Alina estaba programado para esos días, mi viaje a La Habana se iba aplazando y mi angustia crecía.

Llegué con cinco días de retraso.

—Gapal, Gapal, Gapal...fue una nenita, linda y golda...fue —me gritó Juanita, mi vecina del primer piso del edificio de Alamar, cuando me vio bajar del auto.

—Gracias por contarme, compañera.

—No, qué va chico, qué va. Válgame Dios, caballero. ¡Qué cosa más grande!

Aunque los compañeros de la Dirección la habían apoyado, Alina se sentía abandonada. Ella tenía la convicción de que la vida familiar no era mi prioridad; yo compartía sus reflexiones, pero creía que nuestra vida tenía que centrarse en mis responsabilidades políticas. El nacimiento de Eloísa remecía estas ideas, pero, en el fondo, no lograba alterarlas. En ese momento Chile era mi principal amor.

Casualmente, en noviembre de 1978, coincidí en Ciudad de Panamá con algunos miembros del Comité Central: Víctor Toro, notable dirigente poblacional hoy radicado en el Bronx de Nueva York; el doctor Román, agudo y analítico, y El Pepone. Durante un almuerzo en la casa de un grupo de estudiantes miristas, El Pepo, con su forma tan propia de decir las cosas, lanzó una pregunta directa, de esas que se instalan para ser respondidas. Si callas, tu silencio también es una respuesta.

—¿No creen ustedes que nos estamos equivocando, no en lo fundamental sino en la aceleración y en el corto plazo que le ponemos a los proyectos? — planteó—. ¿Qué nos pasa? ¿Por qué no abrimos esta discusión? Siento que somos mayoría; cada vez que hablo con alguien terminamos de acuerdo, pero cuando estamos en una reunión todos suavizamos las críticas.

Tenía razón. Sus palabras no nos increpaban, eran una invitación a dialogar.

Le conté que pocos meses antes había escrito el texto *Lo que no puede seguir pasando entre nosotros*. El documento había dado varios botes como las

piedras que se lanzan al agua y se desplazan como sapitos que nadan en un río.

Quedó en el limbo como una carta perdida. Se requería mucho más que un papel para generar efectos.

Esa tarde de humedad tropical decidimos que al llegar a La Habana tanto el doctor como yo redactaríamos un escrito con nuestras reflexiones. Se trataba de precipitar un debate en el Comité Central que se realizaría en diciembre. En el departamento de Santa María del Mar me aboqué a sistematizar mis opiniones. Eloísa, de cinco meses, observaba con sus gigantes ojos celestes mis tropiezos en la pequeña máquina de escribir azul que me acompañaba desde París.

Para escribir un texto de esa naturaleza necesitas el apoyo de alguien que haya soportado las pruebas de la confianza. Si no lo tienes, el resultado puede ser frío, pretencioso, sin vigor. Con El Reta nos queríamos. Habíamos vivido más de un año en la misma celda de la Penitenciaría; en esa época yo obviaba sus manías aunque de vez en cuando me hartaba del silencio y del orden prusiano que pretendía imponer. En La Habana, El Reta me dotó de esa contraparte indispensable para escribir en medio de una pugna en la que cada uno se jugaba el pellejo y el honor. Hice el esfuerzo porque ahí estaba él, corrigiendo y rebatiendo mis razones y sensaciones. Alina, con su lógica de porteña argentina y su cansancio ante la vida estoica en Cuba, también cuestionó parte del texto. Logré describir en 58 páginas la trama que observaba. Hice un balance de los principales problemas y sugerí algunos caminos de solución. Se lanzó al ruedo junto con otros, especialmente con el escrito de El Tranquilo. Sus contenidos fueron fuertes, sus efectos, periféricos y menores.

Estira los viejos papeles y reconoce las frases antiguas.

La presencia del Partido ininterrumpida en el interior [de Chile], es un hecho de primera magnitud, en el peso y prestigio del MIR.

Sin embargo, hay que preguntarse al momento de un balance, cuánto más podríamos haber hecho y cuánto más podemos realizar hoy si enfrentamos y resolvemos globalmente nuestros problemas.

La crisis por la cual atravesamos asume hoy, básicamente, expresiones orgánicas, pero seríamos de una candidez evangélica si no viéramos tras de ella, problemas políticos, en el sentido fuerte del término, no resueltos. Es decir, concepciones de línea política y apreciaciones de la realidad diferentes.

[...] En el pasado vivimos momentos de algidez, particularmente cuando enfrentamos las tendencias trotskistas y posteriormente el militarismo del MR2. Asimismo, con los cambios de períodos en septiembre de 1970 y con la apertura del actual, inaugurado en septiembre de 1973. Al paso que las discusiones alrededor de las posiciones de Simón [Edgardo Enríquez], previa a su caída,

representaron un momento de duras pruebas para nuestra Dirección.

[...] Superando nuestros errores y debilidades en una fuerte y fraternal discusión cumpliremos con nuestras tareas en la lucha por el socialismo.

¡La resistencia Popular Triunfará!

La reunión del Comité Central fue turbulenta. Algunas de mis cartas dirigidas a Alina fueron leídas conocidas por un pequeño grupo de compañeros y utilizadas como argumento para objetar mis opiniones. Escuché algunos fragmentos: "...creo que estamos perdiendo aceleradamente el sentido de realidad respecto a lo que efectivamente sucede en Chile...nos damos vueltas en ejercicios de la voluntad que pueden pasar de largo frente a lo que está ocurriendo...".

El gesto no sólo se alejaba de nuestros hábitos políticos. Era un acto *contra natura*. Siempre habíamos rechazado esas prácticas tan propias del estalinismo y de las culturas de muchos partidos de la izquierda tradicional.

—Es espantoso, pero va a pasar —me dijo El Pepone mientras apretaba fuertemente mi mano.

Una vez que terminó la lectura fui convocado a hablar. Callé y me tragué el dolor y el asombro ante la actitud de algunos de mis amigos. Me sentí golpeado, aislado. Tuve ganas de nadar y de no regresar a la playa.

Nuestra posición quedó en minoría por un voto. Mariela, inopinadamente, no pudo representar su opinión por su condición de suplente en la Dirección. Se aprobó el Plan General de Retorno o Plan 78. Los que nos opusimos pensábamos que aún no existían las condiciones para un regreso masivo de miristas a Chile. La estabilidad de la dictadura y la escasa reanimación de la lucha social y política avalaban esta tesis. Formalmente no era un plan, sino un diseño de reinstalación en Chile. Un diseño justo pero apresurado.

Tras la derrota interna nos aislamos en nuestras tareas y responsabilidades con la sensación de que era muy difícil alterar el curso de los acontecimientos. Durante casi dos años no tuve ganas de participar en las reuniones a las que me citaban; a algunas iba ritualmente, a otras, simplemente, no asistía. Lo mismo le sucedió a José Carrasco y a La Maritza. Víctor Toro se fue a Nueva York y rompió sus lazos orgánicos con el MIR, pero no los emotivos. Tranquilo, se instaló en Madrid.

Se trataba de un estado de ánimo que mezclaba la impotencia con la divergencia. Fue una autocensura en pos de la unidad. Era fácil entenderlo. Las organizaciones como el MIR también son grupos de afectos y lealtades.

Si hubiéramos ganado esa votación la historia habría recorrido un camino distinto, de mayor énfasis en los aspectos sociales de la resistencia. También es probable que a pesar de algunos amagos y ajustes aparentemente mayores, la lógica del proceso interno y la dureza de los conflictos políticos y sociales que se vivían en Chile, nos hubiesen orillado a los mismos aspectos

que criticábamos.

Las posibilidades de rectificación se dieron en distintos momentos, desde el Tancazo del 29 de junio de 1973. En esa ocasión debimos habernos replegado y en, algunos casos, haber realizado ofensivas tácticas. Luego, en febrero de 1974, tendríamos que haber dejado de exponer a la totalidad de los miembros del partido a la resistencia. Después del cerco a la parcela de Malloco, en octubre de 1975, debimos haber diseñado un modelo de resistencia a largo plazo que se fuera fortaleciendo en la misma medida en que se desarrollaban las luchas sociales. El Plan de Retorno era necesario, pero debimos haber esperado mejores condiciones para ejecutarlo. Más tarde, en 1982, en los inicios de la protestas y en el marco de lo que se denominó Programa de Salvación Nacional para Chile, tendríamos que haber abierto una línea política que se insertara profundamente en las luchas políticas, morales, teóricas y económicas. En 1983, debimos haber elegido una nueva Dirección Nacional interior y exterior que aumentara la capacidad de conducción de todas las luchas sociales, en el contexto de un gran respeto a las diversidades internas. Con la política del Año Decisivo, definida en 1985, debimos hacernos presente como un alternativa viable para la juventud y el movimiento popular, y desarrollar una lucha por la conducción política y teórica.

Llegamos agobiados al final de ese ciclo histórico.

Para realizar una rectificación de fondo, como lo imponían los hechos de la política nacional, se requerían ideas, dirigentes y los tiempos sociales. Las ideas y los dirigentes estaban, pero la aceleración de la situación, definida por la crisis financiera de 1982 y las protestas populares de 1983, obligaba a que los ajustes se hicieran no sólo con rapidez, sino con cierta constancia táctica y cierta capacidad de adecuación a una situación muy cambiante. El dolor por la muerte de tantos compañeros y las recriminaciones, muchas veces injustas y exageradas o simplemente gratuitas, generaron un clima psicológico que disminuyó nuestra sensibilidad grupal y transformó las cuestiones de táctica y estrategia política en un asunto de principios.

Siente que en Chile falta un movimiento cercano o semejante al MIR del período 1970-1973. Un colectivo que brinde condiciones de protagonismo político y cultural a los excluidos; un grupo humano que haga visible el país de los rotos, de los pobres, de los disconformes, de los rebeldes. Si Miguel estuviera vivo, piensa, habría sido capaz de inventar algo parecido.

Gonzalo se cuida de juzgar el pasado con los saberes del presente. Cree que si se necesitara tener todo claro para actuar y todo garantizado para poner en marcha las decisiones, entonces jamás se podría hacer nada. Los procesos humanos no están asegurados; tampoco se sabe cuáles son las últimas consecuencias de los actos. Habían hecho todo cuanto pudieron en un escenario en que otros prefirieron esperar y en condiciones en las que la

justeza de un análisis no era suficiente para promover la calidad de una acción.

Hacia fines de septiembre de 1978 Chile estaba al borde de la guerra con Argentina. Los servicios de inteligencia de los países socialistas, especialmente los cubanos, nos aportaban información. Sus datos y análisis nos confirmaban que lo descabellado podía transformarse en realidad y que la locura de una matanza entre dos pueblos quedaría incrustada en la memoria colectiva. Nuestra hipótesis se orientaba hacia la idea de una guerra más bien breve, de algunas semanas o pocos meses. Luego de ese período, parte del territorio chileno sería ocupado por fuerzas argentinas; en menor medida algunas de las ciudades próximas a Chile serían tomadas por las tropas de Pinochet. Configurábamos la idea de una crisis política del régimen y, como efecto de ello, la instalación de una junta o gobierno cívico-militar que recurriría a los partidos políticos de derecha y de centro para recuperar la estabilidad interna y establecer los términos de una difícil paz. Aunque esta situación podía abrir un cuadro favorable en la lucha contra la dictadura, estábamos convencidos de que los efectos de la guerra serían más graves que el derrumbe del régimen.

Quienes estábamos en La Habana nos reunimos con los montoneros para discutir el tema y redactar una declaración conjunta por la paz y la democracia. Nos asombró la posición cargada de chauvinismo de algunos de ellos.

—Las islas son argentinas y no chilenas —dijo uno de sus dirigentes históricos—. Esta es una oportunidad para que Pinochet sucumba o quede debilitado.

—Lo importante no es de quién son las islas —respondió El Coño Vilavella—. Lo esencial es que una guerra en estas condiciones no lleva, ni de lejos, a una revolución ni a una democracia plena. En el mejor de los casos nos llevará a un gobierno autoritario de centro-derecha y al odio entre dos pueblos que durará décadas.

Frente a la eventualidad de un conflicto bélico, la propiedad de las islas constituía un asunto absolutamente subsidiario. Años después, en Ciudad de México, uno de los miembros históricos de la Dirección de los montoneros nos comentaría, abrumado, que ésa no fue nunca la posición oficial de su partido y que su compañero sólo había expresado una opinión personal. A pesar de la rectificación histórica, siempre tuvimos la sensación de que si se hubiese precipitado un conflicto, el nacionalismo de algunos montoneros habría sido un tema urticante. Nos resultaba incomprensible políticamente, pero más que nada emotivamente, que una de las organizaciones más reprimidas y masacradas por la dictadura de Rafael Videla tuviera una posición ambigua en esa cuestión. Millares de militantes de izquierda y del peronismo habían sido torturados y asesinados en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Pasada la fase de riesgo bélico volvimos a trabajar en el programa de reconstrucción y en el plan de ingreso de cuadros a Chile. Yo me mantenía un

poco alejado de la Dirección, aunque abocado a mis tareas. En esa etapa estreché enormemente mis relaciones con Pablo Monsantos y Jaime Bateman. Pablo era el jefe de las FAR de Guatemala y se había iniciado en la guerrilla a principios de los sesenta. Lo conocí en un viaje que realicé a Guatemala, a principio de los ochenta. Nuestros afectos han sido resistentes a los tiempos y con cierta frecuencia nos volvemos a encontrar.

A fines de 1978 salí de La Habana para instalarme entre México y Centroamérica. Alina y la Elo viajarían a Francia días después.

Vi a Eloísa por una noche, en una visita fugaz a París. No la vería durante doce años hasta que un día se comunicó conmigo y viajó a Chile. Ella traía una foto para reconocermé. El recuerdo de ese instante lo llevo incrustado en la memoria emotiva.

Neltume y Nahuelbuta

A mediados de 1979 se inició el regreso clandestino. A la cabeza de este proyecto estaba Andrés Pascal Allende, *El Pituto*, quien sería el primero en volver. Andrés tenía claro que su imagen y disposición serían el motor de nuevas voluntades. Sabía que lo perseguirían, que no habría tregua para el Secretario General del partido y que los militares no olvidarían que era el sobrino del presidente Allende y uno de los que había roto el cerco de Malloco.

La política de retorno implicó un intenso debate interno. Los miembros de las direcciones de Europa y América Latina explicaban a los militantes el significado y la importancia de esta decisión. Para muchos, los motivos eran obvios; para otros, el retorno tenía sentido, pero no estaban de acuerdo con los plazos más o menos inmediatos que los llevaban a abandonar precipitadamente sus vidas construidas en cada país. Para un tercer grupo, la decisión era equivocada y su postura los llevaría a abandonar el MIR en distintos períodos e integrarse, especialmente, al Partido Socialista.

Se hicieron más de dos mil entrevistas. Era un diálogo político y psicológico entre un miembro de la Dirección y cada militante. Algunas conversaciones eran breves, aunque no sencillas; otras se alargaban y generaban encuentros muy emotivos. Nociones como historia, compromiso, decisión y riesgo de muerte eran matizadas con inquietudes familiares: ¿Qué pasará con mi compañera si se queda?...si nos vamos los dos, ¿dónde dejaremos a nuestros hijos?, preguntaban. Sus dudas abrieron un campo de responsabilidad que la Dirección tuvo que enfrentar con el diseño del Programa Hogares, proyecto que permitió crear en La Habana un espacio donde los hijos de los miristas recibieron afecto, protección y educación.

Ya fuera por enfermedades crónicas o evidentes cuadros depresivos, algunos no fueron aceptados. Como el diseño del Plan de Retorno se extendía a más de cinco años, sólo unos 400 miristas llegarían a las escuelas de formación clandestina. De ese grupo, aproximadamente 200 alcanzarían a regresar a Chile, entre 1979 y 1986. Se trataba, fundamentalmente, de hombres y mujeres menores de treinta años que pertenecían al último grupo formado antes del golpe. Sus hábitos y memorias se habían generado entre 1968 y 1973. Volver al

territorio y recuperarlo como ámbito de existencia material y política suponía un nivel de determinación que sólo se construye de cuando en cuando entre las generaciones jóvenes. Con escasos recursos para establecer redes, casas de seguridad y enlaces, iban directamente a la zona dominada por los militares. Amarrados a su voluntad corrían el riesgo de radicarse en ciudades y pueblos controlados por soplones y agentes de la CNI.

Las condiciones para recibirlos eran difíciles. Después del golpe, el MIR venía modificando su composición social. De ser una organización con fuerte presencia de sectores medios, juventud universitaria, pobladores, campesinos, mapuches y obreros textiles, carboníferos y metalúrgicos, se fue metamorfoseando con el ingreso de trabajadores pobres y sectores medios mermados por la cesantía provocada por las políticas económicas de la dictadura. Eran militantes que no tenían la vivencia política de los años sesenta; no habían compartido las grandes jornadas sociales que definieron las agendas históricas del período anterior al golpe de Estado. Traían menos teoría, pero más dolor; menos tesis, pero más experiencia en el Chile ocupado. Esa diferencia de universos sensitivos y biográficos era significativa. Se trataba de dos generaciones que debían buscar su simbiosis, sus justas mezclas, sus juegos de lenguajes compartidos. En esta búsqueda se recapitulaba la historia de todas las batallas y exilios del siglo XX, esas historias que de niño me había contado mi tío Valentín en su restorán del pueblito de Nos.

Las vías de ingreso a Chile eran diversas. Se entraba por aeropuertos o por tierra, luego de cruzar a pie las fronteras con Argentina o Perú. Con documentos europeos, latinoamericanos o chilenos, te lanzabas al juego y probabas cuántas veces podías usar una misma ruta sin riesgos. Una vez dentro, debías establecer tu red y tu retaguardia personal; tus ámbitos de protección conspirativa.

En medio de este proceso de reinstalación tuvimos que enfrentar la muerte de otro de los fundadores. Ricardo Ruz, *Alexis*, fue asesinado en un control callejero el 27 de noviembre de 1979. Era un hombre sobrio, profundo, con irrupciones de humorística ironía. En nuestro proceso histórico emergía como una figura inmensamente sensible a lo social y a las emociones de los otros. El 20 de abril de 1978 había sido liberado tras una amnistía parcial decretada por el gobierno de Pinochet. Fue el primero en salir por la puerta de la Penitenciaría. Así lo habían decidido sus compañeros.

Esa noche, Ricardo habló en la sede de la Vicaría de la Solidaridad.

Gonzalo abre el libro de Alexis, poeta riguroso que con dulzura acumulaba imágenes íntimas.

Quiero decirles, compañeros, que nuestro regreso a la libertad es un regreso a la lucha. La máxima aspiración de un hombre libre que continúa su senda por sus ideales, es continuar luchando por lo que su

conciencia le indique. Nosotros no hemos transado esta lucha, no tenemos que agradecer nuestra liberación, nada le agradecemos a quien tiene a nuestros compañeros en las cárceles. Nuestra liberación es producto de la lucha de nuestro pueblo, producto de la descomposición del régimen, producto de la solidaridad de muchos de los que están aquí.

A principios de 1980 la Fuerza Central del MIR de carácter urbano había iniciado un sistemático hostigamiento a objetivos represivos. En el contexto del Plan de Retorno, las unidades desplegaban una gran cantidad de hombres y recursos. El 15 de julio murió acribillado el teniente coronel Roger Vergara, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército; días después la acción fue reconocida por el MIR. El gobierno evaluó seriamente la tesis de la desarticulación y destrucción del partido. Se tomaron medidas drásticas. El general Odlanier Mena, director de la CNI, fue reemplazado por el general Humberto Gordon. En respuesta al atentado contra el coronel Vergara, entró en acción el Comando Vengadores de Mártires (Covema), organización integrada por funcionarios de la Policía de Investigaciones y la CNI. El 23 de julio, sus integrantes secuestraron al estudiante de periodismo y militante del MIR, Eduardo Jara, y a su compañera de estudios, Cecilia Alzamora. En total, catorce personas fueron llevadas a distintos centros de detención; luego de torturarlas durante varios días las dejaron en libertad. Eduardo Jara no logró reponerse de los golpes brutales y murió el 2 de agosto, el mismo día en que fue liberado.

Pinochet intentaba legitimarse. Un equipo de sus colaboradores redactó una nueva Constitución Política, que fue sometida a plebiscito el 11 de septiembre de 1980. Aquel texto redefinió el concepto de Estado y de país. Fue redactado con la lógica del amigo-enemigo y con él se pretendía que el pinochetismo perdurara en el tiempo. Al igual que en la consulta de 1978, no existían registros electorales. Otra vez el fraude fue evidente. Según el gobierno, el 67 por ciento de los votantes había aprobado el texto. Pinochet iniciaba un período de ocho años de presidencia. En marzo del año siguiente los líderes del Partido Comunista, Volodia Teitelboim y Luis Corvalán, declararían su apoyo a la lucha armada contra el régimen, como respuesta al fraude electoral y a la próxima entrada en vigencia de la Constitución. Este giro tan necesario y esperado aceleraría los planes de todos los actores políticos en Chile. Para algunos era una grave amenaza a la forma y contenido de la transición; para una parte del pueblo era una decisión justa y noble. Para nosotros representaba un gran apoyo, pero llegaba tarde.

Uno de los esfuerzos que requeriría mayor imaginación, decisión y recursos, sería la instalación de dos zonas guerrilleras, una en Neltume y otra en Nahuelbuta, en el sur del país. El sentido de la construcción de una guerrilla rural no se agotaba en su existencia. Se trataba de contar con una zona que permitiera la construcción de una fuerza que vitalizara y fortaleciera las luchas sociales y políticas. También apuntaba al viejo anhelo de disponer de una

fuerza militar propia. Sin embargo, no era una copia del modelo cubano ni del sandinista.

Esta fuerza de alcance social y político debía desplazarse en el campo y la ciudad para producir o acelerar una crisis y abrir paso a una situación de ofensiva, que culminara en un gobierno de amplio espectro o en una situación revolucionaria. Durante muchos años este propósito estaría en estado latente.

Ubicado en la cordillera, al interior de Valdivia, Neltume era un territorio que tenía una carga histórica. El MIR había tenido una fuerte presencia entre 1969 y 1973, con el Movimiento Campesino Revolucionario, y un grupo liderado por El Comandante Pepe.

Gonzalo recuerda que en el libro *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno*, existe un relato de esa experiencia.

A fines de los sesenta comenzaron a compartir la vida y suerte de los obreros y de los mapuches un puñado de jóvenes idealistas. Eran los revolucionarios del MIR que venían de las ciudades con una mecha encendida que perturbó para siempre la impunidad del atropello sistemático y la abúlica actitud de una clase política complaciente con la oligarquía reinante. Entre esos jóvenes rebeldes venía uno que se hizo querido y legendario entre los pobres de los montes: José Gregorio Liendo, el “Comandante Pepe” [...] simplemente la gente empezó a llamarlo así por aquellos montes [...].

El 11 de septiembre de 1973 algunas decenas de trabajadores y militantes de izquierda se enfrentaron con los carabineros del retén de Neltume, después de que los policías se negaron a defender el gobierno constitucional. El grupo sería cercado horas después por refuerzos militares. Más de 50 habitantes de los pueblos de los alrededores murieron tras el golpe.

La Cordillera de Nahuelbuta también era un territorio simbólico. En 1967 había funcionado en esa zona una escuela de guerrilla. El Pollo, El Chico Pérez y El Bauchi se habían formado allí.

El primer grupo destinado a Neltume llegó a Chile en el verano de 1980. Era una patrulla de exploración que pronto debió retroceder a Argentina tras algunos problemas de instalación.

Gonzalo piensa en ese instante y revisa uno de los testimonios.

[...] Nos miramos los tres sin decir nada, nos arreglamos un poco la vestimenta y los equipos para llegar bien presentados, y con un paso firme y decidido pusimos nuestro pie derecho y dimos el tranco que nos puso de vuelta en la tierra chilena. Allí mismo nos abrazamos con tremenda emoción y ansiedad por lo que significaba la tarea asumida que en ese preciso momento adquiriría una dimensión tremendamente

grande, pesada e histórica[...].

Pero la historia conoce poco de planes y mucho más de incertidumbres e improbabilidad. La realidad no es un tablero de ajedrez donde los contendores se mueven de acuerdo con ciertas reglas y las estrategias puestas en práctica están contenidas, de alguna forma, en los modelos teóricos. El grupo destinado a Neltume logró ingresar y localizarse en la zona hasta que comenzó a ser desgastado por un grupo del Ejército.

El sábado 27 de junio de 1981, a las 11.30 de la mañana, aparecieron los militares en el campamento.

Nuevamente relea el texto de Neltume.

[...] La sorpresa y desconcierto que produjo la irrupción enemiga se tradujo en una huida instantánea sin orden ni control, olvidando por completo los planes de emergencia y ordenamiento que tenían definidos [...].

[...] A pesar de todo, cada uno de los trece hombres, desarmados, rodeados y bajo la lluvia de balas, rompió la línea de cerco y trató de llegar a los puntos de reagrupamiento de fuerzas que tenían establecidos. Trataron, pero no lo lograron. [...]. De manera que se formaron dos grupos casuales e impedidos de reagruparse.

Cuarenta y dos días después los miristas volvieron a reunirse, pero no lograron recomponer sus fuerzas.

Entre febrero y noviembre de 1981 murieron Luis Quincavil, José Campos, Raúl Obregón, Pedro Yáñez, Próspero Guzmán, José Monsalve, Patricio Calfuquir, René Bravo, Julio Riffo, Juan Ojeda y Miguel Cabrera.

En el caso de Nahuelbuta la situación fue distinta. El grupo comenzó a instalarse, pero el proceso se suspendió temporalmente hasta examinar los efectos de la caída de Neltume. Las condiciones geográficas del país impedían continuar con el plan original. La estrechez del territorio, sus valles centrales encajonados entre la cordillera y el mar, el sistema de carretera concentrado y la gran proliferación de pequeñas ciudades y pueblos hacían muy compleja la reubicación de un nuevo equipo guerrillero. En varias oportunidades hablamos de esta experiencia con Carlos Pizarro, dirigente del M19, y con Pablo Monsantos. La única observación de ambos, próxima a la crítica, se refería a la premura con que habíamos actuado.

El golpe de Neltume se extendió como una trizadura en la geografía del MIR. El debate y la discusión en la Dirección fue duro. Necesitábamos precisar las causas del fracaso y establecer los grados de responsabilidad. Esto, que parece de una lógica simple, resulta abrumador cuando una organización está involucrada en distintos niveles de lucha. No se puede dar toda la información;

siempre hay estructuras que no han sido tocadas o compañeros que no han sido descubiertos. Debíamos asumir la responsabilidad política del hecho, pero no podíamos entregar todos los datos al conjunto del mirismo y de la izquierda chilena.

Neltume sería el último de nuestros esfuerzos por salir de la fatalidad histórica.

El Pepone y yo estábamos en Ciudad de Panamá cuando ocurrió lo de Neltume. Ese día acordamos juntarnos a las siete de la tarde en el Mac Donald's de Avenida España, después de que cada uno atendiera sus compromisos. Mientras un compañero venezolano hablaba en la cocina del pequeño departamento, el timbre sonaba una y otra vez. El venezolano se paró disgustado, tomó el citófono y me anunció la presencia del Pepone.

—Es Anselmo, dice que necesita verte con urgencia.

El Pepo estaba serio. Nos retiramos a conversar al pasillo.

—Se jodió lo de Neltume, lo descubrieron ayer... aquí tengo los cables de la prensa internacional... creo que debemos partir a México lo antes posible.

Ese domingo nos reunimos con Nelson en Ciudad de México, en casa del Pepo. Sentí que el camino, ya difícil, se llenaría de trampas. No tenía ánimo para hacer un balance técnico o político; lo que me atemorizaba era el efecto que tendría sobre la unidad interna. Con el transcurrir de las semanas se me irían clavando nuevos dolores al saber cómo fueron asesinados, de uno en uno o en pequeños grupos. Los conocía a casi todos, a algunos desde antes del golpe, especialmente al Paine, el jefe de la operación.

Al Paine lo recuerdo defendiendo con fuerza la política del retorno en la larga reunión de La Habana de 1978. También lo puedo ver en una caminata circular que realizamos alrededor de la Plaza de la Bastilla, en París. Me hablaba de su vida y sus nostalgias y de lo que había sentido al enterarse del suicidio de un compañero exiliado en Holanda. De porte fornido, llano y alegre, tenía la figura de un trabajador revolucionario.

Me sentía responsable por no haber dado una discusión quizá más fuerte, de pronto más radical o hasta las últimas consecuencias, en la reunión de diciembre de 1978. Era una autoflagelación vana que se combinaba con otra visión. Sabía que todos quienes habían participado en Neltume, además de creer profundamente en el proyecto, lo consideraban como su principal aporte para esa etapa. Esa certeza me generaba respeto y admiración.

La vida que llevaba de país en país, de reunión en reunión, no me entristecía ni oprimía. Era un ambiente generacional, cultural, vivencial, no sólo político. En esa época la experiencia de todos los miristas se ensanchó. Conocimos el mundo, aprendimos de otras experiencias y bebimos otras historia. Esta vorágine no sólo nos sometía a pruebas sino que nos dotaba de vida y *vidita*. Con el tiempo, algunos fueron optando por otros caminos, como el arte, la ciencia o la familia. Sé, con angustia, que hubo otros que sucumbieron a la tristeza y al abandono.

No se trataba de que París, Roma, La Habana, Ciudad de México o Buenos Aires no me sedujeran o que no pudiera incorporarme a sus culturas. Ocurría que Chile, astutamente, siempre estaba presente. Emergía desde el fondo de una conversación o tras la explosión de algún un recuerdo. Viví en París cerca de la Torre Eiffel, de la plaza de la Bastilla, en la región de Marie de Evry; en La Habana me asenté en Santa María del Mar y en Alamar; en Ciudad de México transité por Coyoacán, Contreras y La Ajusco y me desplazé hasta Cuernavaca, al estado de Morelos. En Buenos Aires alquilé un departamento en la esquina de Gurruchaga y Avenida Santa Fe. Siempre estaba de paso, con un pie atrapado en el suelo de una ciudad y el otro estirado hacia Chile. Recuerdo que en medio del calor de Centroamérica, vestido con una chaqueta que me delataba como conosureño, me quedé un largo rato junto a unos turistas que hablaban el español de Chile. Eran gestos mínimos que me devolvían emotivamente al país donde continuaban cayendo compañeros.

Ha estado leyendo el texto en forma discontinua. En las pausas ha revisado algunas notas y sugerencias escritas en pequeños papeles amarillos. Mira el reloj con preocupación. En media hora más debe reunirse con Rodrigo, en el café Tortoni. La sidra que sirven en ese lugar le produce un agradable y ligero mareo.

A Rodrigo lo conoció en Ciudad de México, en ambientes de conversación y cenas largas. En esos encuentros dibujaban los árboles genealógicos de los revolucionarios latinoamericanos. Hablaban de los sujetos políticos, pero también de sus rasgos biográficos, humorísticos, amorosos y culturales. En esa época, Rodrigo vivía en Cuernavaca y preparaba una investigación histórica sobre los montoneros.

Ciudad de México, con su *smog*, sus aglomeraciones de carros, sus taquitos al pastor, su tequila y su eterno *órale*, era un lugar que permitía conocer a amigos como Rodrigo, Rubén y El Oso. Le gustaba el Buenos Aires nocturno, pero se quedaba con los fines de semana del DF. El sábado o domingo podía deambular por librerías, cines, teatros y museos y visitar a los amigos, sin la congestión de la semana.

París era encantador. Al recorrerlo, había comprobado que era cierto que se trataba de la capital cultural del siglo XIX. Roma, donde vivía Milton, lo seducía por su caos. La Habana era el Caribe revolucionario, la arquitectura española, las *guaguas* repletas de pasajeros, los helados del Coppelia, La bodeguita del medio, los hoteles Habana libre y el Nacional, el malecón, la plaza de la Revolución, el edificio del Comité Central con el legendario Departamento América y Manuel Piñeyro en alguna de sus oficinas, con una barba que ya no era tan roja. El zaguán de la casa de Humberto y el cafecito recién colado y muy dulce que preparaba su compañera. La Habana colonial, revolucionaria y deteriorada; los autos marca Lada y las guayaberas. Pero la capital cubana simbolizaba, fundamentalmente, el lugar donde había visto por

última vez a algunos de los compañeros que caerían en Neltume. A los hermanos de Felipe, al Cojo Cortés y a tantos otros.

Santiago representaba la ciudad anhelada, aunque cada vez que caminó por sus calles en esos primeros años de los ochenta, sabía que iba saltando dentro de un territorio frágil. Si cometía un error, moría. Por mucho tiempo no fue una buena ciudad para dormir; en realidad casi ninguna lo era. Durante la clandestinidad siempre se acostó armado y vestido con un buzo. Mantenía guardados sus papeles en un pequeño bolso, todo listo para huir rápidamente. Podía estar hospedado en casa de amigos, pero nunca podía conciliar el sueño. Sólo cuando regresaba a La Habana lograba dormir sin sobresaltos.

Ha llegado al Tortoni poco antes que Rodrigo. Los clientes hablan fuerte e intercambian gestos exagerados. Quiere preguntarle por su última investigación. Se trata de un texto sobre los montoneros y la democracia argentina. ¿Qué pasó con ellos en ese período? Pero la conversación deriva a México, a Nieve y a la visión que cada uno tiene de la situación cubana.

Regresa tarde al departamento. La amenaza del insomnio aumenta sus ganas de retomar la lectura.

La Tati

En los años ochenta Centroamérica era el territorio donde se situaban los conflictos más exacerbados y donde los deseos de la historia emergían sin permiso. Nicaragua con los sandinistas a la ofensiva, El Salvador con un movimiento insurgente que crecía con rapidez, Guatemala con una guerrilla que se recuperaba de duras derrotas. Sólo Costa Rica parecía una burbuja en medio de una tormenta. El tránsito entre un país y otro no era expedito. Mientras esperaba, podía observar lo que ocurría en pueblos y ciudades. Sentía que todo cambiaba velozmente: la historia latinoamericana, sus organizaciones revolucionarias, nuestra manera de entender los procesos sociales, mi relación con la cultura histórica, mi vida. Los nuevos acontecimientos poco tenían que ver con los textos que alguna vez había leído; a medida que conocía a más centroamericanos y me enteraba de sus muertes, la existencia adquiría un carácter efímero pero no desechable.

Aunque viví en La Habana todavía tenía en la retina las imágenes de Europa. Por eso, al llegar a América Latina, vi todo más pequeño, destartalado, precario. Sin embargo, me sentí atrapado por la intensidad de los actos de sus habitantes. Me sedujeron los distintos tonos de la negrura y la blancura, los rostros curtidos por historias de vida urbana o de existencia rural bajo el sol, el hacinamiento en el transporte colectivo, los periódicos que manchaban las manos, la música que hacía más llevadera la existencia. En todas partes veía niños limosneros, vendedores ambulantes de las más insólitas mercancías y hábiles prestidigitadores en las artes del transformismo.

Desde fines de 1978 comencé a vivir una etapa de vagabundeo, de pequeños hoteles húmedos con desayuno incluido. Recorría América Latina como un turista clandestino que buscaba acuerdos de colaboración: Guatemala y Pablo Monsantos, Colombia y Jaime Bateman, Venezuela con todos los grupos que pretendían ayudarnos. Ecuador, Panamá, Perú, Argentina, Nicaragua y El Salvador.

—El compañero chileno de la Dirección del MIR nos entregará un informe sobre su país; posteriormente examinaremos algunas peticiones prácticas de apoyo.

Las mismas frases de presentación, con distintos tonos, con comidas típicas e historias nacionales que me aproximaban a sus vivencias. Siempre nos ayudaban, sin exigencias, sólo por la doble condición de ser latinoamericanos y revolucionarios.

Pero sus batallas eran más duras y largas que las nuestras. Lo confirmó El Flaco Lorenzo, en una caminata por Ciudad de Guatemala, mientras me narraba la historia del Cristo de Esquipulas.

—Lorenzo ¿qué pasa aquí con los presos políticos? —pregunté.

—Mirá vos, aquí casi no hay. A los presos los matan. Estos quebrados, estos hijos de puta, saben mucho de cómo aplastar la revuelta.

Lorenzo desaparecería un mes después de esa conversación.

No tenías que compartir todos los sueños de Bolívar, Sucre o Martí para advertir que algo muy fuerte nos unía, no desde la afirmación alambicada, sino desde esa larga y casi metafísica condición de ser latinoamericanos. Se trata de un texto no escrito, de una intención latente, de una voluntad por definir el tejido de nuestra identidad que quizás esté más en lo que aspiramos que en lo que tenemos; más en lo que fuimos que en lo que somos. De ahí que, a pesar de nuestras anemias estructurales, seamos un territorio por hacer. América Latina como pretensión.

Sin buscarlo, un campesino venezolano me demostró lo efímero del nacionalismo fronterizo. Descansábamos en su casa a la espera de una comida.

—Así que de Chile...está dura la cosa por allá.

—Bueno, sí, pero ustedes también han tenido momentos duros.

—Si hay que hacer algo nos vamos caminando para ayudarlos.

Los años ochenta eran de esperanza. La Revolución sandinista, repleta de muchachos que intentaban reconstruir su país, nos dotaba de una moral fuerte. Parecía que la historia se cargaba hacia la izquierda o que Dios ya no militaba en la derecha. Con quien te toparas, fuera peruano, argentino o guatemalteco, te recibía con frases sentidas profundamente. Ahora sí va *la cosa*, decían. Nunca preguntábamos qué era *la cosa*. Parecía un sortilegio, un misterio, pero tendíamos a pensar que hablábamos de lo mismo. Y fue esa *cosa* la que llevó a decenas de miristas a ingresar clandestinamente a Costa Rica para luego cruzar a Nicaragua, junto a un grupo de militantes de las juventudes comunistas y socialistas. En las columnas guerrilleras del Frente Sandinista, especialmente en el Frente Sur comandado por Edén Pastora, se escuchaban expresiones como *tai más hueón*, *cresta* o *la cagaste*. Estos giros, mezclados con el *hijole* de los mexicanos y el *todo beim* de los brasileños, formaron una especie de dialecto revolucionario. Los miristas participarían en distintas tareas de apoyo del Frente. Tres de ellos morirían en combate.

Existen procesos de la historia de un país que logran seducir y convocar a jóvenes de otras naciones. Ya había ocurrido en la guerra civil española. En la

batalla del Ebro, en el sitio del Alcázar de Toledo o en la defensa de Madrid. Todos los que concurrían a Nicaragua proyectaban su participación en el regreso a sus respectivos países. Se está allá, para estar aquí; se aprende allá, para poner en juego ese saber en Chile, Perú o Argentina. Se está de paso, aunque en ese tránsito se pueda ir la vida. Pero tiene más sentido morir ahí que atravesando una calle en París o muerto de tristeza en Amsterdam, como ocurrió más de una vez.

Una tarde en que la ofensiva del Frente Sur todavía estaba en su fase primaria me reuní junto a Mariela, miembro de la Dirección exterior, con un histórico comandante sandinista. Después de algunas horas de conversación, Tomás me pidió que nos quedáramos solos. No me extrañó su petición; intuía que había un par de asuntos que debíamos hablar en privado. Por más de quince minutos divagó sobre la poesía de Rubén Darío. Luego fue directamente al tema de fondo.

—Quiero la mano de Mariela. Quiero que la Dirección del MIR me autorice para iniciar una relación con ella. La amo y la necesito.

Demoré en entender que estaba hablando en serio. Le expliqué que en el MIR cada cual hacía de su cuerpo y alma lo que quisiera y que era mejor que lo hablara con Mariela. A La Chica le comenté que un hombre muy importante estaba pidiendo su mano; bromeando, le dije que se trataba de un buen partido. Nos reímos un buen rato. Nunca supe si esta demanda apasionada se consumó en algún tipo de relación, pero era bastante curioso que en medio de una revolución y muy adentrado el siglo XX, alguien pidiera oficialmente a una compañera. Los revolucionarios suelen ser mezclas diversas de romanticismos y recreados pensamientos críticos.

Si algo es definitivamente antagónico a la tragedia en las revoluciones centroamericanas es su sentido del humor. El humor era imprescindible para imaginar la libertad como algo real. Sin la capacidad de reír, los años sesenta, setenta y ochenta habrían sido oscuros, de lo que se denomina negro-negrísimo. Nicaragua había protagonizado la segunda insurgencia del habla latinoamericana. La risa era la vitamina para habitar un lugar donde la historia había sido muy dura, muy arrecha; donde lo negro y lo indígena desordenaban la racionalidad y las corduras y los pies de las buenas y malas personas se confundían en bailes semejantes; donde la razón en su envoltorio europeo y cartesiano o el marxismo ortodoxo se fragmentaban al chocar con los mercados, las marchas, las fiestas religiosas y los tiempos históricos que se cruzaban en imágenes superpuestas: el burdel y la santería; los dioses africanos y los cantos de izquierda.

El romano imperialista,
puñetero y desalmado
que lavándose las manos
quiso borrar el error...

En este fragmento del *Credo nicaragüense* de Carlos Mejía Godoy se advierten las dos fuentes de la Revolución sandinista. La izquierdista, heredada del Sandinismo de 1920, y la cristiana que provenía de la Teología de la Liberación. Para la mirada convencional era una mezcla exuberante, pero lo significativo es que esa mezcla era real y más efectiva que las teorías políticas de los textos en uso.

Hay momentos en que he sentido la fuerza de lo latinoamericano. Lo viví en el café Danton, justo a la salida de la escalera mecánica de la estación Odeon del metro de París, con los peruanos, brasileños, argentinos y dominicanos; con el hablar pausado de los uruguayos y con todas las letras de los mexicanos. Pero lo sentí más fuerte en Managua. Ahí estaban todos y la ciudad era un lugar donde la música, la sensualidad y la revolución recuperaban sus olvidados parentescos. En la cafetería del hotel Continental vi a Julio Cortázar hablar con una muchacha que vestía el uniforme verde oliva y llevaba una Browning al cinto.

Puede sentir el fuerte olor a trópico y recordar esa sensación de que el clima es caprichoso, enloquecido y más femenino de lo que su nombre masculino lo indica. Esa imagen era la fotografía de fondo que situaba el caminar de Angélica.

—Todo salió bien, parece que entregamos nuestro esfuerquito a que los *nica* aguanten un poco más aquí. Por esta vez los gringos no pueden invadir. Se les fue al carajo el proyecto —le dijo Angélica a Gonzalo.

Al principio él no entendió bien el alcance de esa frase. Ella hacía una referencia eufemística a una acción realizada por varios grupos revolucionarios de Centro y Sud América. Con esta acción conjunta habían logrado detener un plan de invasión coordinado por la CIA y los organismos de inteligencia militar de Argentina.

Como siempre, ella lo miró con ironía.

—No me quedés mirando con esa cara de boludo. Por aquí cerca hay un restorán italiano al que le eché el ojo. Esta vez pagas tú.

Se había escrito un pequeño trozo de la historia latinoamericana de manera anónima que les generaba una estética sensación de alegría.

Supe de ella antes de conocerla. Paloma era una extraña mezcla de catalana y castellana nacida en el más puro México. Nieve, su madre, era fuerte, encantadora, lo que en la pradera azteca llaman una doña. Su padre, Fernando, era un neurocirujano afable, cálido, de un humor imperceptible y una tristeza inconfesable. Paloma llevaba en el corazón las luchas del movimiento estudiantil mexicano de los años sesenta, el dolor por la matanza de cientos de muchachos en la plaza de las Tres Culturas perpetrada la noche del 2 de octubre de 1968, y la ausencia de un amor platónico, desaparecido en el Campo Militar N° 1. El México del Partido Revolucionario Institucional (PRI), con ciudadanos desaparecidos y con una política de izquierda hacia el exterior.

Puede ser que yo haya llegado a tiempo.

En agosto de 1979 arribé desde San Salvador a Ciudad de México con muchos cansancios en el alma y una carta del Chico Díaz que llevaba demasiado tiempo en mi maleta. La carta era para su amiga Nieve. La llamé para entregársela; ella me invitó a cenar junto con José López, matemático, esgrimista y maya con quien llegaríamos a ser grandes amigos. Yo me alojaba en la casa de Lesly, en la calle Mier y Pesado, una casa colonial adornada con máscaras africanas y piezas indígenas cargadas de magia. Quizás fue la magia la que me indujo a hacer la llamada telefónica o tal vez fue la ley general de las probabilidades.

En la casa de Nieve hablé y hablé de Chile. Ella, con mucha dulzura, intercalaba historias de su México y su España. Quedé de volver, pero debía encaminarme hacia el Sur. Sin saberlo, en Venezuela, Colombia y Perú, iba pisándole los talones a Paloma, sospechando su perfume en las casas que visitaba. Al regresar telefoneé nuevamente a Nieve. Esta vez atendió Paloma y me invitó a cenar. Fui con pocas ganas y sólo logré animarme cuando reconocí a un grupo emotivo muy próximo a mis coordenadas existenciales. Como exige el ritual., terminamos en la plaza Garibaldi con un chileno amigo, El Chico Pepe y La Manzana, una hermosa y audaz gringa que se convertiría en su compañera durante varios años.

La relación con Paloma comenzó con la inminencia del retorno a Chile, con la amenaza de la separación rápida. No nos quedaba mucho tiempo para contarnos nuestras historias. Tratábamos de vivir con intensidad la espesura de los segundos, pero como las vicisitudes no las decide nadie, nos quedamos juntos durante ocho años. Armábamos campamento en París, Bruselas, Roma, Barcelona y el Conosur.

—Híjole, no puede ser que todo cueste tanto. Este cuate sigue pegado al sur. Órale chavo, va siendo hora que te saques el saco cuando va haciendo calor. No puedes ser tan mamón —reclamaba Paloma. Nunca nada definitivo, todo frágil y listo para partir.

El 11 de septiembre de 1983 nacería la Tati en Ciudad de México. Esa vez tomé la precaución de advertirle a mi compañera que sería muy difícil regresar en la semana crítica del parto. Ella comprendió. Me dijo que lo entendía, que estábamos juntos en todo esto. Lo decía de verdad. Julia, su hermana, me contó detalle por detalle, El Chico Díaz me envió una nota de prensa y El Cojo Comas, gran amigo cubano, llenó de flores el cuarto.

Recuerda el Año Nuevo de 1979. Esa noche se fugó con Paloma a una pequeña casita de Cuernavaca. Poco antes de las doce decidieron ir a comer a un modesto restorán. Los mariachis no paraban de cantar y los cálidos mexicanos los abrazaban reiteradamente. Cansados de tantos palmoteos y un poco sordos por las rancheras, escaparon a un café. Ahí pudieron conversar de los planes para los años ochenta. Los seducía la posibilidad de que cayera la dictadura y de armar su vida en Chile. Cree que fue el único Año Nuevo de esa

época en que pudo reservar un momento íntimo que lo llevó a divagar por conversaciones emotivas y personales.

En Chile se vivía un período de protestas, de crecientes luchas sociales y de nuevas esperanzas. Ya no era el país temeroso de mediados de los años setenta. Era un territorio que se movía. Esto tensionaba aún más las estructuras organizativas del MIR. Los golpes represivos eran recurrentes y debilitaban nuestro accionar político. El drama radicaba en que ése era el momento en que más necesitábamos de una organización fuerte que cruzara las pasiones de la sociedad. Nuevos equipos de Dirección ingresaban a Chile para robustecer la conducción global del MIR y reclutar voluntades. Buscábamos transformarnos en una alternativa solvente y viable, y romper el cerco una y otra vez.

Pero el retorno tampoco era fácil en este período. En esos días, Jimena y Ricardo analizaron el tema largamente.

—Creo que debemos acelerar hoy más que antes el retorno de los compañeros que se encuentran en escuelas y de algunos otros que pueden volver a Chile legalmente. Las marchas del hambre y las protestas están generando mejores posibilidades de instalación, pero especialmente, y de esto me he dado cuenta por las últimas cartas de la Dirección interior, es esencial fortalecer los regionales del sur y algunas estructuras que dependan de la Dirección central.

Ricardo la escuchaba atentamente; ella siguió argumentando.

—Pero ¿sabes?, me preocupa hasta dónde podemos tensionar y forzar al partido en Chile a recibir grupos tan numerosos de retornados, especialmente clandestinos. No creo que nuestra evaluación desde acá o desde París o La Habana, pueda mover el diapasón fino para saber hasta dónde se estira la cuerda, aunque desde la guata todo me impulsa a que aceleremos este plan —dijo Jimena tocándose el estómago y girando la cabeza en un extraño gesto que dejó sus ojos mirando las estrellas.

—Tus dudas son mis angustias —le respondió francamente Ricardo—. El fin de semana pasado hablé con una pareja de compañeros que tuvimos que sacar de Chile porque habían sido detectados y no tenían dónde ocultarse. Si ellos que estaban en Chile no tenían dónde esconderse, ¿en qué lugares se van a refugiar quienes lleguen de afuera?

Jimena se molestó y no lo dejó terminar.

—No seas tramposo en tu argumentación. Se trata de estructuras distintas; los que van a ingresar tienen sus propios planes y los que tuvieron que salir se quedaron sin retaguardia.

—Esa lógica es la que me molesta de ti, la que me irrita, porque técnicamente tienes toda la razón, pero mira el asunto globalmente, Jimenita, y ahí no estoy seguro de que tengas ni siquiera la mitad de la razón. Pero ¿sabes?, para que te quedes tranquila y no me eches la bronca y a pesar de lo que pienso y siento, creo que hay que volver. Se perdió el miedo, la gente se moviliza y si no lo hacemos, derrocharemos todo lo que hemos sembrado en estos años. Pero

tengo miedo si nos va mal. Si nos siguen matando con eficacia, entonces también derrocharemos, aunque de otra forma, lo que hemos hecho.

En ese momento Ricardo recordó una conversación que había tenido con Ramón.

—Me dijo algo que me dejó girando: si en este esfuerzo, que la verdad es digno y hermoso, no nos va muy bien, entraremos en una crisis como otras organizaciones latinoamericanas. Nos distanciamos, pelearemos, nos increparemos y eso es tan grave como la muerte, porque deteriora la confianza y los afectos. Tipos que nunca lucharon aparecerán juzgando lo que hemos impulsado; incluso me atrevo a decir, pensando en el librito de Miguel Bonasso... ¿cómo se llama?...*Recuerdos de la muerte*, creo, que no va a faltar quien diga que los cubanos estaban infiltrados por la CIA, que nuestros planes eran conocidos o que nosotros mismos estábamos infiltrados por la CNI, y entonces empezará la locura y después se perderá la sensatez —reflexionó Ricardo. Luego le habló tiernamente.

—Cariño, mírame a los ojos, no estoy divagando. Incluso, y eso se sabe, son los propios aparatos de todos los regímenes de hijos de puta de este mundo los que fomentan las sospechas. Todas estas cosas me agobian. Lo del infiltrado, lo de la locura; esas acusaciones que son una mezcla entre personas que tienen mucha paciencia y bastante miedo. Ahora déjame romper tus esquemas. Vámonos juntos, hagamos un equipo. No sabes la ganas que tengo de volver a Lota. Te parecerá raro, pero el olor a carbón me produce nostalgia. Mi vieja me escribió una carta en donde por primera vez en todos estos años me pide que regrese. Ella, que siempre ha cuidado a su nene, tiene claro que este retorno tiene que ser clandestino.

Jimena lo miró con ternura y le dio uno de esos abrazos que se dan las personas cuando han compartido la lucha y los combates; cuando saben que se pueden distanciar, pero jamás dejar de sentir.

—Vámonos a tu Lota —le respondió ella—. Pero antes te vienes conmigo a mi pedacito de tierra, a mi pueblo, a ese lugar que algunos llaman ciudad, pero que yo, después de este tiempo, veo chiquitito, tierno, de bolsillo.

Otras fuerzas se unían para derrotar al régimen. En el verano de 1982 Tucapel Jiménez, presidente de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales, llamaba a la unidad nacional de los trabajadores. El 25 de febrero el dirigente salió temprano de su casa para encabezar una reunión en la que iba a firmar un borrador del acuerdo que suscribiría con la directiva de la Coordinadora Nacional Sindical. No alcanzó a llegar a la sede. Esa misma tarde un campesino encontró su taxi en un camino polvoriento, cerca de Lampa. Tucapel estaba degollado y con cinco impactos de bala calibre 22. Veinte años más tarde diez ex militares de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE), incluidos cuatro generales en retiro, serían condenados por la planificación, ejecución y encubrimiento del brutal asesinato. “Me sentí honrado de haber sido designado para cumplir con semejante misión, atendiendo al hecho de que se

trataba de un traidor”, declararía el mayor (R) Carlos Herrera Jiménez, uno de los condenados.

La sonrisa de los primeros meses de la década se fue haciendo rígida con los años hasta transformarse en una mueca. En Chile seguían muriendo compañeros y Pinochet, a pesar de la crisis económica de 1982 y de las Marchas del Hambre que se iniciaron el 10 de agosto de ese año con la exigencia de *Pan, trabajo, justicia y libertad*, lograba mantenerse en el poder.

Centroamérica vivía una tormenta en esos primeros años de los ochenta. La Revolución sandinista había dado paso a una guerra civil. En Guatemala las recurrentes masacres de cientos de campesinos indígenas no debilitaban la fuerza de la guerrilla. El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador desarrollaba una compleja rebelión en un pequeño territorio. Sus desplazamientos parecían violar las reglas del fatalismo geográfico que indicaban que ese tipo de lucha sólo podía desarrollarse en la selva o en grandes zonas despobladas. Eran guerrilleros que combatían con ganas de vivir y que morían valientemente. Sus arrojos caribeños los habían heredado de muchas historias; de las prehispánicas hasta las cargas de caballería con machete contra los gachupines españoles, en las guerras de la independencia. En 1989 tres miristas morirían en la toma de San Salvador que realizaría el FMNL.

Hacia 1983 sentí que las divergencias que habían enfriado mis relaciones con la Dirección se habían extinguido. En marzo, en momentos en que en Chile se realizaba la segunda Marcha contra el Hambre, nos encontramos en La Habana. Recuperamos el diálogo sin sospechas, incluso algunos reconocieron que nuestra posición del año 1978 no había sido completamente incorrecta. No estábamos de acuerdo en todo, pero comenzábamos a tener referencias comunes. También experimenté la fraternidad en las relaciones humanas, especialmente con quienes había compartido la clandestinidad y la cárcel.

Como miembro de la Comisión Política tenía una clara lealtad con los acuerdos de mayoría, pero mis reflexiones y dudas, publicadas con el nombre de Alejandro Roa en la revista *Punto Final Internacional*, me habían permitido configurar un pensamiento diverso, aunque no alternativo, a lo que se denominaba con creciente dificultad, la línea oficial del MIR. Desde la maratónica reunión del Comité Central de 1978, bautizada “Germán Cortés” en honor del Cura, tenía ciertas aprensiones que a veces manifestaba en los círculos más íntimos. Pensaba que era necesario enfatizar el esencial carácter político y social de nuestras propuestas y que el accionar armado debía supeditarse a esa lógica. Pero no era fácil realizarlo en el día a día.

Los tiempos de rigor habían fundido, por encima de las diferencias, una sólida amistad. En cada uno existía la preocupación de que las palabras no fueran mal interpretadas o que alguien llegara a suponer descompromiso o cobardía moral. Esta autocensura psicológica dificultaba el diálogo y nos generaba sufrimiento y cierta impotencia. De pronto, habíamos dejado de ser

sujetos apasionados para convertirnos en seres cautos. Esa no era nuestra cultura ni tampoco lo que nos había unido en una cofradía moral.

En algunas ocasiones sentíamos muy lejos el MIR de Miguel. Pocos se adelantaban a la idea de que estábamos perdiendo nuestra naturaleza o que empezábamos a cambiar de piel. La lógica del argumento debía velar siempre por tu disposición a poner el cuerpo en las ideas, a ser consecuente con los caídos y con todas las personas que creían en nosotros. Era un lazo ético que contenía elementos de reflexión política, pero que emergía como una fatalidad que no se ajustaba a las posibilidades que permitían las luchas sociales en Chile. En la relación entre lo necesario y lo posible, nos quedábamos, principalmente, en lo necesario; si te desplazabas hacia lo posible, aunque no quisieras, se abría el debate respecto a tu compromiso, voluntad y decisión. Fue una trampa colectiva que nadie ideó, que fue apareciendo como el musgo en las paredes hasta transformarse en una subcultura de época. Nadie recordaba cómo se había gestado esta trampa.

Sentíamos la responsabilidad de no cejar. Cada uno, en la Dirección o en cualquiera otra estructura de Chile o el exterior, enfrentaba enormes tensiones e imperativos. Resultaba difícil cuestionar rigurosamente los argumentos de los otros; más de alguna vez sentimos que todo era bastante complejo como para recargar el ambiente con reflexiones aparentemente lógicas. Ante las sensaciones que nos agobiaban, las vidas personales surgían como refugios, pero el agobio y la pesadumbre siempre debilitaban esa posibilidad.

A comienzos de 1983 había visto a Arturo en París, justo un día antes de que retornara a Chile con su equipo. No nos veíamos desde 1979, cuando llegó a Canadá a exponer la posición oficial de la Dirección, a una reunión de la zona América. Nos conocíamos desde 1969 y habíamos estado detenidos en la Academia de Guerra y en la Penitenciaría. Le tenía un cariño y un respeto enormes.

Arturo regresaba convencido de que era necesario repensar el nuevo país y construir una política que fuera adecuada a los tiempos que venían. Era el encargado militar del MIR, el hombre que más sabía de los condiciones y rigores necesarios para desarrollar una fuerza militar del pueblo. No se mentía ni adornaba la realidad; trataba los problemas de la estrategia militar con profundo conocimiento. El Coño tenía claro que para la dictadura él era uno de los dirigentes de mayor visión estratégica y que su transparencia ética afianzaba la unidad de la Dirección. Por su aspecto marcial, muchos cubanos lo llamaban El Almirante.

En 1974 Ceballos pensaba que se trataba del mirista más peligroso.

—Éste entiende lo que es la lucha con armas —comentaba en su oficina.

Arturo, hijo de catalanes republicanos, era un hombre simpático, de apariencia elegante y un hablar pausado sólo interrumpido por su enorme risa. Sus bromas descolocaban a quienes se instalaban en algún arquetipo aprendido en los textos. Esa noche de 1983 hablamos de nuestras antiguas distancias y hacia la madrugada estábamos reconciliados. Al día siguiente

acompañé a Leonel a dejarlo al aeropuerto Charles de Gaulle. Nos abrazamos por última vez en el estacionamiento subterráneo. Él subió con Lucía Vergara a hacer los trámites de embarque.

—Nos veremos —le dije al despedirme. Él me pidió que me cuidara.

En Chile concentró toda su energía en el fortalecimiento del MIR hasta que el 7 de septiembre de 1983 un destacamento de la CNI, apoyado por funcionarios de la Policía de Investigaciones, Carabineros y de los servicios de seguridad de las Fuerzas Armadas, llegó hasta su casa de Fuenteovejuna 1330. “Ellos eran tres, nosotros cerca de sesenta. Un oficial de carabineros dijo ‘aquí ningún huevón vivo, todos muertos’”, declararía al año siguiente Andrés Valenzuela, *El Papudo*, ex agente del SIFA y del Comando Conjunto.

El contingente cercó el lugar. Un grupo de ellos instaló una ametralladora antiaérea y comenzó a disparar. Lucía Vergara, *La Chica*, Sergio Peña Díaz y Arturo resistieron hasta que los agentes lanzaron proyectiles incendiarios. Sus cuerpos desnudos, casi irreconocibles, fueron exhibidos grotescamente por la televisión. El asesinato fue una respuesta a una acción armada de un grupo del MIR que una semana antes había atentado contra el Intendente de Santiago, general Carol Urzúa. Arturo y sus compañeros no habían intervenido en la acción, pero ya habían sido detectados por los agentes de la DINA.

Con el asesinato de Arturo, la Dirección del MIR había sufrido una enorme pérdida.

A las pocas semanas tuvimos una reunión del Comité Central en La Habana para elegir una nueva Comisión Política. Tuvimos que reajustar la Dirección Nacional y realizar cambios que nos permitieran recuperar la capacidad para orientar nuestras políticas. Dolorosamente, estas modificaciones dejaron a Nelson fuera del núcleo de la Dirección. Cometimos el error de la unanimidad que, por lo demás, no era tal.

Nelson venía sosteniendo una visión más ajustada a las posibilidades de ese momento. Su tesis se centraba en el carácter político y de masas del proceso. Era necesario, decía, tener una presencia activa en las protestas y en la reorganización popular que se estaba gestando; el accionar miliciano y militar debía estar al servicio de este nuevo escenario y no al revés. Según él, la evolución de la historia nacional se orientaba hacia una caída política de la dictadura y no hacia una fractura revolucionaria. Esta reflexión representaba todo un giro en el enfoque.

En Chile surgían nuevas articulaciones partidarias. El 22 de agosto se había creado la Alianza Democrática, que agrupaba a la Democracia Cristiana, al Partido Radical, una fracción del Partido Socialista, al Partido Socialdemócrata y otros colectivos de centro-izquierda. El Partido Comunista, el sector almeydista del Partido Socialista, el MIR y el Mapu se habían unido desde el 10 de septiembre bajo una sigla común. Ahora formaban el Movimiento Democrático Popular. Su propósito era lograr el fin de la dictadura

y la constitución de un gobierno provisional representativo de todas las corrientes políticas.

La trama de nuestras vidas nos alejaba de la familia. Sólo manteníamos contacto mediante conocidos que viajaban a Chile. Una mañana de octubre en que esperaba la llamada de Leonel, sonó el teléfono con el claro sonido de la larga distancia.

—Hola, tengo una muy mala noticia —dijo con pesadumbre.

Acostumbrado a noticias duras respondí con parsimonia.

—Bueno, cuéntame de una vez.

—Tu hermana se mató en Suecia. No sé los detalles, estoy averiguando. Volveré a llamarte en una hora.

Nelda era parte de mi suelo, de lo que me sustentaba en los momentos difíciles. Desde la infancia habíamos tenido una relación de complicidad absoluta. Brillante, atlética, valiente, decidió suicidarse cuando supo que las secuelas de la tortura le habían generado un mal que la postraría definitivamente. Como siempre, preparó todo con detalle, sin decir nada. Tampoco dijo nada cuando los militares y luego los agentes de la DINA le preguntaron por mí. Nos vimos una vez en París, una noche antes de mi viaje a Berlín. Cenamos, bailamos tangos y recordamos muy hacia atrás nuestras vidas. Creo que se estaba despidiendo y si no fue así, fue un lindo adiós. Después de su muerte perdí la huella de sus hijas. Sólo hace poco tiempo restablecimos los lazos, pero los vacíos serán irrecuperables.

En ese mismo período, al pasar por el aeropuerto de Ciudad de Panamá, llamé a mi madre.

—Papá se ha ido...se fue tranquilo...pensó en ti hasta el último momento. Seguramente ahora te está cuidando.

—Le mandé una carta hace muchos meses, para mí era importante que la leyera.

—No sólo la leyó, la reflexionó durante días y como nunca dejó de ser irónico, discutía tus afirmaciones a la hora de la cena. Bueno, se fue Nelda y tu padre, pero yo te esperaré.

—Chao, pero no será hasta pronto. Suerte y fuerza.

A pesar del férreo dominio de Pinochet, 1983 terminaba con poderosas señales. La Alianza Democrática convocó a un acto de repudio al régimen en el Parque O'Higgins. Alrededor de 500 mil personas llegaron ese 18 de noviembre hasta el mismo sitio donde cada año se realizaba la parada militar. No sólo asistieron simpatizantes o adherentes de la Alianza; militantes de todos los partidos políticos de izquierda sacaron sus banderas y lienzos y se sumaron a esta primera manifestación masiva. El 10 de diciembre la Conferencia Episcopal envió un mensaje categórico al gobierno al declarar la excomunión de los torturadores y cómplices de tortura: "Es absolutamente indispensable y urgente una reforma de fondo en los organismos de seguridad especialmente

de la CNI, para que actúen dentro de la moral y las leyes justas que deben regir a un país”.

La primera vez que vine clandestino a Chile no se lo advertí a Paloma. Regresé por el aeropuerto Pudahuel en el verano de 1984, con un pasaporte que me identificaba como Antonio Lasalle, antropólogo belga nacido en España. Pablo Monsantos me ayudó con dinero y documentación para lo que él mismo definió como una exploración. El tiempo que transcurrió entre la mirada inquisitiva del funcionario de Policía Internacional y el sonido metálico del timbre, no fue largo ni corto. Se trató de algo terrible. Salí del aeropuerto e hice mis contactos con las redes que había organizado desde afuera.

Me sentí abrazado por el aroma de Chile, por la manera lenta y desordenada del caminar de la gente, por esa costumbre de las parejas de besarse sin pudor en los espacios públicos, por la presencia de los vendedores de frutas que limpiaban constantemente su mercadería. Por las micros de colores y los cantores que hacían señas a los choferes para que los dejaran subir con sus guitarras. El segundo día paseé por el centro de Santiago. Me deprimí al ver las tiendas de ropa usada. *Ropa americana*, *Ropa europea*, anunciaban los letreros. Me espantó la pobreza de los títulos que exhibía la librería de la Universidad de Chile. Viajé por el día a Valparaíso. Con la imagen del puerto se intensificó mi amor por Chile. Pero el objeto de mi deseo era distante, como si lo quisiera por la historia y los recuerdos; como si lo amara por los compromisos. Salí sin dificultad, con menos miedo que al entrar. Pablo me esperó en Ciudad de México. Volvía del Chile del dolor, del Chile de las añoranzas.

—Yo no lo veo nada de fácil. Creo que los partidos de centro están aislándolos a ustedes y al PC —reflexionó Pablo con su sabiduría guatemalteca.

En otra ocasión viajé con Paloma. Aterrizamos en Tacna, cruzamos la frontera en taxi y nos vinimos recorriendo lentamente el territorio. Las distancias, los espacios, regalaban tranquilidad y una sensación injustificada de seguridad. Paramos en Antofagasta, Chañaral y Copiapó. Recuerdo que a la salida de Chañaral nos detuvimos a cenar en un pequeño restorán de la carretera. La gente tomaba chicha, bailaba tangos y boleros. Celebraban el 18 de septiembre, pero me asombraba que no bailaran cuecas. Un alcalde obeso y ebrio conversaba con un oficial de Carabineros que nos observaba fijamente. Al fin llegaron las cuecas. Paloma quedó absorta con el espectáculo hasta que la sacaron a bailar. Ella sonreía mientras intentaba unos torpes pasos que más parecían malambo que el baile nacional. Llegamos a tiempo a una reunión acordada con anticipación.

Paloma describiría esa escena en una carta que redactó en Ciudad de México, en octubre de 1984.

La fonda. Ambiente de fiesta, vino, afuera una maratón, soldados, pacos. Adentro un ambiente cercano, cálido, baile, una guagua, un huaso, los dos vestidos, ella joven, gordita y graciosa, con dos niños, un bebé rojo y gordo. Él más viejo, la gente los rodea, bate palmas. Un hombre con una guitarra y una mujer pequeña que canta lindo. Pero de pronto la conciencia de lo que ocurre: Señor alcalde, gritan desde la mesa en donde hay fiesta-baile, usted ahora. Baila él y luego una señora gorda, la alcaldesa. De pronto están allí, son normales y cercanos, gorditos, sencillos, no demasiado ricos. Hay también un marino. Gente de pueblo chico. Chocante ver que eso es su expresión local, molecular, que en ello se sustentan. Está también el jefe de los pacos, colorado y gordo. Entonces me surge una idea que comienza a golpetearme la cabeza: es como España.

Continuaban las movilizaciones. Unas 250 mil personas llegaron hasta el Parque O'Higgins a conmemorar el Primero de Mayo. La Protesta Nacional del 4 de septiembre fue una de las más trágicas. Nueve personas murieron, entre ellas, el sacerdote francés André Jarlan. Era uno de los dos párrocos de la población La Victoria; esa noche un teniente de Carabineros efectuó varios disparos al aire, dos de ellos atravesaron la pared de madera del segundo piso de la casa parroquial. Miles de personas marcharon desde la zona sur de Santiago hasta el centro para velar el cuerpo del sacerdote en la catedral. El régimen se endurecía. Un día después de la protesta, el gobierno publicó una lista de más de cinco mil chilenos que no podían regresar al país; en noviembre impuso el Estado de sitio y clausuró cinco revistas de oposición. Nuevamente los ciudadanos quedaban sometidos a la desinformación de los medios oficialistas.

Nos instalamos en Argentina en 1985. La Tati tenía dos años y Paloma estaba embarazada de Manuela. Tuve que dejarlas en una pequeña casa de campo, a treinta kilómetros de Buenos Aires. Tatiana jugaba con los topos que socavaban la casa; yo entraba y salía clandestino de Chile por lo menos dos veces al mes. Tenía claro que con esa rutina ponía a demasiada gente en riesgo y que me estaba exponiendo a una captura. Creía que debía instalarme en Chile y no salir durante un largo tiempo. Paloma quería viajar conmigo y yo sin ella. Este tema provocaría la primera gran discusión de nuestra vida común.

Ella se había forjado en una familia que sabía de durezas, de guerras civiles, de guerras mundiales, de exilios. Exigía que nos fuéramos a Chile, que no nos separáramos, pero mis miedos se acrecentaban cuando me imaginaba huyendo por los tejados con ella y las niñas o, peor aún, con ellas en manos de los agentes del general Humberto Gordon. Decidí que no las llevaría, que prefería soportar la distancia. Necesitaba sentirme responsable de mis actos, de mi cuerpo; no quería arrastrar nuevas culpas o dolores. Ya bastante tenía con los recuerdos de Paula. Cuando una relación recién iniciada termina con la

muerte violenta de uno de los dos, entonces no termina. Se extiende, renace, se retuerce, pero no se va. La imagen del otro se transforma en un factor de comparación con cualquier otra mujer que veas o te atraiga, con cualquier amiga o a veces con cualquiera.

El único retrato que lleva en su billetera es una borrosa imagen de Paula. Portarlo, le da la sensación de compañía, de amuleto. Siente que desde ese lugar ella observa sus actos.

Pudo calibrar el peso fetichista de esa fotografía cuando extravió la billetera en el jardín de su casa. Un perro se la había llevado. Su vecina lo reconoció por la cédula de identidad y lo llamó por teléfono para avisarle. Al recuperarla, lo primero que revisó fue la foto de Paula. No le importaba nada más.

Durante el período en que vivimos en Argentina muchos amigos nos ayudaron. Incluso algunos se comprometieron a cuidar a Tatiana y regresarla a México con sus abuelos si pasaba algo grave. No fue necesario, pero con sus gestos demostraron una incondicionalidad que nunca olvidé. Con los años, uno de ellos tomaría un insólito camino al vincularse con los exiliados cubanos de Miami. Su decisión violentó mi ética. He leído tres veces su libro y no termino de entender cómo pudo escribir las frases que lo alejaban de su pasado y de los recuerdos de su padre.

Las vidas de nuestra generación están saturadas de giros inopinados. Para algunos puede ser fácil juzgar, para otros no tiene sentido hacerlo.

Seguía entrando y saliendo de Chile. En cada viaje intentaba armar un equipo de trabajo que me facilitara las condiciones para desplazarme por el país. En esa época recibí el respaldo de mucha gente. De Pierre y Andrea, dos grandes y confiables amigos europeos que habían llegado antes que yo; de María, Julia y Feña, mexicanos que pertenecían al MIR exterior, y de viejos compañeros de la adolescencia, como José Amigo Latorre. Pepe, a quien llamábamos *El Malo* por su excesiva generosidad, moriría en 1986 junto a Luis Alberto Barra en un enfrentamiento con carabineros de Peñaflor.

Daniel Ferreira, *El Tupa*, se convirtió en otro gran apoyo. Profundamente charrúa, de éstos que andan con el termo de mate de la mañana a la noche, era el compañero de Alejandra y el gran protector de mi hijo. Nos conocimos en Bruselas en 1980. Una noche caminamos hasta la madrugada hablando de Uruguay y de Raúl Sendic, el fundador del MNL Tupamaro que permanecía en Montevideo como rehén de los militares. Daniel quería volver al sur del mundo y en esa caminata me convenció de que viajáramos juntos. Estuvo en Nicaragua y en 1985 ingresó clandestino a Chile.

Con El Tupa vivíamos en un pequeño departamento en el centro de Santiago. Cuidábamos rigurosamente nuestras rutinas aunque a veces su calculada audacia para develar sus convicciones políticas me provocaba

pequeños ataques de preocupación. Con una capacidad de persuasión y encantamiento inagotables, conseguía colaboradores para el MIR. En 1987 se resistió a su captura en la calle Lira. Fue herido en las proximidades de la Universidad Católica y rematado cuando era conducido a la Posta Central. Todas las personas que lo conocieron, de las más distintas extracciones sociales, continuaron ayudándonos de manera segura y confiable.

Que muriera en otro país no significaba que hubiese dejado la vida en una lucha ajena. Ésta también era su saga libertaria. En esos años muchos internacionalistas morirían fuera de sus países.

El Tupa y Gonzalo no pudieron tolerar la acción homicida de un grupo de militares. El 2 de julio de 1986, la estudiante Carmen Gloria Quintana y el fotógrafo Rodrigo Rojas Denegri fueron quemados por los miembros de una patrulla militar comandada por el teniente Pedro Fernández Dittus. Rodrigo murió, Carmen Gloria sobrevivió.

Los rostros quemados de los muchachos están inscritos en su memoria visual. Eran como caras sacadas del tiempo y situadas en un espacio metafísico que se imponía a cualquier contorno o imagen. No era la mueca del dolor físico, sino del dolor del alma frente a un tipo de odio que descolocaba los límites.

Gonzalo recuerda que esperó que El Tupa pusiera el vehículo recién capturado bajo la sombra de un árbol para ocultar la silueta y ponerse en disposición de fuga. La zona era apta y aunque siempre estaban preparados para repeler ataques, éste no era obvio. La noche anterior conversaron largamente sobre el asunto. Daniel estaba muy enfadado.

Puede revivir nítidamente el diálogo que sostuvieron.

—¿Sabés?, no los entiendo. Tienen al mundo a su favor, tienen a la mayoría de Chile con ustedes y dejan una y otra vez que los maten, los quemen, los dinamiten. ¿De dónde sacan esa paciencia extraña? No son un pueblo de cobardes, pero hasta he dudado de eso. Si me vine de Bélgica fue para pelear, para combatir, no para leer sesudos documentos que se intercambian entre ustedes, ni para participar de peleitas caudillescas que nos pueden llevar a la mierda. No quiero seguir encerrado en este apartamento esperando que el pueblo se revele o que Pinochet muera de algún resfrío. Tampoco estoy desbocado. Sé las estupideces que hemos hecho en América Latina, pero llevan más de trece años con los milicos parados sobre sus cabezas y lo de la piba quemada ya es demasiado.

—Si te digo que tienes razón, me vas a mandar al carajo. Al Benito no lo veré hasta la próxima semana y Alejandro está fuera de Chile, así es que te sugiero que lo hagamos tú y yo.

La mirada uruguaya del Tupa, fogueada en el Montevideo de los setenta, le dio tranquilidad. Al verlo al volante entendió que las posibilidades de salir airoso de esta acción fundada en esos rostros quemados, eran altas.

El Tupa empuñaba un fusil FAL demasiado largo e incómodo como para tenerlo dentro del vehículo, incluso como para trasladarlo en un absurdo bolso

deportivo. Esa noche Gonzalo buscó un perfil que no delatara su imagen; pensó que estaban a una distancia cercana a los ochenta metros y calculó un disparo parabólico de su lanza granada. El ruido fue seco. La respuesta de los guardias demoró algunos segundos; luego las ráfagas, los gritos y las órdenes de mando se mezclaban con la voz de Daniel que le decía, más como orden que como sugerencia, 'alcanza a tirarle otra'. Gonzalo no creía que alcanzaba. Pensaba que su amigo se había entusiasmado y que la furia que le había producido el asesinato de Rodrigo y las quemaduras de Carmen Gloria, le había debilitado su conocida sensatez.

Pero tampoco tenía ganas de explicarle a Daniel que no había tiempo; que seguramente se estaría cerrando un dispositivo de cerco y que los capturarían a algunas cuadras de ahí. Es cierto que los atraparían muertos porque ninguno de los dos estaba dispuesto a entregarse. Sabía que María en ese momento, a través de buzones y llamadas telefónicas, estaba enviando a diversos medios un comunicado de la Dirección Nacional del MIR que reconocía la autoría de la acción.

Gonzalo repitió el lanzamiento, pero esta vez sólo se escuchaban los disparos de la guardia militar que, sin blanco a la vista, lanzaba balas en todas las direcciones equivocadas. De pronto Daniel respondió al fuego dejando en evidencia la posición en la que se encontraban, lo que produjo una concentración de disparos en el vértice en el que estaban ubicados Gonzalo dio un salto e ingresó por la ventana del vehículo. Se marcharon con demasiada lentitud considerando la situación en que se encontraban. El Tupa le apretó fuertemente la mano.

—Loco, lo hicimos —dijo Daniel.

Salieron de la zona sin ninguna dificultad y después de más de veinte minutos de trayecto llegaron a una oscura calle colindante con la zona de Marín y Vicuña Mackenna. Allí acomodaron todo dentro de un bolso. Al bajarse, Gonzalo habló con el taxita que había permanecido en el asiento trasero durante toda la operación.

—Tome este dinero. Es bastante más de lo que indica el taxímetro y bastante menos de lo que quisiera darle.

Vio una sonrisa en el rostro enjuto y sin afeitar del taxista. No era una sonrisa de alegría, sino de complicidad. El hombre se subió a su vehículo.

—Cúidense y dígame a su amigo que se le nota que es argentino —comentó antes de partir.

Gonzalo recuerda que dejaron todo en un departamento ubicado en el centro de Santiago y se fueron a comer a la casa de una amiga de Daniel.

Mantén casas de seguridad en Valparaíso, Santiago, Valdivia, Chillán y La Serena. En los períodos en que necesitaba tranquilidad para elaborar documentos, viajaba a Valparaíso y me alojaba en una casa que me había heredado Alejandro. Cuando quería conectarme con personas que me entregaran una visión aguda de lo que estaba pasando, me trasladaba a

Chillán. De a poco consolidaba un pequeño tendido nacional, un refugio, un punto de observación de la realidad. Recuerdo una de esas noches en Chillán. Al terminar, decidí quedarme hasta el otro día en la casa donde nos habían acogido, un lugar tierno, humilde, extremadamente limpio y saturado de adornos de porcelana. Mientras amasaba sopaipillas, la dueña de casa, una señora adulta y robusta, comentaba que estaba de acuerdo con nuestra idea de luchar *con todo* contra Pinochet, pero no entendía por qué hablábamos de una guerra prolongada.

—Lo de la guerra ya es bastante malo y duro, pero que sea prolongada es como mucho —planteó.

Trataba de transformar mi apariencia para ingresar a los restaurantes y cafés donde acudían los pinochetistas. Era arriesgado, pero me provocaba curiosidad reconocer sus gestos y escuchar sus conversaciones: Hasta cuándo van a aguantar a estos comunistas y terroristas...Pinochet debe pararlos de una vez...todo esto es pagado desde el extranjero...los curas también están metidos, escuchaba decir desde las otras mesas. En sus voces se notaba un tono distinto. Ya no parecían tan seguros como antes.

Siempre los dos Chile.

En las calles podía ver cómo las cosas cambiaban, cómo las caras de los ciudadanos abandonaban los gestos de desesperanza. En sus miradas buscaba la complicidad, el rechazo mudo ante la presencia de una patrulla militar o frente a la imagen del dictador proyectada por la televisión.

La marea opositora subía. Más de la mitad de esa marea estaba compuesta por jóvenes. Te emocionabas al verlos; sabías que el crimen no había sido perfecto y constatabas que habían quedado suficientes sobrevivientes para producir delgados pero eficientes tendidos históricos. Entre todos tejían una identidad social común y fermentaban una conciencia política democrática que se expresaba en los muros de la ciudad: *Asamblea Constituyente. Renuncia de Pinochet. Fuera los rectores delegados. Gobiernos comunales democráticos. No a la censura. Libertad de prensa. Libertad a los presos políticos. Investigación de los crímenes.* No eran consignas vanas; eran convicciones asentadas que se voceaban en pequeñas manifestaciones callejeras, en los patios de las universidades, en el pasillo del Palacio de los Tribunales, en pasajes y avenidas de las poblaciones periféricas. A pesar de este nuevo impulso ciudadano, las políticas del MIR, que apelaban a una acción más directa y agresiva contra el régimen, no contaban con todo el apoyo activo que deseábamos. Se podía sentir la simpatía, el respeto, incluso la admiración. Las banderas rojas y negras del MIR y los jóvenes que las portaban recibían el respeto en marchas y concentraciones. Pero había demasiado dolor en la historia larga del país. Los miristas que eran detectados, en el mejor de los casos, vivían la tortura, los otros eran asesinados, dinamitados o desaparecidos.

Más allá de las dificultades, el MIR crecía socialmente. Surgían nuevos dirigentes de referencia e identidad mirista y los militantes participaban en las

luchas sociales. Pero nuestra presencia en este período pudo ser más amplia. No lo fue porque desconfiábamos de la reacción de Pinochet; creíamos que ante el nuevo escenario social, desataría una gran represión y masacre. Por eso primó la idea de algunos compañeros de mantenernos a resguardo.

En 1985 el conjunto de la Dirección definió el período como El Año Decisivo. Sustentaba su análisis en la curva ascendente de las protestas urbanas, en el aislamiento internacional del régimen y en la unidad del campo opositor de origen diverso.

Gonzalo busca los artículos que escribió en ese período.

Entre diciembre de 1982 y julio de 1983, la situación chilena se ha modificado radicalmente. Desde las marchas del hambre del año pasado, hasta la tercera jornada de protesta nacional, pasando por el frustrado paro nacional indefinido, las confrontaciones políticas y sociales han adquirido una fuerza sin precedentes.

[...] Queda pendiente un gran problema para el conjunto de las clases dominantes chilenas. ¿Cómo cambiar a Pinochet, sin provocar una fractura de lo conquistado en diez años de contrarrevolución? Es evidente que una cosa es estar por modificar el régimen en su forma actual y otra perder todo lo ganado.

El movimiento popular chileno, por su historia y desarrollo, es uno de los más constituidos del continente, expresa un complejo desarrollo de fuerzas y alianzas sociales entre diversas fracciones explotadas: está dotado de una concepción de sociedad y de una propuesta de país.

[...] Hoy es posible la extensión social de la izquierda, hay grandes sectores de los más oprimidos, importantes capas medias, que pueden ser convocadas, pero para esto hay que estar físicamente con ellos, codo a codo, formulando una propuesta alternativa de nación que recoja sus aspiraciones.

En esa época otras cabezas nos ayudaban a pensar. Carlos intentó que ajustáramos las miradas y percibiéramos los cambios que se vivían en el mundo y en Chile. Venía haciendo este esfuerzo sistemático desde Cuernavaca, donde organizamos una cofradía argentino-chileno-mexicana de debate que se extendió entre 1980 y principios de 1984 y que seguiría funcionando en Buenos Aires. Lo escuchábamos con generosidad y obsesión, pero no siempre incorporábamos sus opiniones. Arrastraban una mirada muy personal de la tradición marxista. Olían a socialismo argentino, a peronismo de los años cincuenta, a teoría crítica y a psicoanálisis.

El rancio tema de la teoría insurgente, de la producción del saber para cambiar el mundo. Intentábamos recuperar visiones, pero lo hacíamos muy

lentamente.

En ese período conocí al que se convertiría en uno de mis grandes amigos de la segunda clandestinidad. Alejandro había llegado a la Dirección gracias a su capacidad de conductor y a la calidad de su trabajo en la región de Valparaíso. En 1986 comenzamos a trabajar juntos en Chile. Compartimos muchas horas y riesgos y nuestra amistad cruzaría las crisis y los tiempos. Seríamos los responsables, en parte, de organizar el MIR-político.

Las tensiones en la Dirección llevaban a ensimismarme o a distanciar mis viajes al exterior. Quería evitar la división, pero no tenía la fuerza para impedirlo. A mediados de 1985 las conversaciones tomaron un nuevo giro. Por primera vez apareció en nuestra historia la palabra fatídica.

—Esto no da para más —dijo Emilio con voz melancólica—. Tenemos que tomar una decisión. Las críticas no sirven de nada, se borran, se subsumen y se integran a las orientaciones dominantes. El período político en Chile está cambiando y es urgente asimilarlo. De no ser así, todo lo que hemos hecho será aprovechado por otras propuestas y utilizado por otros partidos. Seremos arrojados fuera del escenario.

—Si estás insinuando que nos dividamos, estás loco. Te vas a quedar solo. Nadie está dispuesto a dividir al MIR. Hay que buscar la forma de resolver adecuadamente nuestras contradicciones. ¿Qué te pasa? Tu depresión no puede ponerte *amarillo* —le respondió duramente Andrea.

—Ni todo ni nada —medió Gregorio—. Sugiero un congreso extraordinario y que hasta ese momento nos dirija una Dirección colegiada que represente todas las opiniones. La podría encabezar alguien como el cura Maroto que le da confianza a todo el mundo.

Se empezaba a romper la unidad y todos sentíamos que comenzábamos a descender por un tobogán intrincado.

Aún tenía presente el dolor por la muerte de Paulina. Un año antes de su asesinato me había reunido en La Habana con uno de los responsables de la selección de cuadros que retornaban a Chile, especialmente de aquellos que viajaban a apoyar el trabajo de la Dirección. Examinamos varios nombres y convenimos que por su rigurosidad, anonimato y valentía, ella era la mejor opción.

Nos encontramos esa misma tarde. Era notable cómo algunos gestos de su padre, antiguo militante del MIR al que había conocido en la Penitenciaría, se replicaban en ella. Llegó indignada.

—No soporto el calor, además un cubano trató de tocarme en la calle.

La miré para decirle que lo sentía, pero me interrumpió y me contó que lo había golpeado. Le pregunté por su disposición para retornar a Chile.

—Si quieres parto mañana —respondió resuelta.

Durante toda esa semana definimos prioridades y tareas. Paulina se convirtió en parte esencial de un equipo de inteligencia político y estratégico que se había instalado en Chile junto a otros dos grupos.

Trabajaba con una responsabilidad y eficacia que no cabían en sus veinte años. Aparentemente, arrastró un seguimiento de los agentes de la CNI desde la casa de su madre o de algún familiar, aunque también existe otra explicación. Paulina guardaba unas armas destinadas a los miembros de la Dirección. Las escondía detrás de unas tablas que cubrían el muro de su casa, situada al interior de otra propiedad. Se presume que después del terremoto del 3 de marzo de 1985, la dueña examinó las condiciones en que había quedado la casita, descubrió con espanto el barretín e hizo la denuncia. Esa fue la explicación que dio del gobierno.

El 29 de marzo los agentes Kranz Bauer Donoso, Alejandro Astudillo Adonis, Miguel Soto Duarte y Jorge Andrade Gómez, dirigidos por el mayor del Ejército, Alvaro Corbalán, se instalaron en la casa de Pastor Fernández 16.100. Todos eran parte de la Brigada Azul de la CNI. Al llegar, Paulina detectó la emboscada y trató de huir. Recibió dos balas en la cabeza, una en el cuello, tres en la mano derecha y dos en el antebrazo izquierdo. El informe de autopsia reveló que todos los disparos los recibió por la espalda. Tendrían que pasar diecinueve años para que la justicia chilena procesara a los autores de su homicidio. El 11 de febrero de 2004 la magistrado del Octavo Juzgado del Crimen, María Inés Collin, los acusó formalmente del crimen.

La Brigada Azul volvería a cruzarse en nuestra historia. En la madrugada del lunes 8 de septiembre de 1986 y tras el atentado del Frente Patriótico Manuel Rodríguez a Pinochet, sus integrantes asesinarían al Pepone. La última vez que lo vi fue en la esquina de Huérfanos con Santa Lucía, alrededor de las nueve de la mañana. Llovía torrencialmente. Cuando me avistó alargó los pasos y me abrazó fuertemente. Como se le enredaban las fechas y los nombres, me llamó Pablo-Gaspar. Con cierta delicadeza, yo trataba de empujarlo hacia un pequeño café para salir de la visibilidad de los transeúntes. Mientras lo empujaba, se me deslizó la pistola por dentro del pantalón y cayó dentro de mi bota izquierda. Le comenté lo que me había sucedido y le volví a pedir que ingresáramos al café, pero él no me soltaba. Después de un esfuerzo logré convencerlo. Quedamos de juntarnos el sábado siguiente, pero no llegó. El Pájaro me contó que El Pepo había recibido una amenaza de muerte y que había tenido que refugiarse en Buenos Aires. Poco tiempo después actuaría la Brigada Azul. Tres años más tarde, el 4 de septiembre de 1989, los hombres de esta unidad acribillarían a Jécar Neghme.

Como no se pudieron establecer las causas precisas de la muerte de Paulina, me vi obligado a sacar de Chile a todo su equipo de trabajo. En Buenos Aires revisamos nuevas hipótesis, pero siempre llegábamos a estas dos posibilidades. Cuando su padre se enteró, su dolor rompió la tranquilidad del cielo. A veces he intentado ponerme en su lugar y la idea me desintegra. Siempre la recordaré escuchando a Susana Rinaldi en un teatro de Buenos Aires, emocionada con el regalo de un libro de García Lorca.

El mismo día del asesinato de Paulina murieron Rafael y Eduardo Vergara Toledo, ambos militantes del MIR. Rafael tenía dieciocho años y

Eduardo, veinte. Cayeron acribillados por funcionarios de Carabineros en el sector de Las Rejas con Cinco de abril, en la zona poniente de Santiago. La patrulla estaba formada por el teniente Alex Vicente Ambler Hinojosa, el carabinero Marcelo Muñoz Cifuentes y los cabos segundo Francisco Toledo Puente y Jorge Marín Jiménez. La prensa de la época sólo recogió la versión de la policía y los hermanos Vergara Toledo quedaron estigmatizados como delincuentes y antisociales. Los pobladores de la Villa Francia, el lugar donde vivían, jamás olvidaron el legado de estos jóvenes.

Marzo terminó muy mal.

El último día del mes, a las 13.30, en un camino rural cercano al aeropuerto de Santiago, aparecieron los cuerpos degollados del profesor Manuel Guerrero, el pintor Santiago Nattino y el sociólogo y funcionario de la Vicaría de la Solidaridad, José Manuel Parada. Todos eran dirigentes comunistas y habían sido secuestrados en distintos puntos de Santiago, entre el 28 y el 29 de marzo.

Sólo en agosto de ese año el juez José Cánovas Robles llegaría a la conclusión de que el crimen había sido cometido por un grupo de funcionarios del Departamento de Asuntos Externos de la Dirección de Informaciones y Comunicaciones de Carabineros de Chile (Dicomcar). La unidad era dirigida por el mayor Guillermo González Betancourt y entre sus filas militaba Miguel Estay Reyno, *El Fanta*, ex miembro del Partido Comunista que en los setenta se había integrado a la Fach y al Comando Conjunto. Esta revelación del juez Cánovas determinó la renuncia de César Mendoza, miembro de la Junta Militar y Director General de Carabineros, el mismo que Allende, en su último discurso, calificó de general rastrero.

Desde su origen las tareas de la Dicomcar estuvieron centradas en la planificación de una estrategia que permitiera detectar a miembros del Partido Comunista. Para ello sus integrantes usaban recintos, personal y automóviles de Carabineros, y realizaban detenciones, allanamientos, seguimientos, vigilancia de los domicilios y lugares de trabajo, tortura, violaciones y asesinatos.

Santiago Nattino fue secuestrado el jueves 28 en las cercanías de su casa. Dos hombres lo introdujeron en un automóvil marca Chevette sin patente y lo llevaron hasta el cuartel de Dieciocho 237. Lo esposaron, lo vendaron y lo dejaron encerrado en un baño. A la mañana siguiente, el mismo automóvil junto a un furgón se estacionó en la calle Los Leones, frente al colegio Latinoamericano de Integración. Media hora después, desde la puerta del colegio, tres hombres armados se llevaron hasta el cuartel a José Manuel Parada y Manuel Guerrero. Antes de partir balearon al profesor Leopoldo Muñoz, quien intentó evitar el secuestro. Esa mañana del 29 de septiembre dos helicópteros sobrevolaron el sector antes, durante y después de la operación.

Luis Fontaine, director de la Dicomcar, dio la orden de eliminarlos.

González Betancourt y Estay Reino eligieron el lugar donde los ejecutarían, la hora y el equipo de hombres que participaría en el crimen. Para cometerlo escogieron un corvo atacameño marca Fame. Roberto Fuentes Morrison se lo había regalado a Miguel Estay Reino y éste a González Betancourt.

Los degollaron en el mismo camino rural donde serían encontrados la tarde siguiente. Primero murió Manuel, en manos de Alejandro Sáez. Santiago recibió un golpe certero en la garganta que le dio Fuentes Morrison. Años después comentaría que no había enfrentado ninguna reacción de su víctima, ya se trataba de un persona débil y enferma. Nattino tenía 65 años y menos de dos meses antes había sido operado del corazón. Claudio Salazar fue el verdugo de José Manuel. Al verlo en el suelo vaciló y luego le enterró el corvo en el estómago. El grito de Parada fue estruendoso y, según testigos, se escuchó a más de un kilómetro a la redonda. Otros de los agentes lo remató con cuatro puñaladas en el cuello. Los hombres volvieron a su lugar de trabajo; algunos se bañaron para borrar cualquier evidencia. Todos se marcharon a sus casas. Nada borraría esos crímenes. La paciencia se había acabado.

La ciudadanía estaba conmocionada y el mundo internacional, horrorizado. Los medios de comunicación, a diferencia de lo ocurrido con el crimen de los hermanos Vergara Toledo, no silenciaron los hechos. Había demasiados testigos y abundantes pruebas. “Los secuestrados fueron degollados y torturados en forma bárbara”, “Cuerpos mutilados fueron encontrados en el aeropuerto de Pudahuel”, titularon algunos periódicos al día siguiente del hallazgo. El arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, declaró que se trataba de un “crimen repudiable”. Incluso algunos representantes del Ejército opinaron que lo sucedido era “un acto de violencia inaudito”, “una obra de salvajes que no tiene calificativo”.

El vicario de la solidaridad emitió un comunicado público. “¿Dónde se encuentran los autores que son capaces de movilizarse, a plena luz del día y con el rostro descubierto, por las calles de nuestra ciudad, en un auto sin patente y cargados de armas? ¿A quién obedecen estos hombres que balean frente a un colegio de niños a un profesor, secuestran a dos personas, luego de secuestrar el día anterior a otros cinco? ¿Qué afanes motivan a los autores de este despiadado hecho, que son capaces de clavar puñales en seres indefensos para cortarles la vida?”.

Ese mismo día, en el cuartel de la Dicomcar, Alejandro Sáez Mardones destruía el corvo con un esmeril, los autos eran pintados de otro color y se quemaban documentos. Los funcionarios que antes usaban barba y el pelo largo aparecieron rasurados y poco a poco fueron trasladados a otras unidades. A los diez días el edificio de la calle Dieciocho fue desmantelado.

Sentí que este crimen representaba un punto de quiebre social, pero más que nada, un quiebre psicológico. Ahora podían hacer lo que se les ocurriera. Y nosotros debíamos hacer lo que fuera para impedirlo. Hay pautas en las

historias sociales que consignan el justo momento en que todo muta.

Nunca olvidaré la imagen y las palabras de Estela Ortiz, esposa de Manuel Parada e hija del detenido desaparecido Fernando Ortiz. Con mucha fuerza y con un dolor desgarrador, habló ante las cámaras de televisión.

—¡Chilenos, nos están matando!

Años después, Claudio me contaría que esa noche se encontraba en la sala La Comedia. La compañía Ictus presentaba la obra *Primavera con una esquina rota*. Su amigo, el actor Roberto Parada, padre de José Manuel, debía salir a escena. Minutos antes le habían avisado de la muerte de su hijo. Decidió subir al escenario con el dolor en el corazón. Poco a poco, el teatro se fue llenando de amigos. La actuación, según Claudio, fue soberbia.

Al terminar la función, don Roberto habló al público

—Me han informado que la dictadura ha asesinado a mi hijo. A él dedico mi actuación de esta noche.

Los espectadores guardaron silencio durante algunos segundos. Luego vino la ovación para el actor y antiguo militante de izquierda. Para su hijo José Manuel. Para Santiago Nattino y Manuel Guerrero.

Era la representación de la fuerza de un actor. Ese tipo de fuerza que en la religión se llama fe y en la política moral.

La Manue

Desde 1984, con algunos cambios en la composición de la Dirección Central, emergían en el MIR dos visiones bastantes tributarias de la historia latinoamericana, desde la Revolución cubana en adelante. Una, postulaba la lucha más directa y recia contra la dictadura a partir de una fuerza propia; la otra, en la que me situaba, se basaba en el desarrollo de las fuerzas sociales de las alianzas políticas y en las tensiones que en el propio bloque de gobierno se precipitaban. Eran dos visiones que se yuxtaponían e imbricaban, pero que siempre habían existido. Se manifestaron en 1970, frente al triunfo de Salvador Allende; en marzo de 1973, ante las elecciones parlamentarias; luego del golpe militar, cuando unos hablaban de política ofensiva y otros de resistencia. También se expresaron en el debate entre Edgardo Enríquez y Andrés Pascal, tras el enfrentamiento de Malloco y, a su manera, quedaron en evidencia en la Política de Retorno, en las protestas nacionales, en el papel que debía jugar el Movimiento Democrático Popular e, incluso, después de nuestro quiebre de 1986, del Plebiscito de 1988 y en la fase previa a las elecciones presidenciales de 1989.

La gran cualidad de Miguel fue su ductilidad para armonizar esas dos tendencias y sintetizarlas. Su muerte produciría una creciente cristalización de estas dos maneras de pararse ante el país.

Estábamos exhaustos. No se trataba tanto de la eficacia de los organismos represivos, que nunca desconocimos, sino de la sobrecarga sistemática y abrumadora a la que nos veíamos sometidos.

El año 1986 empezó con tensiones y esperanzas, deseos colectivos contenidos que a las diez de la noche del 31 de diciembre de 1985 se expresaron en cantos y discusiones amargas que recordaban a los caídos y expresaban las ganas de hacer cuanto fuera posible para terminar de una vez con la dictadura. Esperamos la medianoche en casa de Nieve, en Coyoacán. Tras los abrazos, seguimos hablando casi sin interrupción hasta el mediodía. El resto de los invitados bailaba y, de cuando en cuando, lograban atraparnos en una danza de la que escapábamos para continuar la conversación. En esa tertulia subversiva compartíamos los riesgos del habla en una balsa tripulada por extraños pasajeros: Carlos, colombiano y dirigente revolucionario del M19, Francisco y Pablo de la FAR guatemalteca, Miguel del PRT argentino, Cristina

del Movimiento Montonero, Federico de la Izquierda Cristiana chilena, Paloma, Benito, Ruy Mauro y una venerable pareja de ancianos irlandeses. Chile estaba en el corazón de todos.

Despojándose de respuestas esquemáticas, los amigos extranjeros nos hacían sugerencias como si se tratara de una transfusión de historia y cariño. Los guatemaltecos y argentinos no podían entender el hiperactivismo en que estábamos sumidos y consideraban absolutamente suicida la posibilidad de una división. Para la historia de la insurgencia latinoamericana, el MIR era una de las organizaciones de mayor significado. Había congregado a muchachos de diversos países de América Latina y Europa y se había proyectado como un centro de elaboración de políticas y teoría que refrescó las concepciones más convencionales del pensamiento de izquierda latinoamericano. Francisco, Pablo, Miguel y Cristina no lo olvidaban.

Después de los descomunales esfuerzos por armarnos y por sobrevivir al aniquilamiento de la dictadura, serían nuestras limitaciones e inflexibilidades las que nos colocarían en la periferia de la historia. La ruptura sería cruel. No se trataba sólo de un quiebre político, sino de la fractura de la amistad, del alejamiento forzoso de quienes eran mis hermanos.

A mediados de marzo, convocamos a una reunión de la Dirección interior y exterior que se realizaría en Buenos Aires. Llegaron alrededor de 38 compañeros; la mitad provenía de Chile y el resto de diversas partes de América Latina y Europa. Nos juntamos un viernes lluvioso, en un hotel ubicado en la calle Chile. La ironía del nombre de la calle quedó oculta bajo la tensión que vivíamos. Acordamos discutir profundamente nuestra posición respecto a la lucha armada, el desarrollo social, la organización militar del MIR, la unidad del bloque opositor a Pinochet y el papel de la Izquierda Unida. Había dos tendencias, pero por pudor hablábamos de posiciones. Cada posición llevaba sus argumentos y argumentadores.

Nos reunimos a confrontar nuestras ideas en la casona del Club Sirio. Aunque las discusiones eran ásperas y despiadadas, manteníamos bastante autocontrol. No hablábamos de asuntos muy específicos, sino de políticas generales que tendrían valor para las conclusiones que elaboraríamos. Como teníamos la sospecha de que los servicios de inteligencia argentinos vigilaban nuestros movimientos, nos inscribimos como miembros del Centro de Estudios para el Retorno de la Democracia en Chile. En general, la población argentina apoyaba claramente a los opositores a Pinochet. Se notaba en pequeños gestos, como el del muchacho de la fotocopidora que esa mañana no quiso cobrarme.

—A ver si esto ayuda un poquito —comentó.

Entre marzo y mayo de 1986 nuestra querida y necesaria unidad estalló, se fugó con nuestras potencialidades. Todos intentamos evitarla, quizás por eso fue más dramática, más real. A pesar de algunos hechos mínimos, mantuvimos un suficiente pudor ante la prensa. En privado nos dijimos demasiadas cosas en las que no creíamos, sin embargo, nunca nos dejó de preocupar lo que pasaba con el otro sector. En esos días, mi espalda se derrumbó en la soledad de un

departamento de Buenos Aires. Las sesiones de tortura me estaban pasando la cuenta pendiente. El quiebre físico sintetizaba con mayor elocuencia lo que estaba sintiendo ante la ruptura de mi comunidad política y afectiva. El lenguaje del cuerpo no tiene pudores.

Es injusto definir el segundo en el cual algo se hace irreversible. Fue una suma de acontecimientos, unos muy sustantivos y de fondo, otros simples y pueriles. Las premuras por llevar las cosas en un sentido u otro y el cansancio físico que genera la discusión, lanzan una moneda al aire que demora cuatro meses en caer y, cuando cae, marca la división. Pocos percibieron que esto era el fin del MIR. En cuestión de tiempo lo tendrían claro.

Quienes postulábamos una posición más política fuimos reasignados a tareas imposibles de aceptar. Nos encargaron abrir regionales donde no existían o nos compelieron a encapsularnos en estructuras que no estaban en el centro de la toma de decisiones. Casi todos discutimos las nuevas responsabilidades y optamos por no pactarlas. Nuestra actitud provocó una contienda de autoridad muy grande, que no podía ser aceptada por la Dirección hegemónica.

Otros hechos fueron agudizando la situación. En Chile se replicó el debate aunque con menos información de la que administramos en Buenos Aires o con información hecha a la medida de quien la entregaba. Se generó una gran confusión. Se adoptaron posiciones más por lealtad personal que por un conocimiento pormenorizado de los argumentos. Como la división aún no era técnicamente real, en mayo compartimos una casa en La Habana con un grupo de compañeros que defendía la posición oficial. Durante diez días la vida no pudo ser más contradictoria. Cada grupo realizaba sus reuniones, pero luego, en torno al afecto que nos unía, nos juntábamos a desayunar y a cenar. Los cubanos se incomodaron enormemente. No querían aparecer como anfitriones de juegos tendenciales. Pensaban que la división era una locura, que sólo la capacidad de todos nos permitiría enfrentar el complejo cuadro político que se vivía en Chile.

En Cuba los médicos me advirtieron que debía operarme urgentemente de la espalda. Regresé a Buenos Aires con un dolor insoportable, que trataba de aminorar con calmantes. Estaba angustiado y paralizado en un momento en que toda la información que recibía confirmaba la trizadura del MIR. Decidí operarme en Ciudad de México. Viajé dopado e ingresé a una clínica donde mi suegro realizaría la intervención. Durante dos semanas fui sometido a exámenes y durante otras dos convalecí. En ese período me llegó correspondencia desde Chile, América Latina y Europa. En todas las cartas quedaba claro que la discusión se había radicalizado; que habíamos ingresado a un ciclo fatal en el que cada tendencia descalificaba y caricaturizaba a la otra. En la izquierda chilena corría el rumor de la separación y varios de sus dirigentes nos pedían información para analizar las consecuencias. Me encontré con Clodomiro Almeyda en un café de la colonia de San Angel. Estaba apesadumbrado.

—No pueden dividirse, tienen que volver a intentarlo. Si puedo ayudar en algo, díganlo, por favor.

Otros, en el centro político y en algunos sectores de la izquierda, estaban felices. Ellos preferían un Chile sin MIR.

El periódico mexicano *El Día* me pidió una entrevista que derivó en una larga reflexión. Si bien no hablaba de la división, intentaba explicar que la nueva situación en Chile estaba generando, de manera original e inédita, todas las condiciones para una derrota política del régimen. Planteaba que era necesario consolidar la unidad de la izquierda y que esa convergencia generaría todas las posibilidades para lograr una transición efectivamente democrática que no quedara pactada a mitad de camino. El contenido de la entrevista produjo molestia entre algunos militantes y dirigentes y la formulación de una sanción disciplinaria.

Manuela nació en uno de esos momentos duros, con nuevos compañeros caídos y varias dificultades organizativas y materiales. La naturaleza irrumpió en un momento en que había tanta muerte alrededor.

Nieve había llegado a Buenos Aires la noche anterior. A eso del mediodía del 20 de mayo de 1986 comencé a preparar un asado que debimos interrumpir cerca de las cuatro de la tarde, cuando Paloma sintió las primeras contracciones. Hicimos el trayecto a la clínica en un Renault 11 blanco. Realicé los trámites de ingreso con otra identidad y me quedé en la sala de parto hasta después del nacimiento de la Manue. Debíamos mantener una gran discreción ante la posibilidad de que Paloma, a pesar de mi oposición, entrara a Chile con las niñas. Ella expresó su indignación con una pregunta que me apabulló.

—¿Qué hago en Argentina? Entré al MIR, me preparé para luchar en Chile y siempre he pensado que debo estar a tu lado. Pero ¿qué pasa? Estoy en Buenos Aires, con dos niñas, mientras en México las cosas se ponen *patas pa' arriba* y por fin se abren posibilidades de un movimiento democrático después de setenta años.

Ella hablaba de la efervescencia que se vivía en México tras el terremoto del 19 de septiembre de 1985. El PRI perdía aceleradamente el control de la situación, aparecían fisuras en su dirección y surgía un vigoroso movimiento popular con la conducción de caudillos curiosos como Superbarrio. Paloma se sentía comprometida con ese proceso. Le pedí que me diera tiempo para pensarlo y preparar las condiciones para su ingreso a Chile. En el fondo, sabía que jamás daría ese paso, aunque significara el término de la relación y debiera asumir un nuevo dolor a los que venía acumulando. A los cinco días, en medio de una gigantesca huelga aérea internacional, Nieve, Paloma, Tatiana y Manuela partieron a México. Sin demostrar mi abatimiento comenté con Alejandro la escena del aeropuerto. Tenía los perfiles actualizados de esas despedidas que se producen en medio de conflictos: Paloma amamantando a Manuela, la Tati tomada de la mano de su abuela, yo tratando de mantenerme

imperturbable para no entristecer más ese momento. Nos despedimos con un gran beso y un hasta pronto sin fecha ni hora ni año.

—Cuídate...ahora tienes dos hijas —me dijo Paloma.

Estuve el borde de saber que la relación había terminado, pero no quería sacar tantas conclusiones ya que al otro día debía volver a Chile con un pasaporte que no me daba confianza.

A fines de julio, Nelson Gutiérrez y otros compañeros fueron acusados de *divisionistas* por la Dirección. Ese hecho precipitó el quiebre de manera dramática. Sostuvimos que la Dirección estaba virtualmente fragmentada en dos sectores que cruzaban verticalmente a la totalidad del MIR, tanto en Chile como en el exterior y que por lo mismo carecía de legitimidad interna para sancionarlos. En ese momento transitamos de una situación de crisis aguda a una separación política organizativa.

Estábamos divididos.

Cada sector se articuló internamente con sus propios equipos para enfrentar el nuevo escenario. Comenzó la disputa por el nombre.

Ya recuperado de la operación, viajé a La Habana a reunirme con Nelson y un grupo del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Sorpresivamente, nos preguntaron qué nombre adoptaríamos.

—MIR —dijimos.

—MIR-Revolución —complementó un compañero.

Quedamos como MIR-R. El sector conducido por Andrés comenzaría a hablar del llamado MIR renovación o reformista. Nunca una letra se prestó para tan malos entendidos.

La pugna por el patrimonio simbólico e intangible fue dura. Estábamos en medio de una geografía de tensiones. ¿Cómo se reparte la historia?, ¿quién se adjudica los héroes?, ¿quién mantendrá las relaciones internacionales?, ¿cómo se legitimarán los vínculos con la izquierda chilena? Los amigos de América Latina, grandes conocedores de estos procesos de quiebre, respondieron con sabiduría. La historia, las epopeyas, los héroes, la dignidad, nos decían, pertenecen a todos. Los aliados nacionales e internacionales, a pesar de sus preferencias, dialogaban con ambos sectores. Al momento del reparto, primó cierta lógica de la igualdad y el equilibrio.

A fines de 1986 comenzaron las tensiones en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, mientras que el Partido Socialista aceleraba su reunificación. El plebiscito que decidiría la continuidad de Pinochet en el gobierno comenzaba a ser el gran tema político.

Reorganizar una Dirección que nace de una ruptura es un ejercicio de sobrevivientes, de voluntades que intentan no desfallecer. Cuando logras un momento de descanso sientes la tristeza y la soledad que supone toda separación. Ambas tesis se batían en un duelo lógico y áspero, en una confrontación que reclamaba una misma historia, una identidad a la que nadie quería renunciar. Sin embargo, tal identidad no era reconocida de la misma

forma por todos.

Lo explicamos en un texto.

Recuerda el momento en que lo redactaron y lo busca entre las carpetas que ha llevado a Buenos Aires.

[...] quienes lo redactamos partimos de la constatación de que la mayor parte de los miembros del MIR desconocía la historia del partido, incluso la que viene varios años después del golpe.

Nos pareció que sería imposible conseguir la participación activa de las bases en el balance de la experiencia histórica del MIR sin tener a mano un documento que intentara socializar todo el cúmulo de experiencia que nos dejan veintidós años de historia. Estamos convencidos de que este documento constituye sólo la base de una discusión colectiva y generalizada que debe abarcar al conjunto del partido [...].

[...] la crisis se arrastra ya por varios años y ha debilitado la marcha del partido[...]. A pesar de todos los graves golpes represivos que el MIR ha sufrido en estos trece años de dictadura, existe un vasto contingente de militantes y cuadros que han acumulado la experiencia y la voluntad férrea de seguir luchando por la liberación de nuestro pueblo. [...] Será el conjunto del partido a través de un Congreso democrático el que decidirá el camino futuro de nuestro partido. Sólo la lucha nos hará libres.

El texto representaba un intento por consolidar nuestra tendencia a partir de la historia del mirismo. También pretendíamos influir en el otro sector. Hasta ese momento, estaba latente la idea de una reunificación sobre la base de un congreso amplio y de unidad que permitiera la coexistencia regulada de los dos grupos. Era iluso pero deseable. Cuando realizamos el IV Congreso invitamos a una delegación de la línea oficial; ellos, con bastante rigor, expusieron sus prioridades y su visión de la situación. Fue el último gran gesto. Necesario, estéril y culturalmente mirista.

En medio de este proceso le escribí a Paloma. Había tomado la decisión hace bastante tiempo, sólo que no había querido traspasarla al papel: “No puedes venir ahora. No hay condiciones seguras para ti ni mucho menos para las niñas. Sé que esto implica la ruptura de la relación aunque no de nuestro afecto, cariño y amor y respeto mutuo”.

Su silencio, elocuente, definitivo, provocó en mí una profunda sensación de pérdida áspera y global.

La historia determina tu vida, reparte las cartas e incluso juega con tu existencia. Nunca hay certidumbres, sólo probabilidades.

Podría haber sido distinto. Podría haberle pedido que esperara hasta después de la realización del plebiscito, pero me resultaba abusivo con ella y

las opciones que la seducían e implicaban. Paloma estaba jugando un papel cada vez más relevante en la gestación del movimiento que más tarde se consolidaría como el Partido de la Revolución Democrática. En México la vida no vale por los momentos sino por la suma total de los momentos.

Tatiana y Manuela crecían. En las fotos que recibía observaba rasgos y gestos desconocidos. A veces les escribía y trataba de contarles, torpemente, lo que estaba viviendo. Lo hacía motivado por la tragedia de mi vida clandestina; pensaba que podían matarme en cualquier momento y que las niñas no heredarían ni una miserable carta de su padre. Sabía que necesitaba verlas, escucharlas. En 1988 viajé a México. Fui a la escuelita que quedaba cerca de la casa de su abuela, toqué el timbre y hablé con la directora. Le expliqué que venía por muy poco tiempo porque trabajaba en otro país. Me permitió entrar al patio a la hora del recreo. Puedo recordar el olor y la temperatura de ese día. La Tati fue la primera en verme. Quedó paralizada, comenzó a dar pequeños pasos, luego corrió y me dio un abrazo; la Manue siguió a su hermana y, sin saber muy bien qué ocurría y sin palabras que aclararan la escena, se abalanzó sobre mí. Yo tenía los labios apretados, secos. Sólo atinaba a besarlas y estrujarlas.

Me reuní con Pablo Monsantos. Analizábamos lo que ocurría en Centroamérica, Chile y Guatemala, pero desde ahí transitábamos a la vida cotidiana, a los amores y sensaciones.

El mundo hacía una nueva pirueta y la historia bajaba por la escalera de incendio, en el centro mismo de Europa. En Moscú y Berlín se estaba dibujando el último mapa del siglo XX. Herederos de la tradición mirista de origen trotskista, contemplábamos perplejos cómo la Unión Soviética y las democracias populares de Europa del Este ingresaban a una rápida crisis. En Centroamérica, los movimientos revolucionarios crecían en fuerza y poder; en Sudáfrica, el espantoso régimen del *apartheid* agonizaba. En esos procesos veíamos ciertas pistas para enfrentar los vientos que la historia, sorprendentemente, nos arrojaba a la cara. Se derrumbaba la Unión Soviética y todo cambiaría radicalmente.

Nunca sentimos simpatía por las burocracias del este de Europa. Cuando en 1979 se intentó plantear que esos países eran aliados objetivos de la izquierda chilena, la rebelión del mirismo fue masiva. El documento de política internacional que, en su tesis N°13, denominada “la fatídica” por los compañeros brasileños, establecía que los países socialistas constituían aliados estratégicos de los pueblos latinoamericanos. En ese momento concordamos que el vínculo era una parte inevitable de nuestra política internacional, pero no más que eso. El debate cesó con mucha sabiduría.

Había una razón que explicaba no sólo esta controversia de fines de los setenta, sino la propia división. Muchos de los nuevos militantes e incluso de los dirigentes, tenían un conocimiento puramente referencial de los debates fundadores. Otros tantos, o quizás la mayoría, los desconocían. Existía una fractura en la memoria histórica acumulada que sólo se hacía evidente frente a

cuestiones internacionales o cuando se discutían detalles del binomio lucha política-lucha militar. En el documento *Estrategias*, texto clave de la cultura mirista fundacional, publicado en 1968, se señalaba explícitamente que el MIR se reconocía como heredero de la tradición de Luis Emilio Recabarren y de todos aquellos que habían querido construir varias veces una izquierda revolucionaria de masas de amplio peso social.

Veíamos a la Unión Soviética como un contrapeso fundamental en la balanza del poder mundial, pero conocíamos suficientemente la historia del movimiento comunista en el período de Stalin como para sucumbir a un encantamiento tardío. Nuestro pasado trotskista y nuestro marxismo pre estalinista constituían una dosis de buena memoria. Para algunos, la experiencia de Gorbachov representaba una original esperanza, pero también se trataba de un juego muy peligroso. Nunca dudamos que lo que estaba sucediendo en la Europa del Este afectaría durante largo tiempo la situación internacional. El Muro de Berlín no cambió la situación global. Fue ésta la que lo derribó y quizás lo sigue haciendo.

Cada tendencia se reorganizó como pudo. Nosotros nos preparamos para apoyar la lucha social por el No a Pinochet en el plebiscito convocado para el 5 de octubre de 1988. No fue una tarea sencilla. La división de 1986 fue una mezcla entre la adscripción a una de las dos tesis en pugna y un juego de lealtades. Muchos de los que se sumaron a nuestra línea lo hicieron porque nos conocían, pero esa fidelidad no implicaba que compartieran todos los enfoques. Así, cuando comenzó el debate frente al plebiscito, reaparecieron discusiones que creíamos resueltas.

—¿Cómo se te puede llegar a ocurrir que los dictadores van a perder un plebiscito? Habrá fraude, la gente no se va a inscribir, no cree en este proceso. Recuerda la consulta del 78 y el plebiscito del 80 —planteó Jorge.

—Los dictadores han perdido plebiscitos, pero ése no es el punto —discrepó Guillermo—. La oportunidad democrática efectiva de que Pinochet se vaya es inscribirse y votar No. Si la victoria es abrumadora, el fraude se hace imposible o, por lo menos, suicida. No sólo hay que votar No. Tendremos que votar por el candidato de consenso de la alianza opositora. Es lo único que podemos hacer para romper el cerco dictatorial.

Jorge respondió duramente.

—No creo que para esa política cuenten con el apoyo del partido ni de mucha gente de izquierda. Es derrotista, amarilla. Deja de lado todo lo que hemos hecho. Te estás entregando a los brazos de la DC...estás olvidando a los caídos, la muerte de tu propia compañera.

—El derrotismo es no percibir que Pinochet ha cometido uno de los pocos errores estratégicos de todos estos años al convocar a la totalidad del pueblo de Chile —analizó Guillermo—. Ahí radica la posibilidad, pero sólo la posibilidad, de expulsarlo y generar otra situación en la cual, nuevamente, estaremos obligados a readecuar globalmente nuestra estrategia. Puede que gane el No y que la victoria nos sea arrebatada para iniciar un proceso de

negociación dirigido por el centro político, pero eso sólo sucederá si no dotamos el voto de contenido y sentido.

Con dolor, aunque sin sorpresa, percibí que habíamos tenido la sensibilidad para detectar, anticipadamente, las nuevas condiciones que posibilitaban una mayor eficacia en la lucha por la democracia política. No sólo era factible recuperar la fuerza moral, sino que podíamos reproducirla. Estábamos tratando de transformar tantos años de resistencia y tantos héroes conocidos y anónimos, en una empresa históricamente productiva que no derrochara lo que se había construido por ella y más allá de ella.

De pronto me sentí solo. Los dos amigos con los que habíamos formulado estas hipótesis no estaban en Chile. Extrañaba las conversaciones con Juan Carlos; necesitaba retomar una reflexión que se empinara sobre la inmediatez del proceso.

Elaboraron un texto que, en parte, representaba una síntesis de los diálogos interrumpidos por viajes, premuras o distanciamientos circunstanciales.

Presionados por la enorme aceleración de tiempo histórico que se produjo a lo largo y, sobre todo al finalizar la década de los ochenta y comienzo de los noventa; convocaba la tarea de intentar actualizar nuestra comprensión del sistema mundial, sus distintas regiones, países. Un grupo de hombres que nos reclamamos revolucionarios, anticapitalistas, libertarios, decidimos iniciar una serie de conversaciones intentando reconstruir, actualizar, una entidad de izquierda en el contexto del estado actual del mundo, en la perspectiva del siglo XXI.

En septiembre de 1988 viajé a Europa a coordinar la ayuda material ofrecida por un grupo de amigos franceses. La gestión nació gracias a los vínculos que manteníamos con el Partido Socialista Francés, particularmente con su ala izquierda. La conversación fue fructífera. Ellos compartieron nuestra visión sobre la situación chilena e incluso nos ofrecieron financiar un encuentro reservado con los dirigentes revolucionarios más relevantes de América Latina para pensar el futuro.

Regresé a Chile un sábado por la mañana y partí a una reunión clandestina de la Dirección que se estaba realizando en una zona de *camping*, cerca de Valparaíso. Discutimos del plebiscito y de las políticas de desarrollo del MIR con un constante olor a carne asada y pescado frito preparados por las familias que acampaban en los alrededores. Yo estaba convencido de que si el Partido Comunista, el Partido Socialista y el MIR llamaban antes que nadie a inscribirse en los registros electorales y votar No, este proceso iba a adquirir, si no predominantemente pero sí claramente, una presencia de izquierda. Para muchos, esta postura implicaba ingresar en lo que llamaban sin mucho rigor el

sistema de Pinochet. Paralelamente, unos 200 universitarios miristas de todo Chile definían en un convento próximo a Valparaíso, la política universitaria ante las movilizaciones estudiantiles que se habían precipitado un año antes, con el repudio a los rectores delegados. También debatían la posición frente al No plebiscitario. Con José Miguel fuimos a exponer los fundamentos de cada posición. Él se sorprendió al ver que los universitarios tenían claro el tema que en la Dirección discutíamos con tantos laberintos.

Mi torpe disfraz dejaba en evidencia que era muy distinto de lo que intentaba aparentar. Llevaba una peluca de pelo grueso, unos bigotes que se despegaban cuando hablaba y, debajo del suéter, un chaleco salvavidas que me hacía ver más gordo. Sentí una gran alegría al ver a tantos miristas jóvenes menos contaminados con el dolor y la clandestinidad, más cerca del placer que del deber. La asamblea era una réplica actualizada, pero no lineal, de las historias universitarias del período de la Unidad Popular; del Frente de Estudiantes Revolucionarios y del Movimiento Universitario de Izquierda que, en esa época, constituyeron formas amplias de participación en las políticas del MIR.

En la primera fila estaba María. Me pareció tierna, encantadora; me cautivó su habilidad para polemizar en favor del No. Meses después comenzamos una relación que se fue consolidando con algunas dificultades. Ella pertenecía a la directiva de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción y yo continuaba siendo un clandestino. Intentábamos encontrarnos por lo menos una vez al mes. María me acompañaría en los años de mi difícil reinstalación en Chile; en mi rechazo a la falsedad y a la injusticia explicadas con la lógica de una razón política que resultaba trivial e instrumental. Estuvo conmigo cuando tras meses de insomnio llegué a la conclusión de que para preservar al mirismo como cultura de la disidencia frente a las injusticias, no era posible sostener al MIR como estructura política. El peso de la inercia histórica se estaba haciendo dominante frente a las aspiraciones por reactualizar, desde todas las radicalidades aprendidas, la lucha contra los órdenes de injusticia social. Pero serían los años los que dibujarían esos contornos contradictorios expresados durante la última fase de la dictadura y el primer período de la transición. Vivir con alguien en circunstancias como éstas es complejo. Con respeto mutuo y después de seis hermosos años nos separamos.

El día del plebiscito actuamos de acuerdo con un plan de contingencia largamente meditado. Todas las direcciones nacionales, regionales y locales se acuartelaron en casas de seguridad. Los miembros de la Comisión Política nos concentramos en una casa de la calle Holanda para analizar la evolución del proceso. Necesitábamos saber cuál sería el ánimo de los duros del pinochetismo y para ello instalamos un equipo radial con el que pudimos interferir las comunicaciones de la CNI. Cerca de las seis de la tarde, uno de sus mandos rompió todas las claves de inteligencia y se dirigió a sus hombres.

—Muchachos, fuimos traicionados. El general perdió.

La compañera encargada del equipo de transmisión no confiaba en el triunfo del No. Al escuchar al agente, me miró perpleja y se sacó los audífonos.

—Tenían razón —dijo abrazándome.

En los meses siguientes varios miembros de la Dirección viajamos a Argentina y comenzamos a regresar legalmente. Esta decisión fue discutida y aprobada con antelación. Era una medida audaz. Los aparatos represivos seguían actuando, pero tras el triunfo del No necesitábamos legitimar al MIR y a su Dirección frente a la sociedad. Otros querían borrarlos.

Me presenté en el consulado de Buenos Aires.

—No tengo documentos —dije al funcionario. Él respondió con sorna.

—Qué extraño, en la última semana han venido unas diez personas a hacer el mismo trámite.

—Debe ser porque hay muchos chilenos que no han podido volver y no por culpa de ellos.

Me entregó un papel que consignaba mi identidad. No me pareció un documento muy confiable.

Por precaución, mis amigos peronistas dispusieron que una muchacha de su Dirección viajara conmigo a Santiago. Ingresé al aeropuerto de Pudahuel en la tórrida tarde del 28 de enero de 1989. El policía encargado de timbrar el papel habló sin aspavientos.

—Lo estábamos esperando.

Aparecieron dos funcionarios de la Policía de Investigaciones. Me pidieron el *ticket* de la maleta y me condujeron hasta una oficina. A las dos horas apareció un policía de rango superior. En una clara actitud de hostigamiento me hizo preguntas insólitas.

—¿Qué es el MIR?...¿cuáles son sus planteamientos?...

Mi actitud fue absolutamente académica y absurda. Le hice un apretado repaso por la historia chilena del siglo XX; él me miraba entre incómodo y contenido. A la extraña conversación se fueron incorporando otros detectives; afuera, unos cien compañeros cantaban *La Internacional* una y otra vez. El policía me preguntaba por qué había regresado; si no pensaba que era peligroso para mi *salud* pasearme por Santiago. Mi situación trascendió a la prensa y luego de las gestiones realizadas por los abogados de la Comisión de Derechos del Pueblo pude ingresar antes de las dos de la tarde.

De todas las burocracias, la policial es la más irracional. Se trata de seres menores con gran poder y que además andan armados.

Era extraño usar mi nombre después de tantos años. Tan extraño como reconocer a los amigos, volver al barrio de la infancia o visitar a don Pedro, el eterno rector del Liceo de Aplicación.

—Patricio, ¿qué ha hecho en todos estos años?

—Bueno, en fin...algunas cosas, pero son...cómo decirlo...verá...podría ser largo o muy corto.

—Bueno, mire, a usted le parecerá extraño pero me lo puedo imaginar.

—Ojalá, don Pedro.

Fui a ver a don Clotario Blest y juntos recordamos. Me preguntó por mi madre y mis hermanas. Le conté que Nelda había muerto de manera indirecta, a causa de la tortura. Con mucha pesadumbre hablamos de la división del MIR. Fantásticamente, él la atribuía a los trotskistas que, desde 1968, habían tenido posiciones rupturistas. Yo, con gran delicadeza, le expliqué que esto no guardaba ninguna relación con los episodios de 1968. La vieja memoria confundía los episodios.

Al encontrarme con mis afectos del pasado tuve la sensación de vida fugada, de destino expropiado; pensaba que de todos los sueños, había logrado cumplir sólo uno. El resto se había esparcido, fragmentado. Sentí una mezcla de nostalgia y frustración, una especie de conciencia que me hacía ver que había sobrevivido al horror por azar o porque alguien me había protegido. Estaba frente a un país que me resultaba desconocido, ajeno, contradictorio. Encontraba todo pequeño, las calles, las casas. Sentía que las personas se habían quedado repitiendo sus viejos libretos. Chile me parecía muy provinciano o quizás era mi manera de no verme atrapado por su fuerza.

Por una obsesión largamente arrastrada que sólo Pedro-Pedro, mi amigo de infancia y adultez, podría desentrañar en sus misterios, fui a ver a Oriana. La encontré casada, alegre, madura, sólida en sus pensamientos. La última vez que nos habíamos visto yo estaba clandestino. Ese día tuvimos la mala fortuna de caer en un control policial. Durante toda la verificación de documentos y revisión del auto, ella se dedicó a coquetear con los policías. Su maniobra ayudó a distraerlos. Nos juntamos con Oriana, Marco y la señora Nora en la casa de Yazmín, ubicada cerca de un antiguo parque.

El parque constituía la geografía de muchas discusiones pretenciosas del pasado. Había sido el espacio de las fiestas que repartían su tiempo entre el baile del gogó modelo 1970 con pantalones *pata de elefante* y *jeans* ceñidos, y las conversaciones entre los que apoyaban a Allende y los que consideraban que era una tragedia ser gobernados por un marxista. También representaba el laberinto de los primeros besos y de los amores no correspondidos. En ese lugar me tocó representar a Papá Noel frente a un tumulto de niños en una Navidad en que Eduardo se atemorizó.

Quería volver a sentirlos. Estaban más adultos, pero en mi recuerdo seguía viéndolos como niños. En los fragmentos de las historias compartidas buscaba imposibles continuidades entre el último segundo en que nos habíamos visto y el momento del reencuentro. En el fondo, quería saber qué había cambiado en mí. Yo me encontraba tirado entre todos los pasados y varios futuros, pero no estaba realmente ahí.

Faltaban tres meses para las elecciones presidenciales. Pinochet seguía al mando del Estado, en una transición a la democracia muy controlada y autocontrolada; los agentes de la CNI continuaban actuando y nosotros no abandonábamos nuestras rutinas. Nos sometíamos a constantes chequeos y contrachequeos, portábamos un arma para defendernos y dejábamos mensajes en el buzón de un teléfono para informar dónde estábamos. Nuestro exceso de

prudencia no era injustificado. El 4 de septiembre de 1989 y respondiendo al maldito y viejo ritual de la barbarie, asesinaron a Jécar Neghme en la calle Bulnes. Lo acribillaron a mansalva ese domingo por la noche y dejaron la impronta de la autoría hasta en sus incongruentes detalles. Nuevamente habían matado a un mirista.

Ese día yo estaba en Concepción, en casa de María. Sin saber qué había sucedido, viajé a Santiago con El Mechón. Al aproximarme a la calle Bulnes vi a los dirigentes comunistas Volodia Teitelboim y José Sanfuentes, al periodista y director de revista *Análisis*, Juan Pablo Cárdenas y a una gran cantidad de reporteros que se me abalanzó cuando me bajé del auto. Esa fue la manera en que me enteré de la muerte de nuestro compañero de la Comisión Política. Lo había visto el viernes anterior a su muerte, en la plaza Italia. Nos alejamos con el clásico cuídate que nunca fue tan oportuno e inútil como en ese instante.

Hicimos una conferencia de prensa en el local del Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS), del que era uno de sus vicepresidentes. Manifesté que el asesinato de Jécar era una provocación terrorista de Pinochet y que el dolor inmenso no nos orillaría al lugar que nos querían llevar; que no responderíamos con las armas ni generaríamos, como ellos deseaban, una fractura en el PAIS ni en el campo de la izquierda. Cuando salíamos de la sede, una compañera me dijo que lo ocurrido era el resultado de la legalización y de nuestra ingenuidad al creer que no seguirían matándonos. No le respondí, pero entendí que se abría un nuevo frente de debate interno. Por la noche llegaron a nuestra sede Ricardo Lagos, Enrique Silva Cimma, Germán Correa y otros dirigentes de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Los miembros de la Comisión Política nos reunimos en una casa clandestina. Tuvimos una fuerte discusión. Tratábamos de precisar de qué modo reaccionaríamos al crimen; también necesitábamos resolver si era necesario que algunos miembros de la Dirección volviéramos a la clandestinidad. Decidimos mantenernos en la legalidad y en la lucha política, aunque acordamos tomar mayores medidas de resguardo. A pesar de esta decisión, estuvimos a punto de responder con dignidad y desesperación.

Traté de entender a qué lógica podía responder el demencial acto de los agentes de Pinochet. Tiempo después, nos enteraríamos de que éramos seis los que debíamos morir esa noche. El azar no tiene justicia. ¿Qué tipo de contabilidad del horror construye ecuaciones sobre la base de los asesinatos? Catorce años más tarde, los tribunales chilenos dictaminarían los primeros procesamientos en contra de los oficiales en retiro Pedro Guzmán Olivares, Luis Arturo Sanhueza y Enrique Leady Araneda, los tres agentes de la Brigada Azul de la CNI acusados de matar a Jécar.

Marchamos al cementerio con los rostros descubiertos, acompañados por alrededor de diez mil personas. Roberto leyó un discurso preparado por todos. No fue fácil redactarlo ni decirlo. En él enfatizamos nuestras opciones políticas; queríamos impedir la trampa explicitándola.

El Turco fue uno de los dirigentes jóvenes más notables del mirismo. Su

determinación medida se había fraguado en las movilizaciones estudiantiles de los años ochenta en el ex Instituto Pedagógico. Su actitud frente a la vida, su intachable transparencia y su capacidad de reír, lo aproximaban a la figura de Luciano Cruz. En el funeral de Jécar recordé que en agosto de 1971, tras un viaje a La Habana, había tenido que leer las palabras de Miguel Enríquez en el entierro de Luciano. Era un texto que me había entregado El Pollo en Cuba. Ese día de 1971 sentí que con El Guatón se iba parte de la identidad del mirismo histórico, de la cultura radical romántica. Su muerte había sido absurda. Los hombres como él no tendrían que terminar así, con una estufa que se apaga y sigue expeliendo su mortal contenido. Su compañera, en un gesto incomprensible para muchos, se suicidaría días después. Luciano generaba esas articulaciones que son decisivas para la cohesión de un grupo; pensaba el MIR a partir de la sociedad y no al revés. Mientras enterrábamos a Jécar, evoqué las palabras de Miguel.

Una organización revolucionaria tiene muchos y buenos cuadros, el MIR también los tiene, pero Luciano era nuestro líder de masas, era nuestra mejor expresión popular, el pueblo lo quería, lo seguía y respetaba. El pueblo debe conocer su corta historia, que es la historia de un militante de la revolución.

Roberto habló frente a la tumba de Jécar.

—En la historia de las luchas libertarias de los últimos años, Jécar fue uno de esos jóvenes que no conoció la democracia, sin embargo luchó por ella sin descanso. Desde las luchas estudiantiles arribó con hermosura y pasión a la lucha de todo un pueblo. La rutina del genocidio no descansa. Para el MIR su ausencia será insustituible; para nuestro pueblo su presencia hará falta, me atrevo a decir mucha falta, para reconstruir una democracia que no se achica frente a las presiones de los militares y los patrones; una democracia que deberá investigar sin pausa los crímenes y violaciones a los derechos humanos. Nunca hemos sido una organización de pusilánimes que le teme a la dureza de la lucha. Hoy nuestra valentía debe expresarse en la convicción de abrir un proceso democrático amplio y participativo. Los revolucionarios y los miristas chilenos hemos tomado las armas cuando ha sido necesario, no porque nos guste. Las hemos usado para defender al pueblo y a los nuestros. Jécar no sólo estará presente en nuestra memoria. Su muerte quedará en la historia como uno de los últimos asesinatos de la dictadura.

Piensa en ese rito que les fue negado durante años. Tantos muertos y tan pocos funerales. Recuerda que ese día dejó atrás a los compañeros que lo cuidaban y se escabulló entre la gente. A la salida del Cementerio General tomó un taxi; en ese mismo instante su espalda se volvió a derrumbar. Llegó a su casa de seguridad y pidió que le inyectaran una doble dosis de calmantes.

La pertinaz vida

Tras el plebiscito de 1988 y las elecciones presidenciales de 1990 hicimos un esfuerzo pertinaz por desarrollarnos. Levantamos candidaturas parlamentarias como el primer paso para nuestra reinstalación social amplia; consolidamos comités regionales, fundamos la revista *Página Abierta*, nos comprometimos en el análisis de los procesos institucionales, económicos, culturales y sociales, y elaboramos propuestas actualizadas. Hicimos actos sociales y de masas para formular nuestras propuestas y refrescarnos con el debate público.

Pero la ausencia de cientos de miristas muertos o desaparecidos se notaba. Estábamos agobiados por el trabajo. Se nos hacía difícil armonizar nuestra visión, o la de una parte de la Dirección, con posturas más radicales que comenzaron a extenderse en la misma medida en que la transición iba generando frustraciones y rupturas de lealtades, especialmente tras la publicación del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. No era lo que queríamos; no era el país justo con el que habíamos soñado. Al dar a conocer el documento que admitía la responsabilidad del Estado en la violación de los derechos humanos, el presidente Patricio Aylwin pidió perdón en nombre del Estado. Tuvimos una dura discusión con el equipo político de La Moneda; estábamos convencidos de que nadie podía pedir perdón a cuenta de otros y que nosotros no podíamos perdonar. No pedíamos venganza, sino verdad y justicia. Antes de que el Informe fuera divulgado, la Comisión Política fijó su posición en un documento.

Gonzalo recuerda esa noche en que lo escribieron.

[...] Estamos frente a una situación original en la cual la aplicación de la justicia y la unidad de la nación es amenazada por la extensión del poder pinochetista más allá de su derrota electoral de diciembre de 1989. Observamos con preocupación que el tema de los derechos humanos es tratado por parte de diversos dirigentes del gobierno y la Concertación, en la lógica de la denominada democracia de los acuerdos [...].

No se puede fundar una nueva república efectivamente democrática si la estrategia de transición que predomina en el gobierno constriñe el enfrentamiento con el pinochetismo a complejas maniobras privadas que dejan fuera de la comprensión y la participación ciudadana a los millones de mujeres y hombres que votaron por la democracia

La justicia debe ser global y pública, ocultar parte de la verdad es construir la impunidad.

Los resultados del informe de la Comisión Rettig signarán por décadas el tipo de justicia y convivencia en que nos relacionaremos todos los chilenos.

[...] Se pide frecuentemente perdonar, pero no se puede perdonar a quien no se conoce, como tampoco se puede ejercitar el perdón abstracto frente a las instituciones: el perdón es siempre singular y concreto. Perdonar será difícil, pero resultará imposible si se consuma la impunidad.

Una mañana, antes de una conferencia de prensa a la que debía asistir junto a Nelson, Martín y Manuel, tuvo una discusión a gritos con Martín. La irritación no respondía a un desacuerdo en los contenidos, sino al cansancio emotivo que todos cargaban esa semana. En La Moneda les habían asegurado que habría justicia sobre la base de una investigación exhaustiva, y que ningún crimen quedaría impune. Sabían que aunque las palabras de sus interlocutores fueran sinceras, *justicia* sería una realidad muy difícil de conquistar y que una *investigación exhaustiva* era una oferta aún más gratuita.

Nuestra Dirección debía administrar un complejo equilibrio. Necesitaba legitimar la presencia pública del MIR en el ámbito de la lucha política y requería acordar amplios términos de unidad con aquellos sectores que, al interior del partido, planteaban un enfoque más radical y rupturista con la transición democrática. Al final fue imposible. Con dolor llegamos a la conclusión de que no podíamos seguir gobernando esa dualidad. Ingresar al Partido Socialista o al Partido Comunista no era una opción para casi ninguno de nosotros. Queríamos una izquierda nueva que, más que renovada (palabra gastada en la falta de contenido que evidenció avanzada la década de los noventa), se reactualizara. Sabíamos que esto era posible. El Partido de los Trabajadores en Brasil y los tupamaros en Uruguay eran un ejemplo en ese sentido; la guerrilla centroamericana asumía la lucha política porque su historia le permitía llegar a conclusiones análogas a nuestros deseos.

Cada uno, sin aspaviento, buscó su camino; otros decidieron persistir por motivos comprensibles y fundados. Aunque era una opción respetable, ése ya no era el MIR en el que habíamos dejado la vida, la piel, el tiempo. No era el partido de los fundadores ni en un sentido cultural ni en sus afanes libertarios y utópicos. No estaba ubicado dentro de la genética histórica, en una saga de continuidades que podían apelar a un legado común. Era un partido que

resultaba de las agudas incongruencias de la transición, integrado por revolucionarios que buscaban su experiencia nueva, original. Decidí dejar la política activa para comenzar a construir mi vida en un país que, en muchas ocasiones, me parecía ajeno, incomprensible. No fui el único que tomaría esa opción. En Chile y en otros países de América Latina otros actores políticos vivían una historia semejante. No era miedo ni hastío; se trataba de una nueva búsqueda.

Cuando se arriba desde una vida intensa y cargada de dolor, la vida cotidiana te parece muy cotidiana; los temas de la sobrevivida, muy de la sobrevivida; los proyectos, muy menores. Miré hacia otras tribus, me vinculé con grupos nómades, me aproximé a otros interlocutores y traté de establecer nuevos vínculos. Nunca encontré el ánimo del mirismo ni la temperatura de los sesenta, setenta y ochenta. Ahora el clima era un poco menos que neutro.

Vas a algún lugar y te haces parte del otro de una manera entre fantasmal y pudorosa. Buscas amigos para compartir con ellos algún trazado de existencia común; los vas reconociendo, localizando, queriendo. Descubres que la amistad se construye y que las diferencias, cuando no son profundas, se transforman en el espacio del diálogo. Con sus distintas formas de existir, Claudio y Luis han sido repercusiones de interlocuciones perdidas en recodos y contactos clandestinos.

La soledad se acepta cuando reconoces que la densidad existencial que contiene en tu alma es abultada, aún así los sentimientos y las ganas de compartir son fuertes. Por mucho tiempo me resistí a establecer una relación de pareja; no quería repetir el daño.

—Sería bueno que te reunieras con una psicóloga que está haciendo un trabajo muy interesante con presos —me propuso Tatiana.

—¿Con presos? —pregunté.

—Sí, hombre, ¿qué?, ¿te parece extraño? Es un proyecto muy lindo que estoy filmando. Nadie entra en esos lugares.

Bárbara llegó lanzando una sonrisa pecosa. Detrás de una voz suave, ordenó todas sus peticiones de una forma en que, en el peor de los casos, podías decir voy a verlo. Traté de encontrarme nuevamente con ella. Comencé a bajar mis defensas; a pensar que en ese momento podía hacer más descifrable mi experiencia. Bárbara se resfrió y me dediqué a cuidarla. Empezamos a vivir juntos; yo a compartir su inteligencia, ella a estar conmigo. Fue ella quien me dio la fuerza para desenterrar un manuscrito, resumirlo, pulirlo y someterlo a la opinión de mis iguales. Atreverme a sacar una parte mínima de mis papeles y abrir un voluminoso manuscrito marcado con una “N” en su portada, ha sido un proceso complejo. Me ha llevado años construir una escritura para otros; no sólo he tratado de sintetizar pasajes que podían resultar excesivamente detallistas, técnicos o hirientes, también he tenido que hacerme de la voluntad para elaborar un relato simple de algunos hechos. La historia con mayúscula será el resultado de muchas manos.

“Lo que ocurre con la historia”, escribe Gonzalo, “es que en ocasiones se recurre a la frase de Marx ‘las luchas sociales y libertarias son las locomotoras que ponen en marcha a la historia misma’. Walter Benjamín utilizaba la expresión ‘freno de emergencia’. Benjamin sugería que las luchas sociales, a veces, podían ser el freno y no el motor que detuviera la locura y la demencia colectiva. Todas estas analogías referidas a la mecánica parecían poco dúctiles para ubicar el momento que va desde la irrupción de la revuelta zapatista de principios de los años noventa en México al ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. El mundo no era estable y parecía ser cierto que otra frase de Marx podía ayudar a comprender qué pasaba detrás de la aparente realidad: ‘todo lo sólido se disuelve en el aire’. Se puede sugerir que Chiapas era el motor y las Torres Gemelas el freno”.

No le gusta cómo queda la idea en el papel. Sigue amarrado a imágenes de mecánica, aceleración, freno, giro, motor. Decide dejar esta reflexión para otro momento.

Cree que el mundo está lleno de nuevas batallas, que la mayor parte de ellas no se ve, y que por ahora es bueno que sea así, de otra forma serían sofocadas permanentemente. Lo libertario, piensa, se expande desde la vida personal hasta lo social, pero lo autoritario también. El hedonismo y la superficialidad transforman la existencia no sólo en un eterno presente como se ha dicho demasiadas veces, sino en una práctica rutinaria que se aprende para siempre y transforma a los seres humanos en sujetos predecibles y abominablemente correctos, hasta que aparecen nuevos rebeldes que desean reinventar el mundo después de las miles de veces que otros lo han intentado. Siente que, afortunadamente, esos hombres y mujeres siguen apareciendo por ahí y algunos de ellos ni siquiera lo saben.

Recoge las páginas que ha ido dejando caer en el suelo. Muchas de ellas están subrayadas con tinta roja y verde, otras se ven demasiado gastadas por el roce de sus manos. Las va acumulando y apretando en su pecho hasta ordenar sobre la mesa el legajo completo que aún no acaba de leer. Presiente que los viejos cariños y afectos están en reconstrucción, reanimándose a partir del tiempo, rozando sus pieles después de las largas caminatas nómadas. Siente cariño y respeto por los suyos. Qué pequeñas son las distancias frente a todos los conflictos que han vivido juntos. Eso le da más sentido a la vida que las separaciones y las rupturas de hace casi dos décadas.

Las historias personales no son puras ni precisas. Mi vida, tomada desde ella misma, es sólo parte del mosaico de una generación diversa en sus sueños, pero emparentada en las eventualidades potentes de los años sesenta y en la caída en picada hacia una realidad trituradora que se inició el 11 de septiembre de 1973. Esa mañana mi vida y la de miles de jóvenes e incluso la de sus hijos y de alguna forma la de sus nietos, tomó un camino que muy pocos imaginaban. Las personas sensibles decidieron no resignarse y se movilizaron colectivamente para detener la bestialidad. Se levantaron hombres y mujeres

para refundar sus sueños; para generar una realidad, sino perfecta, por lo menos humana y digna. Cuando estamos hundidos en el pantano, con miedo a desplazarnos para no caer más bajo, todo nos parece definitivo y fatal, hasta que descubrimos un punto de apoyo y logramos salir, sosteniéndonos mutuamente como heridos de guerra.

La ausencia de tantos se notará por décadas. Faltan sus capacidades, sus visiones, sus enterezas, no sólo en Chile sino en muchos otros sitios. El siglo XX aniquiló a demasiados soñadores valientes, a demasiados jóvenes. Los sueños no se han acabado y los muchachos y muchachas intentarán cambiar el mundo con lenguajes y estilos inéditos. Probablemente tendrán mejores resultados que los nuestros.

Para los sobrevivientes hay entramados no resueltos; la mayoría de los amigos se fue sin alcanzar a decir adiós. Cambió definitivamente el mundo y seguirá cambiando. Pensar ese futuro que nos alcanza nos obliga a mirar el presente no desde ayer sino desde mañana, sin perder el anclaje a los textos de nuestras vidas, pero arriesgándonos a escribir otros, con nuevos proyectos de gran sutileza humanista y de respeto por las personas.

Sin todos los aprendizajes acumulados en el siglo XX, las cosas serían un poco más difíciles para los jóvenes de hoy. Para los adultos tampoco serán fluidas. Los sobrevivientes también necesitamos vivir y para ello nos faltan muchas voces. Tenemos la mala costumbre de culparnos, pero no hemos sido los autores del horror. Todo lo que hicimos fue para salir de él. No emergimos indemnes, tenemos algunas cicatrices que en la soledad de nuestros diálogos nos recuerdan que todo tuvo y tiene sentido.

Santiago de Chile, Mayo del 2004



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quiénes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2007